

INFLUENCIA DE ESPAÑA  
Y LOS E.U. SOBRE MÉXICO  
POR  
T. ESCUVEL OBREGÓN

UNIVERSITY OF CALIFORNIA SAN DIEGO



3 1822 01702 2351













BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

DR. T. ESQUIVEL OBREGÓN

INFLUENCIA DE ESPAÑA  
Y LOS ESTADOS UNIDOS  
SOBRE MÉXICO



DR. T. ESQUIVEL OBREGON

Ex Ministro de Hacienda de México, Académico correspondiente  
de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes.

# INFLUENCIA DE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS SOBRE MÉXICO

*(Ensayos de sociología  
hispano-americana)*



MCMXVIII

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876

M A D R I D

PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
COPYRIGHT 1918  
by TORIBIO ESQUIVEL ORREGÓN

## INTRODUCCIÓN

**L**EYENDO el libro de Mr. James Bryce, titulado *The American Commonwealth*, considerado como el mejor comentario que existe de las instituciones políticas de los Estados Unidos, me ocurrió escribir esta obra.

Mis ideas respecto a esas instituciones provenían, en su mayor parte, de la época en que cursé en la Escuela de Jurisprudencia, de México, el Derecho Constitucional Comparado: las materias de estudio eran principalmente las fuentes angloamericanas de nuestra propia Constitución; la impresión que entonces me quedó era la de que la carta fundamental de los Estados Unidos era una obra maestra de legislación, y que debido a ella el pueblo había podido, en esta parte del continente americano, desarrollar las estupendas energías que han labrado al país la justa reputación de grande y rico.

La obra de Bryce fué para mí una serie de sorpresas, que produjo en mi ánimo, no ideas nuevas, sino la conciencia de las que se habían elaborado en mí, y que no me había llegado a formular con claridad ni me habría considerado autorizado a emitir antes de verlas, no solamente estampadas, sino demostradas con hechos tomados de la historia política angloamericana; hechos que, aun cuando enteramente distintos, comprobaban las tesis que los suce-

sos políticos de México, con lógica irrefutable, habían ido dejando en mí como verdades firmemente asentadas.

El autor es inglés, y esta circunstancia lo ha puesto en mejor situación que la de Toqueville, Laboulaye y otros comentaristas franceses y mexicanos, para juzgar del valor real de aquellas instituciones; pues siendo familiar a las de Inglaterra y a las tradiciones comunes a ambos pueblos, pudo tener un conocimiento comparativo.

El uso del método histórico y comparativo empleado por Bryce arroja una luz especial sobre la naturaleza y funcionamiento del Derecho público en los Estados Unidos, a la vez que permite apreciar, en lo que valen, sus instituciones y conocer por qué valen y en qué estriban sus deficiencias.

Ese mismo método histórico y comparativo sugiere al lector hispanoamericano nuevas observaciones, de tal modo que, al ir leyendo, se forman inconscientemente en su espíritu dos series paralelas de pensamiento: una, la que desarrolla la idea del autor; otra, la evocada por el recuerdo de los hechos correlativos en la historia del Derecho político hispanoamericano.

La primera parte de este libro es producto de un paralelismo de esa especie.

El estudio paralelo es una aplicación constante de los métodos de concordancia y diferencia, y lo que lo hace inapreciable, es que el juicio personal, que puede tacharse de parcial en algunos casos, casi no existe. He escrito, pues, la primera parte dejándome llevar por la mano de otro, o bien sacando la deducción necesaria y lógica de premisas que son hechos palpables. De este modo las conclusiones tienen la mayor garantía de ser producto desinteresado de la ciencia pura e imparcial.

El método comparativo que he seguido me ha llevado a



obtener proposiciones que a algunos pueden parecer extrañas y a otros disgustar profundamente; debo confesar que hace algunos años habrían sido para mí mismo materia de novedad y de escrúpulo, por chocar con los prejuicios que tanto se arraigan con las enseñanzas de la escuela, y que muchas veces la experiencia y una lectura más amplia son impotentes para desarraigar; son como el vino nuevo puesto en odres viejas, de que nos habla el Evangelio. Para llegar a conocimiento positivo, por encima de todos los prejuicios, es necesaria la aplicación sistemática de un método, y además tener la abnegación de que nos habla Taine, de ponernos a la investigación científica, como el hombre que se pone a sacar los objetos que existen dentro de un pozo, sin saber lo que va a salir, pero con el firme propósito de no ocultar nada de lo que venga a luz.

Es posible aún que se crea que este libro ha sido escrito por un reaccionario, por un amigo del pasado y enemigo del progreso y de la causa del pueblo; y para defender esa tesis, pueden tomarse maliciosamente frases aisladas de las que describen los errores del grupo liberal de México. Sólo el que lea con un espíritu sereno y procurando encontrar el que anima toda la obra, podrá comprender que si el liberalismo consiste en procurar por el mejor camino aprovechar las fuerzas sociales para el bien del pueblo, todo el libro no es otra cosa más que un esfuerzo para encontrar los verdaderos procedimientos que deben llevar a ese resultado. Pero yo no estoy de acuerdo con el procedimiento que consiste en destruirlo todo, en acabar con la obra que ha sido producto del dolor y del trabajo de las generaciones, y lección acumulada a través de sufrimientos en la lucha por los medios materiales de existencia, por el derecho, por la belleza y por todo lo que constituye la felicidad de la vida, para que las sociedades, arrancan-

do de una nueva barbarie, vuelvan a la laboriosa producción de lo que ya tenían hecho, sólo porque legisladores presuntuosos e ignorantes del esfuerzo y del bien conseguido quieran imponer a la humanidad entera, o a un grupo de ella, moldes arbitrarios, que ni son producto de la observación y de la experiencia, ni tampoco proceden de un estudio de la psicología y del carácter humanos.

Creo que un país que no tiene ningún respeto por sus tradiciones, ninguna lealtad por sus orígenes, que se entrega desenfrenadamente a la innovación, carece de verdadero patriotismo, el cual siempre va unido con el amor, no tanto a la materialidad del suelo, sino a la historia de los acontecimientos que en él se han realizado, a la memoria de los hombres que allí se han distinguido, a la literatura que su naturaleza y sus hombres inspiraron, a sus monumentos, a lo que encierran de poético y de pintoresco sus costumbres, todo lo cual contribuye a dar al pueblo y a la nación un aspecto inconfundible, y a sus habitantes un modo de ser que los hace sentirse extraños siempre en otro suelo y abrigar intensamente el afecto por lo propio, hasta engendrar el heroísmo y el sacrificio que exalta la personalidad y glorifica a la nación que la produjo.

Hasta hoy nosotros hemos destruído todo, hemos renegado de nuestras tradiciones y costumbres, hemos olvidado nuestra historia e ignoramos lo que alguna vez hicimos de verdaderamente grande; nadie se acuerda de las obras de nuestra literatura de pasados siglos; los cantares de nuestro pueblo nacen y mueren como las hojas de los árboles, sin dejar huella, sin que nadie se cuide de conservarlos, sin que una mano afectuosa se interponga para preservar aquello que más sirve para transmitir directamente el sentimiento y la mentalidad del pueblo. Las naciones no son, como los hombres mismos, sino seres que se

identifican por sus recuerdos. Nosotros hemos procurado siempre destruir los recuerdos y las costumbres que nos identifican, que deberían servir para distinguirnos en el concierto de los otros pueblos. De allí que el patriotismo sólo afecte entre nosotros la más estéril de las formas, la que se revela en medio de la matanza y mueve las más salvajes pasiones; pero cuando hemos combatido por conservar la independencia de nuestro suelo, para tener el derecho de degollarnos los unos a los otros con toda libertad, no cuidamos ya de conservar nada de lo que levanta la inteligencia y hace noble el carácter.

Este espíritu de destrucción de todo lo nuestro ha culminado en el movimiento anárquico, que con escándalo del mundo entero presenta en estos momentos la nación mexicana. Como la capital de la República era la síntesis de nuestra cultura, pues no había habido artista que no le legara una obra, ni literato que no describiera alguna de sus partes, ni estadista que no dejara allí una memoria, ni existía leyenda que se refiriera a alguna de sus calles o a alguno de sus monumentos, que no describiera el alma nacional ni repercutiera en toda nuestra historia, ha sido allí adonde la obra demoledora de la anarquía ha ido a cebarse, para destruir los más ideal que existía en la materialidad de nuestra patria.

¿Hasta qué punto esa obra de destrucción es consecuencia lógica de las falsas premisas que el partido que en México, por una de tantas anomalías de nuestro vocabulario y de nuestra mentalidad, ha sido llamado “del progreso”? Esto sólo puede saberse a través del proceso que deba de formarse a nuestras ideas y a nuestras instituciones.

El objeto de este libro es explicar cómo hemos perdido lo que teníamos, sin conquistar absolutamente nada de lo que buscábamos; cómo, afanándonos por encontrar el pro-

greso y queriendo llegar a él prontamente, hemos regresado a la edad de piedra.

Este libro constituye, más que todo, una interpretación especial de la Historia de México, buscada a través de la comparación de las instituciones políticas y de los hechos económicos. Sería fecundísima la labor si se extendiera a otros ramos de la actividad social; pero esa obra requiere tanto saber que no poseo, que me veo en el caso de no abordarla, y me conformo con esos puntos de vista para que, al menos, sugieran a otros el estudio de los demás aspectos de la cuestión.

Todos los países requieren una labor intelectual para orientar sus actividades políticas; pero ninguno la ha descuidado como México, en donde la historia que se escribe no suele ser más que arma política, sin que nadie se cuide de formar una síntesis explicativa. De allí la explicación de esta obra. Ella constituye un esfuerzo para llevar la luz de la razón adonde solamente existe la luz del incendio y del relámpago del combate. Si el libro no puede prestar ese servicio, porque mis ideas no encuentren la aprobación de los demás, que al menos sirva de estímulo para rectificar mis conceptos.

La ruda y dolorosa experiencia que la actual revolución nos ha traído, sería perdida para el bien de México si no procuráramos sacar de ella la revelación de lo que realmente significa nuestro pasado. A muchos parecerá extraño el resultado que busco de esa lección; creerán que quisiera yo hacer de las luchas en las sociedades humanas sólo repertorio para eruditos, y que en el incendio y devastación de las revoluciones sólo veo materias para un cuadro o temas para la epopeya y la literatura; pero es que yo creo que sólo con el conocimiento exacto del pasado se puede labrar el porvenir; que todas nuestras des-

gracias actuales provienen de los errores esparcidos en cuanto a lo que México fué, de una inconsciente desviación de nuestros sabios y estadistas, que se han obstinado siempre en poner como obstáculo infranqueable entre ellos y los hechos del país el libro europeo, y de este modo han estado dándole tormento, aplicándole moldes que no le vienen. Si la leyenda de Procusto, torturando a sus víctimas con reducir las a las dimensiones de un lecho por él imaginado, ha tenido alguna vez aplicación a los pueblos, nunca lo será mejor que tratándose de México; todas las convulsiones a que hoy se entrega ese desdichado pueblo, son efecto natural de semejante tormento, que desde hace más de cien años se le está imponiendo.

La labor de esos cien años de imitaciones inconsideradas, sugeridas por extranjeros ignorantes de lo nuestro y llevadas a cabo por la ligereza de nuestro espíritu, es el fracaso más grande para un pueblo que nos cuenta la historia moderna; labor de un siglo cuyo fruto puede resumirse así:

En el orden material: la pérdida de más de la mitad de nuestro territorio.

En el orden económico: la entrega de todos los negocios lucrativos en manos de extranjeros; nuestros ingresos, que antes cubrían los gastos de nuestro Gobierno, satisfacían los deficientes de otras colonias, y aún arrojaban un sobrante; después han presentado siempre un *déficit*, o se han nivelado con empréstitos; nuestra moneda, no hablando de los actuales tiempos revolucionarios, había bajado a la mitad de su valor, y nuestros trabajadores emigran.

En materia de instrucción, Eguíara y Beristain, que consagraron sus energías con patriótico empeño a la obra, que resultó ser superior a sus fuerzas, de formar el catá-

logo de los escritores de Nueva España, hoy vivirían inactivos y avergonzados ante la esterilidad de nuestra literatura.

En materia moral y patriótica... Más vale no tocar este asunto. Los mismos mexicanos nos hemos admirado de ver los raros y ponzoñosos ejemplares que nuestra sociedad incubaba mientras estaba quieta.

Todo eso ha venido de errores fundamentales de nuestros estadistas, al plantear cada uno de nuestros problemas sociales.

Puede decirse que el progreso de la ciencia ha consistido en llegar a la proposición diametralmente opuesta a la que en un principio se admitía sobre cada materia. Se creía que la tierra era plana, y la ciencia estableció que es esférica. Se afirmaba que el sol y los astros daban vuelta alrededor de nosotros, y resulta que somos nosotros los que giramos al derredor del sol y lo seguimos en un viaje misterioso. Se establece el origen único del género humano, y la posterior división del mismo en tribus y pueblos; y la ciencia, mientras más adelanta en sus investigaciones en el pasado, más encuentra la pluralidad primitiva y la tendencia a la fusión y a la armonía en lo futuro. La edad de oro y el paraíso terrenal, borrados de los mirajes de las antiguas edades ante la elocuencia aterradora de la Antropología, asoman hoy para el filósofo y el sociólogo en el Occidente del curso de la humanidad. La ciencia moderna ha conquistado igualmente las proposiciones opuestas a las que en un tiempo dominaron en la Física, la Química, la Biología, la Pedagogía, la Medicina, la Economía política, la Criminalología, etc., etc.

Esta marcha ascendente de la ciencia, partiendo de la proposición primitiva y de la observación superficial y llegando a la proposición diametralmente opuesta, no se ha

realizado aún entre los gobernantes de México. Han estado y siguen estando encariñados con la proposición primitiva: es que no hay medio de que siquiera vean su oposición con la realidad. Acostumbrados sólo a leer en los libros, pasan junto a los hechos con la misma indiferencia con que Xenofonte pasó junto a las inscripciones cuneiformes de los asirios, sin imaginarse siquiera que había allí un mensaje que unos seres humanos transmitirían a las nuevas generaciones a través de los siglos. Así, nuestros estadistas han permanecido inaccesibles a los mensajes que, en lengua desconocida para ellos, mandan a los gobernantes los seres humanos que viven en el fondo de la sociedad mexicana.

Por eso hemos planteado nuestros problemas al revés, y por eso hemos llegado invariablemente al desastre.

Hemos creído que para ser un pueblo fuerte y feliz necesitábamos dividirnos en una Federación, y lo que necesitábamos era concentrar nuestras fuerzas y asegurar nuestra unión. Hemos establecido que el indio, para su cultura y felicidad, debe de tener el derecho de gobernarnos, y proclamamos el voto universal; pero la verdad es que el indio necesita que lo ilustremos, que hagamos de él un ciudadano y un "hombre", en una acepción algo más comprensiva que la meramente antropológica. Creemos que el problema agrario consiste en que el hacendado no se quiere desprender de la tierra y dar a cada indio un lote que cultive; y el problema agrario es lo opuesto: que el indio no quiere cultivar la tierra ni sabe conservarla; hay que crear en él ese sentimiento y que darle esa aptitud. He ahí el problema. La propiedad en manos del indio sería la muerte por el hambre en todo el país. Se afirma que una de las causas de la presente revolución es que el indio aspira a conquistar los derechos políticos, y la verdad

es que una de las causas de esta revolución es que el indio jamás ha tomado interés en la política general, ni posee convicciones, ni hay manera de hacerle que se interese en las elecciones.

Se cree que lo que México necesita es un hombre de “mano de hierro”, que hay que imponerse allí por el terror, que el asesinato y todas las violaciones del derecho son buenas cuando producen lo que se llama el “terror saludable”; y la verdad es que todas las desgracias de México proceden de que nuestros hombres políticos no han tenido fuerte más que la mano: han sido sólo “manos de hierro”, y lo que se necesita es un hombre de alto carácter, de fe en la justicia y en la ciencia, que le dé convicciones y energía para sostenerlas.

Se ha sostenido siempre que México necesita, para promover su progreso, atraer a los capitales extranjeros; y planteado así nuestro problema económico, el resultado ha sido que ya nada queda de riqueza en México para los mexicanos; la verdad evidente es que México necesita encontrar la fórmula para evitar que, eterna y constantemente, se le escapen las fabulosas riquezas que no cesa de producir.

Nuestros políticos han creído prestar un servicio a la causa de la libertad, creando un sistema legal que prácticamente conduce a la supresión del sentimiento del deber; y parecen ignorar que la libertad en las sociedades civilizadas difiere de la libertad del salvaje, en que aquélla procede del cultivo de ese sentimiento. La libertad sin el sentimiento del deber no es más que la reconstrucción de las épocas salvajes. D. Ignacio Ramírez vió claro, aun cuando se regocijó de la visión, cuando aseguró, con palabra profética, que el amor a la libertad nos llevaría en México otra vez a bailar la danza de las cabelleras.



Todos estos errores de la política mexicana proceden de una sola fuente: la tendencia a aplicarnos sin discernimiento las instituciones de otros países, o lo que se lee en las obras escritas en otros pueblos, sin atender al estudio y detalle del fenómeno propio. Con la particularidad muy marcada de que, al imitar, nunca procuramos ir por grados, de la base a la cima, de lo menos a lo más, de lo sencillo a lo complejo, sino que imitamos los coronamientos de las obras sin cuidar de los cimientos; llevamos a México la Constitución de los Estados Unidos, pero no inquirimos cuál fué el largo proceso de libertad municipal que culminó en la obra de la Federación Norteamericana.

Lo peor de todo es que no radica en nosotros solos tan grave mal, sino que participan de la responsabilidad, en gran parte, algunos de nuestros vecinos del Norte, y muy particularmente los representantes del Gobierno de los Estados Unidos. Creen ellos prestar un gran servicio a su país y al nuestro haciendo la propaganda de la idea democrática, en su más amplia aplicación, sin tener en cuenta que la democracia americana excluye prácticamente toda raza que no es europea, y, dejando ver muy claras sus simpatías por los políticos mexicanos que les ayudan, les dan alientos para emprender obras de reforma, que por prematuras y mal adaptadas, siempre se convierten en obras de revolución o de anarquía que luego sirven para desprestigiarnos. Muchas veces estos políticos son de buena fe; pero nunca se han mostrado verdaderos conocedores de nuestra sociedad, al grado de que puedan ayudarla justamente a resolver sus problemas con bien para todos, pues de otro modo no habrían dejado de ver qué perniciosa es una obra revolucionaria, y cuánto más convendría para la mutua inteligencia y provechoso comercio de ambos países una política de transformación evolutiva, en vez

de la que hasta hoy se ha seguido, invariablemente, que nos aleja cada vez más del ideal democrático angloamericano.

Un conocimiento exacto de las instituciones de los Estados Unidos y de las de México; de los efectos que producen en uno y otro país; del desarrollo histórico de las mismas y de sus resultantes a través de la especial psicología de ambos pueblos, tiene que ser de grande utilidad para la mutua inteligencia, y no sólo, sino también para la buena inteligencia en general de los Estados Unidos con los otros países hispanoamericanos, pues éstos tienen, por sus antecedentes históricos, los rasgos fundamentales de México, en donde sólo se hallan más acentuados por razones especiales de su historia y por la proporción peculiar en que se encuentra la raza aborigen.

Negar que los Estados Unidos tienen muchas cosas buenas que debemos imitarles, sería un absurdo, como lo sería también negar que los Estados Unidos tienen algo, y quizá muy fundamental para el concepto de la vida y de la felicidad, que les convendría imitar de los pueblos hispanoamericanos; pues que el progreso y la evolución de las sociedades, según los principios de una de las modernas escuelas de sociología, proceden de la imitación. Pero hay que saber qué es lo que se puede prácticamente imitar, y además qué es lo que se debe imitar, para no estar incurriendo en ridículas o criminales parodias, como las que hacemos con frecuencia de la democracia angloamericana y de la revolución francesa.

Había en la Escuela de Medicina, de México, un sapientísimo profesor, notable no sólo por su saber, sino por su carácter, por su veracidad, por su puntualidad, por su desprendimiento y por los sentimientos caritativos de verdadero apóstol con que ejercía su profesión. En esa época

no había hecho fortuna la teoría de los microorganismos como causa de las enfermedades, y aquel grande y santo maestro tenía un defecto que sólo sus cualidades eminentes podían hacer tolerable: era muy sucio y desaliñado en su traje. Sus alumnos muchas veces no lo podían imitar en su saber y virtudes, y entonces se daban a copiarlo en su defecto. El gran maestro era así para ellos una gran calamidad, ni más ni menos que lo han sido para nosotros, en muchos casos, la democracia angloamericana y la revolución francesa.

En el curso de la obra hago uso de la expresión “angloamericano” para referirme a lo que es propio de los Estados Unidos, pues hasta ahora ello no tiene nombre especial, y por oposición, uso del término “hispanoamericano” para indicar lo que pertenece a los países de América que antes fueron colonias de España. Me parece indispensable evitar la anfibología que resulta del nombre “americano” para designar lo propio de los Estados Unidos, pues teniendo esa palabra una significación genérica, los principios lógicos más fundamentales del idioma exigen que no se la use en acepción específica, si no se quiere a cada momento confundir la parte con el todo.

He adoptado la expresión “angloamericano”, porque en realidad es la más propia, puesto que lo que en un principio fueron las entidades fundadoras del país que hoy lleva el nombre de Estados Unidos, constituyeron antes colonias inglesas y recibieron de Inglaterra las leyes y costumbres que aún hoy son la base de su carácter nacional. A pesar de que emigrantes de otras naciones han traído idiomas y costumbres diversos, todo se funde en el antiguo molde y sólo se modifican los detalles exteriores.

Por la misma razón es aplicable a las antiguas colonias españolas el nombre de pueblos “hispanoamericanos”,

pues aun cuando algunos, como la Argentina, reciban un crecido contingente de inmigración, no siempre española, es de España de donde recibieron lenguaje, religión, leyes, artes y costumbres, en forma mucho más sólida y unitaria que la que transmitió Inglaterra a sus colonias, y es dentro de la historia de España donde se desarrolló nuestra primitiva historia.

Así como los Estados Unidos están en su más perfecto derecho, y hacen perfectamente bien en conservar con cariño y lealtad sus tradiciones y costumbres inglesas y en desarrollarlas según las nuevas necesidades y los nuevos principios, así los pueblos hispanoamericanos, si tienen amor a sus propias cosas y no quieren quedar desarraigados y sin base de cultura nacional, a merced del "snobismo" imitativo y destructor, deben conservar cariño y lealtad para su pasado, cultivar el orgullo de su origen hispánico y afianzarse sobre la roca de la historia común con un pueblo que en un tiempo difundió la ciencia por Europa, defendió la civilización occidental y pobló un hemisferio, para sobre esa roca construir el edificio de la nueva y propia cultura.

Para bien de los pueblos hispano y angloamericanos conviene dejar cimentado, de una vez para siempre, que es el mutuo respeto de nuestras propias tradiciones y de nuestro propio carácter, la única base posible sobre la cual puede asentarse la buena inteligencia y la paz del nuevo continente.

La guerra europea ha hecho a los Estados Unidos una revelación que parece increíble que antes no hubiera tenido, y es, que el mejor lugar para la inversión de su dinero y el desarrollo de sus energías es América ante todo.

Desde que se tuvo la conciencia de este hecho, el pueblo angloamericano comenzó a estudiar la lengua, la histo-

ria, las instituciones y problemas de la América española.

Si México estuviera en paz, ese era el camino natural para los países españoles. Los banqueros, los comerciantes, los obreros, estarían allí intensificando el trabajo ya hecho, que era tan valioso; muchos de los hombres de negocios y gentes de letras estarían allí estudiando el idioma del modo más práctico, o instruyéndose en todo lo que los reporteros de los periódicos raras veces presentan ante el público. El comercio con México no necesitaría ningún aumento en la marina mercante angloamericana, y todos los recursos de aquel rico país estarían ahora desarrollándose con bien para el pueblo de ambos, precisamente en estos momentos en que Europa no puede competir y en que los Estados Unidos son más ricos que nunca.

Con frecuencia se escucha a los angloamericanos hacer esta pregunta: "¿Por qué México no consigue estar en paz? ¿Qué medio hay de poner fin a esa terrible situación?" Y la contestación que también con frecuencia se oye, es: "México está en perpetua guerra, porque el pueblo mexicano no sabe gobernarse a sí mismo. El único remedio es que vayan allí los Estados Unidos e impongan la paz por la fuerza." Cuando se da esta respuesta se cree haber agotado la cuestión.

Sin embargo, la situación actual de México produce un obstáculo, más grave aún que el meramente físico a la expansión mercantil angloamericana, obstáculo del que no parece apercibirse la gente en los Estados Unidos, y que se ve claro escuchando las preguntas que también los hispanoamericanos suelen hacer con motivo del desbarajuste de México. Esas preguntas son: "¿Por qué el país hispanoamericano más próximo a los Estados Unidos es también el más inquieto de todos? ¿Por qué la cultura y el buen ejemplo de los Estados Unidos, lejos de haber be-

neficiado a México, que está inmediato a ellos, parecen haber sido impotentes para evitar la anarquía allí? ¿Por qué antes de que aparecieran los Estados Unidos logró España conservar la paz en México durante tres siglos? ¿Por qué Madero, que inició la revolución, que destruyó el orden establecido por el general Díaz, fué bien recibido y moralmente, al menos, ayudado por los Estados Unidos? ¿Por qué el Gobierno de Washington ha ayudado sucesivamente a facciones que no reconocen ley ninguna, siendo así que el mismo Gobierno está ampliamente informado, por sus cónsules y por conductos privados, del carácter de esas facciones? ¿Por qué en el presente momento, cuando la influencia de los Estados Unidos es más aparente y poderosa que antes en los negocios interiores de México, el desorden y la anarquía son mayores allí que nunca lo habían sido en su historia?"

Como se ve, la cuestión tiene dos aspectos: el uno, angloamericano; el otro, hispanoamericano, y el problema merece el más detenido estudio, porque de su resolución pende el éxito o el fracaso del esfuerzo poderoso que hoy hacen financieros y hombres de negocios para hacer más íntimas y amistosas las relaciones de ambos grupos de pueblos americanos.

Ayudar en ese estudio y en ese esfuerzo de amistad y de paz, es el propósito de este libro.

Si ha de llenar ese objeto, tengo que imponerme como primer deber la más completa sinceridad; pero una de mis mayores dificultades al escribir lo ha sido encontrar la manera de decir las verdades amargas al pueblo de los Estados Unidos, en relación con sus instituciones y la influencia que su indiscreta imitación ha tenido en México. Los angloamericanos, por regla general, están orgullosísimos de sus instituciones, y las consideran como el prin-

cial elemento de su prosperidad: con la mayor buena fe y con el mejor de los deseos hacen la propaganda de los principios de su Constitución en la América española. Por otra parte, nosotros, los hispanoamericanos, somos muy dados a echar la culpa de nuestros males a nuestras instituciones españolas y a admirar las angloamericanas, porque el éxito siempre conquista la admiración; de ese modo la exagerada admiración por la Constitución angloamericana, por un lado, y por el otro el desprecio de las instituciones y tradiciones españolas, se han combinado para hacernos abandonar un sistema de leyes basado sobre hechos propios, tal como lo requiere el método positivo moderno, para adoptar principios basados en hechos que son extraños a nuestra historia o en meras especulaciones mentales, según lo habrían hecho los más impenitentes metafísicos de la escolástica.

Si he de cumplir con un deber patriótico, ayudando a una mejor inteligencia, no ya entre México y los Estados Unidos, sino entre estos últimos y la América española en general, debo reducir la Constitución angloamericana a su propio valor, siguiendo las apreciaciones del más distinguido y acreditado de sus comentaristas; tengo que presentar sus deficiencias y los conflictos que produce, y cómo es que el pueblo por sí mismo va llenando las primeras y resuelve los segundos por medio de práctica y pacífica conciliación; tengo que explicar cómo el espíritu conciliador procede de una sana primitiva disposición de las fuerzas económicas, que permite a cada uno ganarse una vida confortante, fuera de la política, y cómo las inmensas riquezas del país han hecho inofensivos los más graves errores de los políticos.

Para convencer tengo que citar en detalle esas deficiencias, esos conflictos y esos errores, y aun cuando en cada

caso apoyo mi aseveración con una cita de Bryce (American Commonwealth), siempre es ingrata la tarea de decir la verdad, y ésta aparecerá hasta impropia en boca de un extranjero que ha buscado refugio en este país.

Por otra parte, sucede al pueblo de los Estados Unidos lo que a todos los ricos: que sólo suelen escuchar las voces o de la adulación o del odio, y cuando decimos una verdad desagradable corremos el riesgo de que nuestra voz se confunda con la de esta última pasión. Sin embargo, el lector angloamericano podrá ver en este libro la distancia que hay entre el que deturpa sembrando la desunión y el odio, y el que dice verdades amargas para hacer posible la armonía y la amistad. Además, si verdades amargas digo a los angloamericanos, mucho más amargas son las que reservo para los míos, para los hispanoamericanos.

El pueblo angloamericano es inteligente y ve claro en estos momentos la necesidad de sumar las fuerzas en América, no de destruirlas, y por lo tanto comprende que es importantísimo, no sólo no destruir el elemento español de este continente, sino, al contrario, ayudarle a ser cada día más grande, más fuerte y más culto; y tendrá que ver claro que de esa indiscreta admiración de su constitución política, de ese desprecio de las tradiciones españolas, de esa desconfianza en la habilidad y energía de la raza española, que en algún tiempo conquistó la admiración del mundo y que ahora comienza de nuevo a despertar, de toda esa deslealtad a nuestros orígenes y a nuestro pasado, no pueden originarse más que degradación y debilidad.

Después de haber descrito la antigua mezquita y actual Catedral de Córdoba, Jorge Borrow en su libro *The Bible in Spain*, dice:

“Los moros de Berbería parecen indiferentes a las hazañas de sus antepasados: sus espíritus están concentra-



dos en las cosas del presente, y sólo en cuanto esas cosas se refieren a ellos mismos individualmente. Entusiasmo desinteresado, esa marca verdaderamente distintiva de una alma noble, y admiración por lo que es grande, bueno y elevado parece que son incapaces de sentirlo. Es pasmoso ver cómo vagan entre las reliquias de la antigua grandeza morisca en España. Parece que ningún sentimiento de noble orgullo provocan en ellos las señales de lo que fué el moro en otros tiempos, ni de tristeza por lo que hoy es. Más les interesan sus perfumes, sus dátiles y sus sedas de Fez y de Marruecos, que vienen a vender a Andalucía. Y, sin embargo, por lo general estos hombres están lejos de ser ignorantes; han oído y leído lo que sucedió en España en tiempos pasados. En una ocasión platicaba yo en Madrid con un moro, con el que tenía bastante confianza. acerca de la Alhambra de Granada, que él había visitado. “¿No lloró usted, le dije, cuando pasando por sus patios recordó a los abencerrajes?” “No, me dijo; ¿por qué había de llorar?” “¿Y por qué visitó usted la Alhambra?”, le pregunté. “La visité, me contestó, porque estando yo en Granada por causa de negocios, uno de los paisanos de usted me pidió lo acompañara allí para explicarle algunas de las inscripciones. Con seguridad, yo no habría ido por mi propio impulso, porque la colina en que está el edificio es demasiado pendiente.” Y, sin embargo, aquel hombre sabía hacer versos, y de ningún modo podría considerársele como un poeta despreciable.”

El pueblo de la América española, por su admiración hacia las instituciones extranjeras y por el desprecio a su pasado y a sus tradiciones españolas, llegará necesariamente a un estado de indiferencia por todo lo que es grande y noble, como los moros de Berbería de que nos habla Borrow. ¿Quieren los Estados Unidos ayudar en esa obra

de corrupción del carácter de esos pueblos, o quieren tener en ellos colaboradores activos en la obra del panamericanismo, que es obra de mutua defensa, de alta cultura y de justicia?

Yo no vacilo en contestar que quieren lo segundo; pero entonces, como no hay pueblo grande que no ame sus tradiciones, ni pueblo leal para sus aliados de hoy que no sea leal para su propio pasado, los Estados Unidos, por su propio interés bien entendido, deben ayudar a los hombres de buena voluntad en la América española a desarraigar ese inmoderado deseo de imitar lo extranjero, a hacer conocer la verdadera historia de lo que España hizo por sus colonias y a respetar y querer la obra de nuestros antepasados.

El pueblo angloamericano no se ha dado bien cuenta de ese deber; allí está la importancia de un libro que con completa veracidad presente los hechos y revele el proceso, a través del cual, involuntariamente en muchos casos, se ha hecho el mal; un libro que presente las instituciones y la política angloamericanas precisamente como ellas son, no más arriba, no más abajo de lo humano, y que también presente a los pueblos hispanoamericanos como ellos han sido, como son y como deberán ser, ya que este continente está llamado a conciliar armónicamente esos dos elementos que pelearon por siglos: el español y el inglés; un libro que presente los problemas de esos dos pueblos hispanoamericanos bajo una luz que no sea de partidarios y demuestre cómo su inquietud proviene de una especial disposición primitiva de las fuerzas sociales que condujeron allí a las pasiones humanas por donde no se coordinan siempre con el bien general, pero que esas pasiones, al fin, no están tampoco más arriba ni más abajo de lo humano, que conducidas hábilmente, con más fe en la ciencia que

en la fuerza bruta y, por lo tanto, con más fe en la evolución lenta que en las revoluciones destructoras, pueden llevar a la causa del panamericanismo el contingente de la hidalguía española a la vez que su idealidad artística, que agregue en este continente a las bellezas de la naturaleza las que se derivan de las dulzuras de la vida social; un libro así, aunque no realice su plan por las pocas fuerzas del que lo escribe, puede ser útil.

Hay muchos puntos interesantes de carácter concreto que me abstengo de tratar en esta obra, como, por ejemplo, la doble y opuesta influencia que ejercen en México los políticos y los hombres de negocios de los Estados Unidos; la responsabilidad directa que a éstos pueda caber en las presentes desgracias de México; la doctrina Monroe, desde el punto de vista hispanoamericano; pero reservo todos estos temas para otro libro, que publicaré tal vez después de éste.

T. ESQUIVEL OBREGÓN.

*Nueva York.*



## PRIMERA PARTE



# NOTAS SOBRE LA CONSTITUCION DE LOS ESTADOS UNIDOS

## I

### ESPÍRITU CONCILIADOR Y CONSERVADOR QUE PREDOMINA EN LA CONSTITUCIÓN ANGLOAMERICANA

LA Constitución de los Estados Unidos de América es el producto a la vez de un espíritu conciliador y de un espíritu conservador.

Sus autores, convencidos de la necesidad de formar un gobierno fuerte que garantizara la unidad nacional, y aleccionados por la triste experiencia de la Confederación, cuidaron constantemente de seguir una línea de conducta tal, que a la vez condujera al establecimiento de ese gobierno y no hiriera el sentimiento de soberanía, tan arraigado en los estados por las reminiscencias de la época colonial, en que cada una de las colonias vivía independientemente de las otras. Por su parte, los estados, aun cuando celosos de su libertad como consecuencia de esas

tradiciones, cedieron algo de sus derechos para alcanzar la formación de una nación fuerte.

De la lucha de esas dos tendencias opuestas, que pudieran muy bien compararse con las fuerzas centrípeta y centrífuga que, bien combinadas, producen el movimiento armónico, resultó trazada una línea de movimiento uniforme de los poderes, obra del mutuo sacrificio y de la conciliación. Esa línea es la Constitución angloamericana.

Los mismos autores de ella, bien porque su espíritu fuese más práctico que idealista, o bien porque aún la Revolución francesa no venía a deslumbrar a los pueblos, como sucedió cuando los otros estados de América se constituyeron, no se vieron atacados por el sofisma de esa revolución, de que se puede hacer una Constitución para un pueblo como un vestido para un hombre o como un molde para un bronce; así es que, dejando a un lado todo orgullo inventivo, se conformaron con coordinar los preceptos de las antiguas constituciones coloniales y las prácticas del derecho político de Inglaterra: aquéllas y éstas eran derivadas del "common law", conservado lealmente por generaciones.

El espíritu conservador preveleció, y fué esto tan feliz como raro, porque al nacer la nueva sociedad era de esperar que entre sus miembros abundara el entusiasmo de la novedad y el orgullo de manifestarse inventores: y es reconocer en favor de los constituyentes americanos las más altas cualidades de patriotismo y de modestia, propia de la verdadera sabiduría, el hacer constar el cuidado que tuvieron por conservar las tradiciones que formaban la esencia misma de la nacionalidad, y refrenar el deseo innovador por los temores de lanzar a su país en el ignorado sendero de los peligrosos experimentos políticos.

La parte más sólida de la Constitución es aquélla que



está tomada de las Constituciones coloniales; viene después en menor grado de solidez la que se formó imitando a la Constitución inglesa, y lo que ha sufrido más críticas es lo que se refiere a las novedades que por necesidad hubo que introducir para hacer frente a las dificultades propias de la creación de un nuevo Estado.

A estas novedades se debe que la Constitución americana resultó una organización defectuosa, que si ha podido vivir presidiendo el desarrollo más rápido de un pueblo que presentó la historia hasta fines del siglo XIX, es porque los inmensos recursos del país, hábilmente aprovechados, han hecho que el aspecto político de la vida no tenga en los Estados Unidos la preponderancia que en otros países del nuevo y del viejo continentes. De allí ese espíritu bonachón, esa tolerancia general, producto del bienestar y de la riqueza. Como consecuencia de esto, la vida política angloamericana es una perpetua transacción en que se prescinde de la letra de la ley para buscar el acomodo práctico de los intereses, o se cierra los ojos ante defectos crasos de la organización administrativa, esperando con calma que el tiempo los subsane, y esto aun a sabiendas de que ellos pueden producir males incurables o graves, pues por ahora hay todavía mucho campo en donde cada quien puede labrarse un modo de vivir agradable.

¿Qué vendrá a ser de la Constitución angloamericana y qué trastornos se producirán en el país que la ha adoptado, el día en que el exceso de población disminuya las facilidades con que antes se contaba, y se vuelva los ojos al Estado en busca del remedio para los males de la vida? ¿Qué tan lejano está ese día?

Para comprender la importancia que tiene la contestación de estas preguntas conviene entrar en el detalle del funcionamiento constitucional.

Los pueblos hispanoamericanos están interesados en conocer ese detalle, porque antes de fomentar su entusiasmo por las instituciones de los Estados Unidos, deberían de saber si el aprovechamiento debido de sus riquezas naturales ha sembrado en sus habitantes el bienestar, y si una gran cantidad de recursos aún disponibles les permite abrigar más esperanzas que temores. Sólo en el caso de que puedan contestar afirmativamente a estas dos cuestiones, pueden sin muy serias consecuencias incidir en el error de adoptar esas instituciones.

## II

### ELECCIÓN DEL PRESIDENTE Y FRACASO DEL SISTEMA IDEADO POR LOS CONSTITUYENTES

LA creación de un presidente, encargado del Poder ejecutivo de la nación, se imponía—no obstante el temor de que abusara del Poder y repitiera los actos de tiranía de Jorge III—, porque tal era la tradición de gobierno en cada uno de los estados, tal la tradición inglesa y tal la necesidad de un poder unificado, demostrada por la dolorosa experiencia de la primitiva Confederación.

Sin embargo, las teorías políticas de Montesquieu sobre la división fundamental de la soberanía en los tres Poderes, ejecutivo, legislativo y judicial, influyeron en el ánimo de los constituyentes, más que el respeto a las tradiciones, cuando se trató de la creación del Poder ejecutivo nacional, porque su personal experiencia no les dió una medida justa de equilibrio que los hubiera preservado de extremar esa división en el orden práctico más allá de lo que justamente podía hacerse.

La Constitución establece en su artículo segundo, que el Poder ejecutivo radicará en un presidente que durará en su encargo cuatro años. Nada se dice en ella que impida la indefinida reelección de ese funcionario; de suerte que si hasta ahora subsiste la democracia angloamericana,

no es debido a esa Constitución ni a la sagacidad y previsión de sus autores, sino a la conducta de Wáshington, que por el acto más noble de su vida política, se negó terminantemente a admitir una segunda reelección, completando así la Constitución y prestando con ello a su patria el más señalado servicio, pues ese rasgo estableció un precedente que hasta la fecha nadie se ha atrevido a violar, no obstante que en algunos casos ha habido ya intentos de abandonarlo.

En un principio la Constitución estableció que entre las personas electas para presidente, ocuparía este puesto el que tuviera mayor número de votos, y aquel que le siguiera en ese número sería el vicepresidente; pero como esto ocasionaba confusiones en los casos en que no hubiera mayoría absoluta, en los que el congreso tenía el derecho de escoger el presidente entre los que hubieran obtenido mayores sufragios, se introdujo una reforma por la enmienda XII, propuesta en 12 de diciembre de 1803 y ratificada en 25 de septiembre de 1804, prescribiéndose que en lo sucesivo se haría la elección de presidente por separado de la de vicepresidente.

Para el nombramiento de estos funcionarios cada uno de los estados debe designar tantos electores como diputados y senadores tenga el derecho de nombrar. Nada se dijo en cuanto a la manera cómo cada Estado había de cumplir este precepto, y, en consecuencia, reinó en los nombramientos un gran desorden (1).

Con este modo de elegir el presidente y el vicepresidente, los constituyentes creyeron asegurar la designación de los ciudadanos más aptos para los puestos más elevados, pues habían de ser designados, no por la multitud, mane-

---

(1) Bryce-American Commonwealth, tomo I, pág. 42.

jada por las pasiones políticas, sino por un grupo selecto de ciudadanos.

Mas no supieron con esto interpretar el carácter del pueblo de los Estados Unidos, que desde muy temprano siguió el camino de nombrar para electores a aquellos que se comprometieran desde antes a votar por determinadas personas para esos puestos; método que hasta la fecha se sigue con éxito, pues los electores son miembros del partido que los designa y permanecen leales a su promesa.

El resultado es que la elección se hace en realidad directamente por el pueblo, y que los electores no tienen libertad para demostrar el carácter elevado que se les supuso.

Tanto más ha llegado a ser la elección directamente popular, aun cuando en apariencia es indirecta, cuanto que en un principio muchos de los estados confiaron el nombramiento de los electores a sus respectivas legislaturas; pero a poco este régimen desapareció, y a partir de 1868 el último estado que lo conservaba dejó de seguirlo (1).

La intención de los constituyentes fué que las elecciones se hicieran por los electores de toda la nación, independientemente de la división en estados, de suerte que apareciera hecha por la nación como una unidad; pero como no proveyeron nada para esto, la fuerza que constituye a cada estado como una unidad fuerte tradicional, se sobrepuso (2).

Si el país hubiera estado dividido en tantos distritos electorales como electores había de nombrar, la elección

---

(1) Bryce, obra citada, tomo I, pág. 42.

(2) Bryce, obra citada, tomo I, pág. 43.

habría sido nacional; pero no fué así al principio en todas partes, y acabó por no serlo en ninguna. En cada Estado se adopta el procedimiento de "general ticket" conforme al cual sus habitantes votan a la vez por toda una lista de electores formada por cada partido; el sentimiento local del distrito, pues, desaparece, y en realidad el voto para presidente y vicepresidente se hace por estados.

Esto favorece extraordinariamente el trabajo de los partidos políticos, y hace a la vez que en ocasiones, resulte electo un individuo que no ha tenido la mayoría de votos.

### III

#### INCONVENIENTES DESDE LOS PUNTOS DE VISTA MORAL Y POLÍTICO DEL SISTEMA DE ELECCIÓN DEL PRESIDENTE

**D**E esas deficiencias constitucionales que han permitido a los políticos cambiar el intento democrático de los primeros legisladores, se ha seguido una consecuencia funesta para la moralidad y la aptitud de los gobernantes: que el presidente, en lugar de ser el jefe de una nación, encargado de conservar el equilibrio de las fuerzas políticas, en cuanto al gobierno le concierne, es a veces el jefe, si no el instrumento de un partido. A esto se debe que sin escrúpulo alguno ayude a sus partidarios, despojando a los empleados de la administración anterior de sus puestos, para darlos a los amigos y sostenedores; y como esos empleados son políticos de profesión, no tienen a veces ningún negocio de que depender, y saben que al cesar en su cargo el presidente que los elevó, tendrán que dejar el puesto a un nuevo designado, se apresuran a aprovechar la única ocasión que tienen para hacer fortuna: a ese fin, más que a la buena administración, van encaminadas sus fuerzas, además de que, con esa constante renovación, los empleados no alcanzan a tener la habilidad necesaria para

el buen manejo de los negocios, y sólo la riqueza del país hace tolerables sus errores (1).

En Inglaterra, en Italia, en España, en Francia, el jefe del poder ejecutivo pierde sus naturales inclinaciones para presidir el gobierno e interpretar fielmente los movimientos de la opinión pública en la formación de un gabinete.

Según la enmienda XII ya citada, el presidente del Senado, en presencia de ese Cuerpo y de la Cámara de Diputados, debe abrir los expedientes de la votación y contar los votos. El que haya obtenido la mayoría absoluta es el presidente de la Unión; si ninguno reúne esa mayoría, la Cámara de Diputados debe elegir inmediatamente al presidente de entre los que obtuvieron mayor número de sufragios, no debiendo exceder de tres los individuos escogidos de entre la lista de los votados. En esta elección los diputados no votan individualmente, sino por Estados: cada Estado debe tener un voto. El quórum se forma con la representación de dos tercios de los Estados, y se necesita la mayoría de todos ellos para que haya elección. Si no se llega a una elección antes del día 4 de marzo, entonces el vicepresidente entra en funciones de presidente.

Este sistema es por una parte, poco lógico, porque habiéndose querido hacer del presidente un funcionario nacional, que saque su fuerza directamente del voto del pueblo, independientemente de la unidad que forma cada Estado, se ve aparecer a esas unidades decidiendo de la elección; y puede darse el caso de que los Estados de población menos numerosa hagan que la elección recaiga en aquél que ha tenido el voto de una minoría de los electores.

---

(1) Bryce, obra citada, tomo I, pág. 69.



En un principio el presidente del Senado hacía la calificación de los votos; pero siendo este asunto tan importante para los partidos, se convino en que en lo sucesivo correspondiera esa función al Congreso, votando por separado el Senado de la Cámara de Diputados. La calificación de los votos no se hace por una recta aplicación de la ley, sino abiertamente, según las conveniencias de cada partido.

Se ha dado el caso de que los votos de varios Estados, que habrían sido decisivos para la elección, estuvieran consignados en dobles expedientes, debido a que cada partido había formado el suyo, tachando de ilegal al del contrario. El Congreso tenía que decidir; pero como en una de las Cámaras dominara el partido demócrata y en la otra el republicano, y cada una votara por el expediente que le convenía, quedó sin resolverse la cuestión. Se apeló entonces a una transacción, nombrándose un grupo de senadores, otro de diputados y cuatro magistrados de la Suprema Corte de Justicia para que decidieran; pero como en la elección de estos sujetos las Cámaras tuvieran buen cuidado de nombrar cada una un número de miembros de la opinión dominante que igualara al de la contraria, se admitió que los cuatro magistrados nombraran a otro, que era el que en realidad iba a resolver el caso y a elegir al presidente de la República: como ese quinto magistrado fué republicano, es claro que los votos republicanos obtuvieron la preferencia.

La elección no pudo haber sido más opuesta a la letra y a la mente de la Constitución; pero el espíritu de conciliación se sobrepuso y salvó la paz de la república a pesar de la deficiencia de la Magna Carta.

Después se dió una ley que ordena que en el caso de doble votación decida de la validez un tribunal del Estado

respectivo. Si este tribunal no resuelve, lo hará el Congreso; si las dos Cámaras de éste no se ponen de acuerdo, el voto de ese Estado no se cuenta. Esto da lugar a toda clase de manipulaciones políticas poco escrupulosas; pero al menos se tiene un procedimiento.

Hamilton ("The Federalist", núm. LXVIII) expone los principales deseos de los constituyentes al redactar las disposiciones que se refieren a la elección de presidente, al hacer que este magistrado dependiera únicamente del pueblo mismo, para que no se viera tentado a sacrificar sus deberes patrióticos por las conveniencias de una agrupación especial que lo designara.

Pero la verdad ha sido que, gracias a la poca previsión de la Constitución, el resultado fué diverso; y el presidente, por el mecanismo que se acaba de exponer, resulta creación directa de un partido político y de sus manipuladores, aun independientemente de la mayoría de los votantes.

Se quiso que el presidente de los Estados Unidos fuera un hombre cuyo elevado carácter hiciera impresión en todo el pueblo de la nación, en vez de un hombre de talento para la intriga y dotado con las pequeñas habilidades que sirven para atraer la popularidad; pero el resultado no correspondió a tan noble deseo por la imprevisión constitucional.

Esto es tanto más funesto cuanto que constituye un peligro de que los presidentes se conviertan en verdaderos tiranos, en el sentido que esta expresión tuvo en la antigua Grecia: es decir, en hombres que, halagando las pasiones del bajo pueblo, por encima de los intereses generales de la nación, se apoyen en ese pueblo contra los otros magistrados y contra la ley, y hagan su poder ilimitado. Este peligro que por mucho tiempo se consideró remoto, co-

mienza ahora a preocupar a la sociedad angloamericana.

Siendo el presidente, antes que todo, un jefe de partido, y admitida como muy válida la inmoral y corruptora doctrina llamada "sistema de los despojos", busca en éste un medio de gratificar a sus partidarios, dentro y a veces por encima de la Ley del Public Service Reform (1).

Un sistema parlamentario, que no hace depender la elección presidencial del voto de las multitudes y pone entre los partidos políticos y el jefe de la nación al gabinete, trae como consecuencia el evitar esos males, pues el flujo y reflujo de la opinión no se hace sentir más allá de los ministros, y estos necesitan para dirigir el movimiento político y evitarse responsabilidades por lo administrativo, dejar éste en manos de hombres experimentados que forman una burocracia inteligente.

Uno de los inconvenientes, en apariencia de orden muy secundario, pero muy digno de llamar la atención de los políticos hispanoamericanos, es el gasto de sumas enormes que los partidos políticos hacen cada cuatro años para la campaña electoral de presidente. Este gasto es tal que forma motivo de observaciones de parte de los publicistas en los Estados Unidos. La campaña electoral de 1908 costó 1.655.518 dólares al Partido Republicano y 620.644 dólares al Democrático (2).

---

(1) Bryce, obra citada, tomo II, págs. 136 y siguientes.

(2) En la de 1912 se gastaron más de cuatro millones.



## IV

### ENSEÑANZAS PARA LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS

La importancia que tiene lo precedente para la América española no deriva sólo del hecho de que sumas más o menos considerables se inviertan en fines políticos, no siempre bien intencionados, pues esto debería aceptarse como el precio de la libertad; pero hay que tener en cuenta: primero, que si la propaganda electoral había de ser positiva hasta llevarla a los más apartados lugares, el gasto tendría que ser relativamente mucho mayor en esos pueblos, en que la falta de cultura en una cantidad considerable de sus habitantes, hace que no se encuentre preparado el espíritu público para discernir entre los partidos, y el esfuerzo para crear las ideas entre gentes que no leen ni periódicos, resultaría agobiante; y, segundo, que no habiendo una debida explotación de la riqueza en esos pueblos, los partidos políticos siempre tienen más ardor que dinero: de allí que el gobierno o el clero, que tienen elementos pecuniarios y de organización de que carecen las otras agrupaciones políticas, sean las fuerzas electorales prácticamente incontrastables.

No solamente esto es así, sino que la actividad política del gobierno y del clero, y los medios de coerción de que

disponen, tienen que usarse indispensablemente, para conservar las apariencias constitucionales, a falta de elementos pecuniarios de los partidos, que les permitan hacer una propaganda eficaz, pues de otro modo no habría elecciones ni aun simuladas.

Si se quiere con el poco dinero que esos pueblos tienen, realizar un gobierno verdaderamente electoral, habría que recurrir, en partes, a la limitación del voto a las personas que tuvieran alguna ilustración, y en partes, a un sistema francamente parlamentario. Las elecciones serían así poco costosas; mas no por eso sus resultados dejarían de ser mejores sin duda que los que se obtienen hasta ahora.

Es un hecho que ha llamado con justicia la atención, que los individuos comúnmente electos para la presidencia de los Estados Unidos, no son del tipo de los grandes hombres, no corresponden a lo más elevado que hay en la sociedad angloamericana; sino antes bien, son de ordinario gente de muy medianas condiciones, que no puede soportar la comparación con los estadistas de otros pueblos. Las explicaciones que se dan de este fenómeno son satisfactorias y pueden reducirse a una: *la elección de un presidente es asunto de los políticos profesionales, de acuerdo con algunos grupos de hombres de negocios: unos y otros buscan en el candidato las cualidades del partidario que esté dispuesto a ayudar a los que lo elevaron*. Así se comprende que los hombres como Jackson y Grant, hubieran llegado a ser tan populares, siendo así que por sus cualidades intelectuales y morales no se explicaría esa popularidad.

A pesar de esto, las cosas caminan bien en los Estados Unidos; pero es porque el pueblo tiene un amplísimo campo para desplegar su actividad en el desarrollo de los re-

cursos naturales. Hasta ahora el pueblo no pide a sus gobernantes otra cosa, como Diógenes a Alejandro, sino que no le cubran el sol. La distribución y circulación de la riqueza producen tantos beneficios, que hasta ahora las faltas más graves de los gobernantes no han logrado embarrazar de una manera seria la marcha del país.

En los pueblos hispanoamericanos, y muy particularmente en México, el gobernante necesita ser un estadista de verdad. Un pequeño error suele tener enormes consecuencias. La concentración de la propiedad en manos de los únicos que han sabido conservarla y que son muy pocos; la gran diferencia de cultura, consecuencia de la diversidad de razas llamadas a participar en la vida social, y las tradiciones de un gobierno unitario y fuerte, como lo fué el español, hacen la tarea muy delicada, a la vez que la labor literaria y política difundiendo ideas de gobierno en oposición radical con esas tradiciones y con la real constitución de la sociedad, agrava los problemas políticos.

La presencia de los aborígenes, que hasta hoy no han sido adaptados a la cultura moderna, complica extraordinariamente la labor del gobierno, pues entre ellos se encuentran variedades de cultura que se escalonan desde la de la tribu cazadora e idolátrica que habla un idioma bárbaro, hasta la del hombre de cultura del siglo xx: y cuando esos aborígenes constituyen la mayoría de la nación, se comprende que el gobierno exija una labor de coordinación y de tacto que no puede esperarse de personas electas por una muchedumbre heterogénea e inculta.

Si por una parte esos países requieren un gobierno más inteligente y cuidadoso, y por la otra el pueblo que hay en ellos es menos capaz de discernir que el de los Estados

Unidos, se impone la consecuencia para un estadista de verdad y un político honrado, de que debe huirse de la imitación de la Constitución angloamericana, y aun más de la exageración de sus principios, pues ella misma no concede al indio la facultad de votar sino cuando paga alguna contribución.



## V

### EL GABINETE Y LAS RELACIONES ENTRE EL EJECUTIVO Y EL CONGRESO

LA Constitución de los Estados Unidos no hace mención de ministros ni de gabinete; la única alusión en que se basa todo el sistema que después se ha formado para remedar imperfectamente al gabinete de los países europeos, es esta: "El presidente..... puede pedir la opinión por escrito a los principales empleados de cada uno de los departamentos del ejecutivo sobre cualquier asunto relativo a sus respectivos empleos."

Este laconismo de la Constitución americana ha contribuido a la formación de un sistema a la vez rígido y poco coherente en la administración, pues aun cuando la facultad del presidente de nombrar esos "principales empleados", entre los cuales están los ministros, está limitada por la necesidad, que la misma Constitución impone, de que obtengan los nombramientos la aprobación del Senado, de hecho esa aprobación siempre se concede, y esto hace que el poder ejecutivo pueda permanecer inaccesible a las exigencias de la opinión pública.

Por otra parte, como el gabinete no tiene existencia legal, y el presidente dedica la mayor parte de su tiempo al

problema del nombramiento de empleados,—dificilísimo problema para un presidente que no olvida su papel de jefe de partido y cuida del porvenir de éste, distribuyendo entre los suyos los “despojos de los vencidos”—, los ministros dedican su atención a los negocios de sus departamentos respectivos, sin que haya nada que legalmente garantice la unidad de acción, no siendo raro el caso de que esa acción sea divergente.

El gabinete, en los gobiernos bien constituidos, es el lazo de unión entre el poder ejecutivo y el legislativo; lazo de unión indispensable, puesto que la división de la soberanía en tres poderes, exacta desde un punto de vista abstracto, no es absoluta en la práctica, como no es absoluta ninguna clasificación. El extremo rigor con que se aplicó la doctrina de Montesquieu de la división de los poderes en la Constitución angloamericana, hizo perder de vista aun el modelo de la organización inglesa que aquel autor tuvo a la vista para formular su teoría; de ese modo se han producido inconvenientes prácticos, que si hasta hoy no tienen en los Estados Unidos funestos resultados, se debe a que el buen sentido y el espíritu conciliador del pueblo angloamericano, han formado una especie de costumbre que suple en cada caso a la ley.

El sistema del gabinete angloamericano, imitado en los países de la América española, ha producido los naturales funestos resultados de una máquina que carece de adaptación. En México el presidente nombra a su arbitrio los ministros, sin tener siquiera la formal intervención del Senado; cualquiera que sea la actitud de las cámaras colegisladoras o de la opinión pública hacia el ejecutivo, éste se empeña en conservarlos y considera como una prueba de debilidad ceder en ese punto.

El gabinete del general Díaz puede ilustrar esto: no so-

lamente estaba compuesto de hombres, en su mayoría, de edad proveya, antiguos partidarios o amigos políticos del presidente, sino que, ocupando un lugar en el gabinete por luengos años, y sólo cambiando de cartera, no salían de aquél sino por fallecimiento o porque sus actividades políticas llegaban a hacerlos sospechosos.

Los aduladores de los gobernantes, que abundan en todos los países y principalmente en aquellos que, como los hispanoamericanos, ven en los empleos y en el favor del gobierno la mejor oportunidad de lucro, han cultivado con empeño la doctrina de que no hay peor tiranía que la de los cuerpos colegiados, arguyendo en su favor con el ejemplo de la célebre convención francesa. Pero apenas puede explicarse que ese ejemplo de una época y de un país remotos, haya tenido hasta ahora más fuerza que el hecho mismo, que por todas partes se palpa, de los perniciosos efectos de la omnipotencia de un solo hombre, aun en el raro caso de que esté dotado de excepcionales cualidades.

El abuso del poder de parte de una asamblea electiva, trae por consecuencia que todo se discute y se renueva aun inconsideradamente, produciendo por todas partes malestar e inseguridad en los negocios; pero ese movimiento, dejado a sus propios resortes, acaba por equilibrarse.

La tiranía de un solo hombre tiende, por el contrario, a producir la cesación del movimiento: las instituciones se conservan cuando ya no tienen razón de ser, la ley del menor esfuerzo acaba por dominar en el gobierno, y toda novedad se considera como un peligro: el que quiere innovar recibe el más vitando de los calificativos "ambicioso".

Lejos de tender al equilibrio una fuerza así, se hace cada vez más desmesurada por falta de antagonismo en sus elementos.

La imitación del gabinete angloamericano, junta con la

imitación del sistema electoral de los Estados Unidos, han producido esa rigidez de los gobiernos hispanoamericanos, que se revela en lo que bien podría llamarse una ley histórica de los mismos, que en México jamás ha tenido excepción: la de que nunca un partido político logra llegar al poder sino por medio de una revolución armada.

Consecuencia de esto es, por una parte, que en realidad no hay más partidos políticos que el del gobierno y el de la revolución, porque nadie es tan inocente que quiera lanzarse a una lucha platónica de propaganda de principios, tan estéril como a veces peligrosa; y por la otra, que las nuevas ideas no puedan penetrar en el gobierno, pues unas veces éste las desconoce, otras, las resiste, y, cuando la revolución triunfa, ni ha tenido tiempo de madurar nada, ni la exaltación de los ánimos permite abrir campo al estudio sereno del estadista.

Contra este mal, no hay más remedio que el parlamentarismo: no porque éste sea un sistema de gobierno perfecto, ni siquiera porque sus defectos pudieran ser atenuados en países como México; todo lo contrario, se aumentarían allí por efecto de las turbulencias del congreso y de la indisciplina que prevalece en el momento actual; pero es mil veces preferible que las revoluciones se realicen en el seno del congreso, aun con los resultados más originales y absurdos, nombrándose hoy un gabinete que caerá mañana, para ser sustituido por otro igualmente efímero, que el que, a causa de la rigidez del poder ejecutivo, las ambiciones y las pasiones políticas tengan como único campo en que manifestarse, el de la guerra que arruina y pervierte el carácter.

Por ineptos y malos que sean los ministros que el presidente se vea en la necesidad de llamar para satisfacer las necesidades del congreso, no pueden ser, por regla

general, peores que los que surgen a veces de revoluciones que se abren campo con la espada e infundiendo el terror en las sociedades.

Los errores repetidos pueden más fácilmente enseñar y corregir a un grupo de hombres reunidos en el congreso, que a toda una nación; la lucha de las ideas es allí posible; la responsabilidad de cada uno es definida: y siendo el congreso un medio seguro de conseguir el triunfo de determinados principios, la formación de los partidos políticos será posible, porque es reducido el número de las personas sobre las cuales se tiene que obrar, y estas son genuinas representantes del pueblo.



## VI

### LOS PRINCIPIOS DEMOCRÁTICOS Y LA RESPONSABILIDAD DE LOS FUNCIONARIOS EN EL SISTEMA PARLAMENTARIO

**S** I hasta ahora jamás se ha dado el caso en México de que el gobierno pierda las elecciones para presidente o vicepresidente de la república, en cambio ha sido frecuente, por poco que se conceda la libertad electoral, que pierda las de diputados en muchos distritos. Esto se debe a que los partidos políticos, incapaces, por su falta de recursos, de llevar adelante un movimiento de coordinación general en todo el país, sí han podido, en ocasiones, ganarse los votos de una localidad, en donde las pasiones juegan un papel más decisivo porque versan en concreto sobre las personas del lugar.

Puede, por lo tanto, asegurarse, que en el Congreso se halla más genuinamente representada la voluntad del pueblo que en el presidente; y si se hubiera de ser lógico con los principios de la democracia, ésta sería ya una razón para que se diera mayor poder al legislativo que al ejecutivo: de ese modo llegaría al gobierno la expresión de las nuevas necesidades e ideas de la sociedad.

El inconveniente del sistema parlamentario, que consiste en los cambios de gabinete, con la inestabilidad que es

su consecuencia, trae consigo el correctivo, y, quizá, el mejor remedio de nuestros males políticos, pues llevando al gobierno sucesivamente a los hombres que prometen hacer algo bueno para el país, muchas veces se encontrará que sus promesas son obra de un espíritu más generoso que ponderado y creador, y otras veces efecto de una verboria audaz y poco escrupulosa. Pero no es de otra manera cómo se puede probar a los hombres y conocer, no ya por las palabras, sino por la acción, de lo que son capaces. Si bien es cierto que muchas pruebas serán vanas, es imposible que todos los hombres sean ineptos; y bastará para el bien del país que a la vuelta de algunos ensayos al fin se encuentre un verdadero estadista.

Es por falta de esta suprema prueba de la acción, por lo que en México siempre se está buscando "un hombre", sin encontrarlo, pues, por lo general, el país no sabe cómo obran los que solicitan su atención, sino sólo cómo hablan; y por desgracia, en política, más quizá que en otras cosas, hay que desconfiar de las palabras y, principalmente, de las de los oradores.

Mientras más eficaz sea el medio que se tenga para exigir a un hombre la responsabilidad de sus actos, mayor será la seguridad que pueda tenerse en su conducta, según el principio general de que la eficacia moralizadora de las penas depende más de su seguridad que de su dureza.

Desde este punto de vista considerado, el sistema presidencial de los Estados Unidos, y por lo mismo, el de los demás países que lo han imitado, resulta un completo fracaso, pues hasta hoy no se ha llegado a destituir a ningún presidente por acusación llevada ante el congreso, así haya podido ser grande y palpable la falta.

En los Estados Unidos el único presidente que ha sido acusado, quedó absuelto por el senado, no obstante la



enemistad que este cuerpo le profesaba. En México las acusaciones contra el presidente jamás han dado resultado.

Mientras sea necesaria una declaración de criminalidad, hecha con todas las consecuencias de la pena, la responsabilidad presidencial será irrisoria, y quizá valga más adoptar la teoría inglesa de que el rey es incapaz de hacer mal, y por lo mismo es irresponsable; y de que son sus ministros los que lo inducen al mal y los que deben sufrir el castigo.

En el sistema parlamentario la responsabilidad se traduce en retirar la confianza al ministerio y, por consiguiente, determinar su caída. El Congreso, que no desaforaría a un funcionario ni menos daría un veredicto de criminalidad contra él, con toda facilidad puede retirar su confianza al gabinete, y los miembros de éste, teniendo mayor seguridad de sufrir la pena de su derrota, serán más cuidadosos de atender al bien general y de satisfacer las necesidades públicas, bajo el castigo que es más doloroso a un político: perder el puesto, y quizá el prestigio ante su partido y ante todo el país.



## VII

### LA TEORÍA DE LA “MANO DE HIERRO” Y EL SISTEMA PARLAMENTARIO

EL sistema parlamentario disminuye el poder del presidente, y esto puede aparecer a los ojos de muchos mexicanos como grandemente peligroso.

Tal cosa proviene de que sin cesar hemos oído la voz de los políticos oficiales, que no hacen sino predicar los inconvenientes del abuso del Poder de parte del legislativo y la necesidad de una “mano de hierro” para tener en orden al país.

Hasta hoy, todos los males de la tiranía han venido del ejecutivo en México, y si el congreso ha contribuido a aumentar los males de la sociedad, es precisamente porque la Constitución le ha dado más poder para hacer obstrucción al ejecutivo que para ayudarle a administrar.

La teoría de la “mano de hierro” no es más que un ejemplo de lo difícil que es arrancar de un pueblo un prejuicio cuando están en su favor los declamadores, aun cuando estén en su contra los hechos.

Esa teoría no es nueva; ha sido predicada a todos los presidentes, y todos o casi todos la han aceptado por norma de conducta. Siempre han causado la desgracia del

pueblo con su obstinación, y al último es esa doctrina la que ha determinado su caída; pero esto no impide que ella siga haciendo fortuna en el ánimo del sucesor.

Jamás ha habido doctrina más perniciosa: ella es responsable de la tiranía y rigidez del Ejecutivo, que ha hecho caminar a la sociedad como entre un sendero escabroso, dando tumbos y perpetuamente descompuestos sus rodajes: ella es la responsable de que hasta ahora se haya prescindido de investigar las cualidades intelectuales y morales de los gobernantes, a los cuales lo único que se les pide es energía para acallar a los descontentos y lenidad para dejar a los partidarios incondicionales o a los cobardes e indiferentes, que no ayudan para nada a la marcha de la cosa pública, gozar de un estado de cosas que les favorece.

Todo se le perdona a un gobernante cuando tiene “mano de hierro”, y éste se cree absuelto hasta de los más grandes crímenes, en nombre de la paz e invocando aquella teoría, siempre prestigiada y eternamente perniciosa.

Es bien triste para el que estudia el desarrollo de las ideas políticas en México, encontrarse con que en el siglo XVI, durante el gobierno de los monarcas más absolutos que tuvo España, con Carlos V y con Felipe II, las ideas políticas en cuanto a las funciones y carácter de un gobernante, eran más de acuerdo con las ideas científicas actuales, que las que en esa materia imperan hoy en México.

Dos ejemplos ilustrarán esta proposición y explicarán en qué consistió que durante los tres siglos de la dominación española, México conservara una tranquilidad que después la “mano de hierro” no ha sabido devolverle.

Quiso en un principio el rey de España aplicar al Gobierno de la colonia conquistada por Cortés el sistema de audiencias, que tan bien había probado en las islas; pero

el intento fué desgraciadísimo; los oidores se dejaron llevar de tal manera por sus odios y rivalidades mutuas, e impusieron sucesivamente a la colonia tal terror por sus asesinatos y crímenes, que en poco estuvo que Carlos V hubiera perdido el país, y que éste hubiera sufrido divisiones y entrado en las descomposiciones de la anarquía. Aquel monarca entonces, lejos de pensar en un hombre que tuviera “mano de hierro”, buscó un hombre ilustre por su linaje, por su saber y por su intachable conducta, prendas todas que se encontraron reunidas en D. Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva España. El primer acto de este gobernante fué mandar reunir a los indios en todos los pueblos para que se les leyera y explicara todas las disposiciones que los favorecían, y las penas en que incurrían si faltaban al cumplimiento de sus deberes.

Fué este virrey el que introdujo la imprenta en América; a solicitud suya el rey autorizó la fundación de la Universidad de México; fomentó la instrucción de los indios; castigó los excesos de los encomenderos; cuidó del aumento de la agricultura y de la industria, y con su carácter conciliador evitó que la publicación de las llamadas “Nuevas Leyes sobre Encomiendas” produjera en Nueva España el levantamiento y general desorden que produjo en el Perú, quedando al fin en Nueva España mejorada la condición de los indios y consolidada la unidad del Poder con el respeto de todos.

El otro caso demostrativo es el siguiente:

Después de denunciada la conspiración que se había tramado en México en favor del marqués del Valle, hijo del conquistador D. Hernando Cortés, surgieron grandes diferencias entre la Audiencia y el virrey D. Gastón de Peñalta, marqués de Falcés, inclinado éste a la benignidad con los conspiradores y exigiendo aquéllos castigos ejem-

plares de muertes y confiscaciones. La inquietud de los ánimos en toda la colonia y las acusaciones de la Audiencia contra el virrey, hicieron a Felipe II nombrar tres visitadores, entre los cuales estaba el licenciado D. Alonso de Muñoz; uno de esos visitadores murió en el viaje y el otro se subordinó a Muñoz, que era hombre de “mano de hierro”, duro y altivo. Llegaron estos visitadores con amplísimas facultades a México a principios de Octubre de 1567, y desde luego comenzó Muñoz a sembrar por todas partes el terror; ordenó al virrey que saliera inmediatamente para España a dar cuenta de su conducta; el número de personas presas fué tan grande, que no cabiendo en las cárceles de la ciudad se mandaron construir otras nuevas; los hombres principales de la colonia fueron arrestados, escogiéndose para ello de preferencia las altas horas de la noche; las gentes apenas se atrevían a salir a la calle, en donde no solían verse más que grupos de soldados conduciendo prisioneros; sin respetar formalidades legales se seguían procesos sumarios; el tormento arrancaba a los procesados las declaraciones más absurdas; se aceptaba como prueba para dictar sentencia el más ligero indicio, una palabra, un vínculo de amistad o de parentesco; luego venían las ejecuciones, la horca, la decapitación, las confiscaciones; ni los mismos oidores se sentían seguros. La indignación pública era terrible, y sólo faltaba una persona que se pusiera al frente de un movimiento insurreccional; pero antes que esto sucediera, y cuando aún no habían transcurrido seis meses de la llegada del visitador a Nueva España, Felipe II le ordenó que se presentara en la corte. Por una rara coincidencia, se embarcaron en el mismo buque Muñoz y el virrey por él destituido; los dos se presentaron ante el rey, quien recibió con gran distinción al marqués de Falcés y aprobó toda su

conducta; en cuanto a Muñoz, apenas comenzaba a dar sus explicaciones, cuando le interrumpió diciéndole: "Te envié a las Indias a gobernar y no a destruir"; y le volvió la espalda. Aquellas pocas palabras del terrible soberano español causaron tal efecto en el ánimo del sanguinario visitador, que al día siguiente se le encontró muerto, sentado en un sillón con el rostro apoyado en la palma de la mano derecha. Después de esto, el déspota Felipe II, teniendo más fe en la justicia que en la "mano de hierro", mandó de virrey a Nueva España a D. Martín Enríquez de Almanza, uno de los más grandes bienhechores de la colonia.

¿Cómo hemos llegado a perder el concepto que en el siglo XVI era ya patrimonio aun de los déspotas, de que el hombre de gobierno debe ser un hombre inteligente y justo? ¿Cómo hemos llegado a tener puesta nuestra fe en hombres que no alcanzan a comprender otra fuerza para el gobierno de las sociedades que la que procede de los cañones y las bayonetas, o la que viene de un gobierno extraño?

Pueden ser muchas las causas de ese mal; pero entre ellas ocupará lugar preeminente la forma, derivada de la constitución angloamericana, en que el presidente se elige; forma que produce el desaliento de las clases cultas y capaces de México, y que pone la suerte de las elecciones en el que ejerce la fuerza, ya sea un Gobierno formalmente constituido, o ya una agrupación revolucionaria.

Aun cuando la índole de este libro debería vedarme penetrar en los hechos de la política contemporánea, a fin de evitar la influencia de los prejuicios políticos y de las pasiones que actualmente agitan a todos los mexicanos, debo, a mi pesar, hacer referencia a algunos de esos hechos, porque son ellos la mejor demostración que puede

traerse en contra de la tan repetida teoría de la “mano de hierro”. Me limitaré a mencionar hechos indiscutibles y cuya verdad es aceptada por todos.

Lo que produjo la caída del general Porfirio Díaz fué la “mano de hierro”. Lejos de ser ella su fuerza, fué su enfermedad. Por no obedecer los dictados de la opinión pública, jamás consintió en hacer cambios en su ministerio; porque se viera que su voluntad era la única dominante, nombró siempre diputados que no fueran ni siquiera conocidos en los distritos electorales que les extendían sus actas; pudo la voz del pueblo clamar, a veces en tono suplicante a o veces en el de la desesperación, en contra de los gobernadores de los Estados, pues mientras mayores eran su desprestigio y sus abusos, más seguros pudieron estar de conservar sus puestos, para que ellos y el público sintieran que no había más que una mano que gobernaba y una voluntad que prevalecía. Cada año los males iban en aumento; la audacia de los subordinados del gobierno para con el pueblo, crecía a medida de que se tenía la seguridad de que el buen servicio público y el concepto de los ciudadanos no servía sino para engendrar sospechas, que lo único necesario para sostenerse en el puesto y para gozar de las voluptuosidades del despotismo, era no incurrir en la desgracia del único hombre que con “mano de hierro” gobernaba a la nación. Así fueron agravándose los males, hasta que la situación llegó a hacerse insoportable. La teoría de la “mano de hierro” hizo que el general Díaz ahogara en sangre la huelga de Río Blanco y los impulsos de los mineros de Cananea. A pesar de todo, el general Díaz pudo haberse procurado un nuevo período presidencial tranquilo, con sólo consentir, por un momento, en acatar la opinión pública, designando para la vicepresidencia de la República a otro hombre que no



hubiera sido D. Ramón Corral; la impopularidad de este señor era tan grande. que todo el país daba muestras inequívocas de ella: y habría bastado para conservar la tranquilidad por un nuevo período, que celebrando un compromiso con los partidos políticos el general Díaz hubiera designado alguna otra persona de su confianza, que no hubiera tenido sobre sí la aversión del pueblo en el grado en que llegó a tenerla su candidato para la vicepresidencia; pero la teoría de la “mano de hierro” estaba en contra de esta solución, y hoy el país todo puede comprender la trascendencia de ese error.

Es una creencia común, pero completamente equivocada, la de que D. Francisco I. Madero no aceptó la teoría de la “mano de hierro”. Con ella y nada más que con ella quiso gobernar, y a ella debió su caída. D. Francisco I. Madero fué el hombre más popular que ha habido en México en toda la época contemporánea; cuando hizo su entrada triunfal a la capital de la república, después de la revolución de 1910, las masas populares y aun las clases altas llegaron a esperar de su gobierno el establecimiento de la justicia. Con “mano de hierro” inquebrantable dictó a de la Barra la lista de ministros del Gabinete, en la que se encontraban los nombres de varias personas de su familia. Para la opinión pública este fué un gran desencanto, y fueron inútiles todas las observaciones que se hicieron al ídolo del pueblo; él persistió, pero al hacerlo gastó su fuerza. Con “mano de hierro”, y por encima de todas las conveniencias políticas y de todos los preceptos legales, ordenó se entregara a su hermano D. Gustavo Madero la suma de setecientos mil pesos. La sorpresa del público se convirtió en asombro y la fuerza del caudillo revolucionario decreció visiblemente. Con “mano de hierro”, y a pesar de todas las observaciones que se le hicie-

ron, Madero se obstinó en hacer del licenciado D. José María Pino Suárez el vicepresidente de la República. Logró su objeto, pero los sentimientos populares comenzaron a manifestársele adversos; la obra de la “mano de hierro” comenzaba a producir sus efectos. En las discusiones de las credenciales de diputados ante el Congreso, las comisiones, enteramente sumisas proponían al gobierno o sus representantes parlamentarios dos dictámenes: uno en pro y otro en contra de cada una de las personas agraciadas por el voto público, y el gobierno escogía de entre dos dictámenes el que le parecía conveniente, sin atender más que a lo que dictaba la teoría de la “mano de hierro”. Los gobernadores de los estados eran impuestos con “mano de hierro”, y con tan pocos escrúpulos en cuanto a cualidades intelectuales y morales como antes lo hiciera el general Díaz. No siendo bastantes los rodajes de la administración, y queriendo a veces que los actos del gobierno aparecieran revestidos con el aspecto de acatamiento a la opinión pública, se acudió a formar una agrupación de carácter misterioso que excitaba a las masas populares en contra de las personas que no eran gratas a los hombres de la nueva situación, sembrando en todas partes la alarma y llevando, por fin, la convicción de que el gobierno estaba decidido a no seguir por norma de conducta las disposiciones de la ley. En los días que precedieron a la caída del Gobierno de D. Francisco I. Madero, todos, aun entre las personas de su misma familia, llegaron a tener la certeza de que no podría continuar en el mando. Y no fué, por cierto, por falta de “mano de hierro”, por más que las disposiciones de la administración fueran ilógicas y no raras veces contradictorias, pues esto no provenía de falta de resolución para hacer uso de la fuerza, sino de que la resolución era variable e incon-

sistente, cambiando de objeto y de tendencias a cada momento.

Se ha creído, asimismo, que la caída del general Huerta se debió a la acción del gobierno angloamericano, y es indudable que éste puso de su parte todos los medios para lograrla; pero los que hayan estado al tanto de los detalles de la política mexicana en aquellos días, podrán apreciar que esa acción habría sido ineficaz, que lo que debilitó al general Huerta no fué otra cosa sino el uso de la "mano de hierro" como solución de todas las dificultades. Cualquiera que sea la verdad respecto de la muerte de don Francisco I. Madero, fué ella el arma más poderosa que esgrimieron los revolucionarios en el país y en los Estados Unidos. La desaparición de diputados y senadores de la oposición orilló al gobierno a dar el golpe de Estado, con lo cual cambió los títulos que pudiera haber exhibido de legitimidad, y quitó a sus mismos partidarios la fuerza que de otro modo hubieran podido conservar. Con "mano de hierro" se quitó a los gobernadores civiles de los Estados para poner a éstos bajo la autoridad militar; con "mano de hierro" se restringió la libertad de imprenta, y era la "mano de hierro" la causa de que todo el mundo se sintiera inseguro y esperara la salvación de cualquier lado: la "mano de hierro" exigía todo género de complacencias con el ejército, y éste, enteramente desmoralizado, fué por causa de la "mano de hierro" incapaz de sostener al gobierno. Una administración que hubiera acatado las disposiciones de la ley y respetado la opinión pública, habría podido hacer frente a las dificultades creadas por el Gobierno de Washington, y habría forzado a éste, al último, a reconocerla.

Es indudable que el gobernante de México tiene que ser un hombre fuerte; pero fuerte por sus cualidades intelect-

tuales y morales que le permitan conocer las necesidades públicas, atraer a los elementos honrados que ayuden en la solución de los problemas difíciles de una reconstrucción, que permita la libre discusión de las leyes y sus reformas; pero que con mano enérgica haga cumplir las existentes, imponiéndolas al respeto de todos. Nada significa la “mano de hierro” por sí misma. Lo fundamental es la fe en la justicia y en la ciencia. Es el cerebro del estadista el que debe gobernar, y es el civismo del ciudadano el que, respetando la ley, debe mandar a la mano que la haga cumplir; pero la mano, como instrumento ciego, como símbolo de fuerza bruta, no ha hecho hasta ahora más que causar las desgracias de nuestra nación.

## VIII

EL SENADO DE LOS ESTADOS UNIDOS ES LA OBRA MAESTRA DE  
LA CONSTITUCIÓN ANGLOAMERICANA, PORQUE ES OBRA DE  
CONCILIACIÓN

EL Congreso de los Estados Unidos está compuesto de dos cámaras, como lo estaba el de los Estados al hacerse la Constitución: la cámara de representantes y la de senadores.

La experiencia ha demostrado que un solo cuerpo legislativo, y más si sale directamente de las masas populares, es peligroso para la estabilidad de la sociedad; se lanza en aventuras cuyos resultados suelen ser funestos y abrumba al país con la superabundancia de la legislación.

El mal de querer modelar a la sociedad, de reformar la naturaleza que se revela en la espontaneidad de los hechos sociales, es inherente a los que reciben del pueblo el encargo de legislar, y causa con frecuencia daños estorbando y haciendo dolorosa la marcha del pueblo.

Para evitar estos inconvenientes se ha adoptado el sistema de dos Cámaras. En cierto modo, el beneficio que de ellas espera la sociedad no es que se ayuden, sino que se estorben una a la otra, para que sólo aquellas disposicio-

nes que tienen gran fuerza, sacada de las necesidades públicas, puedan superar las resistencias después de depuradas por la crítica.

Para que esta función de contrapeso sea efectiva, se ha procurado que el origen y composición de las cámaras sea distinto: la cámara de representantes o de diputados saca en todos los países su origen en una elección popular; pero el nombramiento de la cámara alta es muy variado, teniendo en todas partes la característica de que se busca para formarla elementos conservadores, reforzados en sus tendencias por el mecanismo de composición del mismo cuerpo.

El Senado angloamericano hasta últimamente estuvo compuesto por dos senadores que nombraba cada uno de los estados, electos por la legislatura respectiva y por término de seis años; se renueva por terceras partes cada dos años, de modo que siempre hay una mayoría de dos terceras partes de individuos experimentados que asimilan a sus ideas a los recién venidos y les transmiten las tradiciones de la agrupación.

Los senadores no votan por estados, sino individualmente.

Es presidido el Senado por el vicepresidente de los Estados Unidos, o, en su ausencia, por un presidente *pro ténore* que la misma corporación elige.

El lugar, tiempo y modo de hacer la elección de senadores debe determinarse por la legislatura de cada estado; pero el congreso federal tiene el derecho de hacer o modificar las leyes sobre estos puntos, menos en lo que se refiere al lugar de la elección.

La especial manera de formar el Senado se considera como un triunfo de los constituyentes angloamericanos, porque supieron transigir el conflicto entre la Federación

y los Estados y evitar el celo de éstos unos contra otros.

Refiriéndose al senado, Bryce dice:

“Ni “El Federalista”, ni los angloamericanos en general, han creído necesario decir que esta obra maestra de los constituyentes fué en realidad mera y feliz casualidad. Ninguno en la convención de 1787 tuvo idea del Senado, tal cual resultó de sus deliberaciones. Surgió de la convención como resultado de la necesidad de “conciliar” las pretensiones encontradas de los grandes y los pequeños Estados. La concesión de una representación igual en el senado, indujo a los estados pequeños a aceptar el principio de la representación según la población en la cámara de diputados, y una serie de “transacciones” entre los abogados del poder popular, como estaba entendido en la cámara de representantes, y los del poder monárquico, tal como se dejaba en manos del presidente, condujo a formar, con los atributos y las funciones que se concedieron al Senado, lo que éste es ahora. Cuando estuvo concluida la obra que ellos realizaron casi inconscientemente, los “leaders” de la convención comprendieron sus excelencias y las defendieron con argumentos que nos producen la impresión de que estaban convencidos” (1).

Cada estado tiene dos representantes, lo mismo los más grandes que los más pequeños, en la cámara de senadores. Si en la de diputados los Estados pequeños pueden ser agobiados por el número de los votos que los otros estados suministran, en el Senado, se equilibran, y como los senadores por los Estados pequeños son más frecuentemente reelectos, adquieren por este motivo mayor peso a causa de su respetabilidad y experiencia.

El Senado es el cuerpo político en que la Federación

---

(1) Bryce-The American Commonwealth, tomo I, pág. 114.

y los Estados se unen, pues si bien cada senador es miembro del gobierno federal, también, por otra parte, es el representante de la entidad moral del Estado que lo nombró.

La gran lucha empeñada al formarse la Constitución actual consistió en que habiendo formado cada uno de los Estados, durante la época colonial, una agrupación política independiente de la de los otros y sólo subordinada al gobierno de Inglaterra, al romperse el vínculo con éste no tenían unos con otros tradiciones de unidad. Salvo el hecho de la proximidad geográfica, había entre ellas menos vínculos que los que podían existir entre diversas colonias españolas, como la Nueva España y la Capitanía general de Cuba, la Florida o Filipinas, pues entre éstas había la identidad de idioma, de religión, de origen y de leyes.

La repugnancia que cada colonia presentó, al consumarse la independencia, para prescindir de sus libertades fué tan grande, que sólo se pudo formar una confederación en que el poder central carecía de toda fuerza, y hacía temer que la anarquía prevaleciera e hiciera caer de nuevo al país en manos de una potencia extraña.

Esa resistencia continuó existiendo al formarse la Constitución federal, y de la combinación de las dos fuerzas, de la que quería establecer una autoridad central sólida, y de la que no quería que los Estados sacrificaran nada de su libertad, surgió el senado.

Todavía después de hecha la Constitución costó trabajo que los estados la ratificaran. Nueva York fué uno de los más recalcitrantes; para vencer su resistencia emprendieron una campaña de prensa los más prominentes políticos, entre los cuales descollaban Hámilton y Mádison; los artículos publicados entonces forman la colección de *El Federalista*, en donde la lógica de los razonamientos va a la par con la sobriedad y la serenidad del estilo.



Ante la fuerza de esas razones el estado cedió, como lo hicieron otros, y por esa transacción quedó formada una nación unida y grande en donde antes había trece naciones distintas y débiles.

De estas transacciones y de esta moderación es de donde siempre han resultado las más grandes obras para la felicidad de los pueblos.

Las intenciones de los constituyentes en la formación del Senado no se han realizado sino en parte. Por lo que hace al origen de la institución, o sea al poder de que dimana el nombramiento de senadores, si bien éstos continuaron hasta últimamente siendo nombrados por las legislaturas, era sólo en la apariencia, pues en realidad los miembros de esas legislaturas, que lo son de uno de los partidos políticos, aceptaron al tiempo de su elección el compromiso de votar por el candidato de su partido; y este compromiso, que en muchos Estados era un expediente extralegal, en Oregón y Nebraska obtuvo reglamentación legal, de modo que los senadores, como los diputados, son directa e igualmente electos por el pueblo o por los "wire-pullers", que se encargan de manejar a la gente y saben cómo hacerlo.

Una disposición que no parece en armonía con el espíritu que presidió la formación del senado angloamericano, es la de que los senadores no voten por Estados, siendo así que se procuró precisamente que representaran a cada uno de los Estados como entidad. Votando individualmente, se da el caso de que uno de los senadores de un estado vote en sentido opuesto del otro.

Lo que fué una idea muy feliz al constituir el Senado, lo que en realidad le permite distinguirse de la cámara de representantes y lo reviste de un gran prestigio y respetabilidad, así como también lo hace una corporación más

independiente y una garantía para la democracia, es el hecho de que los senadores duren en sus funciones seis años; es decir, un plazo mayor que el de los miembros de la legislatura que los elige, que el del gobernador del estado y que el del presidente que actúan durante la elección, y además el hecho de que el senado se renueve sólo por terceras partes, de modo que siempre hay una mayoría de hombres experimentados que sirve de guía a los nuevos. Por otra parte, las reelecciones son frecuentes en el Senado, y esto, si bien puede no gustar a los demócratas exaltados y sería un peligro tratándose del presidente, resulta en bien del país tratándose de los senadores.

La norma de conducta de ambas cámaras es la de la conciliación en sus relaciones mutuas, y año por año esa conciliación se hace indispensable al tiempo de formar los presupuestos, pues aunque la cámara de representantes tiene la facultad de iniciar las leyes sobre impuestos, el senado tiene la de enmendarlas: de allí el hecho de que el funcionamiento de acuerdo con la Constitución conduciría a un conflicto que pudiera dejar al gobierno sin recursos. Este error gravísimo ha podido hasta hoy ser inofensivo, gracias a que las dos cámaras nombran de su seno comisiones que se entiendan sobre las diferencias y que lleguen a una transacción.

## IX

### EL SENADO Y EL EJECUTIVO

CONFORME a la Constitución, el Senado participa de las funciones del poder ejecutivo en dos formas importantes: la aprobación de los tratados internacionales y el nombramiento de los empleados federales; pues aun cuando estas dos funciones corresponde al presidente la iniciativa, se requiere la aprobación de aquel cuerpo.

La primera de esas facultades llama la atención de los políticos europeos, porque haciendo lento el procedimiento impide aprovechar las oportunidades que pueden y suelen presentarse al tratar con otros países, y hace a éstos desconfiar de celebrar un convenio que puede no ser aprobado.

Los inconvenientes de este sistema no se han hecho hasta hoy ostensibles, por la poca complicación de los negocios que se tramitan por la cancillería angloamericana, pues los Estados Unidos se han contentado hasta hace poco tiempo con la preponderancia en el nuevo continente; pero a un nuevo orden de cosas debe indudablemente corresponder una modificación constitucional o una transacción que establezca entre el ejecutivo y el Senado un método expedito.

El mayor de los males que el sistema presenta y se hace palpable hasta ahora, es que el senado suele aprovechar su poder en la aprobación o reprobación de los tratados internacionales como arma de partido, para desacreditar ante la opinión pública al presidente, sobre el cual cae la censura de la no aprobación, pues el pueblo, poco conocedor de las materias internacionales, supone naturalmente que el Senado tendría muy graves razones para rechazar el convenio.

La intervención del Senado en los nombramientos de empleados, ha traído por consecuencia que el presidente consienta en que los senadores nombren, por su parte, ciertos empleados federales, principalmente los del Estado por el que fueron nombrados, para que de ese modo puedan hacer valer en él su influencia política. Con esta concesión, el presidente ha conseguido que se le reserve otro lote de empleos, suficiente asimismo para ayudar a sus amigos políticos y conservar su influencia en el país. (1). Este punto se considera tan importante, que el reciente intento del presidente Wilson para emanciparse de la tradición aprovechando su grande influencia en el senado, encontró allí la oposición universal.

Se ve que de esta manera, si bien la armonía entre los poderes se conserva, ni la moral ni los intereses públicos salen ganando a veces.

Cuando se busca la causa de que el Senado haya llegado a conquistarse mayor respeto que los otros poderes políticos en los Estados Unidos, y de que a pesar de los inconvenientes anotados haya conseguido desempeñar el papel que le corresponde, se ve que no se debe esto a la circunstancia de que dimanó de las legislaturas de los Esta-

---

(1) Bryce, obra citada, tomo I, pág. 60.

dos ni de representar a éstos en su carácter de unidades políticas independientes del pueblo de los Estados Unidos en general, pues en realidad es el pueblo el que aun antes de la última reforma se había apoderado de la elección y los senadores no votan por Estados.

Las ventajas que este cuerpo presenta dimanar, en primer lugar, del plazo de la elección.

El mayor término de las funciones del senador, hace que éste tenga más tiempo para amaestrarse en los asuntos públicos.

El menor número de senadores hace que los discursos que se pronuncian sean menos efectistas y más sólidos: los senadores se cuidan más de estudiar sus asuntos que de impresionar a su auditorio, y como tienen que ocuparse de los mismos negocios que la cámara de representantes y es menor el número entre los que se divide el trabajo, éste tiene que ser más activo.

Así, pues, lo que constituye la ventaja y superioridad del Senado es precisamente aquello que lo aleja del estrépito de la democracia: la mayor duración de la función, el menor número de individuos, el espíritu de tradición y la ausencia o pequeña dosis de oratoria y declamación.

La respetabilidad de la cámara de senadores, naturalmente, se resiente de los escándalos originados por abusos, concusiones y cohechos, que a veces llegan al conocimiento del público exaltando la opinión, y este mal parece ir en aumento y amenaza con los más serios trastornos (1).

---

(1) Bryce, obra y tomo citados, pág. 122.



## X

### LA CÁMARA DE REPRESENTANTES.—UNA CONSTITUCIÓN DEBE REFLEJAR FIELMENTE EL ESTADO SOCIAL

LA cámara de diputados o de representantes representa a la nación, no bajo el aspecto de reunión de Estados, como el Senado, sino bajo el de reunión de individuos, y el número de diputados es proporcional a la población; por lo tanto varía mucho en cada estado.

La Constitución en su artículo primero, sección segunda, párrafo tercero, establecía: “La representación y la contribución directa serán divididas proporcionalmente entre los diversos estados que formen esta unión, según el número de los habitantes respectivos, que se determinará agregando al total de personas libres, entre las que se cuentan los obligados a servir por un término de años y excluyendo a los indios que no paguen contribución, tres quintos de todas las otras personas.”

Con la última frase se quiso aludir a los esclavos, pues la Constitución no tiene en ninguna parte la palabra “esclavitud”.

No hay en ella disposición alguna relativa a la capacidad para votar ni a la reglamentación de las elecciones, de manera que esos asuntos competen a las legislaturas de cada Estado.

La falta de disposiciones sobre esos puntos fué debida a la necesidad de respetar la independencia de cada Estado, cuya susceptibilidad se alarmaba aun con la sombra de una invasión; por más que la omisión de la carta en ese punto diera a la representación popular en la cámara un aspecto variable para cada entidad federativa.

Después de la guerra separatista, la constitución quedó modificada por la enmienda XIV, la cual establecía la libertad e igualdad política de los negros; pero como no correspondía más que a los Estados legislar sobre las cualidades para ejercer el voto, y en esto los del Norte no querían adoptar una medida que, por herir a los del Sur, viniera a lastimarlos a ellos mismos restringiendo la soberanía de los Estados, se estableció que el número de representantes sería proporcional al de los habitantes todos, con excepción de los indios no contribuyentes; pero cuando se quitara o se limitara el derecho de votar a algún habitante varón mayor de veintidós años, excepto por participación en rebelión u otros crímenes, la base de la representación del Estado que tuviera tal disminución se reduciría proporcionalmente.

A la vez se incapacitó para tomar parte en cualquier cargo o empleo público y para ejercer el voto a los que se habían rebelado contra la unión, con lo que se hería de incapacidad a los elementos más activos en política de los Estados del Sur.

Esa enmienda constitucional difiere por completo del espíritu que encarna en las disposiciones primitivas del pacto federativo, pues en tanto que éstas se caracterizan por su naturaleza conciliadora, aquélla revela el deseo de castigar y el de imponer la voluntad del vencedor sobre el vencido.

La idea fundamental de la constitución fué consolidar



por una ley respetable las tradiciones del pueblo en materia política, formando con ellas derechos, y hacer extensivas esas tradiciones al nuevo cuerpo social que formó la unión angloamericana. Toda tendencia a realizar ideales de filosofía abstracta fué desechada por un espíritu a la vez práctico y sincero. La filosofía y el ideal humano exigían que se aboliera la esclavitud; pero la realidad de la esclavitud estaba allí, y mientras en el mundo de los hechos existiera, la constitución, que era la consecuencia práctica y necesaria de los hechos, no debía de cerrar los ojos para ir a chocar contra ellos.

Si los constituyentes se hubieran obstinado entonces, como algunos lo querían, en la declaración de libertad de todos los habitantes, la unión habría sido imposible, pues los estados esclavistas jamás habrían ratificado la carta federal.

El ideal tenía que quedar confinado al campo de la propaganda filosófica y humanitaria.



## XI

### LA INTOLERANCIA DE UN MOMENTO CREÓ MALES QUE HASTA LA FECHA NO HAN PODIDO REMEDIARSE

LA suerte de la guerra dió a los del Norte la victoria, y no supieron refrenar su orgullo de vencedores.

Si Lincoln hubiera vivido, habría tal vez sabido conducir el movimiento de reconstrucción del Sur con el espíritu conciliador de que dió tantas pruebas; pero la bala del homicida que lo privó de la vida fué causa de que el Sur sufriera todos los males de que aún no acaba de reponerse.

La enmienda XIV de la Constitución angloamericana y sus consecuencias para la riqueza y felicidad de los estados del Sur, y por tanto también para toda la Unión, es asunto que merece detenido estudio, porque presenta lecciones dignas de ser tomadas en cuenta por toda la América española.

Al decretarse la enmienda, los elementos políticos del Sur quedaron divididos en tres partes: primera, los blancos que no habían tenido participación en la guerra, que eran poquísimos y, naturalmente, los menos enérgicos y capaces; segunda, los negros que entraron sin preparación ninguna al pleno ejercicio de los derechos políticos;

tercera, los políticos aventureros del Norte, que vieron un medio de enriquecerse en las condiciones anómalas del país y que las aprovecharon despiadadamente.

Estos últimos organizaron a los negros para la acción política, y por medio de ellos y debido a la incapacidad de que quedaron heridos los blancos, se apoderaron de los puestos públicos de importancia, se hicieron pagar sueldos magníficos y manejaron los fondos públicos sin escrúpulo, cometiendo impunemente todo género de fraudes, como que aun los tribunales eran manejados por aquellos ladrones políticos.

En la Carolina del Norte se apoderaron de catorce millones de dólares para la construcción de un ferrocarril que nunca se empezó; en Alabama, la deuda subió de ocho millones trescientos cincuenta y seis mil dólares, a veinticinco millones quinientos tres mil; en Missisipi, la contribución sobre la tierra se aumentó en catorce tantos; en la Carolina del Sur, la deuda subió de cinco millones cuatrocientos siete mil dólares a diez y ocho millones quinientos quince mil, y el gobernador aumentó su fortuna vendiendo el perdón de los criminales, habiendo concedido esos perdones a cuatrocientos cincuenta y siete condenados; en Luisiana la deuda aumentó en cincuenta y cuatro millones de dólares, que fueron a parar a la bolsa de los políticos, que a nombre de la filantropía y de la igualdad para los negros, se habían apoderado de la situación.

Los negros, sin instrucción alguna y sin propiedades, nada tenían que perder con toda aquella orgía, y sí mucho que ganar.

Por su parte el elemento blanco de la población, aunque casi totalmente despojado de los derechos políticos, no podía resignarse a permanecer inactivo; y quedándole cerradas las puertas de la legalidad, se dió a terribles repre-

salías, mediante una especie de sociedad secreta llamada "Ku-Klux-Klan", que se cree fué la responsable de los delitos cometidos contra los negros y sus simpatizadores políticos; ni las leyes penales, ni la presencia de las tropas federales, ni los jueces, fueron capaces de evitar las palizas, los incendios y los asesinatos de que eran víctimas los negros.

Estos actos de represalia de parte de los propietarios blancos, fueron luego seguidos por una actividad más práctica, encaminada a evitar de hecho y por todos los medios imaginables que los negros votaran; unas veces se hacían funciones de circo que los distrajera a la hora de la elección; otras veces les compraban la abstención de votar (pues el negro no consiente en votar por un candidato demócrata), o, finalmente, se acudía a las amenazas y aun a las vías de hecho.

Como la enmienda XIV establece que el número de representantes de un Estado disminuirá en caso de que se suprima en él el voto para los habitantes de más de veintún años, los estados del Sur no han establecido la limitación del voto a los negros, para no ver mermada su representación en el Congreso; pero como por otra parte, tienen que acudir al fraude y a la violencia para evitar que vuelvan los negros, ignorantes y sin propiedades, a servir de instrumentos para que políticos sin pudor se apoderen del gobierno, ese fraude y esa violencia han llegado a formar un gravísimo aspecto de la vida política del Sur, y a traer consigo todo el séquito de males morales en el carácter y en la felicidad del pueblo de los Estados (1).

Las relaciones entre el negro y el blanco durante la servidumbre eran las que imponía la intimidación de la familia,

---

(1) Bryce, tomo II, pág. 530.

que creaba la mutua benevolencia; y después de la emancipación, esa inteligencia pudo perpetuarse, a no ser por la enmienda XIV que produjo el antagonismo y el odio que hoy está en el fondo de lo que, en los Estados Unidos, se llama el "problema negro".

Los negros no se resignaron pasivamente a perder sus derechos políticos; lucharon con la tenacidad que era natural, por ver en ellos el símbolo de su emancipación; y en esto han demostrado la superioridad política que tienen sobre el indio, a quien hasta ahora no se ha podido sacar de su indiferencia por las elecciones de funcionarios públicos.

La lucha política, degenerando en fraude y en violencia y culminando en el odio de los blancos que se manifiesta hacia los negros en la ferocidad con que se les aplica la ley Lynch; el aumento de la deuda pública de los Estados del Sur; la miseria de su agricultura y la depresión del nivel moral: tales fueron las consecuencias de un acto legislativo dictado, no por el patriotismo ni por un sabio espíritu de conciliación, sino por el orgullo de los vencedores, que quisieron ver en sus conciudadanos un grupo de conquistados, sin pensar que esos conquistados formaban parte de una nación común.

El llamado derecho de conquista no es más que un crimen, que deprime al conquistado y degrada al conquistador. Hasta ahora ha solido engañar ese supuesto derecho con las ventajas personales que obtienen los vencedores sobre un pueblo extranjero; pero aplicado a individuos de una misma nación, es lo mismo que si se creara un derecho de debilitar a la propia patria. Las conquistas, malas siempre ante los ojos de la moral actual, se justifican y aun se aplauden ante el espíritu nacionalista, cuando aumentan nuevos elementos a los que ya existen en la na-

ción; pero ni siquiera renen ni pueden tener ese nombre cuando sirven para nulificar el valor de los conciudadanos, para robar y para destruir lo existente dentro del propio país, o para borrar en él los sentimientos de justicia que son la verdadera guía para la prosperidad. Eso no es conquista; eso es sencillamente un crimen de lesa patria.





## XII

### EL REMEDIO RADICA EN LA VERDAD Y EN LA TOLERANCIA

Las tradiciones de la vida política de los Estados Unidos, no han podido menos que llamar fuertemente la atención sobre las circunstancias que prevalecen en el Sur, y, naturalmente, se ha buscado el remedio.

A veces se ha propuesto derogar la enmienda XIV y dejar que cada Estado legisle como le parezca conveniente en materia de elecciones, volviendo al amplio espíritu de conciliación de los constituyentes, que es el único que permite reflejar la realidad social; pero una vez cometido un error, cuando de ese error ha participado un considerable grupo social, se convierte en dogma intangible, y los que lo atacan son considerados como sismáticos exaltados y peligrosos. La enmienda, pues, ha subsistido.

En 1890, se propuso una ley más de acuerdo con el espíritu intransigente de los autores de aquélla, pues consistía en proteger a los votantes negros por medio de empleados federales que vigilaran la elección, auxiliados por las fuerzas federales. En realidad esta ley no era sino el cumplimiento de la enmienda; pero el espíritu conciliador prevaleció en esta ocasión, cuando los sentimientos inconsiderados del conquistador ya no privaban; y la ley no pasó.

Los mismos Estados del Sur hacen esfuerzos por salir de esa ilegalidad que pesa sobre toda su vida social.

En el mismo año de 1890, Missisipí modificó su Constitución estableciendo que sólo tienen derecho de votar aquellas personas que llenan ciertos requisitos de pago de contribuciones y de instrucción; con lo cual quedaron excluidos prácticamente los negros en su gran mayoría. Este ejemplo fué seguido por los otros Estados surianos, y con esto se ha dado un gran paso, pues ni se pone en peligro al Estado de que los hombres sin cultura y sin intereses dispongan de la riqueza pública, ni se acude a fraudes ni a violencias para quebrantar una ley en contradicción con la realidad.

El efecto de este paso en pro de la verdad fué muy bueno, y debería servir de perpetuo ejemplo contra las doctrinas demagógicas y las declamaciones revolucionarias.

El negro comprendió que no podía ya esperar beneficios mayores que los que él supiera conquistarse y merecer; por otra parte, el mismo rigor desplegado con él, no ya en las injusticias con él cometidas, sino en la aplicación estricta de las leyes penales, sin atenuaciones ningunas, que debía siempre de tener por parte de los blancos y de sus tribunales, aumentó en él el sentimiento de responsabilidad, base de la previsión y del perfeccionamiento moral.

Esos resultados se muestran en el hecho de que los negros se han empeñado en conseguir el voto por medio de la instrucción y del mejoramiento económico. En la época de la emancipación, sólo un diez por ciento o menos de los negros sabía leer y escribir; en 1900, esa proporción había subido a 52.6 por ciento; más de veintidos mil eran maestros de escuelas y colegios; más de quince mil eran

ministros religiosos; más de mil setecientos, médicos y cirujanos, y más de setecientos abogados. Se publican unos doscientos diarios y varias revistas semanarias y mensuales por los mismos negros.

En el mismo año de 1900, eran propietarios en los Estados del Sur, de ciento setenta y tres mil trescientas cincuenta y dos fincas de campo, y cultivaban como dueños o arrendatarios setecientas cuarenta y seis mil setecientas diez y siete. El valor de sus propiedades en 1910, era estimado entre cuatrocientos y quinientos millones de dólares. En 1909, había cincuenta bancos de negros.

La ley de diferenciación, que preside todo progreso, se ha realizado entre ellos, y en tanto que al consumarse la emancipación todos eran iguales, hoy las naturales y variadas aptitudes han creado diferencias que se extienden, desde el negro de alta cultura que ha sabido conquistar, si no la admisión bajo un pie de igualdad en la sociedad con los blancos, al menos la estimación de éstos, hasta el negro pobre y abyecto que no ha sabido aprovechar las ventajas de la instrucción.

El problema del negro no se ha resuelto todavía, aun cuando presente parciales atenuaciones la fricción entre las dos razas. Los blancos se resisten siempre a ser gobernados por los negros o a mezclarse con ellos en la sociedad: esto sigue sosteniendo la animosidad; mas un negro, que llegó a merecer honores excepcionales para los de su clase por su saber y filantropía, ha dado a los suyos el consejo,—enteramente en desacuerdo con la demagogia, pero que, de ser observado, traerá de un modo pacífico mayor bien para su raza y para la nación angloamericana,— de que esperen resignados, que no apelen a la fuerza, que no procuren poner en acción a las autoridades con quejas que, o no serán atendidas, o, si lo son, provo-

carán mayores antagonismos; que atiendan a procurarse el bienestar económico, no porque se considere que los derechos políticos no son esenciales, sino porque cree que su raza, sin olvidarse nunca de ellos, debe adquirirlos por medio de la fuerza económica, intelectual y moral. Este negro eminente, ahora de una justa reputación mundial; fué el doctor Booker Washington.

El simple hecho de que entre los individuos de raza de color haya aparecido un hombre capaz de comprender el valor de las ideas conciliadoras y evolutivas, es una prueba de lo que puede llegar a ser la raza hoy desdeñada en los Estados Unidos.

## XII

### LA MENTIRA COMO ENFERMEDAD SOCIAL Y COMO OBSTÁCULO PARA LA TRANSACCIÓN Y LA MARCHA DE LOS PUEBLOS

**P**OR muchas que sean las diferencias entre el problema del negro en los Estados Unidos y el del indio en varias naciones hispanoamericanas, y muy especialmente en México, no por eso deja de sugerir el estudio del período de reconstrucción de los estados separatistas, después de la guerra civil, un paralelismo en el proceso histórico del fenómeno consistente en introducir al negro en las prácticas democráticas, sin la debida preparación, y el del poder político que ha querido atribuirse al indio en las naciones americanas de origen español.

Más adelante trataré con extensión este asunto, limitándome por ahora a algunas observaciones generales.

Es sumamente difícil explicar por qué en los Estados Unidos el negro camina hacia su perfeccionamiento, aun cuando sea con lentitud,— en tanto que en México el indio pierde cada vez más terreno en lo económico, en lo intelectual y en lo moral, coincidiendo este retroceso con la adopción de los ideales más altos en el campo legislativo y en la política teórica. ¿Cómo es que las pocas ventajas que se habían ya conquistado prácticamente en beneficio de la

raza originaria, se perdieron y fueron sustituidas con meras palabras?

Repito que en otro lugar me ocuparé en detalle en contestar a esta pregunta; mas debo apuntar aquí algo que comprende todo el aspecto social de México; pero que es principalmente sugerido por el problema de los indios, porque formando ellos una parte considerable de la población en los países hispanoamericanos, se crea en estos una situación que tienden a ocultar, por su afán de no aparecer retardados en el progreso general.

La naturaleza del mal lo hace invisible para la vista gorda del demagogo, y el mismo sociólogo habría sido incapaz de descubririlo y explicarlo, antes de que la ciencia social hubiera sido dotada con un nuevo método de investigación, que en esta vez, como cuando se formó la doctrina evolutiva, viene del campo de la biología; ese nuevo método se debe a Pasteur y consiste en buscar el verdadero origen de los males, lo mismo se trate de un cuerpo animal como de un cuerpo social, en causas pequeñísimas, microbios que aun el microscopio no nos permitiría distinguir si no fuera ayudado con especiales auxilios.

Siendo imposible reproducir aquí el gran número de reflexiones que cada uno de los hechos de nuestra historia sugiere, en apoyo de la proposición que voy a avanzar, me conformaré con presentarla y aducir algunos de sus comprobante.

El mal que ha echado a perder toda nuestra vida social, el microbio que ha estado debilitando nuestro organismo, y que si no lo atacamos debidamente acabará por matar a México, es la mentira.

Muchos tal vez reirán de esta conclusión anunciada con toda formalidad, porque desgraciadamente nosotros hemos acabado por no darle importancia a esa enfermedad, por

bromear con ella, por tomarla a la ligera; podemos en el seno de la confianza y en un rato de buen humor, decirle a un amigo que miente, y él ríe y ríen todos los que nos escuchan.

En los Estados Unidos, la palabra "mentira" no puede usarse en broma, como en México también hay palabras que no pueden usarse en broma, porque hieren siempre en el fondo de la susceptibilidad. Esta susceptibilidad anglo-americana, importada de Inglaterra, por la palabra "mentira" simboliza un gran paso moral en la elevación del carácter. No es que el angloamericano o el inglés no suelen mentir; es que tienen el concepto de que la mentira es la peor de las degradaciones, y si incurren en ella, no pueden soportar que los otros se aperciban de que abrigan esa asquerosa corrupción. La conformidad de nuestras palabras con la realidad, es el valor supremo; es la exaltación de nuestro ser sobre todo los obstáculos acumulados por el convencionalismo de los siglos. Es necesario sentirse muy alto y muy fuerte para adoptar la verdad como línea de conducta; pero al mismo tiempo, la verdad impide que nuestro orgullo nos corrompa, porque nos pone sin cesar en presencia de la realidad, que es el mundo entero que nos condiciona y nos limita, y nos produce la sensación de que somos átomos en todo aquello que no toca a nuestra dignidad.

Por eso el valor de decir la verdad es el valor supremo del hombre, porque revela en él la audacia de oponer su juicio al universo entero; pero principalmente, porque se opone al ser inferior que existe aun en el fondo de los más grandes caracteres, y que atrae y domina siempre que no tiene frente a sí la fuerza superior de esa verdad. Empezar decididamente la lucha con ese ser íntimo es lo que da temple a los grandes espíritus; es lo que hizo dueño a

Rousseau del pensamiento de su siglo, a pesar de sus graves errores sobre el hombre y la sociedad. Todo el secreto de su triunfo estuvo en que fué fiel al lema de su existencia: "Vitam impendere vero."

Nosotros nunca transigimos, porque la transacción refleja la verdad en el conflicto de las actividades y de los derechos.

La historia de México no presenta un sólo caso de transacción con los principios y los intereses sociales; presenta infinidad de casos de componendas personales. En la lucha por los principios lo primero que se siente es la necesidad de la transacción, porque los principios son fuerzas de una sociedad, y nunca en el orden de la naturaleza se da el caso de que una energía obre entre otras muchas, sino es en el sentido de la resultante. Una transacción no es más que una resultante.

La obra magna de la filosofía del siglo XIX es, indudablemente, "Los primeros principios", de Hérbert Spéncer. Es ella una suma de los conocimientos humanos, de la realidad de la naturaleza tal como apareció a los ojos del sabio de aquel siglo. El método por el cual logra el célebre filósofo inglés presentar esa realidad y llegar a formular el principio filosófico que sirve de explicación suprema para todos los fenómenos de la naturaleza física, mental y social, consiste en tomar las proposiciones opuestas y conciliarlas, hasta reducirlas a formas variadas de la misma verdad. Ya antes Hégel había presentado su célebre doctrina de que la tesis y la antítesis se concilian en la síntesis.

Los políticos hispanoamericanos, y sobre todo los demagogos, pueden reír en buena hora de estas ideas filosóficas; pero cuando hayan acabado de reír advertirán, si tienen tanto patriotismo como buen humor, que esas doctrinas no fueron inventadas por los mencionados filósofos.



que si ellos llegaron a prestar valiosos servicios a la humanidad, fué sólo porque observaron con gran atención la realidad de las cosas y la reflejaron en sus obras; y advertirán también que los pueblos que han llegado a trazar honda huella en la historia por su poder, han obrado de acuerdo con la ley de la conciliación, aun antes de que fuera formulada por los sabios.

#### LA MENTIRA DEL SISTEMA FEDERAL EN MÉXICO

No puede darse mejor ejemplo de lo poco que nuestros legisladores respetaron las tradiciones mexicanas, que el de haber declarado a México una república federal.

Los Estados Unidos formaban al tiempo de su independencia un grupo de Estados soberanos en realidad, que no tenían más vínculos que el haber realizado una empresa común en su lucha contra Inglaterra; pero acabada ésta, cada uno tendió a conservar su soberanía. En consecuencia, el haber llegado primero a la confederación y después a la federación, equivalió a dar dos importantísimos pasos en la formación de una nación unida y fuerte, tal como era el desideratum de sus grandes patriotas.

En México, el haber formado de una nación unida una federación, fué un paso de irreparable trascendencia hacia la desunión.

Dos causas produjeron este mal:

Una fué la funesta imitación de lo que hacen los Estados Unidos, sin discernir por qué lo hacen y si nos viene bien. En este caso, esa imitación se impuso por encima aun de las ideas de la revolución francesa que tanta influencia tuvieron sobre nuestros políticos. Durante la revolución francesa era guillotinado el que hablaba de fe-

deralismo; como que Francia tiene bien cimentado el sentimiento de nacionalidad y percibe las ventajas de la unidad para la defensa; pero nuestros demagogos en esta vez abandonaron sus ideales jacobinos, por una tendencia irresistible a escoger lo peor.

La otra causa que produjo la federación en México fué la conveniencia para el partido liberal de halagar el caciquismo local, para atraer a su bandera a los hombres influyentes de cada departamento, y hacer de éstos otros tantos centros de defensa y de ataque contra el gobierno nacional. Era un medio de que triunfara el grupo, aunque se debilitara la nación.

Como obra de ficción y de mentira, el federalismo en México no podía menos de ser una fuente de males.

Cuando la soberanía de los estados ha sido realmente respetada, no ha servido más que para fomentar revoluciones y trastornos; y cuando no, sólo ha sido una farsa en que el presidente, nombrando subrepticamente a los gobernadores, tiene que entrar con ellos en todo género de complicidades sin responsabilidad ninguna legal, y los escoge entre lo peor que hay disponible en la masa de los políticos para evitarse competidores.

El primero de los males que causó la federación fué el haber proporcionado a Texas el motivo legal para declarar su independencia, cuando en uno de tantos malogrados intentos de reconstruir la unidad nacional por medio de la república central, Texas aprovechó la ficción de la soberanía que no había jamás existido. En esa época se discutía en los Estados Unidos si la federación era sólo un contrato que dejaba en libertad a los estados para reasumir su soberanía cuando se vieran atacados por algún acto del gobierno federal, tal como lo sostenía Hayne, o si, por el contrario, toda tendencia a separarse debía ser

considerada como un acto de traición, según la opinión de Wébster y del presidente Jackson, quien a pesar de profesar esa doctrina para su país y haberla sostenido con gran energía en contra de la Carolina del Sur, no tuvo embarazo alguno en reconocer el derecho de los texanos para declararse independiente de México, no obstante que en ese caso la soberanía de Texas no había sido más que una ficción. En el criterio de ese presidente, lo que era traición desde la Luisiana hasta el Norte era virtud al Sur, como habría dicho Pascal.

Hasta hoy no hemos obtenido de la mentira federal más que debilidad en el exterior, ostensible en la guerra con los Estados Unidos y con Francia, en que algunos de los estados se negaron a contribuir a la defensa, o abiertamente se rebelaron contra el gobierno; y una trama infinitamente complicada de fraudes y complicidades, cuando se ha querido dar al gobierno la unidad y la fuerza que es indispensable.

Habiendo en la población indígena ignorante una materia prima muy copiosa para intrigas y revoluciones, los políticos de todos los lugares pueden abrigar ambiciones muy realizables bajo el sistema federal. Tal es la razón de que éste haya prosperado; pero una vez que el agitador llega al poder, comienza a emplear todas sus energías en acabar con esas soberanías locales que le sirvieron de escalón. En esta tela de Penélope hemos gastado lo mejor de nuestras energías.

#### LA MENTIRA Y EL VOTO UNIVERSAL

Por virtud de una disposición del Congreso se declaró la igualdad política en todos los mexicanos. Aun cuando

en el orden real saltara a la vista una diferencia enorme. el legislador quiso ignorarla, pues el reconocerla lo habría conducido a la labor práctica, pero difícil, de investigar y remediar las miserias del bajo pueblo y los difícilísimos problemas de la cultura del indio; era mucho más fácil producir la igualdad por medio de un decreto. Así entraron prontamente a gobernar a México dos millones de habitantes que no hablan la lengua española, y que por lo mismo no han leído la Constitución, que no ha sido traducida a los idiomas indígenas; y entraron, no a gobernar, sino a influir indirecta y siniestramente en el gobierno del país, el noventa y tres por ciento de analfabetos que allí existen. Ni el gobierno ni los políticos tuvieron interés en la cultura de aquellas gentes. ¿Para qué, si legalmente eran iguales y podía utilizárseles así para propósitos electorales, o bien por el gobierno que los maneja con los gendarmes, o bien por el clero que aprovecha su fanatismo, o por el demagogo que los adula y los excita? La transacción era inútil; el rigor de los principios y la lógica de los políticos no debían ser flexibles: todos los ciudadanos mayores de veintiún años debían de votar.

Y no hubo transacción; lo que hubo fué una mentira más.

La verdad era que una clase, la más numerosa de México, no sólo no era igual en cultura a la otra, sino que sumida en la más absoluta miseria económica, intelectual y moral, con pasmosa indiferencia para la política propiamente dicha, demuestra esa desigualdad sirviendo alternativamente de instrumento a las facciones revolucionarias o a los gobiernos despóticos; y por no haberse tenido el valor de afrontar la verdad respecto a nuestros indios, tal como antes era reconocida y como se reconoce en los Estados Unidos, se abrió la puerta a todos los males del

despotismo: los gobiernos y los demagogos comprendieron desde luego la ventaja que aquella mentira les proporcionaba, y se han dado a formar un mecanismo en que hombres, naturalmente sin honradez ninguna, en mutua complicidad, desde el presidente de la república hasta el juez de paz y el gendarme, y desde el jefe de un partido hasta el último cabecilla, se han asegurado la recíproca irresponsabilidad para perpetuarse en el poder y extorsionar a los demás; o se han construido una bandera que excita en el interior a las masas y en el exterior desfigura la vida nacional y atrae la simpatía de los que ignoran lo que hay en nuestra idiosincrasia hacia los explotadores de nuestros males.

El voto público en México ejercido por el noventa y tres por ciento de iliteratos, es así efecto de la coacción material del gobierno o de la coacción moral del clero, que por virtud de la mentira constitucional han venido a ser las únicas fuerzas realmente disponibles en tiempo de paz; pero la paz no se obtiene sino mediante la inteligencia de esos dos poderes, y como las leyes han sido dictadas con el propósito de recluir a la Iglesia a su misión espiritual, la inteligencia entre el gobierno y la iglesia católica sólo ha podido sostenerse mediante el disimulo para con las infracciones legales y la complicidad con fraude de la ley a cambio del soporte moral. De ese modo la mentira en México ha ido esparciéndose, difundiéndose como una carcoma por todo el edificio social, hasta encontrar lugar en las cumbres mismas de donde debían irradiar la justicia y la moral.

## LA MENTIRA COMO CAUSA DE QUE EN MÉXICO NO HAYA PARTIDOS POLÍTICOS

Los partidos políticos son en México, o un pasatiempo que halaga la vanidad de alguno, o una farsa criminal que ha tenido por objeto dar la apariencia de la democracia al despotismo y hacer al déspota más irresponsable.

Pero los partidos como fuerza que obra en el funcionamiento legal de la política, hasta hoy no han existido en México. Los grupos de individuos que han aspirado al poder han formado una bandera, inspirándose al acaso entre el inmenso acervo de los males nacionales para formar las frases candentes de su grito de guerra, y han ido a predicar el levantamiento de las masas, que sólo ante la perspectiva de la lucha salvaje salen de su apatía; y de ese modo ha llegado a ser ley de la historia en México, que sólo por medio de las revoluciones se logra derrocar a un grupo que se ha apoderado del gobierno, y que cualquier perturbador puede crear la anarquía y la disolución en México, o en cualquiera otro país de población indígena ignorante, con sólo proporcionar armas a los descontentos, que no faltan en ninguna parte.

Ya se ve cómo ha venido trabajando por mucho tiempo en nuestra sociedad ese microbio de la mentira diaria, asentada en el centro cerebral de nuestro gobierno e irradiando de allí hasta la periferia de todo nuestro organismo.

Nosotros no necesitamos transigir nunca, porque nunca tenemos para qué ver la realidad. En lugar de estudiar y conocer los hechos variadísimos de nuestra sociedad, labor difícil y paciente, tomamos un libro europeo que podemos

leer en unas cuantas horas y que nos proporciona combustible para la imaginación, argumentos para la contienda y alimento para la vanidad.

Tomamos los principios en toda la pureza de la concepción abstracta, tales como más han herido nuestra imaginación, porque queremos ir a la cabeza en todo. Francia y los Estados Unidos son nuestros modelos; pero nunca nos contentamos con imitarlos, siempre queremos superarlos; y si hay algo en esas dos naciones que no esté de acuerdo con lo absoluto, nosotros lo decretamos ya con esa conformidad. Nada de transacciones. ¡Es tan fácil decretar el progreso, y la justicia, y la felicidad, que verdaderamente se necesita ser un malvado para no hacerlo!

Nuestros decretos harían creer que vivimos en el cielo, pero la realidad está demostrando que los tropiezos incessantes nos hacen vivir en medio de tormentos y miserias.

Cada uno de nosotros tiene una receta infalible para los males sociales, una panacea que no dejará subsistir uno sólo de nuestros padecimientos, y no transigimos; queremos aplicar la receta. Si no da resultado después de que hemos tenido ocasión de aplicarla, es siempre culpa de la perversidad excepcional de los enemigos del pueblo.

Y no ha sido este sólo el criterio de los revolucionarios en toda nuestra historia; ha sido el del gobierno, que nunca ha consentido en el desdoro de una transacción.

#### LA MENTIRA EN LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA

La adopción de un sistema en la filosofía y en la enseñanza habría traído consigo la creación de un sistema en el gobierno. Un sistema obliga siempre a armonizar los conceptos. Los intereses sociales nunca pueden aparecer

en su tendencia armónica a los ojos del político empírico y vulgar. Nosotros nunca hemos adoptado un sistema filosófico. La reforma de la enseñanza en la época de Juárez, más parece un acto de "snobismo" que un acto seriamente meditado; se introdujo parte de la filosofía de Compte, pero no su sistema; tal vez era ella la más inadecuada; pero era lo que más rudamente chocaba contra las ideas sociales, y esto era ya un título para los reformadores, aun cuando no se introdujera sistema alguno, ni satisficiera nuestras necesidades ni, por lo mismo, fuera aquella instrucción de verdad y nos condujera a lo que todos estamos viendo: la pobreza literaria y científica. Pero había que no transigir.

Después se trató de reformar la instrucción primaria: se introdujo el método más avanzado de que se tuvo noticia, sin saber si los maestros estaban preparados para seguirlo ni si el Estado podía costearlo. Los maestros hacían como que lo enseñaban, y el Estado para pagarlos redujo el número de escuelas a la vez que decretaba la enseñanza obligatoria. Aquello resultó una mentira, que echó a perder dos generaciones y produjo la mayor decadencia literaria y científica; pero el gobierno tenía que ser intransigente con la pureza de los principios, y antes que transigir dejó que la aplicación de los métodos fuera una farsa, y erigió en principio para justificar su fracaso que el indio, sin distinción de razas, es incapaz de asimilarse la cultura moderna.

La enseñanza de la historia, que tan fundamental se considera en todo país para fomentar el amor a la patria, para que cada ciudadano sepa los lazos que le ligan con las generaciones pasadas y se forme en él ese sentimiento hacia su país, de reconocimiento a los que le precedieron en la lucha por la cultura y de respeto por todo lo grande



que en la nación se ha producido, en México ha hecho una completa bancarrota. El espíritu de partido se apoderó de la historia desde un principio. Los liberales, que más rudamente habían combatido la dominación española, se entregaron sin escrúpulo a desfigurar todo lo hecho por la administración colonial y anatematizarlo sin distinción de personas ni de instituciones; y el partido llamado conservador, aun cuando ensalzaba a sus héroes propios, coincidía en su aversión por España, o no se atrevía sino rara vez a hacer público su reconocimiento hacia la metrópoli para que no se le tachara de antipatriota. De ese modo, por convenio tácito, los manuales de las escuelas únicamente dicen que el gobierno español fué tiránico e ignorante, que los virreyes fueron explotadores sin conciencia y las leyes de Indias una colección de disposiciones inaplicables e inaplicadas.

Falseada así la historia, fué necesario para sostener la mentira cerrar la puerta a las fuentes de información y de verdad; de ese modo hemos acabado por ignorar lo que fuimos, por no tener lealtad ninguna hacia nuestras tradiciones, costumbres y leyes, por sentirnos desligados de todo arraigo en el pasado, y flotando, por lo mismo, a merced de las doctrinas más audaces y anárquicas.

No sentimos curiosidad ninguna por saber cómo en la época colonial se construyeron edificios que jamás hemos vuelto a imitar; cómo las riquezas que México producía se quedaban en México y beneficiaban a los mexicanos; cómo, sin contratar un empréstito en el extranjero, los ingresos de la colonia eran mucho mayores que los egresos, al extremo de cubrir los deficientes de otras colonias españolas; cómo nuestra marina de guerra hacía respetar nuestras costas atacadas por las naciones en guerra con España; cómo viajábamos por el Océano Pacífico y los mares po-

lares buscando la expansión de nuestra cultura, y cómo los particulares gastaban sus capitales en obras de instrucción y de beneficencia, como lo atestiguan aún el Colegio de las Vizcainas, el hospital de Jesús, el acueducto de Querétaro, los fondos piosos de California, que los Estados Unidos aprovechan hoy, y algunos otros beneficios, aunque pocos, que han podido escapar al furor devastador de los políticos. Quedan sin explicación, por esa ignorancia, hechos tan significativos como el de que el rédito del dinero era entonces cinco por ciento anual; como la fecundidad literaria y artística que se complacían en notar los hombres de saber, y la floración científica que abarcó el final del siglo XVIII y se extendió, por virtud de la fuerza adquirida, hasta principios del siglo XIX.

Todo eso, que nos obligaría a retroceder a las fuentes de donde venimos y sentir afecto por nuestras tradiciones y nuestro país, no cuenta para nada en nuestra instrucción literaria e histórica, y los alumnos de nuestros colegios salen de ellos sin haber escuchado nunca las cadencias poéticas de Valbuena, de sor Juana Inés de la Cruz, de Alarcón y Navarrete, de Tagle y Pezado; mas no sólo eso: en la actual generación ya no hay quien lea a Carpio, ni a Prieto, ni a Manuel Acuña, ni a Flores, cuando no sea que hayan olvidado hasta esos nombres con los de Altamirano y Gutiérrez Nájera.

De esa ignorancia de lo que fuimos procede la desorientación respecto a lo que debemos de hacer, y de esa falta de reconocimiento para España nos viene el castigo de vernos hoy realmente sin patria, con sólo la esperanza de reconstruirla, pero sin saber cómo, porque no queremos reconocer que el fondo de nuestra alma refleja—y deberíamos estar muy orgullosos de ello—el alma española, que en sus costumbres debemos encontrar el origen de las

nuestras y en sus instituciones la base más segura para nuestro progreso.

Nosotros tenemos, en nuestras propias enfermedades sociales, la mejor prueba de que la causa de que España no haya tenido éxito en sus trabajos de colonización fué su generosidad. Contrastando con la actitud de Inglaterra, que abandonó al indio a la implacable persecución del blanco, España quiso realizar una obra de humanidad y tomó, con el ardor del caballero cruzado, la defensa del indio contra los hombres de superior cultura y ambición. La obra fué magna; y si España sucumbió en ella, le corresponde el más alto premio y el mayor agradecimiento de nuestra parte por su heroico y generoso esfuerzo.

La historia bien enseñada, purgada de mentiras halagadoras para los partidos, será la brújula que nos lleve al puerto.

#### LA MENTIRA EN LA REVOLUCIÓN

La revolución de México proclamó en un principio sólo la idea de venganza, y no fué sino después cuando buscó un traje que la permitiera presentarse ante las ideas contemporáneas. Uno de sus "leaders" formuló netamente el principio de no admitir transacción alguna, y esto a los ojos de un verdadero estadista significaba a la vez el fracaso tras un largo y doloroso proceso, y la mentira en el fondo mismo de la revolución que se proclamaba salvadora.

Los inseparables atributos de la intolerancia tienen que encontrarse unidos; y no es sólo la falsedad en todo, el engaño en todo, sino la presunción, que erige a cada persona en una deidad ante sus propios ojos, y que es conse-

cuencia de todo carácter no hecho a domar al ser inferior que lleva en su seno, ni a conocer sus propias deficiencias, ni a buscar la realidad, siempre llena de condiciones y limitaciones, sino acostumbrado a la admiración de sí mismo.

Un escritor mexicano, con espíritu ligero y con la mayor inconciencia del mal que hacía a su país, formuló una proposición asegurando que era una ley histórica. Dijo que nunca se había modificado el sistema de propiedad de un pueblo, sino por medio de una revolución sangrienta.

Tal ha sido el fundamento teórico de la revolución, y tal la fórmula de absolución de sus excesos.

La supuesta ley no tiene en su apoyo un sólo ejemplo, y en contra podrían citarse muchos, sacados de la misma historia de México, que demuestran lo impotente de las revoluciones sangrientas para modificar la constitución de la propiedad territorial.

La Revolución francesa, que nuestros demagogos quisieran reproducir, aun cuando sea en lo que tuvo de malo, no entregó la propiedad territorial al bajo pueblo que gozaba con las carretadas de víctimas de la guillotina; la entregó a aquellos que por medio del ahorro pudieron acopiar asignados y cambiarlos por un pedazo de tierra; y si la obra fué duradera y sólida no fué por revolucionaria, sino, al contrario, porque la Revolución francesa hizo que la ley reconociera un hecho preexistente y que hasta entonces se había negado a reconocer, cual era que la tierra era poseída, en calidad de arrendatarios hereditarios, desde los tiempos de San Luis, por los individuos de una burguesía agraria que pagaban por rentas a los señores titulares menos a veces que lo que después han pagado por contribuciones. Eran ya propietarios de hecho, y una vez que la ley reconoció esa verdad formaron los nuevos propietarios

el partido girondino agrario, opuesto a todo lo que aquel movimiento tuvo de revolucionario, violento y criminal.

En México se ha querido que la ley cree lo que no existe ni ha existido nunca: una clase agraria competente y enérgica, para defender su propiedad entre el bajo pueblo sin cultura intelectual ni moral.

Por mucha que sea la autoridad del escritor mexicano, la historia está en su contra, resumida en estas palabras del prólogo al *Tratado sobre los principios de Legislación*, de Mr. Bentham, y autorizado por éste:

“Mr. Bentham—dice ese prólogo—está muy distante de dar preferencia exclusiva a ninguna forma de Gobierno. Piensa que *la mejor Constitución para un pueblo es aquella a la que está acostumbrado...* El vicio fundamental de las teorías sobre las constituciones políticas, es comenzar por atacar las que existen y excitar al menos inquietudes y celos de poder. Tal disposición no es favorable al perfeccionamiento de las leyes. *La única época en que se puede emprender con éxito grandes reformas de legislación, es aquella en que las pasiones públicas están calmadas y en que el gobierno goza de la estabilidad más grande.*”

D'Avenel, el escritor más erudito en la historia económica de Francia, como un resumen de sus minuciosísimas investigaciones sobre salarios y precios y sobre todos los fenómenos que presenta la propiedad mueble y raíz en aquella nación, sienta este principio: “Las evoluciones económicas han sido independientes de los cambios políticos o sociales, tanto en la Edad Media como en nuestros días.” (“Paysans et Ouvriers”, preface VII.)

Tal es la verdadera ley de acuerdo con los principios fundamentales de la sociología y con el principio universal de que la naturaleza no camina a saltos.

La ignorancia de estas verdades fundamentales es la

que ha impedido a los revolucionarios mexicanos ver lo absurdo de su principio de no transacción, que ha hecho de toda la obra revolucionaria un trabajo de falsedad y de mentira que no producirá bien alguno.

La revolución preconiza la libertad y entroniza la más feroz dictadura militar, en que cada jefe se permite los mayores desahogos. Proclama la emancipación económica del pueblo y le sume en la mayor miseria, produciendo el hambre con sus despojos. Proclama la igualdad y niega a los hombres civiles el derecho de discutir los asuntos públicos; habla de ideales y destruye las imprentas, persigue a los escritores e incendia los archivos y las obras de arte; disuelve los tribunales y deroga todas las leyes y todos los principios del derecho público y privado que había conquistado la civilización.

Un clamor de indignación se levanta de todas partes contra tales excesos; y para no confesar la realidad del retroceso a las épocas salvajes, a los tiempos anteriores a la conquista española, explican ese clamor diciendo que es la plutocracia del mundo que se alarma, y que México, por el camino que lleva, un día será la antorcha que ilumine al universo. Y seguramente que lo iluminará, porque los miles de cadáveres de que el asesinato y el hambre habrán regado el territorio nacional, enseñarán a los otros pueblos a precaverse contra los lirismos de hombres inconscientes o criminales.

---

Tales son algunos de los efectos de la mentira en nuestro organismo social. Si fuéramos a seguir sus consecuencias hasta en las manifestaciones de la vida diaria, en las relaciones de la familia y aun en las expresiones del sentimiento religioso, se llenaría un libro sin agotar la materia.

Investigando las causas del mal tendríamos que ir a buscarlo, a través de nuestra historia, en el fondo mismo del carácter de nuestras razas aborígenes, y en la necesidad de los demagogos de alimentar una pasión que les conviene mucho por ser fácil de explotar. En un estudio sobre el carácter del trabajador mexicano en los Estados Unidos, estudio publicado en el *Bulletin of the Bureau of Labor* que edita el Departamento de Comercio y Trabajo del gobierno angloamericano (número correspondiente al mes de Septiembre de 1908), se encuentra esta observación que tiene gran valor para nuestro propósito: “En realidad—dice el autor de ese estudio—, los muebles suntuosos se encuentran (en la casa del mexicano en los Estados Unidos) más como una manifestación de riqueza que para su uso. Una cama, elegantemente cubierta, suele ocupar lugar prominente en un departamento donde la familia duerme en el suelo.”

Este carácter del indio se revela en todos los actos de su vida: en las fiestas del santo patrono de su pueblo, para cuya pompa sacrifica las economías de todo el año, lo mismo que en el orgullo que de él se apodera al saber que la Virgen de Guadalupe prefirió a México sobre las demás naciones. Por eso también en el orden político es capaz de sacrificar las ventajas más positivas, si se le dice que con ello marchará a la cabeza del mundo. Por tener la satisfacción de poseer instituciones mucho más avanzadas que las de los Estados Unidos, se ha derramado en México más sangre que el sudor que se habría necesitado para el cultivo de sus más fértiles terrenos; y por tener la satisfacción de imitar a la revolución francesa y de decir que se están realizando en ese país las teorías más avanzadas del socialismo contemporáneo, se da tormento a todo el pueblo y se le reduce a la miseria.

El demagogo encuentra otra ventaja en fomentar ese carácter del indio, pues dándose a copiar las instituciones de los pueblos más avanzados, halla simpatizadores y sostenedores del otro lado del Bravo, y de esa manera la atmósfera política y social se encuentra saturada de falsedades, urdidas para el consumo exterior y para exaltar el carácter del indio en el interior, fabricando la desgracia del país. Es la obra del carpet-bagger en México.



## XIV

### PARTICULARIDADES DEL SISTEMA ELECTORAL ANGLOAMERICANO Y MECANISMO DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES

**V**OLVAMOS ahora a la Constitución de los Estados Unidos.

Vimos que ella deja a los estados la reglamentación del voto y la designación de las personas capaces de elegir; que los Estados usan libremente de esa franquicia, excluyendo muchos de ellos del ejercicio de aquella función a ciertas clases, como la de los delincuentes, los pobres o los iliteratos, y todos excluyen a los indios que no paguen contribuciones. Además, nunca deben ser electos los militares ni los empleados federales. No por eso se considera manchada la democracia americana; pues, al contrario, en muchos casos esto sirve para preservarla.

Una anomalía del sistema adoptado es que la cámara de diputados, electa en noviembre de un año, no se reúne sino hasta diciembre del año siguiente, y después de la elección todavía continúa funcionando la anterior hasta marzo; así es que cuando el pueblo ha manifestado ya un sentimiento, quizá adverso a las ideas de la cámara, ésta puede seguir imponiéndole su voluntad.

Todos los gastos que se originan en las elecciones son

sufragados por los partidos políticos, nunca por el Gobierno, pues por una parte no son las elecciones función del gobierno, sino del pueblo, y, por otra, no se quiere dar lugar a que el gobierno, una vez admitido a hacer los gastos de la elección, abuse de esa prerrogativa para corromper a los ciudadanos.

Así como el senado tiene facultades exclusivas, según se ha visto, la cámara de representantes tiene las suyas, que son iniciar las leyes relativas a impuestos, encausar a los funcionarios públicos y elegir al presidente de la república cuando ninguno de los candidatos reúne una mayoría absoluta; también elige su propio presidente, que dura todo el tiempo que la cámara. Los representantes, como los senadores, tienen fuero, excepto para los delitos de traición, felonía y alteración de la paz pública.

Ningún representante puede hablar más de una sola vez en cada asunto, salvo el autor de la proposición, que puede hacerlo tantas veces como sean las que hablen los opositores. No se puede hacer uso de la palabra más que una hora; pero el representante que ha obtenido el uso de la palabra puede ceder parte de su tiempo a otros diputados, y de ese modo tiene durante una hora o menos la dirección del debate.

Una manera de expeditar el despacho de los negocios es proponer que se proceda a votar sobre el fondo de una cuestión; si la cámara consiente en ello por mayoría, se cierra el debate. Esta forma es usada con gran frecuencia, no obstante la cual no parece resultar de ello gran daño. Por otro lado, hay un recurso de que se valen las minorías para obstruir, y consiste en pedir repetidas veces que se aplase el debate, se suspenda la sesión o que se proceda a votación nominal sobre cualquier punto o negocio, lo cual en una cámara tan numerosa como la de los Estados Uni-

dos requiere mucho tiempo. El abuso de los medios de aceleración o de retardo no tiene más correctivo que el de la opinión pública; pero entre los mismos diputados hay gran espíritu de tolerancia para los medios de obstrucción por parte de las minorías, como el empleo natural de un arma que les da la ley, y que es el contrapeso necesario del abuso de la fuerza de los votos por parte de las mayorías.

La Cámara de representantes ha adoptado tal mecanismo en su funcionamiento, que en realidad ha llegado a ser un cuerpo en que no se debate, sino sólo se vota; el debate tiene lugar en la comisión que dictamina sobre cada materia y sobre cada proyecto de ley (1).

Dado el crecido número de representantes que ahora concurren a la Cámara—alrededor de cuatrocientos—, y dada también la composición de esa Cámara y los elementos agresivos y enérgicos que la componen, era de temerse que por efecto de la psicología de las multitudes esa corporación estuviera sujeta a arrebatos aún más vehementes quizá que los de los pueblos hispanoamericanos en los casos en que se creyeran atacados los intereses pecuniarios, que es el asunto allí más excitante, a causa del espíritu práctico de los angloamericanos; quizá no habría sido bastante a evitar los malos efectos de los apasionamientos colectivos, ni esa calma que procede de un bienestar medio; pero un detalle arquitectónico ha venido a salvar a la nación de muchos males. Los diputados no se enardecen en la lucha parlamentaria, no tratan de cimentar su reputación sobre la base de la retórica, ni de aniquilar a su contrario con la fuerza de los argumentos y de las alusiones personales, por una razón muy sencilla: en el salón

---

(1) Bryce, tomo I, pág. 137.

donde se reúne la Cámara de representantes no se oye, por las proporciones del recinto y, más aún, por sus pésimas condiciones acústicas y por el ruido que domina de todos los que hablan, van y vienen, llaman a los pajes y se ocupan en sus propios negocios. Cuando un orador logra atraer la atención, que es muy rara vez, consigue, como los oradores del Union Square de Nueva York, que un grupo de la concurrencia se agolpe alrededor de él para escucharle.

Cuando un diputado quiere atraer sobre sí la atención pública, escribe su discurso y lo publica en el periódico oficial de la Cámara, aunque no lo pronuncie o sólo pronuncie de él una pequeña parte.

## XV

### EL ARDOR PARLAMENTARIO EN MÉXICO

EN México, la tribuna de la Cámara de diputados es un lugar que cada uno de los miembros quiere convertir en pedestal de su grandeza. Las dimensiones y condiciones acústicas del salón se prestan para que una voz mediana se imponga, para que se escuche cada palabra que pronuncia el orador y aun cada una de las que profieren los diputados en relación con el discurso; las galerías forman un solo cuerpo con los representantes, por su contacto íntimo, y el orador es escuchado con el deleite propio de los espectadores de un torneo; la atmósfera es siempre candente, porque lo que se debate en la cámara, más que el proyecto de ley que forma el motivo de la discusión, es la reputación de los oradores; así es que la parte más interesante, la que ocupa casi todas las sesiones, la que obstruye el trabajo legislativo, es la de las alusiones personales o las discusiones sobre trámites. El calor de la cámara se transmite al público de fuera, y suele aún extenderse al país, a través de las galerías y de los periódicos.

La vida del país, que siempre ha corrido bajo un régimen autoritario, sin libertad municipal, sobre todo, con la que los ciudadanos se hubieran acostumbrado a conocer la relación entre los negocios generales del comercio y los

de la política, hace que el público de México no sienta el íntimo enlace que hay entre unos y otros, y considere los asuntos de gobierno como algo a que se tiene que aplicar un criterio especial que cada cual comprende a su manera, pero que se separa siempre del común y buen sentido práctico aplicable a los otros negocios. Hay, según el criterio general, un abismo entre los negocios políticos y los de la vida diaria, y ese abismo lo llena la literatura malsana de los políticos de profesión.

Esa literatura es responsable de que en lugar de los hechos y las cosas reales que deberían inspirarnos, tengamos la cabeza poblada de entes de razón, como diría un escolástico: cada palabra no analizada ni reducida a su justo valor forma un fantasma, que nos fascina o nos espanta y nos hace vivir en pleno delirio, sin quitarnos la claridad de la percepción en los asuntos comunes. De esa manera queremos la Justicia, pero como ente de razón, sin preocuparnos de los elementos de que se compone; quizá no representa más que una espada que aniquila; queremos la Democracia, pero como ente de razón, sin saber que ésta se cimenta sobre los hechos prácticos que revelan una voluntad sobria a la vez que sostenida y un anhelo a la vez levantado y posible que forma la opinión; queremos el Progreso, pero como ente de razón, sin saber que al analizar esa palabra lo primero que hallamos es un amplio espíritu de tolerancia que nos permite trabajar en común por la felicidad nuestra y de los nuestros, para ahora y para las futuras generaciones, y un movimiento evolutivo en que el progreso se abre paso por entre las fuerzas de resistencia que existen en toda sociedad que no quiere suicidarse. En lugar de ver a los hombres, de ver la conducta de cada hombre, para tener el conocimiento concreto y útil de las cualidades y defectos que forman todo ser

humano, formamos clasificaciones; y así cada hombre, en lugar de ser un ente real, viene a ser un ente de razón, un fantasma que nos desfigura la vida, y procediendo en todo de ese modo, sin dejar de razonar con lucidez, agigantamos o deprimimos los seres reales de tal suerte, que todas las venturas se nos antojan castillos encantados, todos los molinos de viento, gigantes asquerosos que quieren devorarnos, y aun en las humildes manadas de borregos vemos ejércitos de facinerosos.

Vivimos en pleno delirio, por obra de la literatura mal-sana que pudo hacer obra devastadora en nuestros cerebros por la reclusión en que se nos tuvo siempre, apartados de la realidad política. Parecemos al mundo criminales; y no, no somos más que un pobre organismo obsesionado por el más cruel padecimiento, quebrantado por la más negra pesadilla, desnudo de saber y flaco de voluntad contra las convulsiones de su mal; pero soñando, en su desnudez y en su flacura, con ir a la cabeza de la humanidad, con realizar la hasta hoy irrealizable empresa de la igualdad humana, con enderezar al mundo; pero si somos muy felices, día llegará en que los descabros que la suerte depara a todos los soñadores, nos produzcan la cura, que rara vez es el fin de los delirios; entonces se verá que nuestra alma está formada con el mismo alentar de la de Alonso Quijano el Bueno.

Por ahora, la cámara de diputados es uno de los centros donde se elabora y de donde se propaga el mal, no porque allí concurren más malos elementos, sino porque es allí donde más pronto y más fácilmente se produce el efecto de la literatura política. Una poca de serenidad endereza allí el juicio y orienta las inteligencias, en términos que hacen honor a nuestros naturales sentimientos; pero también bajo el influjo de caracteres apasionados suele

convertirse aquel recinto en un volcán en plena actividad. Gracias a la organización de nuestros poderes, imitada de la Constitución de los Estados Unidos, las Cámaras, cuando son independientes, no pueden hacer más trabajo que el de obstrucción y agitación, jamás una obra fecunda de construcción.



## XVI

### EL VERDADERO MECANISMO POLÍTICO EN LOS ESTADOS UNIDOS ES EXTRAÑO A SU CONSTITUCIÓN

EL diputado angloamericano no se cuida de presentar grandes proyectos legislativos, por más que en su concepto sean útiles, porque sabe que sus colegas, poco dispuestos a tomarse un trabajo demasiado arduo, dejarán su proyecto dormir y será un esfuerzo perdido. Para que la actividad de los representantes sea estimulada, se necesita que la opinión pública, bien definida y clara, se haga oír a través de la plataforma de alguno de los partidos políticos.

De esa manera, la cámara de representantes, lejos de ser la que gobierna la opinión, recibe de ella sus mandatos; lejos de ser aquellos sus "leaders", son sólo sus intérpretes, y en el trabajo común y frecuente de la cámara lo que en realidad ocupa la atención es lo que atañe a asuntos particulares, pensiones, concesiones y contratos para obras (1).

El poder legislativo dimana allí, real y verdaderamente, del pueblo por medio de los partidos políticos; atentos

---

(1) Bryce, obra citada, tomo I, pág. 147.

éstos a las necesidades públicas para formar sus programas, sólo obtiene el triunfo y el gobierno aquel que mejor sabe interpretarlas.

Así es que fuera del mecanismo político que la Constitución describe, está el verdadero motor y ordenador de una voluntad popular sistematizada y disciplinada dentro de una reglamentación admirable, por lo espontánea y por lo complicada. Y uno se pregunta qué cosa es más esencial en el mecanismo político de los Estados Unidos: si la Constitución que trazó grandes, pero a veces vagos lineamientos, o el carácter popular que por sí solo se sujeta a una Constitución complementaria para satisfacer los intereses que afectan a la comunidad; y no puede uno menos de comprender que la Constitución escrita sería un cuadro vacío, una obra inútil, si no hubiera acudido el pueblo a llenar y completar, o a corregir, la obra del legislador por medio de la reglamentación de la opinión en el seno de los partidos.

Y como es esa Constitución espontánea y complementaria la que hace falta en los pueblos hispanoamericanos, las constituciones que en ellos reproducen substancialmente el sistema angloamericano son cuadros vacíos, apariencias engañosas que sirven para desviar y no para encauzar las actividades.

## XVII

### LOS PARTIDOS POLÍTICOS NO TIENEN ACCIÓN SOCIAL PACÍFICA EN MÉXICO

EN los pueblos hispanoamericanos, el caso más común es que los partidos políticos se formen alrededor de una persona, ya sea que tomen francamente su nombre, como "Gonzalista", "Lerdista", etc., o ya que disfracen el personalismo real con la apariencia de una tendencia, ciertamente no abrigada ni aun muchas veces comprendida' como "Nacionalista", "Legalista", "Progresista", etcétera. Cuando el partido está sostenido por el gobierno, la propaganda se hace por mera fórmula: pero ya se sabe que el día de la elección la máquina administrativa funciona y sale invariablemente electo el candidato que desde antes se tenía resuelto. Los que no han sido aún suficientemente aleccionados por la experiencia, se proponen a veces formar partidos políticos de principios, y entonces se usa un nombre a propósito para atraer al público. Unos partidos suelen llamarse liberales, e invocan en su auxilio la historia de las luchas en pro de la causa del pueblo; entonces el otro grupo procura poner de su lado la influencia del capital y de la religión, que no se vacila en mancillar con las impurezas de una lucha demasiado mun-

dana. Generalmente los partidos mueren por inanición al día siguiente de que se acabó de hacer el programa.

En México, este asunto del programa es muy especial. Se trata de halagar al pueblo y no hay límite a los ofrecimientos. No se quiere buscar lo posible, lo evolutivo y práctico; no se cuida del detalle estudiando que revele la conciencia de lo que se propone, nada de eso; se trata de ofrecer, y se ofrece a manos llenas. Leyendo los programas de los partidos políticos, en México se cree estar en un país en que todo es armonía y paz, porque substancialmente no hay diferencias en las aspiraciones; suele haberlas en detalles, pero esto es debido a que en fuerza de pensar en los ofrecimientos alguno discurrió ofrecer algo que otro no había ofrecido.

Los motivos que atraen la opinión alrededor de un candidato no son sus cualidades morales o intelectuales, sino la probabilidad del triunfo por virtud del apoyo con que cuenta.

Esto indica que, a pesar de los años transcurridos desde nuestra independencia, no hemos adquirido ninguna enseñanza; estamos en la edad infantil, y por el camino que llevamos nunca saldremos de la puerilidad.

Todo gobernante, en países así administrados, lo primero que cuida es de destruir todos los partidos políticos, por desorganizados y embrionarios que se encuentren; comprende que hay que atacar el mal cuando se inicia, y así lo hace. Los intereses encontrados libran entonces la batalla alrededor del gobernante para atraérselo, y entonces éste no ve inconveniente en proclamar su amplitud de ideas, aceptando substancialmente o, como se dice, "en principio", todo lo más bueno que tienen unos y otros, sin escrúpulo por las contradicciones, reservándose hacer en todo caso lo que le convenga. La tendencia constante

es realizar este absurdo: que no haya más que un partido; para eso se acude a todos los medios, incluso, si es necesario, al de matar a los contrarios. Es que, en realidad, no es la oposición de principios la que se persigue, sino la oposición de intereses personales, y éstos no perdonan.



## XVIII

### LAS LUCHAS Y TRANSACCIONES QUE HAN FORMADO EL FONDO DE LA VIDA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Los partidos políticos en los Estados Unidos han reflejado una oposición real de intereses incompatibles que siempre existen en una sociedad; por eso con justicia se ha comparado a esos partidos opuestos con las fuerzas centrípeta y centrífuga que dominan en todo el universo. El resultado es la línea del movimiento uniforme hacia el progreso.

En un principio, la oposición surgió porque unos querían conservar a los estados la independencia tradicional de unos con relación a otros con la menor suma posible de poder para el gobierno central: éstos eran los Demócratas o Demócratas Republicanos. Por otro lado estaban los que, aleccionados con las dificultades del gobierno de los Estados Unidos durante la vigencia de la Constitución confederativa, deseaban constituir un gobierno central fuerte que impusiera respeto en el interior y en el exterior: estos eran los Federalistas. Los dos partidos discutieron primero en la convención constituyente para formar la carta, y después siguieron luchando sobre la interpretación que debía de darse a esa carta, en la que cada cual tenía

motivos para ver reflejadas sus propias ideas. Wáshington, aun cuando no pertenecía a ninguno de los partidos, se inclinaba al Federalista, y su sucesor Adams fué declarado partidario de ese grupo político. Después el poder cayó por muchos años en manos de los Demócratas Republicanos que en gran parte resentían la influencia de la revolución francesa.

Es interesante notar que los estados de Nueva Inglaterra, en donde la democracia estaba más arraigada que en ninguna parte, eran, sin embargo, federalistas, como si comprendieran lo esencial que es a la democracia la disciplina y la sumisión a intereses más elevados, tendentes a la formación de una patria grande y respetable, a la vez que la uniformidad de legislación mercantil, que siendo una garantía para los extranjeros que trataban con los Estados Unidos, favorecería los intereses industriales que nacían pujantes en esos estados.

La segunda guerra que sostuvieron los Estados Unidos con Inglaterra en 1812, y que se resolvió de un modo favorable para los intereses de aquéllos, dejó tan sólidamente arraigado el sentimiento de la unidad nacional y de la conveniencia de un gobierno federal con toda la fuerza necesaria, que en realidad el partido Federalista careció ya de objeto; los puntos de divergencia eran tan de detalle que no bastaban a darle fuerza en la opinión; en tanto que el partido Republicano había aprovechado su permanencia en el poder, más que para sostener en la práctica la estricta limitación de la autoridad federal, para arraigar fuertemente el sentimiento de la individualidad en contra del poder público, haciendo predominar la idea de que en el conflicto del individuo contra la autoridad es aquél el que debe ser sostenido.

Pero en el funcionamiento sano de la política en un país



los intereses luchan con libertad y la oposición a poco se hace aparente; así es que en los Estados Unidos la desaparición del partido federalista no significó que todos habían de estar de acuerdo; los estados del Sur eran agricultores y, por lo tanto, tenían interés en vender sus mercancías, no sólo en el país, sino exportarlas y procurar no tener tarifas demasiado altas en los países extranjeros, así es que los intereses los hacían librecambistas. Los estados del Norte eran industriales; tenían la competencia de los productos de la industria europea, y eran, por lo mismo, proteccionistas. Los primeros necesitaban la esclavitud para cultivar la mayor extensión de terreno posible; los segundos no la necesitaban, pues en la industria no prueba bien más que el trabajo libre. Los del Norte deseaban que la autoridad federal impusiera un sistema proteccionista y que a la vez restringiera o suprimiera la esclavitud, lo cual, en concepto de los del Sur, era extender indebidamente la autoridad federal: por eso aquellos que en el tiempo a que esto se refiere eran llamados "whigs", adoptaron principios análogos a los de los antiguos federalistas, en tanto que los del Sur, oponiéndose a la acción del Gobierno del centro, continuaron las tradiciones del partido demócrata republicano, y fueron denominados simplemente demócratas.

La lucha por la libertad o la esclavitud de los negros comprende todo este período y se manifiesta por el espíritu conciliador de los del Norte, que a todo trance querían evitar una contienda armada y la separación de los Estados esclavistas, a la vez que éstos se hacían notar por su acometividad, por el deseo de conquistar constantemente nuevos territorios adonde extender la esclavitud y que les proporcionaran una mayoría en el senado.

La lucha parecía resolverse en favor de los esclavistas

con la victoria ganada sobre los “whigs” o Republicanos en las elecciones de 1852 y con la pérdida sufrida por éstos de sus hombres más prominentes; tanto fué así, que la organización del partido tuvo que sufrir una reacomodación, y aprovechando la división de los demócratas en las elecciones presidenciales de 1860, ganaron la suprema magistratura para Abraham Lincoln.

Contra todas las tradiciones que han dominado en los Estados Unidos y que han demostrado el espíritu más amplio de tolerancia, conformándose todos con el resultado de las elecciones, en esta vez la pasión habló más alto en los del Sur que la razón, y declararon la separación de once estados esclavistas. Prueba de que los conflictos de intereses económicos han producido y pueden nuevamente producir guerra civil, aquí como en la América española, y que los Estados Unidos serán tan inquietos como aquélla cuando su situación económica esté tan desequilibrada.

Con la suerte de la guerra en favor de los republicanos vino la natural preponderancia de éstos, sin que ello significara la supresión del partido demócrata, que entonces tomó a su cargo el papel de censor de un gobierno que, no pudiendo por de pronto ser dominado por los “leaders” demócratas, encontraba al menos en la oposición una responsabilidad ante la opinión pública.

La línea de separación de los dos partidos después de la guerra no fué ya tan marcada; algunas veces ha llegado a ser sutil: cuestiones económicas relativas al sistema monetario o a las tarifas aduaneras, según se ha querido que esas tarifas sean simplemente un medio de proporcionar ingresos o una oportunidad para proteger a ciertas industrias.

Esa línea de separación no sólo ha llegado a ser sutil,

sino que en realidad no puede decirse de un modo cierto cuál será la actitud de cada uno de los partidos frente a un problema de la naturaleza de los que hasta ahora se han presentado, porque los intereses son complejos, está mal definida la línea de separación de los ideales y sin un justo equilibrio las fuerzas modificadora y conservadora que hace la grandeza de otros países.



## XIX

### EL SOCIALISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

EL último aspecto de los partidos políticos se marcó en la elección presidencial de 1912.

Los límites dentro de los que se movían los partidos parecieron demasiado estrechos para las necesidades de una inmensa población que necesita horizontes más amplios, porque está sin cesar aumentando con el contingente de inmigración que trae nuevos problemas. En efecto, ya no se contentan los recién venidos con ir al campo a adquirir en regiones, cada vez más remotas, un lote de terreno, sino que, atraídos por las grandes ciudades, quieren quedarse en ellas, aprovechar los mejores salarios, gozar de los placeres que proporcionan y buscar una oportunidad en el comercio o en la industria para conquistarse una vida independiente.

Esta inmensa masa de hombres ambiciosos y enérgicos necesita abrirse campo, y en todas partes se encuentra a los grandes negocios que le cierran las puertas.

Con esto se ha planteado en los Estados Unidos de un modo apremiante el problema social, y la manera de resolverlo puede llegar a ser inclinada a la violencia de

parte de hombres que no se sienten ligados por tradiciones con la sociedad angloamericana, y a quienes nada importa más que su bienestar personal.

Los partidos políticos no habían dejado de comprender esto y de dar entrada a disposiciones legislativas encaminadas a restringir los monopolios; pero no se atrevían a entrar de lleno a la realidad.

En tales circunstancias se produjo una escisión en el partido Republicano y se constituyó una nueva agrupación llamada partido Progresista, que planteó decididamente las cuestiones existentes entre los que tienen demasiado y los que nada tienen.

El partido se formó a última hora y no pudo triunfar; produjo solamente el debilitamiento del partido Republicano, y a esta circunstancia accidental se debió el triunfo de los Demócratas.

Una vez éstos en el poder se apresuraron a recoger la bandera que había enarbolado el partido progresista, no obstante que durante la campaña electoral lo habían contrariado, y se lanzaron en una serie de reformas que no han conquistado unánime aprobación. La guerra europea vino, sin embargo, a suspender las críticas, porque por hoy no es posible distinguir qué parte corresponde en los fenómenos económicos a esos reformas y cuál a esa guerra; algunos aseguran que hecha la paz en Europa, sus fábricas competirán ventajosamente con las de los Estados Unidos dentro de éstos, a causa de lo bajo de los salarios allá y de la supresión de las tarifas proteccionistas aquí, lo cual dejará sin trabajo a los obreros anglo-americanos.

La influencia social de la misma guerra sobre los Estados Unidos es marcadísima. Los capitales europeos han emigrado a América, principalmente debido al tráfico de

municiones, y se ha despertado aquí el deseo de conquistar los mercados de la América latina, de Rusia, de España, de China misma. Estos tesoros y esta labor necesitan ser defendidos, y de allí un sentimiento que se extiende por todo el país en pro de la preparación para el caso de guerra. Pero la preparación meramente militar de los ciudadanos; el tiro al blanco y el conocimiento de las maniobras, no constituye una preparación completa. Alemania y el Japón han conseguido una gran eficacia militar debido a una administración tal, que no se armoniza con las ideas americanas de gobierno; así es que si la preparación ha de lograr su objeto, se imponen cambios radicales tendentes a crear un gobierno más fuerte a cambio de concesiones socialistas a la gran masa de la población, y una vez en ese terreno de reformas, cada candidato tendrá que entrar en competencia con su competidor para ver quién ofrece más.

Si este llega a ser el curso de las cosas, las instituciones del gobierno serán impotentes para contener una carrera desenfrenada que puede muy bien llevar al abismo; pues faltaría la fuerza conservadora tan necesaria para la vida de una sociedad, y que el senado angloamericano no puede constituir.

Por de pronto, o las medidas no han sido adecuadas al fin de favorecer a las masas, o éstas no son aún suficientemente poderosas, pues el partido demócrata trata ahora de reconciliarse con los capitalistas y aun de prevenirlos en su favor, dejándoles comprender que si ha dictado algunas disposiciones en contra de ellos, ha sido, no para perjudicarles, sino para encauzar el movimiento, para prevenir que caigan en manos de otros las riendas del gobierno y entonces se adopten medidas de carácter extremo.

Sea, pues, por los errores de los demócratas que no hayan sabido interpretar las necesidades del pueblo, o sea porque el capital es ahora más potente, lo cierto es que las últimas elecciones han demostrado una disminución considerable de la fuerza de ese partido.

El efecto producido en México por la política adoptada con relación a ese país por los políticos del partido democrático, tendrá indudablemente serias consecuencias para el éxito de ese partido en las próximas elecciones (1), pues ella ha demostrado que si bien se tuvo la fuerza bastante para hacer triunfar allí una revolución, no se cuidó para nada de saber si ésta era capaz de reorganizar lo que iba a destruir, ni se atendió a los enormes intereses vinculados con la prosperidad del país. La falta de conocimiento de los hechos vino a agravarse con la renuencia a aceptar información, y el resultado ostensible es que el pueblo mexicano, casi totalmente despojado, perece en los horrores del hambre, el capital extranjero invertido en México fué destruído y un sentimiento de desconfianza ha surgido en los pueblos de la América latina al ver los efectos de la influencia de los políticos angloamericanos.

El resultado de las últimas elecciones demuestra que existe aún fuerza conservadora en el pueblo angloamericano; pero no se encuentra realmente representada por ninguno de los cuerpos gubernamentales creados por la Constitución.

Falta, pues, en la concepción constitucional de los Estados Unidos el regulador del movimiento, el compensador de la fuerza centrífuga; si hasta hoy los tres poderes han funcionado de una manera armónica, se debe, no a las excelencias del sistema implantado por la constitución,

---

(1) Esto fué escrito en 1915.



sino a las cualidades del pueblo, que, lleno de vigor, ha tenido elementos compensadores en su seno, demasiada riqueza para desviar a los hombres de las actividades políticas y demasiado trabajo productivo y útil para exigir a los políticos que se estén en paz y concilien sus diferencias sin alterar la tranquilidad social.



## XX

### FALTA DE FUERZA CONSERVADORA EN LAS SOCIEDADES HISPANOAMERICANAS

¿TENEMOS nosotros, los hispanoamericanos, esa fuerza moderadora de las actividades de los políticos?

Es indudable que no. Hasta hoy la colonización, cuando se ha intentado en México, no ha sido en combinación con un sistema de fraccionamiento de la propiedad territorial utilizable que permita al colono desplegar sus energías y obtener con ellas el bienestar que espera, sino sobre la base del colono jornalero, que ha resultado imposible, porque el indio tiene pocas necesidades y gana un jornal con el que nadie puede competir. Por otra parte, el indio ha demostrado no tener aptitud para conservar la propiedad de la tierra, y esto ha traído como consecuencia que han quedado en la miseria, y viven, por lo tanto, inquietos miles y millones de hombres: como consecuencia de esa mala distribución de la propiedad, la riqueza no circula, y las actividades de los hombres no disponen para su empleo más que del campo político de los empleos y las influencias, en donde se entabla la lucha por vencer y por despojar a los que actualmente tienen los unos y las otras. Eso es todo lo que hay en el fondo de las agitaciones his-

panoamericanas; ellas no revelan que allí las ambiciones personales sean más grandes que en otros países, ni que el egoísmo sea mayor; es que la lucha afecta la forma política, única que permite el campo social, y se traduce por lo mismo en artículos virulentos en la prensa, en contiendas parlamentarias que incendian la atmósfera, y finalmente en revoluciones y matanzas.

Nosotros no sabemos apreciar el papel de compensación que una de las cámaras colegisladoras está llamada a ejercer sobre la otra; nos parece eso teoría pura, especulación de soñador; pero es porque no conocemos el movimiento de una sociedad cuando está regulado: tenemos el concepto del gobierno como el de una fuerza material, que es lo único que vemos, y por lo tanto lo único que en realidad comprende la inmensa mayoría de las personas que no han tenido oportunidad de saber por el estudio atento el funcionamiento del gobierno en otros países; pero el día que nosotros queramos realizar la compensación en el orden político, tendremos que aceptar un procedimiento distinto por completo del de la Constitución angloamericana, para hacer del senado la base de sustentación de las fuerzas conservadoras.

Muchos habrá a quienes parezca extraño lo que aquí afirmo, de que no hay en los países hispanoamericanos la fuerza conservadora necesaria para la estabilidad social, siendo así que en todos esos países desempeña prominente papel un partido que se llama conservador; pero si bien se ve, puede llegarse al convencimiento de que tal partido no merece ese nombre, pues es tan amante de trastornar las instituciones y tan poco afecto a lo propio, que precisamente se distingue por su desprecio a todo lo que es nacional y su amor a lo extranjero. Lo único que desea conservar es la influencia de las personas de cierto gru-

po; en cuanto a instituciones, es demoledor y revolucionario, y no pocas veces las innovaciones que implanta inconsideradamente para los intereses y costumbres sociales, han causado levantamientos.

De México puede decirse que, a fuerza de desatentadas novedades de uno y otro bando, ha pasado al país lo que al personaje de la fábula de Lafontaine, que tenía una mujer joven y otra ya vieja: la primera le quitaba los cabellos blancos para verlo siempre en la juventud; la otra le quitaba los cabellos negros para que no pareciese de menos edad que ella, y entre ambas lo dejaron calvo. Así México, en un siglo de independencia ha perdido lo propio sin haberse asimilado nada bueno de lo extraño.

Inglaterra ha encontrado esa compensación en las dos cámaras legislativas: la de los comunes y la de los lores. Una circunstancia que difícilmente puede ocurrir en naciones republicanas, hace que la cámara de los lores sea por esencia un cuerpo conservador, aun cuando nunca retrógrado; y a esto es debido que en Inglaterra los partidos políticos, fiel y sólidamente sostenidos en las instituciones del gobierno, representen fuerzas que se mueven en una dirección bien conocida, y que permite, desde antes de que se presente un caso concreto, saber cómo lo resolverá e interpretará cada uno de esos partidos.

Nosotros no tenemos idea de la compensación y del equilibrio, ni comprendemos la marcha de la sociedad sino a brincos; y esto es lo mismo en el gobierno que en el pueblo: aquél no ha comprendido la ventaja de una transformación lenta y constante, sino que cuando modifica algo lo hace en forma brusca y revolucionaria. Si se trata de una reforma al código civil, en lugar de atender a uno o dos artículos que la jurisprudencia y la práctica hubieran señalado como defectuosos, imitándose el sabio pro-

cedimiento con que los códigos franceses han evolucionado, se deja acumular los males que esas disposiciones producen por años, y un día el país amanece con un nuevo código civil, en que muchas veces se ve más la obra de erudición de los autores que los dictados de la práctica diaria. Lo mismo sucede en los bancos, o con el sistema monetario, o con cualquiera otro fenómeno, por más que al legislar se sepa que se atacará a la sociedad en sus raíces. El gobierno no piensa en eso; si *puede* hacerlo lo hace, y él mismo contribuye así a formar en el pueblo la idea de que todo puede transformarse en un momento por actos legislativos. Sin pensar que esa idea es la esencia misma de las revoluciones.

## XXI

### EL RIGOR DE LA CLÁSICA DIVISIÓN DE LA SOBERANÍA EN TRES PODERES

**S**I en el cuerpo legislativo angloamericano no hay la debida compensación de fuerzas sociales que producen ese equilibrio móvil en que consiste toda vida sana, tampoco tiene ese cuerpo otros requisitos que le permitan desempeñar las funciones políticas que le son propias, y que desempeña en todo país en que el gobierno responde a las necesidades del pueblo.

Lo primero que necesita un cuerpo colegiado para trabajar con fruto es una organización, y la Constitución angloamericana ni provee a esa organización ni la hace posible.

Preocupados los autores de la Constitución con la división de la soberanía en los tres poderes—ejecutivo, legislativo y judicial—, quisieron llevarla a la práctica quizá con más vigor que como lo había sido en las constituciones de las colonias; pero al formar el cuadro de las atribuciones del ejecutivo temieron darle demasiado poder y poner así la semilla de la tiranía; cuando se ocuparon en el legislativo también quisieron evitar la posibilidad de un despotismo de asamblea, y abandonándose así al

terreno de la especulación, hicieron una separación tal entre el ejecutivo y el legislativo, que parecen órganos de un mismo cuerpo, pero sin el centro común de percepción y de movimiento, característico de todo organismo.

Esos temores de tiranía individual o colectiva, justificados desde un punto de vista abstracto, no lo son según el desarrollo histórico de las instituciones parlamentarias. El gobierno de asamblea estuvo esparcido por Europa en toda la Edad Media, distinguiéndose por su espíritu liberal el de las comunidades españolas; pero al finalizar la Edad Media y desaparecer el feudalismo, se entabló la lucha directa entre los monarcas y las asambleas, siendo de notarse que en todas partes en donde las asambleas fueron vencidas prevaleció un gobierno tiránico, y sólo se salvó la libertad en donde aquéllas lograron salir triunfantes. En los momentos en que esa lucha se entablaba tocó a España la desgracia de tener al frente del reino estadistas como Isabel la Católica y Fernando de Aragón, siendo consejero el cardenal Cisneros; después siguió la lucha bajo Carlos V, y fué una desgracia que esos estadistas estuvieran al frente de los intereses monárquicos, porque con su habilidad y su carácter aplastaron las constituciones y extinguieron por siglos las asambleas, entronizándose el poder más despótico que conoció la Europa occidental.

Otra fué la suerte de Inglaterra, en donde la lucha se entabló cuando se hallaban al frente de la monarquía hombres tan incapaces como Carlos I y Carlos II. que por su debilidad y falta a la vez de tacto y de moralidad, fueron vencidos por el parlamento. Es a la ineptitud de esos monarcas a lo que Inglaterra debe el haber conservado sus libertades.

En la lucha entre el parlamento y el rey aquél obtuvo



tal supremacía, que puede hacerlo y lo hace en realidad omnipotente; como representante del pueblo inglés puede cambiar, si quiere, la constitución monárquica en republicana, y por medio de los ministros preside todos los actos del ejecutivo, quedando, sin embargo, a la corona el derecho de disolver el parlamento para que el pueblo, en una elección, decida quién ha tenido la razón en una contienda que haya surgido entre el monarca y el cuerpo legislativo.

En realidad, por lo tanto, en la constitución inglesa el ejecutivo no es independiente del legislativo; aquél es un órgano de éste que lo pone en contacto con las emergencias y dificultades del gobierno y lo hace conocer los detalles de la administración.

Lo propio sucede en los otros países parlamentarios de Europa, aun cuando con variedades y matices que obedecen a las tradiciones y circunstancias locales.

Los constituyentes angloamericanos, por su afán de extremar la independencia de los poderes más allá de las tradiciones inglesas y aun de la realidad social, formaron un sistema tal que ha dejado al Congreso sin organización y a las relaciones entre el ejecutivo y el legislativo dependientes de circunstancias accidentales y aun fortuitas.

## XXII

### LOS PARTIDOS POLÍTICOS SUPLENDO EN PARTE LA FALTA DE ORGANIZACIÓN CONSTITUCIONAL

TANTO la cámara de representantes como el senado están compuestos de individuos que pertenecen a los dos partidos, Republicano y Democrático, a los que se agrega, después de 1912, el partido Progresista; y, naturalmente, en los casos en que los intereses de partido están comprometidos se pone de acuerdo en la manera cómo deben votar los miembros de cada uno; a este efecto, antes de la votación entran en sesión por separado cada grupo (a estas juntas de partido se les llama "caucus"); allí deliberan y resuelven en que sentido han de votar; pero esto sólo sucede en los casos importantes; en todos los demás cada quien vota como quiere, pues los partidos no tienen "leaders" en el congreso.

No tienen "leaders", porque no sienten la necesidad de formar un cuerpo compacto para el ataque y la defensa; por el contrario, el interés de cada diputado está en obtener ciertas ventajas en negocios y combinaciones o en usar de su influencia para congraciarse con sus electores y asegurarse la elección; y estos fines individuales se consiguen mejor conservando la independencia (1).

---

(1) Bryce, tomo I, pág. 153.

## XXIII

### FALTA DE INFLUENCIA SOBRE EL EJECUTIVO DE PARTE DEL CONGRESO Y FALTA DE COHESIÓN EN ÉSTE

**P**OR otra parte, el Congreso no puede, conforme a la Constitución, influir en la formación del gabinete; por más que los ministros sean atacados, el presidente tiene el derecho de conservarlos, y lo ejerce; el medio constitucional que tiene el Congreso para obrar sobre el ejecutivo es el de la acusación; pero este es un mecanismo demasiado pesado y solemne para ser usado como expediente diario; en realidad, nunca se ha puesto en uso; y como el gobierno no tiene influencia en la formación de los presupuestos, las trayectorias que siguen en sus movimientos ambos cuerpos de gobierno están tan distantes una de la otra, que no hay en el Congreso quien represente al gobierno y lo defienda. Todo esto hace que no haya en el Congreso esa división que agrupa y estrecha fuertemente a los partidos y les da naturalmente "leaders", pues no hay ni partido del gobierno ni partido de la oposición, como pasa en los gobiernos parlamentarios.

Falta de esta base de cohesión, la cámara de representantes en realidad no puede funcionar como cuerpo deliberante; cada cual presentaría proposiciones distintas y urgiría porque se resolvieran; todos expresarían opiniones encontradas; las discusiones se harían interminables y no quedaría disponible ni siquiera el tiempo necesario para discutir y aprobar los presupuestos (1).

---

(1) Bryce, págs. 173 y siguiente.

## XXIV

### EL SENTIDO PRÁCTICO SUPLIENDO LOS DEFECTOS CONSTITUCIONALES

PARA atenuar este mal, tanto la cámara de representantes como el senado se dividen en comisiones, teniendo cada comisión a su cargo un ramo distinto del gobierno. En 1909 había sesenta y dos comisiones permanentes ("standing committees") en la cámara de representantes y setenta y dos en el senado, siendo las más importantes de todas en ambas cámaras las de "Ways and Means", encargadas de lo relativo a los impuestos e ingresos en general, y la de "Appropriations", que es la que principalmente se ocupa en arreglar los gastos; hay otras también muy importantes, como la de "Banking and Currency" (Bancos y Valores circulantes), "Coinage" (Moneda), Pesos y Medidas, Comercio internacional y entre los Estados, Ríos y Puertos, etc., etc.

Cada comisión trabaja separadamente y llama a los empleados de los diversos departamentos para hacer cuantas indagaciones le ocurren; los empleados no tienen obligación de atender ese llamamiento; pero como los departamentos siempre están necesitando que el congreso les dé más dinero, tienen que ser complacientes con él y mandan a sus empleados que obedezcan el llamado.

Como siempre sucede que cada proyecto de ley toca a

diferentes ramos, pasa después de segunda lectura a distintas comisiones, éstas trabajan separadamente, sin comunicarse sus impresiones, de suerte que cada una puede presentar como dictamen un proyecto distinto y aun opuesto. Lo único que impide que este mal sea muy grave, es que ocupadas las cámaras de preferencia con los asuntos relacionados con las Comisiones de "Ways and Means" y "Appropriations", a las otras Comisiones viene a tocar un promedio, en el período de diez meses que dura en sesiones cada congreso, de dos horas por cada comisión; fácilmente se comprende que una gran cantidad de proyectos de ley, buenos o malos, sin distinción posible, están destinados a no tener nunca vida. Esto hace que las contradicciones legislativas no sean tan frecuentes como pudieran.

Dado el poco tiempo con que cuenta el Congreso para ocuparse de los proyectos que somete a su aprobación cada comisión, y la necesidad que hay de descansar en lo que las comisiones hagan, éstas vienen a ser en realidad pequeños cuerpos legislativos en donde se discuten y votan las cuestiones sin que el público pueda apercibirse; y cuando se presentan las proposiciones al congreso se tiene cuidado de proponer como cuestión previa si se acepta en el fondo el proyecto sometido: esto constituye un trámite parlamentario que hace imposible la adopción de cualquier reforma al proyecto presentado, y prácticamente cierra el debate; de suerte que tampoco entonces sabe el público de qué se trata, y muchas veces viene a saberse del proyecto cuando ya es ley y quizá está causando males.

Naturalmente, esto no puede suceder tratándose de ciertos proyectos que han agitado la opinión pública previamente o que la agitan después de que se presentan (1).

---

(1) Bryce, capítulo XV.

## INCONVENIENTES DEL SISTEMA SEGUIDO EN LA PRÁCTICA

CON tal sistema de comisiones el congreso carece de unidad; los hombres aptos se ven empequeñecidos porque no pueden imprimir un movimiento uniforme a la acción legislativa, ni en realidad pueden tener la influencia que sería de desear en la obra de las cámaras.

“¿No es—dice Bryce—la falta de esos hombres, de hombres en los que el país pueda confiar y a los que los miembros de mediana talla puedan seguir, la causa de las faltas que se cargan al congreso, de su vacilación, su inconsistencia y cambios, su innoble sumisión a una pequeña “cli-que”, su falta de sentimiento de dignidad, su abstención de tratar las cuestiones difíciles y su inclinación por los negocios de mala ley?”

De allí también una circunstancia que puede ser fatal para los Estados Unidos: la falta de responsabilidad en la formación de las leyes.

En los países parlamentarios es el ministerio el responsable directo de una ley, pues, o bien procede del gabinete el proyecto, y la mayoría que sostiene a ese gabinete sacó triunfante el proyecto, o bien procede éste del partido contrario o de un miembro del congreso que obró de modo independiente, y en este caso si la ley no fué buena el Ministerio es el responsable, porque contando con la mayoría lo dejó pasar, ya que si la mayoría en cualquier momento no sigue al ministerio, éste es incapaz de gobernar y debe dimitir.

En el Congreso de los Estados Unidos no es responsable el miembro que propone una ley, porque ella es casi siempre reformada por las comisiones; éstas no son responsables, porque nadie sabe lo que pasó entre las cuatro paredes del recinto secreto donde se discutió el asunto; los partidos no son responsables, porque, excepto aquellos actos legislativos que envuelven la plataforma del partido o que pueden influir en la opinión pública, la votación no tiene el carácter de partidismo, y no teniendo acción ninguna los ministros del gabinete, éstos tampoco pueden tener responsabilidad. Pueden tenerla individualmente los miembros de la cámaras; pero ésta, compartida con todos los demás de la mayoría, se hace insignificante y no influye en la votación.

Debido a la forma especial de legislar, el país no tiene ninguna garantía de que los proyectos presentados y las leyes adoptadas no contradigan las ya existentes o establezcan chocantes anomalías, ni siquiera de que el estilo empleado en la redacción sea el adecuado, pues con frecuencia no distingue a los legisladores la cultura literaria.

Esto hace que en los Estados Unidos la idea que se tiene de los miembros del cuerpo legislativo está muy lejos de ser favorable, al menos tratándose de los representantes, a los que se considera en general como hombres dedicados a malos manejos, salvo prueba en contrario; por lo que hace a los senadores, la idea es menos mala, y algunos gozan de verdadero respeto.

Resumiendo sus ideas respecto al congreso, el autor ya citado dice que el país ha sido condenado a sufrir la obra de legisladores que son arquitectos sin ciencia, críticos sin experiencia y censores sin responsabilidad.

## XXVI

### DESBARAJUSTE DE LA LEGISLACIÓN HACENDARIA DERIVADO DEL SISTEMA CONSTITUCIONAL

**D**ONDE más puede notarse la falta de organización en el poder legislativo, es precisamente en el punto que más tiempo suele tomar del Congreso, el que más atención concentra de los diputados y el que más interés debe de tener para el público. Este punto es el relativo a los ingresos y egresos del erario. En otros países los presupuestos son materia de estudio, trabajo delicado de estadística y aplicación de todos los conocimientos hacendarios por parte del gobierno, y requiere el mayor cuidado del ministro de hacienda. En los Estados Unidos el secretario del tesoro manda cada año al congreso una memoria que contiene los ingresos y gastos habidos en el año, las condiciones de la deuda pública, notas acerca del sistema de tributación y las sugerencias que juzga convenientes; a la vez remite una nota acerca de los gastos que son de suponer según las exigencias del servicio; pero ni la memoria ni la nota son tomadas en consideración ni pueden serlo, como luego se verá.

En lugar de que haya una comisión de presupuestos que procure hacer que los productos estén de conformi-



dad con los gastos que requiere la administración, para de ese modo establecer el equilibrio necesario entre el "Debe" y el "Haber" de la cuenta, conservando ésta su unidad esencial, en los Estados Unidos hay una comisión, la de "Ways and Means", que estudia los ingresos y los impuestos, y otras varias comisiones que obrando independientemente de aquélla e independientemente una de otra, determinan las cantidades que se han de gastar: las principales de éstas son la de "Appropriations", "Rivers and Harbours" y la de "Pensions". Es en estas comisiones que fijan los gastos en las que se centraliza la actividad de los diputados; aquí es donde se pueden hacer los mejores negocios y en donde se pueden obtener pensiones para los amigos y sostenedores, y por lo mismo los gastos anuales dependen de las actividades de los miembros del congreso y no de las sugerencias del secretario del tesoro (1).

Por su parte, la comisión de ingresos ("Ways and Means") tampoco puede tener en cuenta las sugerencias del Secretario del tesoro para adaptar los ingresos a los gastos, porque la fuente principal de ingresos en los Estados Unidos ha sido, para el gobierno federal, los productos aduanales; pero el sistema adoptado es el proteccionista, de manera que las tarifas se forman teniendo en cuenta, no las necesidades del tesoro, sino las conveniencias de proteger las industrias; y de ese modo, siendo las tarifas mucho más altas de lo que requieren los gastos, todavía en ocasiones se elevan más si esto se considera necesario dentro del sistema proteccionista.

En este punto se inicia un cambio radical con la última revisión de las tarifas y la creación del impuesto sobre la renta.

---

(1) Bryce, tomo I, pág. 177 y siguientes.

Cualquiera al leer esto se preguntará, sorprendido, cómo puede un país vivir con semejante desconcierto; cómo es que no se ha percibido la necesidad de armonizar los gastos con los ingresos, y cómo es que aquéllos pueden cubrirse sin atender a los productos.

Es de admirar, efectivamente, esto; pero hay una razón que lo explica todo: el excedente de los productos sobre los gastos es tan grande, debido al gran consumo que hace el pueblo de toda clase de artículos extranjeros, a causa a su vez de la difusión de la riqueza, que hasta hoy las comisiones que decretan los gastos en el congreso pueden ser pródigas sin llegar a agotar los ingresos y las existencias del tesoro.

## XXVII

### DESPILEARRO DE LOS FONDOS PÚBLICOS

Los gastos exigidos por la Comisión de “Pensiones” pueden dar una idea de la liberalidad con que se procede:

En 1913, el número de pensiones pagadas por causa de las diferentes guerras era de 820.200, y su importe ascendía en ese año a 174.171.660,80 dólares.

Las pensiones pagadas desde la independencia hasta 1913 habían exigido el gasto que detalla el siguiente cuadro:

Guerra de Independencia.....	70.000.000,00 pesos.	
“ de 1812.....	45.923.014,46	“
“ con los indios.....	12.241.273,61	“
“ con México.....	47.632.572,34	“
“ civil.....	4.294.596.944,47	“
“ con España e insurrección de Filipinas.....	42.185.230,84	“
Servicio regular.....	28.461.369,52	“
No clasificadas.....	16.499.419,44	“
<hr/>		
Desembolso total.....	4.557.539.824,68	“

## XXVIII

### CONFLICTO ANUAL PRODUCIDO POR EL SISTEMA DE LA CONSTITUCIÓN

No es este aún un cuadro completo del desorden que reina en punto a legislación hacendaria; aún hay algo más serio procedente de las atribuciones constitucionales de las dos cámaras.

Conforme a la Constitución, las leyes relativas a impuestos deben partir de la cámara de representantes; pero el Senado tiene la facultad de reformarlas como si se tratara de cualquiera otra ley.

La cámara de representantes y el Senado rara vez están de acuerdo en punto a presupuestos, y como ambos tienen que concurrir a su formación, anualmente se presenta el peligro de que llegue el principio del año y el gobierno se quede sin presupuestos ni autorización para cobrar impuestos.

Tal es el rigor constitucional; pero en este caso, como en los otros, salva al país el espíritu de conciliación; tanto los representantes como el senado nombran comisiones especiales que se encargan de transigir las diferencias haciéndose mutuas concesiones, para lo cual hay bastante dinero.

Todo esto es, naturalmente, sabido y entendido por el público, que, sin embargo, no por eso se molesta ni impacienta.

## XXIX

### TEORÍA ANGLOAMERICANA DEL HOMBRE POLÍTICO

TAL parece como que el pueblo angloamericano, comprendiendo que todo organismo social tiene que producir políticos, entre otras secreciones, acepta el hecho como inevitable y consiente en abandonarles para que subsistan y empleen sus actividades una parte de la riqueza pública: les reconoce el derecho a la vida; sabe que no podrían vivir de otro modo más que de la lista civil, y les paga espléndidamente porque lo dejen tranquilo, sin esperar de ellos nada, y sólo cuidando de su actividad cuando con ella amenazan su bienestar.

En una ocasión visitaba yo el Capitolio, y al salir del salón donde el senado se hallaba reunido, encontré un grupo numeroso de visitantes que eran guiados por un "cicerone"; éste manifestó estar al tanto de lo que se discutía en aquellos momentos en la cámara, y resumió sus observaciones diciendo: "El senador N..., que en estos momentos hace uso de la palabra, pertenece al partido progresista, y es en todo opuesto a lo que el gobierno propone; sin embargo, en este momento está sosteniendo el gobierno, porque tiene interés en un negocio relacionado con el asunto."

Esta observación habría provocado en México la indignación contra el senador; pero en el grupo de visitantes del Capitolio aquello fué una nota divertida, y todos rieron plácidamente.

## XXX

### INADMISIBILIDAD DE ESA TEORÍA PARA LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS

**N**OSOTROS los hispanoamericanos no podemos, por nuestras tradiciones y por nuestra real constitución social, aceptar tal teoría de los hombres políticos. Tenemos problemas muy graves que requieren saber y abnegación en el gobernante. La primitiva colocación de las fuerzas sociales ha sido trascendental y decisiva en toda nuestra historia.

La unidad no fué el punto de partida del género humano; la división en razas es tan antigua o más que la historia, y el número de las existentes era mayor al comenzar la época histórica que en la actualidad; muchas han desaparecido ante el empuje de otras más potentes; otras se han fusionado, y todo permite augurar una igualdad final; pero la labor persistente que la determine tiene que ser lenta; las razas no pueden salvar las etapas brincándolas súbitamente. Las razas indígenas de América tenían una mentalidad chapada en la concepción de la propiedad comunal; no era eso sólo materia que tocaba a su ideología, sino que la propiedad comunal era o causa o efecto, pero, de todos modos, inseparable del carácter imprevisor del indio.

Es imposible pretender que caminen armónicamente dos razas, una con el carácter formado por el sistema de propiedad quiritaria, carácter naturalmente agresivo y previ-

sor, y la otra con la indolencia heredada de generaciones que no han conocido ni los estímulos de la propiedad individual, ni los espoleonazos de la miseria consciente de sí misma, que es la verdadera miseria.

No sólo es imposible eso, sino también el determinar cuál es más perniciosa, si la acción de la raza individualista sobre la vida económica de la comunista, o si la de ésta sobre el carácter y la moral de aquélla.

Pero lo que es indudable es que la sociedad entera sufre por causa de una mala distribución primitiva de la propiedad raíz, que trae consigo, como todo azolve en un organismo, el empobrecimiento anémico de las celdillas, la hipertrofia de algunos órganos, la atrofia de otros y la hiperestesia general.

Esa inteligencia sana que hace ver las cosas con sus verdaderas proporciones, no puede existir entre nosotros; predomina la sensación dolorosa sobre la razón calmada, y preferimos desgarrar nuestras heridas más bien que esperar con quietud que cicatricen.

Somos un caso de patología social muy delicado, y necesitamos mucha ciencia y mucha abnegación en los que nos gobiernan. Nada más opuesto a nuestro caso que el empirismo y los rencores; pero a ese paso sucede que son los rencores los que mueven a nuestros políticos y producen a los gobernantes, y que son los empíricos los que hasta ahora han tenido las oportunidades mayores para ascender al poder; pero es que en nuestra política remedamos a aquel rey del cuento oriental, que invitaba a todos los médicos que se creyeran capaces para que le curaran su mal, pero sentenciaba a muerte a todos los que erraban la cura. Naturalmente, los más sabios profesaban la abstención como único medio de seguridad, y sólo se atrevían aquellos que tenían una fe supersticiosa.

## XXXI

### LA INCURIA DEL MONARCA INGLÉS Y EL CELO DEL ESPAÑOL PARA SUS RESPECTIVAS COLONIAS

Las actuales ventajas del pueblo angloamericano proceden del abandono de los reyes de Inglaterra, del hecho de que ellos jamás abrigaron un solo sentimiento de humanidad y de piedad para los indios: apenas si se cuidaban de sus súbditos que colonizaban una tierra fuera de las grandes rutas españolas que conducían a los Eldorados de América. Los colonos ingleses se encontraron solos, cada uno frente a los obstáculos naturales que eran iguales para todos: el clima y los salvajes. Cada cual tuvo que atenerse a sus propias fuerzas. De allí la democracia.

Macauley, refiriéndose a la época en que los ingleses emprendieron la dominación de los diversos principados en que se dividía el imperio del Gran Mogol en el Indostán, habla del choque de la raza inglesa con la de India en términos que, por su generalidad, son aplicables en América, y explican buena parte de la historia de los pueblos anglo e hispanoamericanos.

“Evitar—dice—que la raza fuerte hiciera presa en la débil, fué tarea superior al talento y energía de Clive... La raza superior, como era natural, abusó; y entonces se



vió lo que nosotros consideramos que es el espectáculo más espantoso; el de la fuerza de la civilización sin su piedad. Para cualquier otro despotismo hay un freno, imperfecto en verdad, y dador de grandes injusticias, pero bastante, sin embargo, para preservar a la sociedad de la extrema miseria. Llegó un tiempo en que los males de la sumisión son evidentemente mayores que los de la resistencia, en que el miedo mismo engendra una especie de valor, en que una súbita manifestación de la rabia y la desesperación populares, son una amonestación para el tirano que presume demasiado, fiado en la paciencia humana. Pero contra una tiranía como la que afligió a Bengala, no había lucha posible. La superior inteligencia y la energía de la clase dominadora hacían su poder irresistible. Una guerra de bengaleses contra ingleses era como una guerra de carneros contra lobos, de hombres contra demonios." (Macaulay, Warren Hastings).

El rey de España quiso ponerse siempre del lado de la raza débil en la América; la defensa de ésta es el único objeto de las leyes de Indias: no traían mayores recomendaciones los virreyes, oidores y visitadores. Y ciertamente el indio conservó durante toda la época colonial su propiedad común, a pesar de toda la acometividad del español, que era y es uno de los caracteres más enérgicos de Europa; pero el resultado de la piedad humanitaria de los reyes españoles fué la creación de sociedades en las que un esfuerzo sobrehumano para luchar contra las leyes naturales, les había dado el carácter de mero artificio, para sacarlas a que reciban el ambiente de la democracia, precisa obrar con infinitas precauciones. No pueden brincar la etapa. La constitución angloamericana es para ellas un salto mortal. La mentira política, con todas sus desastrosas consecuencias, es al fin y al cabo un arma que el

instinto de conservación ha puesto en esas sociedades para defenderse de la caída en el abismo que abre la pernicioso-  
sa tendencia a imitar las leyes ajenas.

La complacencia con que los Estados Unidos ven esas peligrosísimas imitaciones de lo suyo viene a ser una agravante del mal. Ellos quieren que hagamos la imitación porque están orgullosos de lo suyo, pero ignoran lo nuestro; lo ignoran porque en general sus políticos lo desprecian; y nosotros les damos gusto, con gran perjuicio para nuestras sociedades, unas veces porque ignoramos lo nuestro y otras por "snobismo", porque se diga que implantamos en nuestros países los más avanzados principios.

Si es tan distinto el punto de donde partimos y tan distintas las condiciones de nuestra vida actual; si necesitamos que el gobierno sea un órgano que responda a funciones tan diversas de las que está llamado a desempeñar en los Estados Unidos; si allí mismo la constitución política que se dieron no causa todos los males que serían consecuencia de sus errores, sólo por razón de la gran riqueza del pueblo ocurre preguntar: ¿Cómo podrán los pueblos de la América española encontrar quietud y gobierno adecuado adoptando como modelo esa misma constitución?

Se comprende que tal modelo ha sido, si no el factor fundamental de nuestros males, por lo menos el pretexto permanente para nuestras revueltas y el fomentador del vicio de la mentira en las prácticas de nuestros gobiernos.

## XXXII

### EVOLUCIÓN DE LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

**E**n los Estados Unidos la constitución evoluciona: todas esas transacciones cotidianas que se imponen en su vida política lo demuestran, pues ellas van formando la base de un derecho no escrito que encuentra su apoyo en las necesidades sociales; a medida que la nación se transforma por el aumento del industrialismo, por la constante inmigración, por la ocupación de las tierras y por la acumulación de hombres y de capitales en grandes centros, van apareciendo problemas que los constituyentes no sospecharon.

La difusión y progreso de las ideas socialistas en Europa han encontrado en el pueblo angloamericano buena acogida, que sin profundizar mucho en las hondas teorías económicas que forman la base científica de esas ideas, toma las conclusiones y estudia su lado práctico. Los altos jornales de los trabajadores y los constantes refuerzos que reciben los hacen poderosos. Como aún no puede decirse que las tierras estén agotadas para los que quieran dedicarse a su cultivo, la lucha entre el capital y el trabajo no tiene aquí la forma agraria, sino netamente industrial; pero desde luego ha comenzado vigorosa y amenaza asu-

mir el carácter de socialismo de estado, debido a las tendencias de todos los funcionarios del gobierno y de todos los políticos de profesión a atraerse la voluntad de la masa del pueblo por medidas en contra de los grandes capitalistas, medidas que amplían grandemente la esfera de acción del gobierno federal.

Se llegará a un punto en que a la acción del gobierno, cada vez más positiva y más variada, y al estado de la sociedad, menos avenido y tranquilo, los moldes de la primitiva constitución quedarán estrechos, y por evolución o por revolución tendrán que adoptar una forma tal que permita al gobierno ser propiamente factor importante en el movimiento social.

Si a tiempo se prepara esa transformación, cuando aún quede en el pueblo angloamericano ese espíritu conciliador que lo ha hecho caminar entre transacciones, el movimiento será evolutivo; pero si, crecido el malestar y aumentada la miseria, los espíritus se vuelven ásperos e intransigentes, los Estados Unidos pueden presenciar la revolución más desastrosa.

El malestar económico se ha atribuido a las reformas radicales de los demócratas, y esto ha vuelto a hacer imperar en el pueblo la salvadora tendencia a un justo equilibrio y a la transacción. Por eso obtuvieron gran aplauso las siguientes palabras que el ex senador Root pronunció en su discurso inaugural de la convención constitucional de Nueva York, en Albany, el 6 de abril último: "Debemos conservar tanto como mejorar—dijo—. Debemos mejorar la maquinaria del gobierno, pero debemos conservar el gran cuerpo de derechos y libertades que ha crecido a través de muchos siglos de desarrollo judicial y político, bajo el cual hemos sido bendecidos tanto tiempo con la paz, el orden, la justicia, la libertad individual y la pros-

peridad. Debemos recordar que al que aboga por cambios le toca la obligación de probar que esos cambios serán ventajosos."

Es indudable que los Estados Unidos atraviesan por un peligroso período de transformaciones, y que el Gobierno, que hasta ahora se había hecho sentir poco en la sociedad, comienza a ampliar su esfera de acción y se dirige hacia el socialismo de estado. Es decir, hacia uno de los polos sobre que gira el ideal socialista contemporáneo, que requiere el más perfecto y acabado ajuste en el mecanismo gubernamental, y creará un gran peligro para el país por poco que la adaptación no resulte exacta y conveniente.

En tal caso, el gran peligro para los pueblos hispano-americanos estará en que nos dé por imitar a los Estados Unidos con la poca discreción que hasta ahora lo hemos hecho.

Para evitar ese mal conviene hacerles comprender, por todos los medios adecuados, que es un error muy grave considerar al estado como un objeto igual en todas partes y susceptible de una definición y precisión de funciones aplicables a cualquier estado en el mundo. El estado no es otra cosa más que un órgano que funciona en correlación con todos los otros que constituyen la economía de un organismo. El organismo de cada sociedad difiere de los otros organismos sociales tanto más cuanto mayores son las diferencias de cultura, de condiciones geográficas, de clima, de ocupación y de antecedentes históricos; y si los organismos sociales son diferentes, distintas también deben de ser la constitución y las funciones que en cada uno corresponden al órgano que en ellas forma el estado.

Así como no se parecen los órganos que presiden la función especial del crédito entre los afganes y los esco-

ceses, ni tienen más que un remoto parecido los órganos de la justicia en el país y en el tiempo de Aroun-al-Raschid con los de un jurado inglés, así tampoco el órgano que se llama estado puede parecerse ni está llamado a desempeñar las mismas funciones en Rusia y en los Estados Unidos. Pretender que el órgano llamado estado en Rusia sea igual al órgano llamado estado en la unión angloamericana, es un absurdo igual, aunque menos perceptible para los sentidos, que el pretender que el corazón de un pez sea igual y desempeñe sus funciones en igual forma que el de un cuadrumano.

### XXXIII

#### LAS EXCELENCIAS DEL PODER JUDICIAL FEDERAL PROCEDEN DEL ESPÍRITU CONCILIADOR DE LOS CONSTITUYENTES

EN vano se habría establecido la federación y formándose una Constitución, si en ella no se prescribieran la existencia y funcionamiento de tribunales federales, pues en tal caso la misma constitución, las leyes y todas las disposiciones emanadas del gobierno de la unión no habrían tenido más autoridad que la que hubieran querido darle los tribunales de cada estado; en los casos de contiendas que surgieran entre éstos o con motivo de concesiones dadas por ellos, no habría autoridad ninguna que las resolviera; la unidad nacional quedaba así destruída y en su lugar aparecían las rivalidades de cada una de las entidades federativas, sin sacarse otra consecuencia del pacto que la mayor frecuencia de los conflictos. Los ciudadanos angloamericanos no serían tratados igualmente en todo el país, pues por una parte estarían sujetos a la variedad de las interpretaciones del pacto federal, y por otra a la parcialidad de los tribunales que aplicarían aquél según sus conveniencias locales. Finalmente, en los casos en que se afectara en los juicios las relaciones con otros países, la unión debería estar representada por sus propios tribunales, bajo pena de verse complicada en dificultades internacionales provocadas por el interés local y dimanadas de resoluciones que, no procediendo de una autoridad común, no debían comprometer a todos.

Para llenar todas esas necesidades es establecieron los

tribunales federales, que se dividen en Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, Tribunales de Circuito y Tribunales de Distrito.

La creación de la Suprema Corte y de los tribunales federales a ella subordinados, fué una novedad dimanada directamente de la aparición de un nuevo organismo compuesto de todos los estados; por lo demás, las funciones de esos tribunales eran las mismas que para el interior de los estados desempeñaban los tribunales locales.

Así como para éstos las leyes dimanadas de la correspondiente legislatura eran superiores a cualquiera disposición de otra autoridad, y la constitución local era superior a las leyes dimanadas de la legislatura, así también para los tribunales federales, por encima de todas las disposiciones, está la constitución federal; cualquier acto contrario a ésta, ya dimanase del mismo congreso de la unión o de cualquiera otra autoridad, es nulo; después están las leyes del congreso y los tratados internacionales; luego vienen las leyes locales y las demás prescripciones de las autoridades dentro de su esfera legal.

Los tribunales federales, sin embargo, nunca declaran la nulidad de una ley, tratado o acto administrativo, *motu proprio*, ni en términos generales aunque sean opuestos a la constitución, sino que sólo proceden en juicio a petición de una parte interesada y por declaración particular, que sólo afecta el caso que se somete a su resolución.

De esta manera se evitó un grande escollo que habría hecho imposible la adopción de la constitución por los estados; pues o bien éstos quedaban en libertad de dar disposiciones contrarias a la constitución, sin que hubiera ninguna autoridad que corrigiera ese mal, o bien si se daba la facultad de anular las leyes y disposiciones emanadas de los gobiernos locales, éstos se consideraban lastimados.



pues que la nulificación podía tener fines enteramente políticos; y es un hermoso ejemplo de la inventiva conciliadora y del espíritu de transacción la resolución adoptada.

En un juicio ante los tribunales, la parte agraviada no persigue fines políticos, sino intereses generalmente pecuniarios: el caso suele presentarse mucho tiempo después de que se dictó la disposición que motiva el juicio, y sin conexión alguna con el movimiento político; y como las resoluciones de la corte no son de carácter general, por más que echen por tierra las disposiciones anticonstitucionales, lo hacen sin ruido y, por lo tanto, sin herir las pasiones políticas, en tal tiempo y en tal forma que las autoridades de que emanó el acto inconstitucional pueden haber ya obtenido su reelección, o si no la obtuvieron se debió a otras causas.

Con justicia se ha elogiado este sistema, por más que tenga el inconveniente de que no pudiendo la corte dar opiniones en términos generales y anticipadamente sobre cada disposición legislativa o administrativa, pueden las legislaturas dar una ley de buena fe e incurrir luego en la censura de los tribunales federales.

Se ha procurado evitar este inconveniente de varias maneras: el presidente acostumbra someter los casos que se presentan al estudio del procurador general, y las consultas que éste da se publican periódicamente, por más que no tengan más autoridad que la que les da el conocimiento, la práctica y la alta posición de quien las emite.

No obstante esto, el sistema de la constitución en el funcionamiento de los Tribunales federales es digno de ponerse por modelo, y ha contribuido grandemente a la respetabilidad de que ellos disfrutan por estar apartados de la política y trabajar en una esfera de superioridad y de quietud.

## XXXIV

### LA INDEPENDENCIA DE LOS TRIBUNALES COMO ESENCIA DE LA JUSTICIA

**P**OR más que se reconozca la sabiduría que dictó las disposiciones que se han referido, no puede considerarse que sean ellas la verdadera causa del gran prestigio de los tribunales federales en los Estados Unidos, pues con las mismas disposiciones no se ha conseguido el propio resultado en otros países, como en México, y por lo tanto, para hacer una observación que sea provechosa es indispensable buscar en otras disposiciones el secreto de tan buen éxito.

La misma constitución americana nos da la clave:

“Tanto los jueces de la Suprema Corte—dice—como de los de los demás tribunales federales, durarán en su cargo mientras observen buena conducta, y recibirán por sus servicios una compensación que no podrá disminuirse mientras desempeñen el cargo.”

Aquí es donde radica todo el secreto. Durarán en su encargo mientras observen buena conducta; es decir, que sus cargos son vitalicios y no pueden ser removidos sino por causa de responsabilidad.

De ese modo los jueces federales angloamericanos tie-

nen una posición superior a la de los de Inglaterra, pues allá pueden ser separados por la corona, con excepción de los jueces de la Suprema Corte.

Hace un grande honor a los constitucionalistas anglo-americanos que esta disposición de su ley fundamental haya sido decretada por unanimidad de votos; tanto así estaba arraigado en ellos el principio de que la independencia de los Tribunales es la base del orden social.

Y, sin embargo, ellos no creyeron que la independencia del poder judicial sufriera porque el nombramiento de los jueces dimanara de los otros poderes, pues es el presidente, de acuerdo con el senado, quien los nombra.

Naturalmente, el presidente siempre hace la designación entre sus partidarios; pero el hecho de que una vez nombrados ya no pueda ni revocar sus nombramientos ni disminuir sus sueldos, los hace totalmente independientes. En lo sucesivo dependen ellos de su propia moralidad y de su laboriosidad, que serán las únicas bases para conservar sus puestos.

Esta es la parte con que el gobierno angloamericano contribuye propiamente a la libertad y a la grandeza del pueblo.

En los Estados Unidos se habla de cohechos, ya de los miembros del congreso, ya de los funcionarios de la administración; pero tal delito es desconocido entre los jueces federales.

La Suprema Corte de Justicia federal es vista como una reunión de hombres de un gran espíritu de justicia y de una gran sabiduría en las materias que les competen.

Los Estados Unidos, al emanciparse de Inglaterra debieron haber presentado el aspecto de una sociedad de muy alto nivel moral; si bien entonces menos ricos, menos populosos y menos extensos, tenían esa particularidad de

los pueblos que han estado llamados a desplegar enormes energías: han sido siempre un núcleo pequeño de fuertes caracteres; es de la energía de esos caracteres de donde sacan después su fuerza por generaciones.

Si en el orden político Wáshington refleja su prestigio entre los presidentes que lo han sucedido; si Hámilton en la administración es un modelo de estadista y de honradez, Jhon Márshall puede considerarse con justicia como otra de las columnas del trípode en que descansa la actual grandeza angloamericana. Los Estados Unidos no pueden aspirar a sobrepasar esa figura, igualmente admirable por su pureza, su saber y su paciente laboriosidad. Si otros trabajaron formando la Constitución y encontrando una fórmula en que todos se avinieran a trabajar en común, fué Márshall quien, con su labor de treinta y cuatro años como presidente de la Suprema Corte, dejó establecidas las reglas prácticas y la interpretación científica que la carta requería para penetrar en los detalles de la vida diaria, entre los cuales un hombre menos sabio o menos recto hubiera extraviado o la constitución o la justicia.

Ese respeto por los tribunales federales influye en cada estado para levantar el nivel moral de los jueces locales, que temen incurrir en la censura de aquéllos o que la comparación les sea desfavorable.

## XXXV

### INFLUENCIA DEL MEDIO SOCIAL SOBRE LA JUSTICIA

**H**AY además otro factor que contribuye a sostener en alto nivel moral a los tribunales. La constitución les da independencia; la "Barra" les da un alto ejemplo y un censor, atenta siempre con gran cuidado a todo lo que se relaciona con el movimiento legislativo y judicial del país.

Tomando como tipo la "Asociación de la Barra", de la ciudad de Nueva York, puede verse cuáles son sus funciones esenciales. Tiene entre sus comisiones permanentes una encargada de cuidar de todas las leyes que se propongan a la legislatura del estado, o todas las modificaciones y leyes propuestas en relación con las ordenanzas de la ciudad, con el deber de promover lo necesario para que se adopten u oponerse a la adopción, según convenga, a juicio de la comisión.

Otra comisión semejante tiene igual objeto para ante el congreso federal; otra se encarga de estudiar los proyectos encaminados a modificar la ley substantiva o la de procedimientos, dando cuenta a la asociación con el resultado de sus estudios; otra vigila las prácticas de los jueces en todos los tribunales, recomendando las medidas que considere convenientes, inquirendo si los candidatos

judiciales llenan las condiciones que son de desearse, conferenciando sobre ese asunto con otras organizaciones y convenciones que han de influir en el nombramiento de esos funcionarios, y recomendando a la asociación las medidas encaminadas a conseguir que las personas nombradas llenen los requisitos convenientes.

Hay también una "Comisión de Quejas" que se encarga de recibir todas las que se presentan contra los miembros de la propia asociación, contra los abogados que practican en el distrito, contra los que pretenden practicar la abogacía en él, y todas las demás que se presenten y puedan afectar los intereses de la profesión, la práctica de las leyes y la administración de justicia.

Esta última comisión juzga de las quejas que se le presentan, y de su determinación puede derivarse la expulsión del socio, su suspensión en el ejercicio de la abogacía o la consignación del caso a los tribunales, ante los cuales la "Barra" es representada por un procurador.

Mediante esta última Comisión, la "Barra" cuida de la moralidad de sus miembros y mantiene ante el público el respeto a la profesión.

Así se explica la influencia que en la política de los Estados Unidos han tenido los abogados, influencia que se ha sostenido, aunque con tendencias a declinar en estos últimos tiempos, por la de los grandes capitalistas; porque son los abogados los que conocen las leyes y saben coordinarlas; porque poseyendo la historia del desenvolvimiento legal de la nación, están en mayor aptitud para juzgar de lo que puede y conviene hacerse, y porque las experiencias de la vida diaria, bajo una moral estricta, les crea un alto sentimiento de responsabilidad y mantiene vivo en su ánimo un principio de bondad general y de tendencia conciliatoria.

De los veintisiete presidentes que han tenido los Estados Unidos, veinte han sido abogados. En cada población la influencia de los abogados es preponderante, no sólo por el hecho de ejercer una profesión literaria—distinción que, a falta de nobleza hereditaria, es considerable en el país—, sino porque esa profesión los pone en íntimo y constante contacto con el gobierno; son muchas veces sus consejeros, y por el ejercicio de la oratoria tienen mayor aptitud para atraerse al pueblo.

La influencia de los abogados y de la “Barra” sobre la administración de justicia es más especial que sobre el resto del gobierno, pues los jueces, que en su mayor parte han sido antes abogados postulantes, ven en la “Barra” una institución respetable y simpática y procuran tener siempre su aprobación.

Es de esta manera como el medio social corresponde a la necesidad de independencia y de rectitud de los tribunales y complementa así la obra de la constitución, que de otra manera habría sido menos eficaz.

La prueba de la influencia del medio, del gran papel que corresponde al pueblo mismo en la elaboración de sus instituciones, es la susceptibilidad que la opinión pública en los Estados Unidos ha manifestado en cuestiones que afectan a la administración de justicia: y un buen ejemplo de ello es que el elevado concepto de la Corte Suprema se resintió por dos hechos que demostraron, el uno, inconsistencia y el otro inclinaciones de partido.

El congreso declaró que el papel emitido por el gobierno era de curso forzoso o tenía facultad liberatoria para los deudores. La Corte resolvió en 1870 que esa disposición legal era nula; pero después, en 1871 y 1884, resolvió en sentido contrario.

El otro hecho es el ya referido, en que el Congreso puso

la decisión de la elección presidencial en manos de unos jueces de la Suprema Corte, y éstos sostuvieron invariablemente sus respectivas inclinaciones de partido.

El hecho de que la opinión pública haya manifestado esa sensibilidad y desaprobado esos dos hechos, indica el carácter moral y la influencia moralizadora de esa opinión, que si bien a los políticos les perdona sus faltas, porque no espera de ellos una gran rectitud, reserva todo su rigor para la Corte, aun en los casos en que el punto que se le somete no sea estrictamente de naturaleza judicial.

La constitución dejó una puerta abierta al abuso, y por allí han tratado de penetrar con influencia política, y por lo tanto inadecuada para la justicia, los otros dos poderes, el legislativo y el ejecutivo. Consiste esa imperfección en que no señala la carta el número de jueces que han de componer la Corte ni crea los otros tribunales inferiores. Por causa de esto, las luchas entre el legislativo y el ejecutivo han solido repercutir en la Corte y en los otros tribunales federales, debiéndose la salvación de éstos a la atención especial que hasta ahora ha tenido sobre ellos la opinión pública y al temor que en ellos hay de herir esa opinión profundamente.



## XXXVI

### EL PODER JUDICIAL EN MÉXICO.—ABSOLUTO FRACASO DE SU LABOR SOCIAL

**L**A constitución y efectos del poder judicial angloamericano sugiere algunas reflexiones respecto al poder análogo en México.

No obstante las diferencias congénitas entre los Estados Unidos y México, los constituyentes mexicanos, sobre quienes influía la doctrina de la división fundamental de los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, se dieron a imitar las disposiciones de la carta angloamericana en lo relativo a los tribunales federales, como la imitaron en muchos otros puntos; pero con el constante deseo de llevar las cosas al extremo de la perfección absoluta y de su estricto ajuste con los principios, quisieron ser exigentes hasta lo último respecto a la independencia del poder judicial con relación a los otros poderes, y exigieron que en lugar de que los magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la nación fueran nombrados por el ejecutivo de acuerdo con el senado, sacaran su origen, como los otros poderes, de una elección directa del pueblo.

Así lo exigía el rigor silogístico de los principios, que era el único a que había que atender.

Al mismo tiempo se estableció que los funcionarios de

la Suprema Corte de Justicia duraran en su cargo sólo cuatro años, porque también así lo pedían las ideas de la democracia pura; y para que nada faltara al rigor y a la intransigencia que ha caracterizado siempre a nuestros estadistas, se quiso dejar al pueblo en un uso tan absoluto de su soberanía, que ni siquiera se exigió que los magistrados del más alto tribunal de la nación fueran abogados ni en rigor que supieran leer y escribir, pues que su aptitud se deja "a juicio de los electores".

Nada mejor que la lógica para guiar a los legisladores; mejor dicho, es ella indispensable para que su obra resulte adecuada y consistente; pero esa misma lógica exige que al tratarse de fenómenos sociales, nunca se pierda el contacto con la realidad y nunca se saquen las premisas en oposición con los hechos.

Los hechos estaban agolpados alrededor del congreso, pidiendo un momento de atención a los constituyentes; pero éstos, que tenían por modelo las férreas voluntades de los personajes de la revolución francesa, sin que a ninguno de ellos le hubiera ocurrido tomar por ejemplo la calmada y conciliadora actitud de los constituyentes angloamericanos, jamás quisieron transigir con esos hechos: habría sido un acto de debilidad, una mancha en su carrera de estadistas que los habría abochornado.

El poder, según las ideas hispanoamericanas, sirve para modelar a las sociedades y hacer que se plieguen todos a la voluntad del que manda, y que tuerzan ante ella hasta las leyes naturales que gobiernan a las sociedades. De otro modo, el poder no sirve para nada; es sólo una manifestación de debilidad.

No debe haber conciliación. Tal es la orden del día en México desde hace más de un siglo.

El resultado fué que el pueblo, que no sabe qué es pro-

piamente la Suprema Corte de Justicia, que no conoce de nuestros hombres más que a los caudillos militares, cuyas proezas son las únicas capaces de transmitirse de boca en boca y de llegar así a la noticia de las gentes que no saben leer; ese pueblo, del cual una parte no conoce la lengua castellana y no sabe lo que es la constitución, porque nunca ha sido traducida a los idiomas que habla, no cuidó para nada de la elección de los magistrados de la Corte, como no cuidó tampoco de la elección de los otros funcionarios, si se exceptúa quizá en algunos lugares la de diputados. Así, pues, nunca ha sabido quiénes son los funcionarios judiciales de la federación, y por medios subrepticios y a través de un buen cúmulo de fraudes, el presidente de la república ha sido hasta allí el único que elige a los magistrados de la Corte; pero como lo hace con el disfraz de las elecciones populares, es irresponsable en esa designación.

El fraude, la mentira y la irresponsabilidad de parte de quien hace el nombramiento de los funcionarios, son, pues, la base en México de lo que en otros países se considera como la función más sagrada de una sociedad.

Y como la elección ha de hacerse cada cuatro años, los magistrados que quieran conservar su puesto deben vivir con la vista fija en el único elector, interpretando sus deseos y dándole gusto servilmente.

Tal es el resultado del razonamiento silogístico, cuando las premisas son falsas y cuando no se quiere transigir con la realidad.

La lógica de los hechos es una buena maestra, y sentados los falsos principios que habían de sustentar la independencia del poder judicial, y que produjeron el efecto contrario de la más servil subordinación, cada día se obtiene una nueva y desastrosa consecuencia.

No obstante eso, el congreso nunca ha propuesto a los Estados la modificación constitucional; los políticos de profesión clamarían por ese atentado contra la verdadera democracia. Los presidentes, que están en el secreto de nuestra democracia, se complacen buenamente de una disposición que los hace árbitros irresponsables de la justicia nacional; y como enderezar las cosas equivale a decir que el pueblo no sirve para elegir a los magistrados judiciales; y como decir que más independientes serán éstos mientras más se les alejen del voto de cada cuatro años, es lo mismo que atacar la soberanía del pueblo, ninguna bandera revolucionaria se ha atrevido hasta hoy a abrigar entre sus pliegues el principio de la inamovilidad judicial y del nombramiento de los jueces por uno de los otros dos poderes, o por los dos en mutuo acuerdo (1).

Así como los salvajes prefieren un collar de cuentas de vidrio a una manta que los abrigue de la intemperie y los precava de las enfermedades, así nosotros, por nuestra poca cultura, damos más importancia a una bella frase que a una comfortable realidad; y cuando una práctica dañosa está revestida con una hermosa palabra, cuando en pro de esa práctica pueden invocarse precedentes europeos o angloamericanos, nuestro mal está próximo a ser incurable.

En México, principalmente, se paga amplio tributo a esa vanidad, y cuando algunos estadistas de verdad nos han presentado la realidad aterradora, nosotros nos hemos complacido, para desdeñarla, en adornarnos con las apariencias de las instituciones más avanzadas, sólo para poder decir en nuestra megalomanía: "Ni Francia ha adop-

---

(1) La constitución carrancista ha adoptado el principio, pero ha diferido su aplicación a tiempos futuros, cuando ya Carranza no sea presidente. Esto confirma la verdad de las precedentes observaciones.

tado principios tan radicales...” Y así es la verdad; pero pagamos esa ostentación enteramente vana con la vida de contrariedades y de sufrimientos que llevamos.

La democracia y la soberanía popular no son para nosotros más que un bello cosmético, y no tenemos inconveniente en sacrificar la comfortable realidad de la justicia a los pintarrajos del rostro, precisamente a causa de que el censo de nuestra población arroja sólo un siete por ciento de personas que saben leer y escribir; es decir, precisamente porque México presenta una proporción de hombres cultos inferior a la que presentaban los negros de los Estados Unidos al hacerse la emancipación.

¡Y así queremos ir a la cabeza del mundo!

Bajo el sistema de supuesta elección popular, los jueces han llegado a formar la agrupación más desacreditada del país. Los atropellos del gobierno han solido encontrar resistencias en humildes empleados administrativos; aun en el ejército han aparecido hombres que imponen al gobierno por su rectitud y dignidad; pero no he oído decir que en los últimos tiempos en toda la extensión de la república haya habido jueces que estén dispuestos a resistir a la iniquidad.

Para mayor subordinación de los funcionarios judiciales en algunos estados, la legislatura, compuesta siempre de un grupo de amigos del gobernador, los nombraba con el carácter de interinos, de modo que no había que esperar siquiera el término constitucional del empleo para quitarlos; otras veces se daba facultades al gobernador para cambiarlos de una población a otra, y con esto obligarlos a renunciar al menor asomo de independencia, pues con un sueldo de cien o ciento cincuenta pesos al mes no habrían de poder vivir y hacer los gastos de cambiar su menaje dos o tres veces por año. Esto hacía que los jue-

ces vivían pendientes de la voluntad del gobernador, procurando estudiar sus gestos para interpretar sus deseos, pues para colmo de burlas, los gobernadores en algunos estados no daban a los jueces recomendaciones; y esto, que parecería una garantía, no era sino el colmo de la hipocresía y el signo de que se había llegado al último extremo de la degradación, de parte de los jueces, y de la irresponsabilidad de parte del gobernador, pues aquéllos tenían que buscar por medios indirectos el conocimiento de la voluntad de éste, y ese conocimiento se manifestaba por signos exteriores que no dejaban lugar a duda.

Los jueces federales, que en los Estados Unidos sirven para sostener alto el nivel moral de los locales, y que en México podrían prestar un servicio inmenso por medio del recurso de amparo, creado para evitar de un modo perentorio la comisión de cualquier arbitrariedad, no pueden llenar esa misión porque han sido siempre nombrados de acuerdo con los deseos del gobernador del estado, quien considera acto de hostilidad y motivo de remoción cualquier amparo por medio del cual se corrige una injusticia suya o de sus subordinados.

A medida que es más trascendental la función de la justicia federal, se busca para que la ejerzan individuos más incapaces de poder sostener en sus manos semejante arma.

Lejos de servir la Suprema Corte de Justicia de la nación para adaptar la constitución a las exigencias de la vida, como éstas son tan diferentes de los preceptos exóticos de aquélla, ha tomado pretexto de esa disparidad para hacer de la constitución, no un conjunto de preceptos de sentido fijo y de tendencia uniforme, sino una tabla rasa en donde cada día se escriben cosas distintas, sin respeto alguno a tradiciones ni a precedentes, siquiera sea inmediatos, de tal modo que la palabra "Jurisprudencia"

no tiene en México significado de ninguna clase, principalmente entre los tribunales federales (1).

En cierta ocasión, el Ayuntamiento de una ciudad impuso una contribución a los prestamistas de dinero. Tres de éstos se negaron a pagarla, alegando no estar incluidos en la prescripción, y acudieron al recurso de amparo, cada uno por su lado. La Suprema Corte de Justicia resolvió los tres casos en sentencias que se dictaron en diferentes días: en el primer caso que se vió fué negado el amparo por unanimidad de votos; en el segundo, fué concedido por unanimidad de votos, y en el tercero fué negado por mayoría. Los hechos eran los mismos; las pruebas, y el escrito de amparo sólo tenía de diferente los nombres de los quejosos.

En vez de que los tribunales federales y el juicio de amparo hayan servido en México para perfeccionar el sentimiento de la justicia y aumentar las seguridades en el triunfo del derecho, han venido a disminuir ambas cosas, no sólo por la variedad e inconexión de las sentencias que quitan toda respetabilidad a los Tribunales, sino porque en la forma especial del procedimiento mexicano han contribuido a hacer que los juicios se alarguen y a veces se hagan interminables.

La tendencia a la imitación, que en otros países, moderada por el amor a lo propio y por la natural resistencia a toda novedad, sirve para ayudar al progreso, en México ha sido una de las causas más fecundas de nuestros males, porque alejados los legisladores del pueblo por un conjunto de condiciones sociales, en vez de sentirse atraídos por lo que hay de genuinamente nacional, sienten despre-

---

(1) Muy recientemente el presidente de la Suprema Corte de Justicia ha declarado que antes que magistrado es revolucionario, y antes que por la ley normara su conducta por los "ideales" de la revolución.

cio hacia esto y admiración incondicionada por lo que otros pueblos hacen, principalmente si se trata del francés y del angloamericano, y no sienten que se pierdan nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestro arte propio, todo lo que nos distingue de los demás pueblos y nos daría resistencia como unidad internacional; de todo eso se prescinde, si en cambio se implanta alguna práctica de procedencia extranjera y se acumulan imitaciones francesas y angloamericanas, sublimadas por la lógica abstracta.

Por supuesto que nada bueno se logra, pues la imitación injertada en tronco de especie tan distinta, o crece raquítica e inconocible, o si da frutos, que sí suele darlos, son llenos de veneno.

Tras de haber imitado el procedimiento sajón del "habeas corpus" en nuestro juicio de amparo, teníamos que imitar algo francés, e introdujimos el recurso de casación; de manera que no acertando a saber cuál de las imitaciones cuadraba mejor en nuestro medio, las juntamos, sin atender a la pesadez e inconsistencia de tal aglutinación, que tiene enferma y exangüe a la antes raquítica justicia mexicana.

Francia, antes de la adopción del Código Napoleón, estaba dividida en provincias que tenían su derecho propio, dimanado unas veces de antiguas costumbres locales, otras del derecho romano, más o menos modificado en cada lugar. Los tribunales, empapados en esas tradiciones tan diversas, se resistían, naturalmente, a adoptar el nuevo código de vigencia general para toda la Francia; y aun cuando su resistencia no fuera consciente, tenían que reflejar sus propios razonamientos, al aplicar la nueva ley, un punto de partida distinto. La jurisprudencia en tales condiciones habría sido un caos, y la obra que se propusieron los autores del código habría resultado vana si cada



provincia hubiera tenido un intérprete supremo de aquel cuerpo de leyes.

A remediar este inconveniente vino el establecimiento del recurso de casación, propio de un país de gobierno central, que permite a una corte especial formar un criterio uniforme acerca de la manera cómo debe entenderse la ley civil. La administración de justicia ha desempeñado la misión que se le confió, y una sentencia de la corte de casación francesa es invocada como un precedente respetabilísimo que rige por luengos años el tenor de las decisiones, a la vez que llama la atención del legislador respecto a las nuevas relaciones creadas por un orden social también nuevo y sobre la conveniencia de modificar parcial y lentamente el código, como ha sucedido en los casos de accidentes del trabajo, en el del peculio de la mujer casada, en el del ejercicio de la potestad marital o paterna y en otros muchos.

En México, las tradiciones legales eran uniformes, no sólo en cada uno de los estados que, por ficción, se declararon después soberanos, sino en toda la república; jamás estuvo el país dividido en fueros o costumbres locales, de manera que para enmendar las injusticias y los errores de interpretación habría bastado un tribunal de apelación compuesto de jueces experimentados. Pero entonces nos habríamos quedado sin imitar a los franceses.

Por imitar a los Estados Unidos habíamos llegado a la ficción de la soberanía y del recurso de amparo. Pero para imitar a los franceses adoptamos la casación, que en Francia tiene por objeto precisamente hacer desaparecer de la manera más completa la soberanía local, aun en el terreno de la interpretación jurídica. El origen y las tendencias de las dos instituciones es diametralmente opuesto; pero por encima de toda lógica y a pesar de todos los resulta-

dos que hemos obtenido, sumamos los dos procedimientos.

Así como los Estados Unidos tuvieron la especial suerte de que ocupara la presidencia de la Suprema Corte federal un Marshall, que trazó el cuadro de la jurisprudencia de la Unión angloamericana e hizo de su Código fundamental un cuerpo de leyes ajustado a la vida de la nación, así tocó a México la desgracia de que un legista de inteligencia sutil y de carácter dominador viniera a presidir el Supremo Tribunal de Justicia del distrito federal; y tanto alambicó los conceptos y tanto quiso sujetar el recurso a formas rigurosas, que se encontró como único resultado de la adopción del recurso el raro descubrimiento de que no existiera en México abogado capaz de hacer un escrito interponiéndolo; que era tal el número de íntimos secretos de que dependía la formalidad, que sólo los poquísimos que constituían la sala del tribunal de casación eran poseedores de esa ciencia esotérica. Era algo así como el sistema complicado de la jurisprudencia romana cuando era patrimonio de la casta patricia, antes de la publicación de los fastos; y lo más notable era que los mismos magistrados de la sala de casación perdían su habilidad luego que dejaban de formar parte de ese cuerpo y tenían que dedicarse a la práctica de la profesión de abogados.

Así, pues, la sala de casación, rechazando la inmensa mayoría de los recursos por defectos de forma, no ha fijado la inteligencia de la ley civil, y sólo ha quedado allí el recurso como una moratoria para la justicia y una satisfacción de los legistas sutiles que forman la sala.

Naturalmente, los precedentes del tribunal del distrito federal fueron modelo para la jurisprudencia de los Estados, con tanta más buena voluntad seguido cuanto que prestaba una ocasión para que se pusiera en ejercicio por los jueces esa cualidad, que tanto se desarrolla en las so-

ciudades enfermas, la de la crítica aguda y mordaz, y que tras de la sutileza del leguleyo se abrigasen todas las iniquidades.

A esto debe agregarse, que como la inexacta aplicación de la ley civil abre el recurso de amparo y, por lo tanto, da jurisdicción a los tribunales federales en los asuntos del orden común, no hay un solo caso en que la parte que no obtiene sentencia favorable en un juicio no encuentre que se ha aplicado inexactamente la ley civil en su contra, y que no acuda, por lo tanto, a aquel recurso; y como éste tiene dos instancias sin que la sentencia de la primera cause jamás ejecutoria, resulta que todos los juicios civiles tienen prácticamente cinco instancias: tres en los tribunales locales y dos en los federales.

Ultimamente la ley había establecido que el amparo sólo procedería respecto de sentencias definitivas; pero con anterioridad no había incidente en un juicio que no lo motivara, dando esto por resultado que se cansaba de litigar el actor más paciente y todas las ventajas estaban de parte del demandado, que por regla general es quien se niega a cumplir sus obligaciones o quien ha atentado contra el derecho de otro.

Pero aun esta reforma fué poco eficaz, pues siendo la Suprema Corte federal quien interpreta la disposición y no teniendo nunca consistencia en sus resoluciones, unas veces admite el recurso sobre incidentes y otras lo niega.

Con esta organización de Tribunales, con Códigos de procedimientos plagados de disposiciones que favorecen las demoras y las chicanas, que dan la ventaja a la forma sobre el fondo de la justicia, se comprenderá cómo por medio de la imitación y superposición de dos cosas buenas, como la casación y el "habeas corpus", reformados y mejorados desde el punto de vista meramente lógico, hemos

llegado a hacer de la administración de justicia una de las mayores enfermedades sociales, en que por desgracia casi nadie se fija, porque no está al alcance de los lirismos de muchos políticos, y porque, naturalmente, se escapa a la clase del pueblo trabajador o del que forma la materia prima de las revoluciones (1).

---

(1) No carece de interés conocer los siguientes datos comparativos tomados de las constituciones políticas de los pueblos latinoamericanos. Únicos países que establecen el sistema de elección popular para los magistrados del supremo tribunal de la nación, México y Guatemala.

Países en que los magistrados son inamovibles, mientras observen buena conducta, Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Cuba y Haití.

Los magistrados son nombrados por el ejecutivo sin intervención del congreso, en Colombia, Chile (a propuesta del Consejo de Estado) y Panamá.

Son nombrados por el ejecutivo de acuerdo con el Congreso, en Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay y Cuba.

Son nombrados por el Congreso, en Costa Rica, Honduras, Nicaragua, San Salvador, Venezuela, Ecuador, Perú, (a propuesta en terna del ejecutivo), Bolivia y Santo Domingo.

## XXXVII

### LOS ABOGADOS Y LA JUSTICIA EN MÉXICO

**S**i de la influencia y papel de los Tribunales pasamos al que ha correspondido en México a los abogados, vemos que no es más lucido.

La supresión de los estudios clásicos en las escuelas ha quitado a los abogados esa superioridad que tienen en países como Francia e Inglaterra, y que en general adquieren en la sociedad el hombre que se expresa en un estilo a la vez sobrio y elegante y que ha cultivado su espíritu con esa gimnástica especial de la inteligencia que da el análisis y el estudio de las obras maestras de los antiguos autores, griegos y romanos, que por la naturaleza del idioma en que se expresan y las necesidades de método para su traducción, acostumbran a una ideología correcta y a una expresión precisa.

Sin esa base de instrucción ni otra alguna que la sustituya en la parte literaria de la profesión, el mismo abogado parece respetarla menos y mostrarse más accesible a las vulgaridades de la locuacidad. Falto de ese espíritu y de esas tradiciones literarias que forman el fondo del buen gusto moderno, la producción literaria de la profesión ha ido disminuyendo, hasta no existir ahora nadie que escriba un libro sobre alguna de las ramas de la ciencia del Derecho, ni un comentario, en términos generales, de ley alguna. Toda la producción se limita a los escritos de la práctica forense o, a lo sumo, a un alegato de tendencias enteramente prácticas, y aun eso carente, con frecuencia, de ciencia.

La corrupción administrativa, lejos de haber encontrado un valladar en los abogados, ha influido sobre ellos de modo desastroso, pues donde todo se consigue por el favor y la influencia y ésta sólo se alcanza por la sumisión incondicional, el abogado por lo general ha tenido que aceptar la corrupción del medio para tener éxito o que abandonar el ejercicio de su profesión.

En tales condiciones, el establecimiento de la "Barra" ha sido imposible, precisamente porque esa institución estaría destinada a dar respetabilidad al abogado y a velar por su buen comportamiento.

¿Quién podría formar ese tribunal? ¿Los abogados más prósperos? No; porque de ordinario no han conservado su valor moral. ¿Los más honorables? No; porque no habiendo prosperado carecen de autoridad.

Así es que teniendo los abogados todos los alicientes por el lado de la corrupción y careciendo de todo freno o responsabilidad, no tienen realmente prestigio en la sociedad ni influencia, sino indirecta, y no buena, en la política.

Abogados hay que son vistos con consideración en la sociedad, que quizá gozan de una buena fortuna y que, sin embargo, en el ejercicio de su profesión nunca han tenido escrúpulo en demorar los procedimientos, en impedir que el contrario produzca las pruebas de su derecho o en negar la verdad cuando son interrogados.

Todo esto explica el papel secundario que hacen los abogados en la política mexicana y su influencia decreciente, lo cual ha sido parte para que todas las formas tutelares de la legalidad hayan sido al fin abandonadas.

Un trabajo de reconstrucción exige se atienda con debida preferencia a este punto y se procure depurar el Foro con el rigor de la responsabilidad profesional.

## SEGUNDA PARTE

---

### LAS INSTITUCIONES MUNICIPALES

#### I

LO QUE DESDEÑA EL POLÍTICO, LO DEBE APROVECHAR  
EL ESTADISTA

HE presentado las deficiencias de la constitución de los Estados Unidos, y he procurado demostrar que no es a ella a la que se debe la prosperidad y grandes cualidades de la nación angloamericana; sino que es en el pueblo mismo en donde se encuentran las virtudes de moderación, tolerancia y serenidad que han permitido resolver pacíficamente los grandes conflictos, originados a veces por su Magna Carta.

Faltaría, sin embargo, al propósito fundamental de este libro, si no procurara señalar la fuente de donde ha surgido la energía política del pueblo, la escuela donde aprende las prácticas democráticas, y el núcleo de formación a cuyo derredor se agrupan y disciplinan las fuerzas que conducen a la nación.

La formación meramente teórica de las ideas, les da un carácter de incondicionadas, que no les permite coincidir con la realidad, y crea en los hombres un espíritu estrecho y por lo tanto, intolerante que, si predomina en un

número considerable de personas de una sociedad, como pasa en los países hispanoamericanos, contribuye a hacer la vida antisociable. Se explica la abundancia de este género de ideas en los asuntos políticos, por el hecho de que ellas son siempre tomadas de los libros, donde, por potente que sea el genio del escritor, nunca alcanza a presentarlas tales como viven en la realidad social: se las ve allí estampadas como principios que funcionan regularmente en otros países, y no teniendo nosotros noticia de los mil detalles que las complementan, o de los obstáculos con que se tropieza en la práctica, ni una idea del margen de tolerancia de los pueblos experimentados, que sólo toman nota de las deficiencias para buscar el remedio, nos desalentamos con las resistencias y aumentamos los obstáculos con la lente de las pasiones, que todo lo agigantan a los ojos del político de bibliotecas; no hay nadie que nos convenza de que las dificultades proceden del juego natural de las fuerzas sociales, de la lucha normal de los intereses, aun cuando éstos se hallen encauzados dentro de los márgenes de lo lícito; sino que vemos en todo la obra de la maldad de los contrarios, el delito de resistencia que debe purgarse en la penitenciaría, en el destierro o en el cadalso.

Sólo en la vida de un Municipio libre es donde puede la experiencia enseñarnos a apreciar la distancia que hay entre el principio abstracto y su relación práctica; sólo allí podemos conocer de cuánto valor es la tolerancia y cuán necesaria es en la vida una tendencia conciliadora que produzca la armonía y el bienestar.

En la constitución y en los actos de una nación entera, el fenómeno político se ve en inmensas proporciones, y, por lo tanto, no es desde allí de donde puede hacerse un estudio provechoso: es necesario ir muy lejos para tener el



verdadero punto de vista; retroceder hasta las más humildes agrupaciones para encontrar los íntimos resortes de aquella gran actividad.

La constitución de un país puede considerarse, cuando es buena y corresponde a la realidad, como una gran síntesis en donde se ve la suma de todos los efectos, como el organismo humano es la síntesis de los efectos producidos por todas sus celdillas; por lo tanto, si queremos estudiar aquella constitución, tenemos que llegar por el análisis a la más elemental unidad política, al gobierno de las pequeñas poblaciones.

Nuestros políticos tienden siempre a copiar dos cosas de los grandes países extranjeros: las constituciones y los teatros. Parecerá extraño que se asocien aquí dos cosas tan distintas; pero es que las dos copias son el resultado del mismo estado del espíritu y producen un efecto muy análogo, pues a nuestras constituciones, como a los teatros que fabrican nuestros gobiernos, les falta pueblo; tanto una como otra cosa no tienen más que un fin decorativo, pero ambas dejan de conseguirlo por chocar notablemente con el medio. Ambas imitaciones proceden de dos males que han dominado en la mayor parte de nuestros políticos: la superficialidad de la observación y la ostentación aparatosa. La primera les hace creer que son las constituciones políticas las que forman a los pueblos, y que éstos son grandes por la hermosura y magnitud de sus obras materiales; la segunda los hace impacientes por ostentarse como creadores de una nueva civilización en su pueblo; quieren gozar en vida y pronto de las lisonjas de los ignorantes o de los que explotan sus flaquezas. Ven en otros países las flores y los frutos dorados de la cultura, y transportan a su propio país esas flores y esos frutos, sin cuidarse de que allí se produzcan espontáneos; in-

jertan ambas cosas en la planta nativa, que no tiene jugos para tanto, sin considerar que no es con frutos y con flores como debe hacerse el injerto; y como éste se pudre, castigan al árbol y reniegan de que no ha sabido corresponder a los beneficios de tan alrevesado cultivo.

Si en lugar de transportar frutos y flores se abonara el suelo donde crece el árbol y se atendiera a sus raíces, se verían pronto venir las flores y los frutos y llegar a su sazón.

Por esto urge presentar un cuadro, aunque sea reducido, de la vida municipal de los Estados Unidos, tomando, no los diferentes tipos de gobierno local, porque su variedad haría larguísimo este capítulo, sino aquellos solamente que puedan más aprovechar y sugerir ideas a los políticos que quieran buscar en humildes reformas locales lo que otros han querido, hasta hoy en vano, realizar con grandes constituciones.

CONSTITUCIÓN PRIMITIVA DEL MUNICIPIO EN LOS ESTADOS  
UNIDOS

Los colonos de la Nueva Inglaterra encontraron una población de indios salvajes e indomables, o que no fueron domados por falta de esfuerzo para atraerlos a la civilización. Con ellos mantuvieron perpetua lucha, y esto obligó a los colonos a reunirse en pueblos rodeados por empalizadas o muros, dentro de los cuales se defendían de las incursiones de los naturales. Cada colono tenía en la tierra la porción que podía cultivar, y había además terrenos de pastos comunes.

A las condiciones de igualdad que de esto se derivaban, debe agregarse el carácter y las costumbres republicanas de los puritanos, los hábitos de la vida municipal inglesa y, más que todo, la lejanía y descuido del gobierno de la colonia. Todas estas circunstancias hicieron que el gobierno del pueblo (town) se hiciera por la reunión de todos sus habitantes, los cuales resolvían los asuntos que afectaban a la comunidad por mayoría de votos, bajo la presidencia de un "moderator".

Aun cuando después, a medida que los indios fueron retirándose, fueron también construyéndose las casas fuera del recinto de defensa, y aun cuando el gobierno de la

colonia primero, y después el del estado, comenzaron a dar disposiciones que afectaban al "town", se conservó y se conserva hasta la fecha la forma primitiva del gobierno directo por la asamblea de todos los ciudadanos en las poblaciones rurales de la Nueva Inglaterra, de un modo semejante a como se gobernaban las ciudades de la antigua Grecia.

En las colonias del Sur, el Gobierno local se presentó con distintos rasgos. Como la población indígena no era tan salvaje o los colonos eran más tolerantes, éstos pudieron desde un principio extenderse por el campo, viviendo las familias aisladas a gran distancia unas de otras.

Disponiendo así de grande extensión de terreno cultivable, importaron negros para labrarlo, y de ese modo se produjo una especie de aristocracia y un gobierno, no ya directo ni de "towns", sino de Condados, o sea de extensas circunscripciones que abarcaban agrupaciones y fincas de campo, en cuyas circunscripciones el Gobierno tenía necesidad de ser representativo, mediante la elección de funcionarios que tenían la facultad de resolver lo que en la Nueva Inglaterra resolvía la agrupación de los habitantes del "town".

En la elección de funcionarios, naturalmente, era decisiva la influencia de los propietarios, con detrimento del estímulo y del valor educativo que tiene el "self-government" de los pueblos.

Un hecho es bastante instructivo para comprender la diferencia entre las dos clases de colonias:

Unos comisionados ingleses practicaban una investigación sobre el estado de la instrucción en las colonias. El gobernador de Virginia contestó a la encuesta: "Gracias a Dios, no hay escuelas gratuitas ni imprentas, y espero que no habrá ninguna en cientos de años." En tanto que

el de Connecticut respondió: "Una cuarta parte de la renta anual de la colonia se separa para el mantenimiento de escuelas gratuitas para la educación de los niños."

El Gobierno de un pueblo en la Nueva Inglaterra se hace de la manera más sencilla: una vez al menos cada año, durante la primavera, se reúnen los habitantes en la casa pública ("town hall"), si la hay, o en la iglesia, o en la escuela, o al aire libre. La convocación se hace por medio de edictos, en que se señala el tiempo (nunca menos de diez días de la fecha de la convocatoria), el lugar en que la reunión se ha de verificar y los asuntos que han de tratarse. En esa reunión de la primavera se nombran a mayoría de votos los "select men", encargados durante el año del poder ejecutivo; su número varía de tres a nueve: el comité de vigilancia de las escuelas; el secretario que cuida de los archivos, levanta las actas de las reuniones y lleva los registros de nacimientos y defunciones; el tesorero; un asesor, cuya misión consiste en valuar las propiedades para los efectos del impuesto; los encargados de vigilar los cementerios; los inspectores de la biblioteca, etc. Las asambleas también se ocupan en dar ordenanzas, decretar impuestos para la enseñanza, para el socorro de los pobres, la salubridad, la policía, la reparación de los caminos, etc.; recibe las cuentas de las comisiones que manejan fondos y los informes de los trabajos durante el año.

Dado el interés que cada uno tiene en los negocios del pueblo, las discusiones son de un carácter enteramente práctico, y no puede darse mejor escuela para el uso sobrio del lenguaje en relación con los fines políticos de la comunidad.

Los empleos obtenidos por elección popular en los "towns" son generalmente remunerados; no consideran-

dose conveniente el que sean gratuitos los cargos concejiles.

Una vez decretado el impuesto, se encargan de cobrarlo los mismos empleados del estado, los cuales entregan el producto al tesorero del pueblo.

El número de habitantes de un "town" es muy variable; a veces es tan pequeño como noventa y dos, otras llega a veintisiete o veintiocho mil; y se nota que aquellos pueblos en que funciona mejor el sistema son los que tienen corta población. Cuando el pueblo es comparativamente grande, se corre el peligro de que los habitantes sean víctimas de las sugestiónes y manejos de los demagogos y políticos de profesión.

Uno de los funcionarios electos en el pueblo merece atención especial: es el asesor, encargado de valorizar las propiedades de los habitantes, no sólo los bienes raíces, sino los muebles también, para los efectos de la contribución. Este funcionario, por lo general, hace valorizaciones muy bajas, pues como ellas sirven también para fijar las contribuciones del condado y del estado, procura siempre que el pueblo que lo elige resulte con el menor gravamen posible; un sentimiento de provincialismo suele dominar en esto; pero no un sentimiento de injusticia que favorezca a los ricos con detrimento de los pobres, puesto que el funcionario saca su autoridad del voto de todos los habitantes, pobres y ricos. La valorización hecha por el asesor del pueblo se manda, en algunos estados, a la comisión valorizadora del condado, también electiva, la cual hace las modificaciones necesarias para que los avalúos en los diversos pueblos que comprende guarden la debida proporción. A su vez las comisiones valorizadoras de los condados mandan sus apreciaciones a la comisión valorizadora del estado, que regulariza los avalúos en debida proporción entre los condados.

La elección del asesor en la asamblea del pueblo da a ésta una grande importancia, puesto que afecta a los ciudadanos directamente en sus intereses y los obliga así a estar atentos a los asuntos locales. Además, no siendo indispensable que el valuador sea perito, su apreciación está sujeta, más que a reglas científicas, a la común opinión que en estos asuntos suele ser más acertada.

Otros funcionarios electos por la asamblea del pueblo merecen también atención:

Los inspectores de escuelas, que tienen a su cargo la vigilancia de los establecimientos de instrucción, son unos de los funcionarios en que más esmero ponen los electores: la educación de los hijos afecta hondamente a los habitantes del "town", y esto hace que las Asambleas municipales tengan en la elección de esos funcionarios especial interés, pues mediante ellos vigilan a los maestros y los obligan a empeñarse en el adelanto de la juventud y a observar una conducta morigerada. Si las escuelas dependieran del gobierno del estado en todo, sería un doble mal, porque decaería el interés de las asambleas municipales y la instrucción pública perdería por la falta de vigilancia interesada y directa.

Un número variable de "towns" forma un condado, cuya función fundamental es la administración de justicia; pero como un accesorio derivado de esa función, sus mandatarios tienen que cuidar de los caminos que comunican unos pueblos con otros, de las prisiones, de los establecimientos en donde se reúnen los jueces y de las contribuciones necesarias para sus gastos. El condado tiene, además, inspectores de escuelas que vigilan las de los pueblos de su circunscripción, aconsejan a los comisionados locales y forman la estadística escolar del condado.

Una comisión compuesta a veces de representantes de

todos los "towns", otras electos por toda la población del condado, maneja los fondos de éste, construye los edificios públicos para juzgados, cárcel, hospicios y todos los demás que no corresponden construir a los pueblos.

Además, el condado tiene un tesorero, un "sheriff" o ejecutor de las órdenes judiciales, y un encargado de cuidar el orden, que es un jefe de policía con facultades para convocar la milicia del condado en caso de motín o alteración de la paz pública; finalmente, tiene un "coroner" o agente del ministerio público.

El condado elige un juez que tiene competencia para conocer de los negocios civiles, cuya importancia no exceda de mil dólares, de ciertos negocios criminales que no ameriten una pena grave, y de las apelaciones que se hagan valer contra las resoluciones de los jueces de policía o de paz.

Las facultades del condado en relación con el pueblo varían en gran manera en los diferentes estados de la unión, pues en tanto que en unos, como los de la Nueva Inglaterra, el pueblo tiene la preferencia y conserva la mayor suma de poder, en otros, en el Centro y Sur, es el condado el que posee más atribuciones.

Cuando un "town" llega a ser bastante populoso de modo que ya no es posible el gobierno directo, es convertido en ciudad por la legislatura del estado, la cual en el decreto de erección, o carta, traza los lineamientos generales de la organización de dicha ciudad, y dentro de ellos los habitantes forman la constitución local.

La ciudad, por regla general, se constituye en una forma semejante a la del Estado; así como éste tiene un gobernador y dos cámaras legislativas, alta y baja, aquélla tiene un "mayor", un "board of aldermen" y un "common counsil". En cuanto a los jueces, a veces son electos



popularmente por la ciudad, por cinco o más años, y a veces son nombrados por el estado.

Además de esto, y a semejanza de los secretarios en los gobiernos de los estados y en el gobierno federal, hay diversas comisiones para los ramos de la administración, cuyos miembros son electos popularmente o nombrados por el "major" o por los cuerpos legisladores municipales.

El "common counsil" está formado por delegados electos, uno por cada cuartel o "ward", y el "board of aldermen", por delegados nombrados por el voto general de los habitantes de la ciudad, o "general ticket".

Este sistema, en que un gran número de funcionarios es electo directamente por el pueblo, no ha dado buen resultado, a causa de la irresponsabilidad en el gobierno, pues los unos disculpan sus faltas con las de los otros y no existe la debida subordinación. De allí que el servicio público sea con frecuencia en las ciudades dispendiosísimo y muy deficiente, provocando sin cesar críticas y protestas, a menudo impotentes para remediar los abusos y la inmoralidad o para mejorar el servicio.

### III

#### GOBIERNO MUNICIPAL POR COMISIÓN

EL año de 1901, la ciudad de Gálveston sufrió una gran inundación que la devastó. Con el objeto de remediar aquella calamidad, eligieron sus habitantes una comisión de tres ciudadanos que se encargaran interinamente de todo el gobierno, y esta comisión dió tan buen resultado, que se adoptó como sistema definitivo de gobierno, en lugar de legislaturas y de empleos de elección popular.

Se cambió la constitución de la ciudad, se estableció permanentemente una comisión de cinco individuos nombrados por el término de dos años, investidos de toda la representación de la ciudad, con facultad para hacer ordenanzas, expedir los presupuestos anuales, hacer contratos y nombrar los principales empleados.

Los buenos efectos producidos por tal sistema han hecho que vaya adoptándose por otras poblaciones y que hoy se encuentre muy prestigiado.

La ciudad de Boston adoptó la forma de gobierno por comisión. La administración radica en un "major", electo popularmente por el término de cinco años; pero después de dos puede revocarse su nombramiento ("recall") por la mayoría de los ciudadanos inscritos en el padrón electoral.

El "major" nombra a todos los jefes de departamen-

tos administrativos, sin estar sujeto a aprobación del consejo; pero los nombramientos necesitan, para ser válidos, que la comisión del estado inspectora del servicio civil dé un certificado de que la persona nombrada es, en su concepto, a propósito por su educación, instrucción y experiencia para dicho empleo.

Además del "mayor" hay un consejo compuesto de cinco miembros, popularmente electos, no por cuarteles, sino por la ciudad en general y por término de tres años. El consejo hace las ordenanzas, el presupuesto anual, decreta las contribuciones, hace empréstitos y contratos, todo sujeto al veto del "mayor".

Hay una comisión de finanzas compuesta de cinco miembros; cada año se retira uno de ellos, y de ese modo la comisión se renueva cada cinco años. Las funciones de esta comisión no son ni ejecutivas ni legislativas; se reducen a investigar todo lo relativo a las asignaciones del presupuesto, los empréstitos y sus aplicaciones, gastos, cuentas, métodos de administración y en general todo lo que tiene que ver con el manejo de fondos, debiendo hacer un informe anual de sus investigaciones al "mayor", al consejo de ciudad, al gobernador y a la legislatura del estado; tiene facultades para oír declaraciones de testigos y recibir toda clase de pruebas, nombrar peritos que lo ayuden en sus funciones, pudiendo gastar en esto hasta veinticinco mil dólares al año.

Ninguno de los empleados de los treinta departamentos en que se divide la administración es de elección popular ni del consejo, sino que son nombrados por el "mayor".

Como Boston es la metrópoli de un distrito que comprende varias poblaciones, hay una comisión metropolitana nombrada por el gobernador del estado con objeto de coordinar los servicios públicos en todo el distrito, princi-

palmente en lo relativo a caminos, parques, servicio de agua, exclusas, etc.

El pueblo está dispuesto en los Estados Unidos a tributar a los políticos grandes honores y a abandonarles el goce del presupuesto, como un rescate pagado a un grupo de hombres que trastornarían el orden social si no se les diera una participación en el beneficio de la comunidad; pero cuando se trata de algo que toca al fondo de la organización social, procuran eludir la influencia de los políticos hasta donde es posible. Tal es lo que se nota en las tendencias de los gobiernos municipales y muy especialmente en lo relativo a las escuelas. Por eso es que Boston adoptó en su constitución el establecimiento de una oficina especial de instrucción pública electa por el pueblo, separadamente de los demás funcionarios, compuesta de cinco miembros, de los cuales se retiran dos un año, uno el siguiente y otros dos el inmediato; así es que la Comisión se renueva en su totalidad cada tres años.

Este sumario del sistema de gobiernos locales da una breve idea de la importancia educativa y política que tienen en el mantenimiento de la democracia angloamericana, y de que es en ellos en donde deben basarse todas las esperanzas de futura prosperidad del país, a pesar de los peligros derivados de la constitución federal y de todas las asechanzas de los políticos, pues mediante ese sistema la democracia tiene siempre un baluarte adonde puede refugiarse y reconquistar sus fuerzas.

## IV

### LA VIDA MUNICIPAL Y LA RESPONSABILIDAD DE LOS FUNCIONARIOS

No por esto debe creerse que el gobierno de las ciudades es perfecto; al contrario, constantemente se oyen quejas fundadas en el abandono en que se encuentran a veces la pavimentación y aseo de las calles, los edificios del gobierno, la provisión de aguas, el servicio de exclusas, la salubridad pública; también se oyen quejas respecto a la enorme proporción con que sube la deuda pública de las grandes ciudades, la cual exige el aumento excesivo de las contribuciones para pagar réditos y amortizaciones, y sobre la dilapidación de los fondos públicos, con los que a menudo se hace escandaloso tráfico.

Al oír estas quejas tan frecuentes y ver en los periódicos los relatos de peculados y concusiones, los lectores hispanoamericanos se inclinan a creer que hay entre los gobernantes de los Estados Unidos, inclusive los empleados municipales, mayor inmoralidad que entre los de los otros países del continente, e impresionados con esto no dejan de abrigar una profunda pero siempre secreta desconfianza por el sistema democrático.

Pero también deberían ver que lo que indican todos esos escándalos no es que los gobernantes sean peores que los

nuestros, sino que el pueblo es más sensible, más confiado en su fuerza, y haciendo uso de su libertad clama en todos los tonos contra los políticos inmorales, los acusa, y con una frecuencia no conocida en nuestros países consigue a la vez su condenación y la revisión de las leyes y constituciones que han hecho posible el mal.

Lejos de ser desalentador ese espectáculo, es la revelación de que se vive en una actividad constante para descubrir y exterminar el mal, mientras la América española vive engañada con el silencio que, encubriendo el mal, lo aumenta y crea uno nuevo, pues en la obscuridad que rodea a los delincuentes lo único que suele prosperar es la calumnia. La luz del sol, que nos pone a la vista los focos de infección que nos producen asco, es un preservativo que nos hace alejarnos del mal y un desinfectante que mata los gérmenes morbosos. En nuestra América falta esa luz, producto de la verdadera democracia. Vivimos a veces al lado del criminal sin saberlo, quizá hasta tomando sus crímenes por una virtud; en ocasiones huimos del hombre honrado despedazado por la calumnia, y que no ha encontrado ni encontrará nunca quien le haga justicia, ni aun en los supuestos tribunales de la desfigurada historia. No conocemos de los hombres más que lo que nos sugieren las emponzoñadas clasificaciones de los políticos. Las tinieblas de nuestra ignorancia nos hacen vivir en perpetua intranquilidad; pero aun así blasfemamos del sol, a causa de lo que abrigamos a veces en nuestro interior, y que perecería al contacto de su luz vivificadora.

Lo que deberían advertir nuestros políticos que estudian las instituciones de los Estados Unidos, es que en la vida municipal es donde está reconcentrada la energía moral y reformadora; que en tanto que ha quedado intacta la constitución federal, a pesar de sus defectos, y en tan-

to que la conducta de los diputados, senadores y demás altos funcionarios federales continúa releyendo las consecuencias de la inmoral política de los despojos y de las actividades más enfermizas, sin que el pueblo alcance a remediarlo, ni prospere contra esos funcionarios una acusación, en el Municipio, bajo la acción e inspección directa de los ciudadanos, las constituciones se cambian con el anhelo de encontrar la fórmula conveniente de gobierno, se vive inventando procedimientos para evitar los abusos, se alarma a la sociedad con las noticias de los peculados y otros delitos de funcionarios municipales, y las acusaciones prosperan y sirven de ejemplo provechoso cuando se dirigen contra los mandatarios locales.

Esta vida municipal es mucho más activa y eficaz en las pequeñas poblaciones que en las grandes ciudades como Nueva York o Filadelfia, en que el gobierno se escapa a la inspección de los ciudadanos y los políticos de profesión codician y persiguen ávidamente la presa; por lo tanto es allí donde más se dan los ejemplos de inmoralidad administrativa, que escandalizan al extranjero.

## V

### DECADENCIA DE LAS INSTITUCIONES MUNICIPALES EN LOS ESTADOS UNIDOS.—SUS CAUSAS Y REMEDIO

**L**AS causas que se señalan como determinantes de aquellos males, son tres:

Primera. La incompetencia y corrupción de los empleados.

Segunda. La introducción en el municipio de la política federal con su división en partidos y su “doctrina de los despojos”.

Tercera. La intromisión de las legislaturas de los estados en el manejo de los asuntos municipales. Esta intromisión se considera como violación de uno de los principios fundamentales de la democracia: el gobierno autónomo (“self-government”) de la municipalidad.

Entre los remedios que han sido sugeridos y que se han adoptado en muchos lugares, están:

Primero: la introducción del método de apelar al voto del pueblo directamente en tres formas: a) la “iniciativa”, cuando un cierto tanto por ciento de los habitantes inscritos en el padrón electoral presenta un proyecto de ley u ordenanza al voto de los ciudadanos; b) el “referéndum”, cuando se solicita el voto directo del pueblo para abrogar



una ordenanza aprobada por el Cuerpo legislativo local, y c) la "revocación" ("recall"), cuando ciertos tantos por ciento de los habitantes inscritos en el padrón electoral pide que se someta al pueblo la cuestión de si un funcionario de elección popular debe o no ser destituido.

Segundo: la supresión de la forma antigua de gobierno por medio de un "major" y una legislatura unitaria o dividida en dos cámaras, y la creación, en lugar de eso, de una comisión administrativa poco numerosa, como en la administración de las sociedades anónimas, según el sistema de Gálveston.

Tercero: el aumento de facultades en manos del cuerpo de administración para concentrar la responsabilidad de los que lo componen.

Cuarto: la independencia del municipio de la maquinaria de la política federal y del estado, que se considera como profundamente desmoralizadora, y la tendencia a hacer de la política municipal una acción armónica que permita aprovechar a los buenos ciudadanos, sin distinción de filiaciones políticas.

Quinto: la limitación de la facultad de imponer contribuciones, debiendo establecerse una base en relación con el valor de la propiedad tasable en el municipio.

Sexto: el nombramiento de una comisión permanente de finanzas, con facultades para investigar, publicar todo lo que encuentre reprehensible y aconsejar lo que le parezca prudente en ese ramo.

Séptimo: la prohibición a las legislaturas de los estados de mezclarse en asuntos municipales, dejando a los municipios la responsabilidad de todos sus actos, para que sientan éstos que es sólo de sí mismos de donde tienen que esperar el bien o temer el mal.

Tales son las enseñanzas que los angloamericanos han

sacado, en más de cien años de vida independiente y próspera.

El día que en México y en el resto de América española haya un grupo de verdaderos demócratas que tengan fe, por lo tanto, en la libertad municipal como la mejor escuela política en que se conocen los fenómenos en concreto y en su forma sencilla, podrán aprovechar aquella enseñanza y procurarán no reglamentar la democracia con leyes iguales para todo el país, sino moderar el uso de las libertades públicas según las condiciones de cada caso, mediante las concesiones que se hagan a cada ciudad o pueblo para constituirse, y graduándolo según los dictados de la experiencia.

## VI

### EL MUNICIPIO EN MÉXICO

EL punto de vista más importante para explicar la diferencia política que se advierte entre los países hispanoamericanos y los Estados Unidos, es el de la vida municipal; y unos cuantos rasgos de la historia de los municipios o gobiernos de las ciudades bastarán para aclarar muchas cuestiones que tocan a la política de aquellos países.

Que los municipios en España habían tenido un papel político importantísimo, nos lo dice la historia de ese país durante la Edad Media y principios de la era moderna; y buena prueba fué de eso el hecho de que D. Hernando Cortés, al pisar las playas de Veracruz, queriendo sacudir la autoridad del gobernador de Cuba, no encontró otro medio de producir en el ánimo de sus soldados el respeto a la autoridad que el de constituir un ayuntamiento que lo invistiera de poder, a falta del soberano que estaba en España, y como si por derecho residiera la soberanía en una agrupación popular.

¿Cómo llegó a perderse toda idea de esa soberanía y de independencia municipal, así como de los beneficios que de ella pueden esperarse?

Fué por medio de una lenta transformación que en seguida procuraré explicar.

Por caritativo que fuera el propósito de los monarcas españoles, al procurar con todo empeño que los indios no sufrieran nada en el trato y contacto constante con los españoles, no por eso dejan de constituir sus esfuerzos una tendencia a contrarrestar el orden natural que propendía a hacer que se sobrepusiera la raza más fuerte. Tal vez la indígena de México habría tenido en algunas partes del país dotes relevantes para la cultura; pero habría sido necesaria, más que esas dotes, la posesión misma de la cultura para aprovecharla en la lucha.

El monarca español quiso conservar el gobierno de las comunidades indígenas tal como existía antes de la conquista, confiado a los antiguos señores y a sus herederos; pero esta disposición, justa y bien intencionada, a poco comenzó a hacerse impracticable, pues los encomenderos comenzaron a exigir mayores servicios, y los frailes, aun los que trabajaban sólo en pro de la fe, aumentaban también los trabajos de los indios en pro de la causa; y como unos y otros se dirigían al cacique, que era quien representaba al pueblo, éste comenzó a indisponerse con aquél; los indios del pueblo, relajada su antigua disciplina, comenzaron a buscar apoyo contra el cacique en el sacerdote o en el encomendero, y comenzó a reinar la confusión.

Era imposible conservar el antiguo estado de cosas.

Para aplacar aquel desorden comenzó a introducirse la práctica de que, al lado del cacique, los indios nombraran anualmente un alcalde y regidores que menguaron la autoridad y prestigio de aquél, hasta que, el 10 de Octubre de 1618, Felipe III dispuso que en cada pueblo y reducción hubiera un alcalde indio del mismo lugar; si pasaba de ochenta el número de casas, nombrarían dos alcaldes y dos regidores, también indios; y cuando el pueblo era muy grande se admitía que tuviera hasta cuatro regido-

res. La elección se había de hacer cada año nuevo en presencia de los curas.

Es muy instructivo leer en Zurita (Breve y sumaria relación) cómo y por qué medios se verificó la transformación del antiguo sistema de gobierno, con el cuadro vivo de la situación creada entonces:

“Estando la tierra—dice este autor, gran defensor de los indios—en esta buena manera de gobierno, que para ellos (los primitivos señores) y sus súbditos era muy conveniente, algunos religiosos, con santo celo, comenzaron a tratar con los caciques y señores que venían a confesarse con ellos o a tratar de su doctrina y conciencias y darles cuenta de su señorío y tributos, que quitasen algo de aquello que llevaban a sus súbditos, atento que pagaban a V. M. y a sus encomenderos, en su real nombre, en recompensa de que los proveían de doctrina y ministros para ella, y de justicia, y tenía su audiencia real para los favorecer y amparar; y ellos se pusieron a pasar y obedecer lo que estos siervos de Dios les decían, porque les estaban muy obedientes y les tenían gran respeto; y lo que se concertó se puso por escrito y lo firmaron para que se tuviese cuenta con lo que les habían de dar, y pareció muy bien a los letrados y personas doctas y lo aprobaron y tuvieron por muy bueno; y al rey que a la sazón era le pareció tan bien, que quiso ordenar de la misma forma todos los demás señores de la tierra y lo comenzó a hacer; y lo que se hizo con santo celo para favorecer a los macehuales, que es la gente común y labradores, ha sido causa de su desasosiego y de abatir y destruir del todo los señores naturales, porque de aquí tomaron ocasión para comenzar a quejarse de ellos sus súbditos y vasallos, y a decir que no cumplían ni guardaban lo que con ellos habían quedado concertados y se les había mandado; y en-

traron entre ellos a levantarlos contra sus señores, españoles y mestizos y mulatos que viven de eso, y ha venido a tanto que ellos y sus señores están perdidos en lo espiritual y temporal, y les chupan la sangre los que los revuelven y desasosiegan. De manera que con la forma de gobierno que se ha dicho, estaba toda la tierra pacífica y todos contentos, así indios como españoles, y los tributos mejores y con menos vejaciones pagados, por tener la gobernación los señores naturales; y en esta orden estuvo hasta que algunos de los súbditos comenzaron a perseguirlos, por lo que dicho es, y otros bulliciosos hacían lo mismo con ambición, ayudados de su malicia y impuestos para ello por españoles y mestizos y mulatos que saben la lengua y se andan entre los indios robándolos, como que han entendido los que se han levantado contra los señores, hanse dado a procurar de robar para deshacer sus señores naturales, y de aquí comenzaron los pleitos unos contra otros, dentro de sus pueblos, y los súbditos con los señores en toda la Nueva España, y pueblos contra pueblos, sujetos contra sus cabezas y cabeceras, de que han sucedido grandísimos gastos, gran multitud de muertos por los caminos, yendo y viniendo a los pleitos, sin saber lo que les conviene, ni qué piden, ni qué quieren, ni qué pretenden, ni sobre qué pleitean, ni a qué van a la audiencia; y así no hacen más que gastar sus dineros y vidas, impuestos por los que les comen sus haciendas, porque esto sólo es lo que pretenden...

"Como estos tales (los revoltosos) se comenzaron a levantar contra sus señores, bautizaban su ambición para los destruir... con celo de ayudar al común, y sacaban al común las entrañas, decíanles que era para defenderlos y librar de sus señores, y procuraban que no les obedeciesen; y así se levantaron entre ellos bandos, y como los

señores no tenían posibilidad para defenderse, daban presto con ellos al través, porque lo primero que hacían y hacen estos señores y los que los imponen era y es, levantar contra ellos sus vasallos, y hacen que no les ayuden con el servicio y tributos que solían darles; y faltándoles esto quedan paupérrimos y abatidos y miserables, y como asombrados, y sin osar hablar, y sin saber qué decirse, ni qué hacer, ni a quién acudir, de quién, ni a quién, ni cómo quejarse. Eran y son todos contra ellos, porque están prevenidos e informados con falsas relaciones, de que roban y molestan sus súbditos, y a sus encomendadores dáseles poco, porque su tributo no se pierde, antes los acuden mejor con él, porque callen y sean con los revoltosos... Y los contrarios, como son muchos, y roban al pueblo para ellos y para los que los imponen de ayuda y para los pleitos, nunca les falta qué gastar, porque ellos gozan lo que se había de dar a los señores y más lo que pueden robar, y de esa manera, los han ido y van derribando y aniquilando."

Es importante e instructivo ver cómo esta relación de un escritor de mediados del siglo XVI, que tenía motivo para estar al tanto de las cosas que pasaban en Nueva España, porque era un oidor, concuerda tan admirablemente con lo que ha pasado en México, en diversos períodos de su historia, pero muy especialmente en la actualidad. Nosotros creemos que lo que pasa ahora es nuevo; pero la realidad es que hemos olvidado nuestra historia y desatendemos la lectura de los autores antiguos. La situación actual de México no difiere de la que en otras ocasiones ha existido, sino por su mayor intensidad, por el punto agudo que hoy alcanza, debido a la ayuda de fuerzas poderosísimas en favor de los perturbadores, y a que todos los beneficios de la civilización se convierten en agra

vantes del mal, pues indudablemente los revoltosos de Zurita no tuvieron las ventajas del mauser, del cañón de tiro rápido, de los ferrocarriles, de la dinamita ni del papel moneda.

A pesar de esas luchas e inquietudes, que acabaron con los antiguos señores, no obstante los deseos del gobierno español de conservarlos, los pueblos indígenas siguieron subsistiendo con sus propiedades comunes, tierras de labor, aguas y pastos; y las disputas entre indios y españoles sobre los linderos de las tierras, y las que en el interior del pueblo se entablaban entre sus habitantes con motivo de la distribución de las parcelas, daban aliciente a la vida municipal de aquellos pueblos, y permitían al indio ocuparse en asuntos de la comunidad que estaban al alcance de su inteligencia porque se referían a sus necesidades inmediatas, y esto era para él más provechoso y para la democracia más práctico, que el haberle quitado esas propiedades comunales y el interés en los asuntos del municipio, en cambio de una nominal democracia en la que se le llama para votar por magistrados a quienes no conoce, cuyas funciones ignora y cuyos antecedentes le son enteramente extraños, todo sin más resultado que ayudar con su voto a que se haga una voluntad que él no comprende.

La propiedad común e inalienable había defendido al indio durante más de tres siglos; pero mientras que el español gozaba de la propiedad individual con sus estímulos, el indio con la propiedad común fomentaba su indolencia, y en presencia de la nueva civilización se abatía marcándose cada vez más la degeneración de la raza primitiva.

Los legisladores mexicanos de 1856 a 1860 quisieron acudir con el remedio; quisieron hacerlo pronto y fácilmente, con la misma generosidad por parte de algunos que



el monarca español en la época colonial; pero con menos acierto aún decretaron la supresión de la propiedad comunal de los pueblos, y que se repartiesen sus tierras entre los vecinos.

Eran las ideas jacobinas, de que con una ley se transforma una sociedad y se cambia hasta la naturaleza humana.

El indio, arrojado sin preparación alguna al mundo de la libertad de comercio, no pudo defenderse; habría necesitado educación moral que le enseñara a contenerse a sí mismo, a economizar, a morigerar sus costumbres; y como nada de esto le daba la ley y como tampoco le proporcionaba crédito, ni era posible que lo tuviera si antes no se le enseñaba a cumplir con sus obligaciones, resultó que al entregársele la tierra en propiedad exclusiva, y sin idea del esfuerzo que se requiere para adquirirla, se apresuró a hipotecarla o a venderla, gastando muchas veces su precio en vicios que acabaron de degradarlo.

De esa manera los que quisieron hacer una reforma benéfica, pero instantánea, sólo lograron arrojar al indio en la más completa miseria, sin propiedad particular ni comunal.

Ahora se quiere restablecer los ejidos, cuando ya el indio perdió las tradiciones para el uso de la propiedad común, y aparte del semillero de discordias que esto traerá en los pueblos, hay la circunstancia de que aquel no podrá disfrutar el beneficio, pues habiéndosele arrojado primero a la miseria, no tiene ya animales que vayan a aprovechar los pastos, ni manera de subsistir durante la labor en los terrenos que se le proporcionen, ni con qué hacer aquélla; y la creación de los ejidos vendrá ahora a ser únicamente un beneficio para los poquísimos caciques que puedan aprovecharlos.

Suprimida la propiedad comunal, acabó todo el interés del pueblo en las cuestiones sociales; apenas si quedó de interés general lo que se relaciona con la fiesta del santo patrono. Ni la policía, ni la higiene, ni la escuela, ni nada de lo que es propio de una vida culta entusiasma a los indios ni los mueve; pero además tampoco se les deja iniciativa en estos asuntos. En tales condiciones, las autoridades políticas de los estados pudieron insensiblemente y sin suscitar protestar mandar allí sus representantes, que han sido y siguen siendo, con el nombre de jefes políticos o alguna otra denominación, los mayores azotes de los habitantes.

Por otra parte, las poblaciones habitadas por españoles, aun cuando por camino distinto, también llegaron a la indiferencia por los asuntos municipales y al abandono de los mismos en manos de las autoridades políticas de los estados.

Las concesiones de tierras en favor de conquistadores y pobladores estaban definidas por la ley, de modo que el español no tenía derecho de adquirir tierras en otras ciudades distintas de aquella en que habita, sino después de cuatro años de cultivar el lote primero concedido, de edificar la casa y de habitar allí: además, debía de dejar la tierra libre para pastos después de las cosechas, con otras restricciones en favor de la población indígena. Sin embargo, la influencia política y la actividad agresiva del español lo hicieron desde muy al principio excederse en la extensión de su propiedad, a la vez que aumentar ésta con compras de tierras hechas a otros pobladores.

El simple capítulo de los excedentes sobre sus primitivas concesiones fué tan considerable, que incapaz el rey de recuperar tantas tierras tuvo que pasar por los hechos para no alterar profundamente el orden social, sembrando

la alarma entre los propietarios, y prefirió convertir ese estado de cosas en una fuente de lucro.

Además, las concesiones hechas en un principio por Hernán Cortés en favor de los conquistadores, y las hechas por el mismo rey para premiar algunos servicios, formaron grandes extensiones en favor de un grupo pequeño de propietarios. Estos llevaban vida de señores feudales en sus haciendas, descuidando su educación y aun el trato social: algo tenían de aquellos señores feudales franceses de la época anterior a Luis XIV, que cifrando su orgullo en su poder, despreciaban en ocasiones hasta el conocimiento de la lectura y escritura, y desconociendo aún los refinamientos del lujo, sólo hacían consistir éste en lo basto de sus habitaciones rurales, en la abundancia de su mesa y en lo liberal de su hospitalidad. Humboldt observa que el fausto de estos señores consistía en tener grandes trenes de coches, en que viajaban de sus haciendas a la ciudad seguidos y escoltados por buen número de sirvientes a caballo o en mula. Las costumbres y caracteres de estos terratenientes pueden verse descritas admirablemente, con todas sus grandes cualidades y todos sus grandes defectos, en el libro de la señora Calderón de la Barca, *Life in Mexico*, escrito en una época en que aún no se habían destruido las particularidades de nuestra vida nacional.

Estos señores jamás se cuidaron de las actividades municipales, que quedaron casi del todo abandonadas en manos de profesionales, comerciantes e industriales, que llevaban una vida más culta, aunque menos a lo gran señor que los terratenientes.

Daba, sin embargo, interés a la política municipal, el hecho de que los ayuntamientos reglamentaban el comercio, remataban el derecho de vender el pan, la carne y otros artículos de primera necesidad, al que se compro-

metía en subasta a darlos más baratos al pueblo; manejaban los fondos de los propios, pósitos y alhóndigas, y elegían cada año los alcaldes, que eran los encargados de administrar justicia en los negocios de menor cuantía, con atribuciones ejecutivas que se dividían con los mismos regidores.

Conforme a la ley novena, título III, libro V, de la Recopilación de Indias, los alcaldes no podían ser reelectos hasta después de pasados dos años de haber dejado las varas; la elección debía de hacerse con toda libertad, sin que los virreyes, presidentes y oidores pudieran inmiscuirse en ellas, y las personas debían de ser hábiles y saber leer y escribir.

Además, los ayuntamientos solían ejercer el patronato de algunas fundaciones piadosas o de caridad, y esto era un nuevo motivo de interés para aquellos hombres, en quienes dominaban los sentimientos religiosos, y que tantas muestras nos dejaron de su caridad en asilos, hospitales y obras que han beneficiado, y algunas de las cuales siguen beneficiando al pueblo hasta la actualidad.

Los ayuntamientos tomaron a su cargo la instrucción, y este fué un nuevo campo en que se desplegaban las energías de los munícipes y una razón de más para que los habitantes de la población se cuidaran de los actos del gobierno local.

Tal era el estado de los municipios durante la época colonial, en la cual, por orden de Carlos III, los cargos de regidores, que en un principio eran comprados, después fueron de elección popular.

Así siguieron las cosas durante el primer período de la vida independiente de México; pero a consecuencia de las leyes de Reforma, los ayuntamientos quedaron incapacitados para poseer y administrar bienes raíces, y se vieron en

la necesidad de realizar todos sus propios, así como todas las imposiciones hipotecarias o censuales en que tenían sus capitales; el dinero en efectivo fué de difícil manejo para ellos; luego los gobernadores de los estados nombraron jefes políticos que, en ocasiones, eran designados por la ley como presidentes de los ayuntamientos, y otras quedaban al lado de éstos absorbiendo sus atribuciones y dominiéndoles con la autoridad y prestigio que tenían, como representantes del gobierno.

Los fondos procedentes de los propios y pósitos, desaparecieron; por algún tiempo fueron dedicados a la beneficencia pública; pero al fin los estados suprimieron los presupuestos locales, quitaron a los ayuntamientos aun la facultad de decretar impuestos para sus gastos, o reglamentaron de tal modo esta cuestión que no les quedó más que una sombra de poder, sometiéndolos en todo, a la previa aprobación de la legislatura del estado o del gobernador de éste. Por una voluptuosidad de poder, estos gobernadores siempre han considerado conveniente ejercer rigurosa tutela, sin consentir que los ayuntamientos hagan nada más que lo que a ellos les parece, y alegan para justificar esta actitud la manoseada doctrina de la incapacidad de los cuerpos colegiados, sin saber o sin querer recordar que en una época que ellos consideran como de menor cultura, los ayuntamientos ejercían atribuciones que, después, a la sombra de una constitución democrática, se les ha arrebatado.

Para acabar de destruir la vida política municipal, se estableció el principio, en materia de enseñanza—, principio que aunque basado en la realidad, fué desastroso por las aplicaciones prácticas que de él se hicieron—, de que la anarquía social procede de la anarquía en los espíritus. De allí se infirió que la armonía social debe proceder de una

enseñanza uniforme, y para eso centralizada. Cada estado obró de acuerdo con esa doctrina, quitando toda ingerencia en la instrucción al municipio. Una especie de furor se apoderó a la vez de todos los gobiernos de los estados y del federal, para introducir un método extranjero que requería larga preparación para los maestros y mucho dinero: ambas cosas faltaron, y sólo se adoptó un remedo lamentable de aquel sistema, se redujo en algunos casos el número de escuelas para no tener que aumentar el presupuesto de instrucción pública, y se concentraron aquellas en las poblaciones, dejando abandonada casi por completo a la gente del campo. La instrucción, careciendo de la vigilancia con que la atendía el interés local de las gentes del municipio, decayó, y desapareció el motivo que quedaba como único para impulsar a los habitantes de una población a ocuparse en los asuntos municipales.

Una comprobación de que la inversión de fondos y el interés en la instrucción mantienen vivas las actividades políticas en el municipio, y que la supresión de ese interés es causa considerable de la inacción en que yacen ahora esos centros políticos, es proporcionada por la ciudad de Lagos, en el estado de Jalisco. Un sacerdote filántropo dejó un capital para el sostenimiento de un colegio bajo el patronato del ayuntamiento de dicha ciudad; quién sabe a qué conjunto de casualidades se debió que ese capital se salvara, en medio de las variadísimas interpretaciones que se ha dado a las leyes de Reforma. Ello es que la fundación subsiste y que, aun cuando el ayuntamiento aquel carece de otros fondos y apenas tiene en qué ocuparse, la conservación e inversión de ese capital han sido bastantes para mantener interés en la vida municipal y crear allí cierta independencia, aun cuando muy relativa. En una ocasión el gobernador del estado quiso que aquel capital ingresara

a la tesorería del mismo, y aun se dieron las órdenes al efecto; esto alarmó a los vecinos de Lagos, excitó su actividad y trabajaron con tal energía, que tras de evitar que el gobernador se echara sobre los fondos, prepararon su caída con los cargos que lo formularon.

La implantación de las libertades municipales es una de aquellas cosas que no produciría un trastorno social ni sembraría la alarma, como sucede con otras innovaciones; y en cambio sería más eficaz, por ejemplo, que la creación o la supresión de la vicepresidencia de la república, que tanto ha agitado a los políticos mexicanos.

Todos los pueblos aceptarían gustosos la noticia de que podían elegir a sus autoridades; darse una Constitución conveniente; votar sus impuestos y gastar sus productos en las necesidades locales; tener maestros de escuela que, satisfaciendo los requisitos de un plan general de enseñanza, supieran que estaban bajo la inspección de las autoridades locales y de los vecinos; intervenir en el cuidado de sus enfermos y pobres, de sus caminos vecinales y calles, y en las mejoras materiales de toda especie.

En mi concepto, la forma que convendría a los municipios de México sería la de gobierno por comisión del tipo de Gálveston, nombrado cada comisionado por el término de tres años, pero renovándose la comisión parcialmente cada año, a fin de tener siempre un grupo experimentado en ella; los comisionados no podrían ser reelectos antes de que transcurrieran dos años de haber dejado sus puestos. Los jueces municipales deberían ser nombrados por esas comisiones, aunque sueto su nombramiento a revocación por el pueblo, cuando lo pidiera la mayoría de los habitantes inscritos en el padrón electoral del municipio.

En virtud de la soberanía de éste podría contraer deudas y garantizarlas con el producto de sus rentas; pero las dis-

posiciones encaminadas a este efecto deberían estar sujetas al "referéndum" del pueblo.

El estado debería de establecer únicamente ciertas prevenciones generales relativas a caminos, proporcionalidad de impuestos según la riqueza, plan de instrucción y número mínimo de escuelas primarias por habitantes; sus empleados deberían de encargarse de coleccionar las contribuciones, entregando luego su producto al tesorero local, y usando de los procedimientos compulsorios que la ley establece para exigir el pago; además correspondería al estado fijar la competencia de los jueces municipales y someter sus fallos a la revisión de los jueces de primera instancia y del tribunal superior; finalmente, ciertas reglas generales sobre policía, indispensables para la conservación del orden en todo el territorio del mismo estado.

Estas ideas generales no podrían, seguramente, aplicarse siempre ni en todas partes, dada la variedad de carácter, la naturaleza de la población en cada uno de los lugares de México, la cultura de los habitantes y su riqueza; por lo mismo, habría que someter este asunto a la decisión de las legislaturas locales, que otorgando a cada municipalidad una carta para su gobierno, podría satisfacer las necesidades que se derivaran de las condiciones especiales de cada caso.



## TERCERA PARTE

---

### EL PROBLEMA DEL INDIO. — COMO LO PLAN- TEAN LOS ESTADOS UNIDOS

#### I

#### ASPECTO ECONÓMICO

Los políticos mexicanos creyeron ver en las instituciones inglesas primero, y después en la Constitución de los Estados Unidos, la causa de la grandeza de esos dos pueblos, y dedujeron que la felicidad de las naciones estribaba en una fórmula legislativa que imitara o perfeccionara, en lo posible, aquellas instituciones; si por acaso la fórmula adoptada no producía el resultado que se esperaba, se atribuía a un error de forma en la constitución de los tres poderes en que, según la doctrina, se divide la soberanía del pueblo.

Mas el sociólogo contemporáneo busca en los elementos celulares de la sociedad las causas de su grandeza o de su decadencia y los procedimientos preventivos o curativos de sus males.

Estudiando con ese criterio a los Estados Unidos, se afirma uno cada vez más en la convicción de que reside en las condiciones internas de su pueblo, en mil detalles de su vida que lo disponen a la conciliación y a la paz, la razón de su grandeza; y aún se llega a dudar si ésta se debe

considerar más bien estorbada que favorecida por su constitución.

Siguiendo nosotros ese sistema de pensar, apartemos la vista de la magna carta y fijémosla en un punto pequeñísimo de la administración angloamericana, que se refiere a un punto, pequeñísimo también, de su población:

Hay en la secretaría o departamento de estado, en Wáshington, una comisión, cuyos trabajos pasan inadvertidos aun para muchos de los políticos angloamericanos, y con toda seguridad para la inmensa mayoría del público de este país: es la que tiene a su cargo los negocios de los indios. Ella constituye un detalle de mínima importancia para el gobierno de dicho país; mas los mexicanos que tengan verdadero empeño por la resolución de los problemas nacionales, es allí, en los trabajos de esa humilde oficina, en donde pueden encontrar la más fecunda inspiración, donde los esperan las más grandes sorpresas y las más fructuosas enseñanzas.

La comisión ha formado con los indios un pueblo dentro de otro, y le ha dado instituciones especiales que no se compadecen con las otras de la nación; pero nadie objeta a esto porque produce el bien que se busca; sobre la fórmula legislativa se coloca la realidad, se transige con ella y se dan leyes que la interpretan fielmente.

El mexicano debe de sentirse tanto más atraído por los trabajos de esa comisión, cuanto que lo que en los Estados Unidos se refiere a una parte insignificante de la población, en México es aplicable a un número muy grande de sus habitantes.

Por desgracia, yo no sé que hasta ahora algún mexicano haya fijado sus miradas allí, deslumbradas por el mágico fulgor que se desprende de las altas esferas de la administración; ha sucedido con esto como con muchos

extranjeros que vienen a Nueva York: admiran la grandiosidad del puente de Brooklyn, sin preocuparse nunca por saber cómo y de qué manera están afianzados los cables que lo soportan.

Los angloamericanos atacaron primero a los indios, los rechazaron hacia el oeste, los despojaron de sus tierras y mataron cuantos pudieron; cuando los hubieron reducido a la insignificancia, cuando llegaron a hacerlos inofensivos por su número y temieron su extinción, los sentimientos del pueblo comenzaron a cambiar, y el indio llegó a ser así objeto de una afección romántica; la arquitectura, la escultura, la pintura, las monedas y los cinematógrafos se encargan de mantener vivo el interés, en tanto que la poesía y la novela toman al indio como trama de las tapicerías más fantásticas y aun infantiles.

Sucede al pueblo angloamericano con el indio lo que le sucede con el búfalo: aumenta su interés por él en razón inversa de los ejemplares que sobreviven, y quisiera que los demás viviesen y hasta se multiplicasen en nombre de la fantasía y de los sueños. Las últimas monedas de níquel dan una buena prueba de esta paridad en que el búfalo y el indio se encuentran en el afecto del angloamericano, pues llevan, por un lado, la imagen del primero, y por el otro la del segundo.

Cualquiera que sea la naturaleza de ese interés, lo cierto es que los angloamericanos lo demuestran con gran energía.

Según el censo de 1910, el número de indios bajo la vigilancia del gobierno de los Estados Unidos era de 300.930. En 1912 había alrededor de seis mil empleados encargados del servicio de vigilancia de los naturales. Las cantidades gastadas en él desde 1881 hasta 1914 son dólares 263.623.004,01. El presupuesto de gastos correspondiente

al último año, o sea del 1.º de julio de 1913 al 30 de junio de 1914, es de 9.461.819,67 dólares, al que deben agregarse 425.000 dólares de autorizaciones posteriores.

El gobierno ha reservado para los indios 29.200.000 hectáreas, de las cuales han sido ya repartidas 13.500.000. Los indios que han recibido esa tierra son unos 17.000, y los que aún no la reciben son alrededor de 120.000. El costo de la subdivisión es hasta ahora de 4.500.000 dólares, y se estima que costarán las operaciones restantes 3.000.000 de dólares.

El gobierno federal se considera como guardián de esos vastos dominios, y la principal labor de la oficina de los indios consiste en enseñarlos a hacer el uso debido de sus propiedades, a sostenerse a sí mismos con un trabajo inteligente, para llegar al fin a sacudir la tutela del estado, cuando demuestren que ya no la necesitan.

Una de las principales dificultades para dar a cada uno su lote, consiste en determinar quiénes son los herederos de los antiguos titulares; hay como 40.000 casos de herencias no definidas, con tierras por valor de más de 60 millones de dólares; la secretaría del interior hace las declaraciones de herederos y entrega los lotes según reglas establecidas, en las que se tienen en cuenta la religión y costumbres de los indios para determinar el parentesco, sin sujetarlos a formalidades superiores a sus alcances o extrañas a sus hábitos.

Todos aquellos terrenos no utilizados para repartirlos entre los indios se venden, y se aplica su producto a la irrigación, drenaje y mejoramiento de las tierras repartidas.

La venta de tierras a los individuos de raza europea en las reservaciones, se considera benéfica, porque éstos promueven y fomentan el establecimiento de escuelas, iglesias, caminos y otros requisitos de la vida civilizada.

Cada una de las reservaciones, diseminadas en toda la

extensión del territorio angloamericano, tiende así a convertirse en un distrito agrícola, en que cada indio tiene que habérselas con el problema de subvenir a las propias necesidades bajo un plan de vida sedentaria. Para ayudarles, en cada reservación o distrito hay un inspector, agricultor o ganadero, que los instruye y está en directo e individual contacto con ellos. En varias reservaciones se han establecido estaciones experimentales, y en las escuelas de los indios se procura enseñar a los adultos los métodos que les permitan utilizar sus tierras, aprovechando a la vez sus trabajos para aumentar las entradas pecuniaras de las propias escuelas.

Actualmente trabajan 37 ganaderos experimentados en mejorar la raza caballar, que emplean los indios para los trabajos agrícolas, y se nota que el mejoramiento del tipo del caballo de trabajo aumenta el estímulo para las labores agrícolas en los aborígenes.

Aparte del cuidado que tiene el departamento del interior con el mejoramiento agrícola y ganadero de las reservaciones, el departamento de agricultura ayuda también con sus peritos.

La oficina de los indios emplea parte de los fondos que maneja en hacer compras de animales, carros y aperos de todas clases y en venderlos a plazo a los indios que carecen de dinero o de crédito; los enseres así proporcionados no pasan nunca del valor de 60 dólares para un solo indio; éste tiene que pagar el préstamo en trabajo o en productos, y se nota que, por lo general es cumplido y suele hacer el pago con prontitud sorprendente.

Los trabajos de irrigación cuentan con un inspektor en jefe, un subinspektor y seis superintendentes, a la cabeza de cada uno de los distritos en los que se encuentran obras de irrigación en construcción.

Al hacerse cada reservación, se incluyó en la tierra el derecho al agua; pero esto no confiere título alguno al individuo. El agua aprovechable pertenece al estado en donde se halla la reservación, y los estados son en ocasiones menos liberales que el gobierno federal, de suerte que ponen restricciones al uso del agua, como, por ejemplo, en el caso de la reservación de los indios Shoshones, en que las leyes del estado les exigen que utilicen el agua antes de 1916, pues el estado podrá disponer de toda la que no hubiere sido aprovechada entonces. El área total que pertenece a estos indios es de 65,674 acres (26,269 hectáreas), de los cuales ya están bajo riego unos 35.000 acres, con un costo de 607.637 dólares tomados del dinero de los indios. Durante el año de 1912 a 1913, el gobierno federal gastó en obras de irrigación para ellos 624.066 dólares; pero este dinero debe ser totalmente reembolsado por los beneficiarios, aun cuando en términos sumamente favorables, pues respecto de algunas reservaciones aún no se comienza a exigir el pago.

Las tierras de las reservaciones comprenden montes cuyo valor ha sido estimado en \$4.000.000 de dólares. La oficina de los indios se encarga de velar por la seguridad de esos bosques, y al efecto ha instalado líneas telefónicas que permiten avisar con toda oportunidad en el caso de que se declare un incendio; mediante esta vigilancia, la pérdida por incendios fué reducida en el año fiscal 1912-1913 a unos diez mil dólares.

La oficina de los indios cuida de que se haga una conveniente explotación de los montes para leña y madera, y los productos ingresan al fondo de la oficina, destinado a los fines de la misma.

Parte de las tierras de bosque han sido puestas a la venta; pero como en un principio, aun cuando el precio era

muy reducido, se exigía al contado, no fué posible hacer ninguna operación, hasta que en agosto de 1912 fueron propuestas con pago de 25 por 100 del precio a los sesenta días del contrato y el resto en tres anualidades, comprendiendo cada una 25 por 100 del valor; en estas condiciones la tierra se ha vendido a un precio mayor del que en un principio se propuso.

La venta de leña y madera procedente de tierras de los indios es muy considerable: en las reservaciones de Bad River, Lac de Flambeau, Lac Courte Oreille, Fond du Lac, Red Lake, Leech Lake, Indain School y Klamath, sin contar algunas otras, se cortaron 142.968.245 pies de maderas de diferentes calidades. En Menominee existe un aserradero que cuenta con una población de 900 vecinos, entre los cuales hay también blancos; hay allí iglesias, escuelas, tiendas, hotel y sala de conciertos; el aserradero tiene capacidad para cortar 150.000 pies de madera diariamente, y además tabletas y otros productos; últimamente se le ha ampliado al doble; posee un ferrocarril de cerca de 35 millas de longitud, y el todo representa una inversión de un millón de dólares; corta aproximadamente 40.000.000 de pies al año. Durante el año de 1912-1913 se ocuparon, por término medio, unos 322 indios que ganaban un salario de 29,70 dólares al mes en promedio. El comisionado del gobierno en esta reservación se ocupa en repoblar la parte de los bosques que han sufrido por el incendio, y a ese efecto ha establecido allí un criadero de árboles.

Otro producto de las tierras pertenecientes a las tribus indígenas es el de los pastos, pues aparte de la utilidad directa que de ellos obtienen por el mantenimiento de sus ganados, rentan dichos pastos, habiendo obtenido la oficina de los negocios de los indios por ese concepto en el año 1912-1913, 435.000 dólares.

Para la comunicación de las reservaciones con el resto del país se han formado planes de caminos, y todo indio físicamente capaz está obligado a trabajar cierto número de días de cada año en la construcción y mantenimiento de las carreteras.

El sistema de propiedad de la tierra merece atención especial.

Hay tribus indígenas que obtuvieron del rey de España o del gobierno de México concesiones de tierras en absoluta propiedad, y estas concesiones han sido respetadas, careciendo el gobierno federal americano de toda ingerencia en los asuntos de estas tribus. Otras concesiones son posteriores y proceden de contratos celebrados por el gobierno federal angloamericano con los indios, o bien de concesiones espontáneas hechas por el presidente. En estos casos se tomaron las tierras de la vasta extensión de ellas que pertenece a la nación, reservándolas para beneficio de los indios y substrayéndolas así de las disponibles para la venta a otros colonos.

Las tierras así reservadas eran usufrutuadas en común por la tribu a que habían sido asignadas, mientras se las medía y subdividía entre los individuos de la misma tribu. La oficina de los indios les enseña cómo han de aprovechar su tierra y cómo han de obtener las mejores ventajas en la venta de sus productos, y además los observa individualmente en su manera de portarse, y según ella los clasifica en dos grupos: los competentes y los incompetentes. A los primeros se les permite rentar sus tierras por un período no mayor de cinco años, bajo las reglas prescritas por el departamento del interior, y debe sujetarse el convenio a la aprobación del superintendente de la reservación; se les permite, además, hacer los contratos incidentales a esos arrendamientos y cobrar ellos mismos



sus rentas. Los indios incompetentes no pueden hacer otro tanto, sino que los arrendamientos tienen que arreglarse en el despacho de la oficina de los indios, y las rentas se pagan por conducto del superintendente. Una vez que las tierras de las reservaciones han sido subdivididas, dando a cada indio lo que le corresponde proporcionalmente, si hay tierras sobrantes, la oficina las administra, las renta o las vende, y el producto va al fondo destinado a elevar la cultura de los indios.

Las ventajas de este sistema son tan palpables, que los indios de 20 pueblos de Nuevo México, que tienen sus tierras en propiedad derivada de concesiones hechas por el rey de España, y sobre quienes, por lo tanto, el gobierno de Wáshington no tiene jurisdicción, han acudido a éste proponiéndole tome sus tierras bajo el plan de las reservaciones por el término de veinticinco años. Los indios, por sus descuidos y por las invasiones de los blancos, han perdido muchas tierras; las decisiones de los tribunales con frecuencia les son adversas, pues no tienen defensores gratuitos como en tiempos del gobierno español, ni las leyes los privilegian como entonces; y todavía hoy se encuentran pendientes de decisión ante los tribunales algunos litigios que comprenden una gran parte de sus terrenos. Estos indios mandaron representantes a Washington, y arguyeron ante el senado, en favor de su solicitud, que si había de proveerse para que conservaran su propiedad, era indispensable que el gobierno aceptara las tierras en "trust" por veinticinco o más años, hasta que la nueva generación tuviera oportunidad de ser educada.

Además de los sistemas de propiedad descritos, hay otro que permite aún mayor libertad a los indios colonos, y es el de la propiedad que adquieren en las tierras sobrantes después de las reparticiones: en esas tierras los indios pue-

den comprar lotes en condiciones liberales, sujetas a las disposiciones de la ley solariega o "homestead".

Los indios individualmente obtienen dinero de la venta de lotes de terreno, de su arrendamiento, de la venta de madera, del permiso de sacar petróleo y del trabajo de sus hijos, cuando han salido ya de la escuela. Lo que ellos obtienen, una vez satisfechas sus necesidades, ingresa al fondo especial que administra la oficina, y que ascendía en 1913 a 10.500.000 dólares; cuando el depositante quiere disponer de todo o parte de su dinero, necesita la aprobación de la oficina, previo el parecer del superintendente, quien investiga el motivo de la necesidad y da cuenta con él a aquélla. Se concede gran libertad en el uso del dinero que procede de arrendamientos, o el que se desea gastar en la construcción de casas en los lotes.

Aparte de estos depósitos procedentes de terrenos pertenecientes a los indios, pero bajo la tutela del gobierno, hay otros que aquéllos hacen procedentes del rendimiento de sus tierras y de su trabajo, los cuales son aún más considerables, pues en junio de 1913 sumaban quince millones de dólares. Este dinero, depositado en los bancos por los superintendentes, gana interés al tipo corriente; y como se presta a los bancos bajo garantía de seguro, en dos casos que ha habido de quiebra en esos bancos los aseguradores han pagado el dinero de los indios con sus réditos.

## II

### ASPECTO INTELECTUAL Y MORAL

EL gobierno de los Estados Unidos provee empeñosamente a la instrucción de los indios, a cuyo efecto sostiene para ellos 217 escuelas para la instrucción desde el primero hasta el quinto grado; en muchas de estas escuelas se da de comer a los alumnos al medio día, y la instrucción comprende la jardinería y carpintería elemental; para las niñas, la costura y labores domésticas. La escuela generalmente comprende el edificio de la misma, con capacidad para 25 a 40 alumnos, cuarto para el almuerzo o para la enseñanza industrial, cuartos para los empleados—generalmente el maestro y su mujer, que es la que cuida de la casa—, siempre un jardín, y de 40 a 160 acres de tierra de pastos. Además hay 76 escuelas de internado; admiten alumnos para todo el año desde el primero hasta el séptimo grado inclusive; están mejor equipadas que las anteriores, tanto para la enseñanza de los hombres como de las niñas. Los niños son alojados, alimentados y vestidos, y se les permite ir a su casa en las vacaciones de estío; la capacidad ordinaria de estas escuelas es para de 75 a 400 alumnos. Hay 35 escuelas fuera de las reservaciones,

adonde se llevan los niños a expensas del gobierno por término de tres a cinco años. Estas escuelas están mejor dotadas que las de las reservaciones y su capacidad varía de 75 a 750 alumnos; ellas representan la clase más alta entre las escuelas para indios.

Además de esto hay niños indios que reciben instrucción en las escuelas públicas de los estados; pero entre éstos hay algunos que no admiten gratuitamente a los niños hijos de padres indios que no paguen contribuciones; en tal caso el gobierno federal paga la colegiatura al del estado.

Los superintendentes cuidan de la educación que se debe dar a los niños indios; si un niño tiene un lote de tierra, se le induce a que aprenda la carpintería y herrería para las conveniencias del giro de campo. Si no tiene lote de tierra puede aprender carpintería, herrería, albañilería, talabartería, sastrería, plomería, ingeniería eléctrica o de vaporista, imprenta o agricultura; y las niñas, siempre labores de casa. La enseñanza académica comprende la del idioma inglés.

También se enseña a los niños indios, por medio de proyecciones, la geografía, la historia, los procedimientos industriales, las manufacturas, la construcción de máquinas y la moral. Como, desgraciadamente, el indio, aun cuando algunas veces rico, no ha procurado mejorar su habitación, y esto tiene gran influencia sobre su salud, se ha procurado atender a este punto en la educación, haciendo que los niños escriban descripciones de casas, y repartiendo premios entre aquellos que presentan mejores ensayos respecto a cómo debe construirse una casa, tal como ellos la conciben para lo futuro.

El resultado de estos cuidados es el siguiente:

La población india escolar es de .....	82.470
El número de indios que no pueden concurrir a la escuela por enfermedades o deformidades es de.	7.006
	<hr/>
Queda una población escolar útil de.....	73.464
El número de niños matriculados es de.....	58.723
	<hr/>
Quedan, pues, niños útiles sin escuela....	14.741

Ahora los esfuerzos se encaminan a proveer a esos catorce mil niños de la escuela que necesitan.

En la labor educativa no sólo trabaja el gobierno federal, sino los de los estados, las misiones de las diversas religiones y los particulares; y se engañaría mucho el que creyera que las cifras anteriormente presentadas han sido producto del esfuerzo de un momento. Las estadísticas comprenden desde el año de 1877; entonces los indios contaban con 48 escuelas y asistían a ellas 3.598 niños; hoy tienen 398 y asisten en promedio 25.830. El año de 1877, el gobierno federal gastó en la instrucción de los indios 20.000 dólares; el presupuesto para 1913-1914 fija 4.403.355 de dólares, cifra a la que se ha llegado poco a poco.

Con esa labor paciente de treinta y siete años se ha logrado que 62.865 indios sepan leer y escribir.

No se detiene el gobierno en la educación intelectual del indio y en procurarle condiciones higiénicas de vida mediante la enseñanza al aire libre, en lo posible, en las escuelas, la práctica de juegos atléticos y el cuidado en las enfermedades, sino que busca al mismo tiempo su elevación moral; y como el más grave obstáculo que encuentra es la embriaguez que degrada al indio y lo aniquila, más prontamente que a otras razas, su mayor empeño consiste

en la supresión del tráfico de licores entre los naturales.

Mr. Cato Sells usa una expresión que debería conservarse en la memoria de todos aquellos que pertenecen a un pueblo en que hay indios: "El uso de las bebidas embriagantes es una barrera insuperable entre el indio y el progreso. La educación, la campaña en pro de la higiene, el dinero destinado a estimular la industria, todo se pierde cuando el indio se embriaga."

Hay empleados que tienen por misión cuidar de que no entre ningún licor embriagante a las reservaciones; y es tan difícil y peligroso dar cumplimiento a lo que las disposiciones prescriben, que entre los mismos empleados suelen encontrarse los violadores de esos preceptos; y hasta se ha dado el caso de que hayan matado a un inspector que cumplía con su deber. A pesar de todas las dificultades, el gobierno se contenta con el hecho de que cada año decrezca, aunque sea poco, el número de los ebrios consignados a la autoridad.

Las reclamaciones contra indios, hechas por los que tratan con ellos, son materia, desde 1910, del conocimiento de la oficina de los negocios de los indios. Desde luego se presentaron quejas que montaban a 1.706.196,82 dólares. La oficina recogió los comprobantes y remitió las demandas a los respectivos superintendentes para que, oyendo las partes, determinaran lo que fuera justo y ordenaran el pago con el fondo perteneciente al deudor, pero cuidando de no dejar a éste sin los recursos indispensables, según su familia y necesidades.

Los resultados que desde un punto de vista meramente material se han obtenido con el empeño y laboriosidad del gobierno en favor de los indios, son claramente demostrados por las siguientes cifras relativas a la propiedad individual de los aborígenes, sin contar para nada el valor de

las tierras en las reservaciones no subdivididas ni lo que pertenece a las tribus en general y no ha sido adjudicado en particular:

Tierras exclusivamente de bosques.	368.890.835	dólares.
Maderas .....	11.766.623	"
Fondos en bancos, etc.....	11.200.525	"
Casas y otros edificios.....	7.515.208	"
Muebles .....	1.021.996	"
Carros, vagones, etc.....	1.404.671	"
Ganado, aves de corral, etc.....	1.410.400	"
Otras propiedades.....	449.433	"

<i>Total de la propiedad individual de los indios,.....</i>	<i>426.361.622</i>	<i>"</i>
-------------------------------------------------------------	--------------------	----------

No obstante esta cifra, que arroja un capital medio por indio de 1.400 dólares, el gobierno es sumamente cauto para dar certificados de competencia a los indios, que les permitan contratar libremente sobre sus tierras. La ley de 8 de mayo de 1906 ordenó que a los indios que mostraran competencia para sus negocios se les diera su título de propiedad absoluta sobre sus tierras, en el lote individual que les hubiera correspondido; pero muchos de los indios que recibieron esos títulos vendieron la tierra y se quedaron en la miseria. Ahora la oficina es muy cauta para entregar patentes de capacidad a los indios, y a esto, entre otras cosas, se debe que conserven sus tierras y prosperen pecuniaria y moralmente.

### III

#### ASPECTO POLÍTICO Y CONCLUSIONES

DESDE el punto de vista político, el indio no ha presentado hasta hoy aptitud para entrar en el campo democrático y adaptarse a las costumbres del pueblo angloamericano en ese particular; carece de actividad ordenada y constante y de retentiva moral.

La constitución de los Estados Unidos desde un principio negó el voto a los indios que no pagaran una contribución, restricción que hoy no hace ni para los negros; y, sin embargo, a nadie ha ocurrido que se cometa un delito de lesa democracia por ello, ni hay impulsos de modificar el precepto.

Es sumamente interesante el experimento en grande escala hecho con los indios de este país, y por eso paso a referirlo:

Las tribus Choctaw, Chickasaw, Cherokee, Creek y Seminola habitaban en diversos estados al oriente del río Misisipí, en medio de una población de blancos que necesitaba la tierra de los indios para cultivarla. El congreso, en 1830, autorizó al presidente para arreglar con los indios su traslación al oeste, cediéndoles los terrenos necesarios para indemnizarles con toda amplitud. El presidente, en efecto, celebró un convenio con las cinco tribus



mencionadas, que se denominan "Las Cinco Tribus Civilizadas", a causa de que su larga permanencia entre europeos les había dado la oportunidad de formar idea de la civilización occidental.

A consecuencia de este convenio fueron esas tribus trasladadas al oeste: tal fué el origen del Territorio de los Indios.

Los Estados Unidos quisieron hacer allí por los indios algo semejante a lo que habían hecho por los negros fundando en Africa la república de Liberia, y en consecuencia se dejó a las cinco tribus en absoluta libertad de hacer su constitución y de vivir formando una especie de nación independiente dentro de otra.

Los indios, en efecto, se dieron una constitución, naturalmente copiada de la de los Estados Unidos, y, naturalmente también, el resultado no se hizo esperar: las dificultades de aplicación comenzaron, y con ellas la lucha entre el gobierno de *facto* y el gobierno de *jure*: usurpadores y legalistas, enardecidos por llegar al poder, prometieron una era de felicidad una vez que los contrarios fueran aniquilados. A intervalos, el jefe más astuto se imponía y falseaba todas las instituciones, siendo la legislatura cómplice sumiso que decretaba los impuestos que le pedía; y no se distinguía del grupo antiguo de guerreros que acompañaba al jefe, más que por el hecho de conservar archivos. Los tribunales sentenciaban sin pruebas y con tal crueldad en las penas, que el secretario del interior de los Estados Unidos se veía a veces obligado a intervenir en nombre de la humanidad. La existencia de tal desorden atrajo a los criminales de otras partes del país, en busca de impunidad y de un campo propicio a sus empresas. El robo en el gobierno, en la forma más descarada, estaba a la orden del día; y grupos de bandidos re-

corrían el territorio y hacían excursiones fuera de él, sin que fuese posible conseguir la extradición, pues todos eran encubridores y hacían causa común con los delincuentes. El gobierno angloamericano se arrepintió de haber dado libertad a aquellas gentes; pero temía mandar allí un ejército que tal vez tendría que ser numeroso si había de reducir por la fuerza a aquellos indios. A pesar de sus temores, tal fué la desorganización de aquel grupo social, que en 1893 el congreso, considerando que aquello no podía continuar, que aquello era indigno de América y radicalmente malo, decretó que inmediatamente, en interés de indios y blancos, se modificara semejante forma de gobierno.

Así terminó aquel desgraciadísimo ensayo de gobierno democrático entre los indios, y hoy los de las "Cinco Tribus Civilizadas" han entrado bajo la inspección de la comisión de negocios de indios en el departamento del interior en Washington, con bien para todo el mundo.

Todo lo que llevo expuesto acerca del indio y la manera de tratarlo en los Estados Unidos, sugiere algunas observaciones que conviene puntualizar.

La primera observación es que la obra de civilización de los indios debe ser integral, no solamente en el sentido económico o sólo en el de la instrucción; es indispensable que sea simultánea y progresiva, a la vez económica, intelectual y moral; de otro modo se va irremediablemente al fracaso.

Esa obra de civilización requiere, en su labor delicadísima, verdadera dedicación, mucha paciencia, conocimiento *individual* del carácter y de las necesidades de los naturales; exige tierras disponibles para darles establecimiento; pero no es eso todo, sino que demanda un trabajo constante de moralización y de enseñanza, recursos de di-

nero para la compra de animales y útiles de labranza y para subvenir a las necesidades del indio y de su familia durante el tiempo de las labores, hasta la realización de la cosecha; y requiere también de parte del indio la subordinación a un plan perseverante e inteligentemente llevado—subordinación que no le falta, como lo demuestra el ejemplo de los indios de Nuevo México, que voluntariamente vienen a pedir que se les someta—, pero que está siempre en peligro cuando un grupo agitador logra remover en ellos el fondo de barbarie.

Es necesario tener una idea de todos estos requisitos imprescindibles en la civilización del indio, en estos momentos en que se agita en México a los espíritus con tan delicado problema. Los indios de los Estados Unidos tienen más de 600.000 acres de tierra irrigable, aproximadamente; 9.000.000 de acres de tierra para labor de temporal, y 50.000.000 de acres de tierras de pasto; el gobierno ha gastado diez millones de dólares en ayudar a las obras de irrigación; se han gastado, además, en esas obras grandes sumas de los fondos de las tribus; hemos visto las reservas con que cuentan los indios y el producto de las economías de algunos; y, sin embargo, muchos indios, físicamente aptos para el trabajo, son incapaces de aprovechar ni las tierras de riego ni las de secano ni de pasto, por la falta de recursos necesarios, a tal extremo que de toda esa inmensa superficie disponible, los indios no alcanzan a cultivar ni sesenta mil acres de tierra agrícola.

Los resultados en punto a educación han sido hasta hoy muy exigüos, pues tras de más de treinta años de una labor intensa, no se ha conseguido más que una quinta parte de la población indígena sepa leer y escribir, sin que los indios hayan llegado a entrar en las carreras literarias, como lo han hecho los negros, no obstante que éstos han

tenido a su favor menos ayuda del gobierno y en su contra más mala voluntad en el ambiente social.

Pero no por eso el gobierno desespera; confía en la obra constante de sus elementos, en el empleo del dinero y del crédito para esa obra magna de civilización; pero le es lícito esperar confiado, y triunfará al fin, porque cuenta con un elemento indispensable para ese trabajo de cultura: la paz. No tiene que temer a los agitadores, que en nombre de la libertad y de la democracia vengan a esterilizar sus esfuerzos con ayuda exterior.

La segunda observación es sugerida por una comparación de lo que ha demostrado el indio en relación con lo que en el negro se ve de adaptabilidad a la vida política democrática. En tanto que los blancos se ven en la necesidad de acudir a todo género de artificios para evitar que el negro vaya a votar en las elecciones, el indio se manifiesta indiferente para el uso de los derechos políticos. Los negros tienen un sentimiento de solidaridad y de lealtad política que les hace no votar nunca por un candidato demócrata, y el hecho de no poder ponerlos a su lado, es lo que obliga a los blancos del sur a hostilizarlos y a quitarles toda ingerencia en los asuntos del gobierno. El indio, por su parte, no tiene sistema político que ligue sus actos, y cuando ha tenido oportunidad de entrar en acción política no ha mostrado adaptación alguna a las ideas de un gobierno civilizado.

Los experimentos políticos que se han hecho en los Estados Unidos con ambas razas han sido desastrosos, produciendo un retroceso a la barbarie en los lugares sujetos a su acción.

Por eso vemos que el gobierno angloamericano sigue una conducta con los negros y con los indios, pero muy principalmente con estos últimos, que puede sintetizarse

en estas pocas palabras: *ir por medio de la civilización a la libertad*.

Sin embargo, la influencia moral de los Estados Unidos en México ha propendido sin cesar a que establezcamos un gobierno estrictamente democrático, llamando a todos al ejercicio de los derechos políticos, aun sin las restricciones que la misma constitución angloamericana establece. De ese modo, la influencia moral mencionada puede sintetizarse en esta otra frase: *ir por medio de la libertad a la civilización*; es decir, ha querido que pongamos los bueyes detrás del arado.

El ambiente de la democracia plena, tal como los Estados Unidos la comprenden, sería para nosotros tan mortal, y aun puede decirse que lo ha sido, como para un pez el respirar en la atmósfera, o como para un hombre respirar en el agua.

Nuestros demagogos han seguido el mismo alrevesado plan, y han consumado así la obra más antipatriótica y más inhumana.

Los hechos que hoy tenemos a la vista ya no pueden dejar lugar a la ignorancia; ya sólo pueden cooperar en esa labor los malos hijos de México. Se ha querido lanzar al país sobre la vía del progreso sin consideración alguna para las fuerzas conservadoras, que son tan indispensables en los países como en los cuerpos es la fuerza centrípeta. La marcha normal de una nación es siempre el equilibrio de las fuerzas conservadoras con las fuerzas reformadoras—equilibrio móvil, se entiende, como el que produce la vida de todos los organismos—. Pretender que en una nación no haya fuerzas reformadoras, es lo mismo que pretender que un buque marche sin vapor ni viento que lo impela; pero pretender que una nación prescindiera de sus fuerzas conservadoras, equivale a pretender que

un buque atravesase el océano sin lastre. Los que quieran la subsistencia de nuestro país, cuya historia, olvidada o mal aprendida, muestra tantos hechos nobles; cuyas artes admirables se revelan en tesoros, no por ignorados de otros países, menos preciosos; cuyos genios algunas veces cautivaron la admiración de extrañas naciones—por más que la actual generación no sepa tal vez ni los nombres de los que tal cosa consiguieron—; cuyas costumbres tuvieron el sello de la dulzura, que atraía al extranjero y lo hacía olvidar su hogar; los que quieran, repito, que subsista ese país, adornado por la naturaleza con tantas bellezas y dotado con tantos tesoros, deben procurar unirse en una obra superior a todas las otras: la de salvar los restos de nuestra cultura, de nuestras tradiciones y de todo ese conjunto de sentimientos comunes que hacía que, por encima del territorio que se extiende del Bravo al Usamacinta, existiera algo inmaterial que todos podían reconocer y que todos tenían que respetar: la patria mexicana.

## IV

### NOTABLES IDEAS DEL PRESIDENTE WOODROW WILSON SOBRE LA INFLUENCIA DE LA DEMOCRACIA ENTRE GENTES NO PREPA- RADAS PARA ELLA

Los mexicanos que quieran conocer cuál es el efecto que produce la aplicación sin compromiso de las ideas democráticas en la raza indígena, fuera del territorio mexicano, sin los estorbos de prejuicios y tradiciones que existen en nuestro país, y que pueden considerarse como causas determinantes de nuestros males; y los angloamericanos, que sin salir de los Estados Unidos quieran conocer lo que pasa en México y juzgar, con más acierto del que es común en la masa de la población, respecto de los fenómenos que presenta aquel país, no tienen, unos y otros, más que leer la historia del territorio de los indios, y allí encontrarán una serie de hechos que por sí mismos les dejarán enseñanzas valiosísimas.

El presidente Mr. Woodrow Wilson hace una descripción tan viva y elocuente de los efectos producidos en su país por el intento, acaso generoso, pero radical e intolerante, de dar en el Sur poder político a los negros, que no puedo resistir al deseo de transcribir aquí algunos párrafos tomados de su libro titulado *A History of American People*, en los cuales se nota el conocimiento del estadista

y la clara previsión que debió haber tenido, indudablemente, a través de los hechos de su propio país, de lo que está pasando en México:

“Los negros habían estado esperando, en su ignorancia —dice ese autor (pág. 18, vol. V)—, la ayuda providencial a medida que las noticias de emancipación llegaban a ellos con el progreso de la guerra. Habían soñado que los ejércitos federales, avanzando lentamente hacia el sur, les llevaban, no solamente libertad, sino larguezas de fortuna, y ahora sus sueños parecían realizarse. El gobierno tenía que encontrar tierras para ellos, que alimentarlos y vestirlos; confiaban en que cuidaría de ellos y les daría trabajo, sin pensar en si lo había o no; tenían la fe, la sencillez, las infundadas esperanzas y la inexperiencia de un niño. Su libertad, dejándolos sin amo y sin hogar, los hacía más dignos de lástima, más necesitados; porque bajo la esclavitud habían sido protegidos, el débil e incompetente por el fuerte y capaz; nunca habían aprendido a ser independientes ni a soportar los reveses de la libertad.

”Las legislaturas de los estados del sur, que el presidente Johnson dejó trabajar, veían la necesidad de obrar con prontitud, no menos que el Congreso. Era una amenaza para la sociedad misma el que los negros fueran liberados repentinamente y dejados sin tutela ni gobierno. Algunos de ellos permanecieron quietos al lado de sus antiguos amos, y no causaron alboroto; pero muchos, como era de esperarse, cedieron al nuevo impulso y estímulo de la libertad, y se fueron por campos y ciudades donde se hallaban los soldados de la unión y los agentes del comité de libertos (“Freedmen’s Bureau”). El país estaba infestado de vagos en busca de placeres y de fácil fortuna. La vagancia trajo consigo la miseria, como siempre, y los vagos se convirtieron en ladrones o en molestos pordiose-



ros. Nadie cuidaba de los trabajos ordinarios; los desocupados se hacían insolentes y peligrosos; reinaba en las noches ansiedad, por temor a los tumultos e incendios. Era imprescindible que algo se hiciera, aun cuando fuese sólo para restaurar el orden y dar seguridad en calles y caminos para las gentes que se dedicaban a sus trabajos.

"Se decretó que los vagos debían de ser obligados a trabajar, y que los que no quisieran hacerlo deberían ser castigados como vagos. Se exigió la formación de contratos de trabajo por escrito y se fijó el precio de los salarios. Los que no hacían contratos como empleados, eran obligados a obtener licencia de los magistrados o de las autoridades policiales de su residencia, para trabajar en sus oficios u ocupaciones, bajo pena de incurrir en la "ley de Vagos". Los negros menores de edad eran puestos al cuidado de maestros bajo contratos de aprendizaje. Se prohibió a los negros, bajo la pena de arresto, permanecer fuera de sus casas después del toque de queda, a las nueve de la noche, sin permiso escrito de sus patronos. Se decretaron multas para faltas enumeradas en una gran lista, de las que generalmente cometían los libertos, y cuando no podían pagarlas eran compelidos al trabajo por orden judicial...

"Por justificadas que hayan sido esas medidas, era inevitable que chocaran con el sentimiento de las gentes del Norte, y granjearon al Sur nuevos y más airados enemigos en el congreso. No eran aquéllos tiempos normales en que podía juzgarse fríamente de las cosas. Para los directores de la política en el congreso, era inadmisible que los estados del Sur pudiesen tener legislaturas sobre un plan ejecutado sin consultar con ellos, y que esas legislaturas pudiesen desbaratar la obra de emancipación... No se pusieron a considerar la presión de circunstancias ex-

traordinarias que justificaba esa legislación. Había muchas teorías entre ellos respecto a los poderes legales y derechos que habían quedado a los estados del Sur, pero su propósito de imponerse en el reajuste de los negocios de aquella región no se resentía grandemente por esa diversidad. En efecto, *veían a los estados del Sur como provincias conquistadas*, y consideraban la emancipación como el principal fruto de su conquista. Realizar la emancipación era para ellos asegurar la conquista misma. *En la mente de los hombres del Norte se había hecho la apoteosis del negro* durante la guerra. Los que habían mandado a sus hijos al campo de batalla a morir por libertarlo, no podían menos que verlo como una víctima de las circunstancias, como una criatura que sólo necesitaba libertad para llegar a ser un hombre; cualquier intento de los antiguos amos para contenerlo era visto como una desafiadora venganza. *No atendían a los hechos*; dejaban que sus propios sentimientos y el orgullo del poder dictaran sus pensamientos y propósitos...

“Los negros—continúa diciendo (pág. 46, ibi)—constituían la mayoría en los distritos electorales; pero el poder político no les daba por sí mismos ninguna ventaja. Un enjambre de aventureros vino del Norte a utilizarlos, engañarlos y defraudarlos. Estos hombres, que eran meros aventureros (“carpet baggers”) en su mayor parte, que no traían nada consigo, ni tenían nada que traer, más que una muda de ropa y un caudal de tretas y artimañas, *se hicieron dueños de los negros, ganaron su confianza, obtuvieron para sí los más lucrativos empleos y vivieron sobre el tesoro público, los contratos del gobierno y una fácil dominación de los negocios*. En cuanto a los negros, no había para ellos más que rara vez una subdivisión de tierras abandonadas o confiscadas, el sueldo de empleados inferior-

res, dietas por asistencia a convenciones y legislaturas, para que sus nuevos amos hicieran negocio, y salarios como sirvientes en las varias oficinas de la administración. Su ignorancia y credulidad hacían muy fácil engañarlos. Un pequeño favor, un escaso estipendio, un gaje risible, un pedazo de mala tierra o una moneda, los satisfacía y los callaba. *Bastaba, por lo demás, aprovechar sus pasiones.* Fácil era enseñarles a odiar a los hombres que los habían tenido en esclavitud, y a seguir ciegamente el partido político que había hecho la guerra para su emancipación."

Luego hace Mr. Wilson una enumeración de los males financieros que causaron los "carpet-baggers" usando de los negros para robar y enriquecerse a costa de los estados del Sur, aumentando, para poder robar, las contribuciones y las deudas de los estados, a la vez que influyendo en la desaparición de todos los capitales que pudieran servir para pagar unas y otras, con lo cual se causó la ruina del Sur, de que aún no puede rehacerse.

"El importe real de la ruina producida—continúa (página 49 ibi)—nadie puede conocerlo. No puede expresarse con sólo hablar de las contribuciones y deudas de los estados. El aumento de los gastos y deudas de los condados y pueblos, de los distritos escolares y ciudades, representaba una suma mayor aún que las cantidades enormes que se habían sacado de las tesorerías o que habían conseguido hipotecando los recursos de los gobiernos de los estados; pero las gentes veían con sus propios ojos lo que pasaba a las puertas de sus casas. Lo que pasaba en las capitales de sus estados sólo llegaba a su conocimiento por lo que leían en periódicos o lo que oían referir en charlas callejeras; mas veían por sí mismos los negocios de su pueblo en plena corrupción, abuso y desarreglo. Allí los

propios negros eran los empleados—hombres que ni siquiera sabían escribir sus nombres y que no conocían ninguno de los usos de la autoridad, excepto su insolencia. Allí fué donde la política de los directores del congreso produjo su obra perfecta de alarma, desmoralización, disgusto y revolución social.

*"Ninguno que juzgara con justicia podría creer que esta destrucción de la civilización hubiera sido prevista o deseada por los hombres que habían seguido a Mr. Wade y Mr. Morton en su política de dominación o ruina. Sin embargo, era difícil absolver a ese puñado de directores del cargo de haber provocado conscientemente las consecuencias ruinosas.*

*"No aceptaban ideas de moderación, ni de los hombres del Norte ni los del Sur. Ni la razón ni los hechos tenían influencia para desviarlos de su determinación de "poner a los blancos del Sur a los pies de los negros". No conocían el país en que operaban. Los hombres del norte que lo conocían, trataban de informarlos de su carácter y del peligro y torpeza de lo que estaban haciendo; pero rehusaban ser informados; no les importaba saber; en todas las cosas tenían un solo propósito.*

*"Muchos de sus colegas y partidarios tenían un juicio más sereno y prudente, pero no podían contenerlos. Ellos tampoco conocían el Sur. No podían imaginarse lo que iría a pasar, ni calcular los efectos que estas medidas tan intolerantes ejercerían sobre la vida y desarrollo del Sur, pues carecían aun del conocimiento de la naturaleza humana, que les hubiera servido a falta del conocimiento particular de la de aquellos con quienes tenían que tratar. No habían previsto que el dar a los negros derecho de sufragio y quitarlo a los blancos, de mayor capacidad intelectual, haría que el poder político recayese, no sobre los*

*negros, sino sobre los aventureros de raza blanca, que eran tan enemigos de unos como de otros.*

"En aquellos días de apasionamiento no se detenían, en efecto, a pensar sobre las consecuencias que podrían sobrevenir. Su propósito había sido dar al negro poder político, para que pudiera defender sus propios derechos, como los electores de cualquier otro país podían defender los suyos. No habían tenido en cuenta las consecuencias; por algún tiempo se habían despreocupado de cuáles pudieran ser. Habían preparado el camino para la ruina del Sur, pero no habían precisamente pensado en arruinarlo.

"Las noticias de lo que estaba sucediendo en el Sur no tardaron mucho en diseminarse por todo el país. *Pero los periodistas del norte en un principio se negaron a darles crédito. La gente acogía los informes con franca hilaridad, considerándolos simplemente como la expresión del discurso de los surianos por haberse otorgado a los negros el derecho de voto y de gobierno. Pero fué haciéndose difícil continuar en esa incredulidad; los relatos se hacían más y más detallados; las confirmaciones venían tras de los rumores, y con esto la opinión comenzó a cambiar poco a poco.*"

El mismo presidente Wilson considera entre las causas que agravaron la situación en los estados del sur el carácter del presidente Johnson, y a ese respecto dice (pág. 32 del tomo citado):

"Un hombre más moderado, más accesible, más sagaz, menos obstinado, podía, escuchando consejos, haber formado algún plan por medio del cual sus diferencias con los directores políticos del congreso llegaran a un acomodo, o al menos a un "modus vivendi". Pero diferir de Mr. Johnson era hacer de él un adversario, y el congreso desde un principio había visto en él más bien un opositor

que un amigo, lo cual le alejaba de una transacción. Su estilo intemperante de hablar exageraba sus ideas aun en su mera exposición; parecía un ardiente partidario hasta cuando sólo intentaba explicar una idea o puntualizar un propósito."

La enseñanza que puede sacarse de las doctrinas del presidente Wilson, es exactamente la misma que he venido sosteniendo en este libro: que es indispensable en toda obra de construcción social no perder de vista los hechos, no despreciar ninguno de ellos, hacer la justa estimación de las fuerzas que obran en la sociedad; y cuando todo eso se hace a conciencia, la transacción se impone por sí misma, y sólo mediante ella se asegura el advenimiento de una época mejor para el pueblo. Pero que cuando se desatiende a esos hechos, se intenta destruir las fuerzas y se trata a una parte de los ciudadanos como pueblo conquistado, no se hace otra cosa más que producir odios, anarquía y retroceso a una época de barbarie.

Las ideas del presidente Wilson son igualmente sanas, en la consideración de que, aun cuando sea mayor el número de los individuos de baja cultura en un pueblo, se hace mal en poner en sus manos exclusivamente los destinos de la colectividad.

## V

### CÓMO SE PLANTEÓ EL PROBLEMA DEL INDIO ANTIGUAMENTE EN MÉXICO

**Y**A hemos visto en resumen lo que los Estados Unidos están haciendo con el indio para civilizarlo; veamos ahora lo que antes se hacía en México para ese fin. Creo que esta breve reseña arrojará una nueva luz sobre toda la explicación de nuestra historia.

No me detendré en los trabajos emprendidos por los primeros misioneros que vinieron poco después de la conquista, y que contaron en su número a hombres tan beneméritos como el P. Gante, fray Martín de Valencia, fray Alonso de Molina y otros muchos, que tenían a la vez que aprender los idiomas desde sus principios, que recorrer enormes distancias, que predicar entre los indios y administrarles los sacramentos, inventando múltiples artificios para hacerles comprender los preceptos de la religión, que enseñarles las artes, que proveer a su propia subsistencia, que dirigir la fábrica de los templos, que defender a los naturales contra la ferocidad de los soldados, y darse tiempo todavía para recoger y escribir los principios de las gramáticas y los vocabularios de los muchos idiomas indígenas, en tal forma y con tan gran celo, que sólo la labor filológica que llevaron a cabo en los primeros años después de la conquista bastaría para honrar ahora a los más ilustres cuerpos científicos de Europa y América. Pero esos misioneros tuvieron que trabajar con frecuencia en medio de poblaciones indígenas de civilización sedentaria y de carácter humilde, que cambiaban de bue-

na voluntad sus prácticas religiosas y antropofágicas por los ritos de una religión suntuosa y menos cruel que la de su gentilidad. Poco pudieron hacer allí los misioneros en el orden civil, donde el encomendero imponía la ley, muchas veces dura, del ávido conquistador, y donde la acción directa de la audiencia, del virrey y demás autoridades coloniales se hacía sentir dejando poco a la iniciativa del misionero.

Fué más al norte, en las comarcas del Nayarit, de Sinaloa, de Sonora y de las Californias, en Nuevo México, Texas, Chihuahua, Durango y Sierra Gorda, donde el misionero se aventuraba en medio de poblaciones salvajes que lo recibían a veces con hostilidad y siempre con desconfianza; fué allí donde tuvo él que hacer la mayor parte en una labor que dependía casi toda de la persuasión: por única vez en la historia de México se acudió a las armas de la civilización y de la justicia para hacer reinar la paz, y por razón natural se obtuvo el resultado que se deseaba.

Todo el mecanismo de las misiones consistía en mandar a unos sacerdotes, casi siempre regulares, a que por medio de la predicación atrajeran a los indios salvajes a la religión cristiana, los redujeran a pueblos, les enseñaran la agricultura y otras artes que fueran adecuadas a su inclinación y los sometieran a la obediencia a una autoridad civil; una vez conseguidos estos propósitos, las misiones se secularizaban, es decir, que se entregaban al gobierno de un cura seglar, por lo que hace a lo religioso, y al mando de la autoridad civil por lo demás; y los misioneros seguían adelante en medio de otras tribus que necesitaran sus auxilios.

Hay en la biblioteca de la Quinta Avenida, en Nueva York, un precioso manuscrito, que es el informe original rendido al rey de España por el virrey conde de Revilla-



gigedo—el segundo de este título que obtuvo aquel cargo —en cumplimiento de la real orden de 31 de enero de 1784. De ese valiosísimo informe, escrito con la honradez y justicia que caracterizó a su autor, voy a tomar algunos párrafos que dan idea de lo que fué el sistema de misiones seguido durante el gobierno español y una buena parte del de México independiente:

“En cada misión—dice este documento—hay un gobernador indio que se elige el día primero del año, congregándose todos los naturales en la iglesia. El padre ministro propone tres de los más idóneos, se nombra el que distingue la pluralidad de votos, lo aprueba el capitán del presidio de Loreto y lo confirma el gobernador de la provincia.

“El de misión limita sus facultades y obligaciones a entender en asuntos de poca entidad, aun en éstos procede con dictamen y dirección del religioso misionero. *Porque los indios no son capaces de obrar por sí solos con justicia, rectitud y acierto*, siendo estos todos sus estatutos municipales.

“Las propias rentas o fondos de cada pueblo de misión se reducen a la labranza del campo y cría de ganados, cuyas cosechas y esquilmos disfrutan los indios en común, bajo la administración de sus misioneros, quienes hacen verdaderamente de padres espirituales y temporales; de suerte que el indio trabaja cuando se lo mandan, y el producto de sus afanes se invierte en el sobrio sustento y humilde vestuario de ellos y de sus familias, aplicándose lo que sobra al culto divino y fomento de los mismos pueblos.

“Los padres misioneros llevan sus cuentas en libros formales, el prelado o padre presidente los examina en sus visitas y a fin de año remite extracto de ellas al goberna-

dor de la provincia, para que dándola al virrey, de lo que resulte bueno o malo apruebe lo primero y remedie lo segundo con sus oportunas determinaciones. (Párrafos 24 a 27.)

"Se ha dicho que en la Nueva California se siembra de comunidad, y que por consiguiente no se han hecho repartimientos de tierras a los indios, ni tampoco es posible, *porque ni ellos desean bienes en propiedad ni jamás procurarían su conservación y fomento si no se les obligase a trabajar por sus padres ministros.* (Párrafo 31.)

"Con el fondo que dejaron los jesuitas extinguidos se daban 400 pesos anuales para su manutención al ministro y 1.000 pesos a dominicos y otro tanto a franciscanos para el aumento de las misiones.

"Con estos auxilios, con los que también facilitan las misiones radicadas, con los que proporciona el afán o cuidado apostólico de los padres misioneros y con el trabajo personal de los indios, se fabrican las iglesias y casas del pueblo, las trojes y almacenes, se compran y habilitan los ornamentos y vasos sagrados, los útiles y aperos de labranza, y finalmente las semillas para siembras y el cortejo de ganados para la procreación de ellos.

"Ha sido tan fecunda en las misiones la Nueva California, que en el día poseen veinticuatro mil seiscientas cabezas de ganado vacuno, veintiséis mil doscientas ochenta y seis del de lana, cuatro mil cuarenta de pelo o cabrio, cuatrocientas dos del de cerda y tres mil trescientas treinta y ocho yeguas y caballos, habiendo recogido en la última cosecha quince mil ciento noventa y siete fanegas de trigo, dos mil cuatrocientas noventa y siete de cebada, siete mil seiscientas veinticinco de maíz y mil seiscientas diez y nueve de frijol, garbanzo, lenteja y haba." (Párrafos 39, 40 y 41.)

Tal era el sistema que en lo general se seguía en las misiones, y es de observarse en ellas la grande economía, pues con un sinodo o salario de 300 o 400 pesos anuales que se daba a cada misionero, se tenía un servicio tal, que los indios eran individualmente conocidos y recibían aplicación y trabajo según para lo que eran, con gran beneficio para todos los de la comunidad.

No debe juzgarse la obra de las misiones con el criterio que hoy se tiene de una obra de civilización; debe atenderse, por una parte, a las ideas de la época, y por otra a las tendencias, naturales en sacerdotes de entonces, a atender al lado moral con exclusión del intelectual. Nosotros sabemos hoy que esto es un error, y que la educación para ser buena debe ser integral, es decir, abarcar todas las actividades del hombre; pero no se creía esto mismo en aquel tiempo, ni en México ni en otros países.

Por otra parte, la educación moral era de carácter exclusivamente religioso, y este fué el principal cargo que pudo hacerse a las misiones en la época en que se exacerbó la lucha entre el partido liberal y el conservador en México; pero en esto no solamente puede decirse que era natural que así fuera, desde el momento en que el estado, por razones de conveniencia y de economía, se había visto obligado a dejar el cuidado de la civilización de los indios en manos de sacerdotes, sino que tal vez la única forma adecuada de educación para los mismos sea la religiosa, por corresponder ella al desenvolvimiento mental del indio, de quien Comte diría que se encuentra en la época teológica de su evolución.

Las misiones eran fundadas y sostenidas a veces por el tesoro real, pero las de los jesuitas de ordinario contaban con recursos propios, procedentes de donativos de personas filantrópicas que se dolían del estado de barbarie de

las tribus indígenas y querían contribuir para que se las redujera a vida cristiana. Así, por ejemplo, el fondo de las misiones de la Nueva o Alta California había sido formado con espléndidos donativos del marqués de Villafuente, de su esposa doña Gertrudis de la Peña, marquesa de las Torres de Rada, de D. Juan Caballero, de D. Nicolás de Arriaga, de D. Luis de Velasco, del padre D. Juan María Luyando y de doña María de Borja, todos animados de un sentimiento a la vez filantrópico y piadoso.

De esas donaciones procedió el fondo reclamado por los obispos de la Alta California y que originó la demanda que el gobierno angloamericano presentó contra México ante el tribunal de La Haya, siendo ésta una muestra del valor que da ese gobierno al trabajo de las misiones en su país, no obstante los grandes progresos que ha hecho allí la civilización, al extremo de haber considerado que el interés público de los Estados Unidos obligaba a su gobierno a tomar bajo su patrocinio la queja de los obispos.

Con esos fondos no solamente se procuraba la reducción de los indios a una vida culta, sino poblar las costas de la California y asegurar así los dominios de la colonia contra las invasiones de los rusos y de los ingleses; pero ni aun este aspecto patriótico de la obra de dichas misiones mereció de nosotros especial atención.

El sistema de las misiones es tan bueno, substancialmente considerado, que en realidad el que hoy sigue el gobierno angloamericano en los Estados Unidos es solamente una copia, naturalmente perfeccionada por la mayor experiencia y por las ideas modernas; mas el perfeccionamiento resulta muy relativo en la parte económica, pues por lo dispendioso sería inadecuado para México, en donde en lugar de destruir el sistema se debió haber procurado completarlo.

## VI

### CÓMO Y POR QUÉ FUÉ ABANDONADA LA OBRA DE CIVILIZACIÓN DE LOS INDIOS EN MÉXICO

**H**AY un delito que en México no ha tenido jamás indulto ni amnistía, y para el cual nunca han valido las circunstancias atenuantes: delito que todos los partidos han estado conformes en condenar y a nadie le ha ocurrido pedir una revisión de las sentencias pronunciadas: el delito es el de decir la verdad. Y como yo lo he cometido y pienso seguir cometiéndolo, quiero decir aquí algunas palabras, que aun cuando parecerán de interés personal y de propia defensa, serán, si bien se consideran, de aplicación general.

He sido y sigo siendo liberal; es decir, de aquellos que ven en la libertad un ideal al que deben acercarse cada vez más los hombres; y como la libertad no puede ser fruto sino del desarrollo de un profundo sentimiento de respeto hacia las libertades iguales de los demás, y ese sentimiento es fruto de la cultura, veo en toda obra de educación, en todo lo que estreche los lazos que unen a los hombres en común simpatía, una obra liberal por excelencia.

Por eso considero más liberal al que, desprendiéndose de su dinero, fundaba una misión para los indios, aun cuando esa misión no resultara obra perfecta, que al que,

invocando la libertad y la igualdad política, destruyera esa fundación.

Considero mucho más liberal al gobierno angloamericano que restringe la libertad de los indios para educarlos, que al gobierno mexicano que destruyó la obra educativa del indio, sin sustituirla por otra cosa que por la mera palabra *libertad*, que, entre hombres sin cultura, no significa más que abuso de la fuerza y desenfrenos del libertinaje. Quien tal hace, sólo por un abuso del idioma puede aspirar a que se le llame progresista; es retrógrado, porque pretende hacer que la sociedad vuelva a las edades salvajes.

Continúo ahora mi narración, sin cuidarme de más que de que esté fundada en la verdad histórica, y para eso procuro no dar paso que no esté autorizado con documentos.

A mediados del siglo XVIII, la Compañía de Jesús había llegado a ser poderosísima en todo el orbe católico, a la vez que la monarquía española, sin dejar de tener en el gobierno hombres de intachable fidelidad a la Iglesia, sentía el influjo de las ideas enciclopédicas: lo cual dió por resultado una mutua desconfianza entre el elemento meramente civil y el elemento teocrático, representado principalmente por los jesuitas. La organización de éstos era muy hábil; una obediencia ciega a los mandatos del superior creaba una disciplina rigurosa, a la vez que un secreto absoluto rodeaba de misterio sus fines y sus procedimientos, aumentando su prestigio. En toda la América se habían ramificado, y con excepción de las colonias inglesas, todo el continente podía decirse cubierto por una red cuyos diversos hilos iban a reunirse en una sola mano, que podía mandar con la seguridad de ser obedecida.

Un motín ocurrido en Madrid fué la chispa que deter-

minó el incendio; el monarca, con o sin justicia, abrigó la creencia de que había sido provocado por los jesuitas, y desde entonces quedó decidido a darles un golpe de muerte. Las cosas se prepararon tan sigilosamente, que en un día determinado para cada localidad las autoridades se apoderaron de los jesuitas y de sus bienes, expulsando a aquéllos de todos los dominios de España.

Dejando a un lado la conveniencia y la justicia de esa medida y los efectos que bajo otros puntos de vista pudo producir, me limito a indicar los resultados que tuvo para los indios de México reducidos a misiones de jesuitas, siguiendo siempre el informe del virrey Rivallagigedo, antes mencionado, pues aparte de que su honradez y justicia no se han puesto en duda, tampoco hay motivos para suponerlo parcial en favor de los jesuitas, y además la realidad está allí para perpetua garantía de su veracidad.

“Por estos medios (el sínodo de \$ 300.000 que daba el rey a cada misionero y el sobrante del trabajo de los indios, después de descontar su alimento y vestuario) llegaron las misiones de los regulares extinguidos—dice el informe—casi en lo general a la mayor opulencia, aumentándose sus bienes con las mercedes de tierras que registraron y de que tomaron posesión con títulos reales, para establecer estancias o ranchos de ganados mayores y menores con abundantes crías de yeguas, caballos y mulas.

“Estos bienes temporales, adquiridos en propiedad para beneficio de los indios y de sus pueblos e iglesias, se consideraron pertenecientes a los regulares extinguidos al tiempo de su expatriación; y como entonces, por no haber otros misioneros que los substituyeran, se pusieron a cargo de distintas personas seculares, con nombramientos de comisarios reales, hasta que el señor marqués de Sonora, siendo visitador general, dispuso su devolución a los nue-

vos ministros sagrados, ha sido esta la verdadera causa de la ruina de las misiones, hallándose el mayor número de ellas sin sacerdotes, sin iglesias y sin bienes de comunidad, que disiparon los comisarios reales. (Ibi. Párrafos 65 y 66.)

"No hay duda que los comisarios reales disiparon o malversaron las ricas temporalidades de todas o de la mayor parte de las misiones, y que faltándoles a éstas fondos, tampoco pudo evitarse su decadencia o su ruina.

"Se experimenta desde luego en las de Sinaloa y Ostimurí, porque los clérigos que en corto número se encargaron de ellas, en la clase o con el título de curas doctrineros, no gozaron sínodo para mantenerse con regular decoro y decencia, ni tuvieron otras obvenções ni derechos parroquiales que los que percibían de las familias españolas y demás castas que llaman de razón, en cuotas o cantidades más o menos grandes, y aranceladas a su antojo, o a las posibilidades de sus feligreses...

"Los curas doctrineros no tienen fondos de caudales ni arbitrios para alimentar y vestir a los indios y sus familias, no podían obligarles a trabajar sin remuneración ni pedirles que buscasen de cualquier modo el remedio de sus necesidades; y de todo esto han sido consecuencias lastimosas el abandono de los mismos indios, que olvidados de los principios admirables de su educación cristiana y civil, se entregaron prontamente a la ociosidad y a los vicios, viviendo en la mayor miseria.

"La fuga de familias enteras o sus traslaciones voluntarias, irremediables y sensibles, a los montes y a distintos domicilios, dejaron los pueblos casi sin gentes, sin gobierno y sin policía; las iglesias desiertas, la religión sin culto y los campos sin brazos para su labranza, conservación y fomento de sus ganados; convirtiéndose en esqueletos, si



no todas, la mayor parte de las misiones de Sinaloa y Ostimurí, cuando se hallaban al tiempo de la expulsión de los jesuitas en estado de secularizantes o erigirse en curatos." (Párrafos 70 a 73 del informe.)

"La real academia de Guadalajara, dice una carta escrita por un predicador del colegio de Valencia en España, según manuscrito existente en la biblioteca a la Quinta Avenida en Nueva York, sin pérdida de tiempo dispuso que los padres franciscanos de la provincia de Xalisco pasasen interinamente a gobernar dichas misiones, para que los indios no se perdiesen del todo: en efecto, el año mismo de la expulsión (de los jesuitas), 1768, entraron en la California a administrar lo necesario en lo temporal y espiritual; pero el colegio de San Fernando de México, de la misma religión, descoso de emplearse en la conversión de los gentiles, puso su pretensión ante el señor marqués de Croix, virrey que era entonces de la Nueva España, para que se les concediese la entrada libre en dicha provincia: su excelencia, con anuencia del señor don Josef de Gálvez, visitador general que era de toda la provincia de México, concedió la entrada a dicho colegio, la cual se verificó en el mismo año: entonces los padres de la provincia de Xalisco entregaron sus misiones y se retiraron.

"Los trabajos y contradicciones que experimentaron los nuevos misioneros no se pueden explicar fácilmente. Los indios habían andado a su libertad: en lo espiritual se habían olvidado hasta de los puntos más principales; y como habían quedado las temporalidades a disposición de la tropa, habían llegado al último exterminio: *a esto se añade la poca experiencia del nuevo gobernador, quien pensando hacer felices a los indios, expidió un decreto en que mandaba que todos los indios, de cualquiera clase y condición que fueran, tuvieran dominio absoluto y particular sobre*

*los bienes y utensilios de las misiones, y que se repartiese lo que hubiese para su uso. El que conocía radicalmente la condición de los californios, fácilmente comprenderá las fatales consecuencias de esta resolución: en efecto, publicada la orden empezaron a verse ruinas y destrozos en los ganados y haciendas de las misiones."*

Tal fué el resultado que tuvo para los indios la medida tomada por el monarca español. Si el bien de la monarquía española obligaba a expatriar en masa a los jesuitas, el deber de civilización que ligaba al gobierno español con los indios exigía que en lugares especiales se hubiera modificado la orden de destierro, aplazando la para cuando se pudiera sustituir debidamente a los religiosos de la célebre compañía, para que los indios no recayeran en la barbarie ni los fondos se dilapidaran.

La expatriación de los jesuitas es un buen ejemplo de los efectos producidos por ese criterio especial, tan frecuente en el grupo liberal de los pueblos hispanoamericanos de no admitir transacción ni atenuación, de concebir a la sociedad como una masa inerte que debe estar siempre dispuesta a recibir y conservar, como un cuerpo muerto, el sello que se le imprime por medio de una ley o por la voluntad de un hombre.

Las misiones abandonadas significaron quizá la tranquilidad para el rey de España y sus ministros; pero también significaron el abandono de una obra de cultura para los indios. Aquella tranquilidad se compró al precio de que miles de individuos retrocedieran al estado salvaje, convirtiéndose en enemigos de la civilización y sumiéndose en la miseria.

Las misiones fueron decayendo durante la guerra de independencia y los disturbios políticos de México; pero algo se conservaba de ellas que podía haber servido para un

movimiento de reconstrucción, hasta que las leyes de Reforma, suprimiendo las órdenes religiosas, olvidaron proveer algo eficaz para la obra de civilización de los indios.

La lucha entre el clero y el partido liberal en México se declaró encarnizada por ambas partes; desde un principio se le dió el carácter de lucha a muerte sin transacción posible. En ella fueron arrastradas las misiones.

Es indudable que éstas tenían un sistema deficiente, por cuanto a que se reducían a enseñar doctrina religiosa y métodos del cultivo de la tierra y los ganados; es indudable que tenía que ampliarse esa enseñanza; también era malo que el cuidado de los negocios financieros y administrativos estuvieron a cargo del sacerdote, confundiendo así dos funciones tan opuestas; pero también debe convenirse en que era imposible que con un sueldo de 300 a 400 pesos anuales pudiera organizarse todo y proveerse al sostenimiento de las escuelas. Los misioneros entendieron que lo fundamental era la prosperidad material y la disciplina moral, y no estuvieron en esto descarriados, pues de nada habría servido cualquier otro esfuerzo sin esos dos elementos. Tocaba al gobierno proveer a lo demás.

Lo cierto es que con ese sistema España logró con gran economía enseñar el idioma español a los indios casi en todo el territorio nacional, cuando los Estados Unidos, en los tiempos modernos y con enormes gastos no han logrado enseñar el inglés a los pocos indios recluidos en las reservas.

La labor de las misiones resalta más aún, comparándola con la conducta observada en aquella misma época por las colonias inglesas de América, como resalta la conducta de los reyes de España comparada con los de Inglaterra. Entonces la Nueva España era superior por su humanidad y por su obra de cultura en favor de los indios a la Nueva

Inglaterra, a Nueva York, a Virginia y a la Carolina; en tanto que el sentimiento de los reyes españoles, diferenciando del egoísmo de los de Inglaterra, está bien y dignamente expresado en la real orden de 16 de octubre de 1755 dirigida por Fernando VI al virrey primer conde de Revillagigedo.

“He hecho presente al rey—dice ese hermoso documento—el contenido de la citada carta (procedente del virrey) y autos, y en su inteligencia, me manda S. M. decir a V. Exa. le es muy agradable el celo que tiene V. Exa. por el aumento y conservación de su real erario, pero que la piedad de S. M. juzga y encarga a V. Exa. no se detenga en gastos tocante a misiones, a iglesias y doctrinas, porque todo es necesario para satisfacer la conciencia y obligación de S. M. de preferir esos gastos a cualesquiera otros, como se lo tiene S. M. encargado a V. Exa. en carta particular firmada de su real mano, en que dice a V. Exa. que más servicio hará a S. M. en adelantar la conservación de las almas, en evitar escándalos y administrar justicia, que en enviarle todos los tesoros de las Indias.”

Esta carta explica cómo pudo el gobierno español conservar la paz en México durante tres siglos, pues por muchos que hayan sido los abusos cometidos por encomendados y potentados de la colonia, siempre se hallaba por encima de ellos una voluntad bien dispuesta a administrar justicia y a hacer el bien.

¡El que emprenda la labor de revisar la historia de México, de escribirla sin prejuicios y sirviéndose de documentos auténticos, prestará a nuestro país el más eminente servicio!

Si el rey de España fué tan empeñoso por el bien de los indios y el de Inglaterra tan por completo destituido

de sentimientos de piedad para ellos; si mientras en Nueva España se conservaban sus propiedades y se establecían misiones para su cultura y en las colonias inglesas por lo general se le despojaba y mataba, natural es preguntar por qué fué el gobierno de las colonias españolas tratado de inhumano y cruel, en tanto que un complaciente silencio rodea la historia de colonización inglesa en Norte América.

La contestación a esta pregunta es bien sencilla.

Sabido fué por todos los españoles que la reina Isabei castigó a Colón por los malos tratamientos que dió a los indios; que esa reina sin cesar estuvo recomendando la mayor caridad para con sus nuevos súbditos, y que nada le era más grato que indicarle los males que sufrían y los remedios posibles; hasta en su testamento dejó recomendado a sus sucesores que cuidaran celosamente por el bien de aquellas gentes y procuraran por medio de la benignidad atraerlos a la cultura cristiana. No hay que olvidar la preponderancia de las ideas religiosas entre los españoles de aquella época, y la natural influencia que ellas tuvieron tanto en Isabel la Católica como en sus sucesores, que creyeron que Dios les había encomendado especialmente la cristianización de los indios y que sólo de ese modo podían compensar el beneficio de los dominios de América. De allí que toda persona que los informaba de la situación de los naturales y de los malos tratamientos que sufrían de parte de las autoridades o de los españoles en general, era escuchada con particular complacencia y considerada como un gran auxiliar para la satisfacción de una necesidad de conciencia, tal como aparece en la Real orden de Fernando VI al virrey Revillagigedo, que he transcrito.

Esto creó un especial estímulo para cierta clase de personas que conquistaron autoridad y renombre denunciando

crueidades y exagerándolas, pues mientras más abultadas aparecieran, más excitaban los escrúpulos del monarca y más influencia podían aquellos adquirir.

De este modo se explica un fenómeno muy interesante y sugestivo: que en aquella época tan distante de la revolución francesa, que reconoció, aunque en la práctica jamás aceptó, el principio de la libertad del pensamiento, no se llegó a dar un solo caso de que el rey de España persiguiera a nadie, y sí el de que premiara a algunos por la libertad en criticar la administración de las colonias.

Prominente entre estos críticos fué el célebre las Casas, el cual obtuvo en recompensa el título de Defensor de los Indios. Sus críticas constantes a lo que hacían los demás, hicieron que se le pidiera un plan para colonizar según las ideas que él emitía, y él, creyendo de buena fe en sus aptitudes de estadista, planeó a su antojo una colonia modelo en la que toda la obra de conquista y civilización había de ser producto del amor. El rey de España le dió gusto en todo, hasta en los títulos de nobleza que pidió para los obreros que iban a formar el núcleo de la nueva colonia. Esta se fundó, en efecto, en Cumaná, y el desastre fué ruidoso; la suerte de los infelices colonos que tuvieron fe en las Casas fué tan terrible, que el buen fraile quedó corrido y silencioso por algún tiempo; pero el rey de España, para darle nuevos impulsos, le nombró obispo de Chiapas. Alentado otra vez con esta distinción, se entregó a nuevos y terribles ataques contra los encomenderos, y obtuvo se dictaran enérgicas medidas contra ellos en las disposiciones que fueron llamadas Nuevas leyes, las cuales produjeron terribles calamidades y crímenes en el Perú muy semejantes a las que en el sur de los Estados Unidos produjeron las leyes del congreso americano después de la guerra separatista. En Nueva España, esas calamidades

pudieron evitarse por la prudencia y sabiduría del virrey Mendoza.

Los escritos de las Casas, sosteniendo sin base positiva la disminución de la población indígena por la crueldad, fueron después un arma terrible en poder de los ingleses, que por razones políticas y religiosas eran enemigos de España; ellos aceptaron como verdad evidente todo lo asentado por el obispo de Chiapas y lo presentaban como tal al mundo, pues que a fuer de español y de católico ese testimonio no podía recusarse, en contra de España y del catolicismo. ¡Qué lejos estaba el monarca español de suponer que su avidez por conocer y remediar la situación de los indios, la filantropía con que estimulaba a los delatores de abusos, habían de servir de base para fundar su reputación de crueldad y el desprestigio de España!

Sin embargo, ante el criterio del hombre imparcial y ca- paz de juzgar por sí mismo las críticas de las Casas y otros entusiastas de la causa de los indios, encontrando siempre premio o al menos liberal tolerancia de parte del rey de España, serán para éste un elogio; y la desaparición de los indios en las colonias inglesas en medio del más profundo silencio de los escritores y de la más absoluta indiferencia de parte del rey de Inglaterra, serán para él el más terrible cargo, y a la vez el imparcial sociólogo comprenderá por qué España, en medio de su transitoria postración presente, abriga por su pasado ese orgullo, inexplicable para muchos, que solamente han leído su historia en los libros escritos por sus enemigos.

## VII

### EL FALSO LIBERALISMO ARRUINANDO AL INDIO

LA guerra de independencia de México no fué más que el principio de una lucha que aún no acaba. La causa de esa lucha tan prolongada puede resumirse en pocas palabras: un conjunto de factores especialísimos hizo de la Nueva España un cuerpo social de organización totalmente diversa a la sociedad francesa, inglesa o angloamericana. Un grupo, que era insignificante minoría, formaba una nación, en el sentido occidental y europeo de esta palabra; una masa enorme de pobladores era incapaz de entender las ideas modernas de una sociedad culta. La vida política tenía así grandísimas dificultades, que requerían para allanarse conocimientos concretos de los fenómenos sociales mexicanos y suficiente flexibilidad en las leyes para adaptarlas a las condiciones variadísimas de cada localidad y al carácter de cada tribu indígena. Los hombres de ciencia en México han tomado siempre su saber de libros europeos o de cultura europea, y aceptan con facilidad las ideas en ellos vertidas, porque ellos mismos han recibido ya el molde europeo de la mentalidad; ven que los problemas sociales de Francia y Estados Unidos se han resuelto de determinada manera, y la trasladan a México, sin pensar que lo que allá es consecuencia de las condiciones sociales, aquí no lo es. El partido del progreso, como se ha llamado en México al grupo de los hombres liberales, ha estado compuesto de individuos saturados de lecturas



européas, salvo pocas excepciones de la primera época de México independiente. Francia, con su historia dramática, y los Estados Unidos con su rápido y asombroso progreso, han herido fuertemente su atención, y han querido reproducir la primera y realizar el segundo: dos cosas incompatibles; y siempre han olvidado el dato propio, han ignorado, u obrado como si ignoraran, que una sociedad puede considerarse organismo natural, con órganos y funciones especiales; que la labor del estadista debe de consistir en el estudio de ese organismo y esas funciones y en la preparación de una nueva vida por el sano funcionamiento de toda la economía. La admiración por lo extranjero que los libros nos pintan ha traído el desprecio de lo propio, al extremo que no queremos siquiera que se nos haga su defensa y se nos dé a comprender cómo puede lo propio llegar a ser un bien mayor quizá que lo extraño. De ese desprecio, que hay en el fondo de toda obra que niega el procedimiento evolutivo, hacia lo que es nacional, han surgido los métodos quirúrgicos y sangrientos empleados como la gran panacea por la mayoría de los progresistas. En lugar de procurar modificar y perfeccionar, procuran destruir; y como esto es una labor muy sencilla—acabar de una plumada con lo que los siglos elaboraron—, y como también es una demostración de gran poder, que tienta a los políticos, en México se ha destruido, y destruido sin compasión alguna, sin cuidarse nunca de estudiar primero si lo que se destruye es bueno o malo y si puede reemplazarse con algo más perfecto. Es el procedimiento quirúrgico el que ha tenido y sigue teniendo a México postrado en el dolor, exangüe y epiléptico.

Hemos visto cómo una parte considerable de las misiones fué suprimida por el gobierno virreinal; sin embargo, todas las misiones que no estaban al cuidado de los je-

suitas se conservaron en México después de la independencia, y no fué sino a causa de la total supresión de las órdenes monásticas y demás disposiciones de las leyes de Reforma, que desapareció el resto de esas misiones sin que el gobierno hubiera dado un paso para conservar el escaso beneficio que ellas producían.

Desde entonces los indios quedaron completamente abandonados a sí mismos; se les dividió la propiedad del pueblo, que antes era comunal, sin proveer a ayudarlos con crédito o animales de tiro o de cría, ni con instrucción, y, lo que es peor que todo eso, se les dejó completa y absolutamente olvidados en su educación moral.

Los planes concebidos o aprendidos de memoria en los libros europeos no hablaban de misiones, no hablaban de indios, no hablaban de nada que se pareciera a ese conjunto especial que formaba la sociedad mexicana, y se formó un plan, bueno tal vez, o al menos tolerable, para el caso de que en México no hubiera habido ni un indio, para el caso de que, como se había hecho en los Estados Unidos, se hubiera matado a los indios; pero, para México, olvidar que existe una masa enorme, la mayoría de la población, compuesta de indios, y que éstos necesitaban un cuidado especialísimo que no cabe dentro de las generalizaciones de una constitución chapada en la ideal división de los tres poderes, sería un crimen de lesa nación, si no fuera exclusivamente producto de la ignorancia, de la más completa ignorancia de todo lo que es mexicano.

Los Estados Unidos, para elevar al indio han tenido necesidad de quitarle la libertad de disponer de sus bienes, y sólo de ese modo consiguen preservarlo de la miseria e irle formando deseos de una vida más confortable. Las leyes de Reforma dieron en México al indio la libre disposición de su tierra, y ellas son las causantes de su actual

y absoluta miseria. Por identificarse los actuales revolucionarios con los demagogos pasados, han dicho que la miseria del indio procede de las concesiones de terrenos baldíos hechas por el general Díaz. Puede ser que en algunos casos esas concesiones hayan comprendido terrenos de propiedad de los indios; pero los despojos de que se habla, aun suponiéndolos todos ciertos, no forman un número capaz de demostrar que ellos fueron la regla constitutiva de la actual propiedad. En el estado de Guanajuato, que es donde yo puedo juzgar por propio conocimiento, no hubo un solo despojo, de que yo haya sabido; y, sin embargo, allí desapareció la pequeña propiedad del indio y quedaron en la miseria infinidad de familias, debido únicamente a que las leyes de Reforma dieron al indio una facultad de la que no supo hacer uso conveniente, y en muy poco tiempo la tierra, a través del agiotista, llegó a manos de algún gran terrateniente, no por robo de éste, sino por improvidencia de la ley, como sucede en los Estados Unidos cuando se deja al indio en libertad para disponer de su tierra.

En la ciudad de León existía un hospital sostenido con las rentas de propiedades rústicas y urbanas, siendo el ayuntamiento el que ejercía el patronato de la obra. Por virtud de las leyes de Reforma se vendieron todas las fincas rústicas y urbanas dedicadas a esa fundación, un gobernador se echó sobre el fondo convertido en numerario, con uno u otro pretexto, y el hospital de León figuró en adelante entre los ramos de presupuesto de egresos del estado, en el cual se asignaba a cada enfermo allí asilado una dotación diaria de ¡seis centavos!

Los Estados Unidos, para proporcionar a los indios de cada tribu el lote que les corresponde, tienen que determinar quiénes son los herederos de los primitivos posee-

dores; para determinar las herencias y la justificación del parentesco, admiten toda clase de pruebas y reconocen como válidos los matrimonios, aun cuando hayan sido celebrados según los usos de la barbarie antigua; proceden a investigar el hecho mismo del matrimonio, no el cumplimiento de determinadas ritualidades, y de este modo todos sienten que se procede con justicia. En México, las leyes de Reforma establecieron formalidades especiales, ritualidades complicadas para los hombres totalmente ignorantes, para muchos desusadas y para otros repugnantes a sus creencias; y como de hecho el matrimonio así no se ha llegado a popularizar, ni se cumple con el requisito del registro para los nacimientos, habiendo, además, la prohibición de probar la paternidad por otros medios, infinidad de hijos han sido privados de la herencia de sus padres e infinidad de familias de la clase pobre han quedado en la última miseria por virtud de las leyes de Reforma, siendo esto una de las causas de la desaparición de la pequeña propiedad.

Hemos visto que la oficina de los indios en Washington tiene en cada reservación un inspector que estudia a cada indio individualmente, y que según lo que ese indio revela le otorga certificado de capacidad que le permite tratar sobre parte de sus bienes. ¡Figúrese el que pueda la grito que armaría en México la demagogía si tal cosa se hiciera allí! ¡Figúrese quien pueda cómo habrían ridiculizado esa medida los periódicos anloamericanos! Y, sin embargo, aquí, en los Estados Unidos, se hace; y es mediante ese estudio cuidadoso que los indios pueden contar ahora con un capital de cuatrocientos sesenta y dos millones de dólares, sin que esta cifra incluya el capital de las comunidades subsistentes. Y es esa medida la que los indios de Nuevo México vienen a mendigar a Washington que se

les aplique, mientras una generación nueva y más ilustrada puede administrar juiciosamente sus bienes.

Hemos visto que la oficina de los indios en Wáshington conoce de las reclamaciones que se hacen contra los indios por cualquier falta de cumplimiento de un contrato o cualquiera responsabilidad, y que, en caso de que la demanda sea justa, obliga al responsable a pagar con el fondo que tiene y del cual no puede disponer sino con ciertos requisitos. De esa manera el indio adquiere el sentimiento del deber y se enseña a cumplir con sus compromisos. En México es imposible exigir una obligación a un indio, porque cuanto dinero tiene lo malgasta: de allí ha procedido el abuso de que tanto se habló en la época del general Díaz como procedimiento reinante en algún estado, de compeler al indio al trabajo; pero en lo general nuestras leyes no proveen una sola palabra para desarrollar en el indio el sentimiento de la obligación ni el cumplimiento de la palabra: el acreedor se encuentra desarmado y la ley proporciona invulnerable escudo para el fraude. De ese modo, en toda la extensión de la república se ha formado una terrible escuela: la del peón que trata de defraudar el dinero que se le presta, y la del propietario que acude a todos los subterfugios ilegales y a todas las malas influencias para hacerse pagar, y quien una vez que ha adquirido la influencia extralegal, también abusa de ella. Pero nadie puede negar que un mal es sólo compensación o por lo menos hijo del otro, y que ambos proceden de la improvidencia legal, de la obra legislativa de la época y del espíritu de los reformadores, que si es muy malo que el agricultor algunas veces acuda a procedimientos ilegales, es muy malo también que la ley invite al indio a no cumplir sus compromisos y corrompa su moral.

La oficina de los indios en Wáshington restringe la li-

bertad de los indios, porque no les permite el tráfico de alcoholes ni les consiente la fabricación de los mismos. Jamás en México se ha tomado una medida semejante. Lejos de eso, las fábricas de alcohol constituyen uno de los más lucrativos negocios, consumiendo una gran parte del maíz que el pueblo necesita para su alimentación.

La experiencia política hecha con los indios en el territorio que llevó su nombre fué tan concluyente, que en nombre de la civilización hubo que reducir a los indios a las condiciones en que hoy se hallan, de completa subordinación. En México todos están convencidos de que no existirá buen gobierno, ni forma democrática, ni justicia, ni honradez, mientras se conceda derecho de votar a los indios que no sepan leer y escribir, que forman allá la inmensa mayoría; pero hasta ahora todos los partidos han proclamado la universalidad del voto, porque unos con la fuerza del gobierno, otros con la de las supersticiones, todos quieren disponer de esa masa, aun cuando los principios perezcan, y con la verdad vayan a un abismo la democracia posible, la justicia y la patria.

Mr. Chalmers F. Lummis, una de las más grandes autoridades en la historia de América, ha dicho: "No hay lectura más útil que la de las leyes de España con relación a los indios; ellas contienen la política indiana más elevada, más noble y mejor organizada que ha concebido jamás el hombre."

En México, el espíritu de imprudente y loca reforma ha hecho tabla rasa de esa maravilla, y con ello todos los intereses sociales fueron lastimados, sin que quedara un miembro que no sangrase.

Ahora podemos explicar el bien y el mal de la obra del general Díaz. Había hecho los estudios de abogado y después había recorrido el país y conocido el pueblo en todas

sus esferas. Cuando llegó al gobierno aprovechó de su saber práctico, y apreciando las fuerzas que obraban en la sociedad se dió a conciliarlas. Así hizo la paz, que no conocieron ni Juárez ni Lerdo. Una nueva sociedad surgió a la sombra de esa paz, y ni el general Díaz ni los suyos supieron comprenderla. El espíritu de conciliación subsistió, pero desnaturalizado; en lugar de intereses sociales, que ya no se conocían, sólo se conciliaron en lo sucesivo los privados del grupo que rodeaba al gobernante, y la injusticia se entronizó por todas partes.

La razón fundamental del mal no fué más que una: la conciliación no fué legal.

Leyes intransigentes, pero que no podían modificarse porque eran el orgullo de los liberales, hacían que el general Díaz pudiera, con beneplácito social y sin levantar la grito de los mismos liberales, hacer concesiones y otorgar disimulos a título de favor, y dejando siempre viva la amenaza de dejar que la ley se cumpliera. Así, el gobierno se convirtió en un sistema de favores recíprocos, supuesto que el derecho no encarnaba en una ley que permitiera invocarlo a la luz del día y con la fuerza de la justicia. Había que buscarlo en las antesalas y que dar en cambio de la complicidad del gobierno alguna otra complicidad. Un sistema de favores recíprocos comenzó así entre los intereses legítimos y el gobierno; pero luego, una vez que el sistema echó raíces, se extendió a todas las esferas de la actividad. Una complicidad estrecha se creó entre el general Díaz y los gobernadores de los estados, entre los gobernadores y los jefes políticos y entre éstos y los más humildes empleados, constituyéndose así una máquina administrativa en la que el fraude electoral fué el cimiento de todas las otras prevaricaciones.

Nadie consentía entre los liberales que se modificaran

las leyes de Reforma, y todos asistían pasivamente al espectáculo de su violación.

Yo siempre he creído que mientras una ley exista debe de ser religiosamente cumplida. La ley es santa para todos; sólo el legislador tiene el derecho de tocarla.

Pero es en nombre de la santidad de las leyes que debe pedirse que ellas sean siempre la consecuencia necesaria que se deriva de la naturaleza de las cosas.

El proceso es evidente; leyes intransigentes, que lastimaban a una gran parte de la sociedad, dieron poder extraordinario a un hombre que supo violarlas con beneplácito social, y de ese modo creó la paz; después, el desprecio de las leyes, el hábito de la dictadura y el desconocimiento de la nueva sociedad, hizo de la política de conciliación una perpetua injusticia.

La conciliación, que es la forma más noble y elevada de la política, debe estar reservada al legislador, jamás al ejecutivo.

La inversión de esta fórmula produjo una paz momentánea y la decadencia final.

Para levantarnos de nuevo es indispensable abordar la ley y las leyes de Reforma deben ser atacadas, no en nombre del retroceso y del obscurantismo: en nombre de la humanidad y de la civilización, en nombre de la verdad y del progreso. Se ha dicho que el partido conservador en México quería hacer retroceder a la sociedad al siglo XVII. Sería eso inadmisible; pero es más inadmisible aún la obra que ha hecho retroceder a la inmensa mayoría de los habitantes de México a la época salvaje de los sacrificios humanos; a una época anterior aún a la de los monarcas aztecas, que al menos tenían tribunales y leyes.



## VIII

### ALGUNAS IDEAS PARA RESOLVER EL PROBLEMA

No habremos conseguido nada con derogar las leyes de Reforma, en lo que han demostrado tener de inconsistentes con una labor de civilización, si no tenemos desde antes un plan definido para ésta.

Es imposible que nos contentemos con volver a las condiciones del siglo XVIII. El trabajo de los misioneros religiosos, como iniciador de la cultura, es aceptado por todos los pueblos que van al frente de la civilización; pero no es sólo eso lo que debe hacerse en favor del indio para que pueda hacer buen uso de sus derechos y cumplir con las obligaciones que la misma civilización le impone. Por una parte, debe cuidarse de que la propaganda religiosa no lleve al indio a los extremos lamentables de la intolerancia y la superstición, y por otra nutrirlo con una educación cívica y con la debida preparación para los negocios de donde ha de sacar su subsistencia y su independencia real; además hay que proveerlo de lo indispensable para iniciar la lucha económica con algunas probabilidades de triunfo.

Tenemos que estudiar el problema más atentamente que los Estados Unidos, porque es mucho más delicado el caso en México, supuesto lo crecido de su población indígena y los pocos recursos pecuniarios con que cuenta.

Hemos visto que los Estados Unidos, gastando muchos

millones de pesos para elevar al indio, no han conseguido, después de treinta y siete años de trabajo, que sepan leer y escribir más que unos sesenta mil, de los trescientos mil indios que quedan en este país, y que aún necesitan los inspectores de la oficina de los negocios de los indios recogerles el dinero que ganan y vigilarlos en todos los detalles de su vida como a menores de edad.

Para nosotros es imposible gastar tanto dinero, y sería un fracaso evidente llegar a ese resultado a la vuelta de un número igual de años. Necesitamos, pues, algo más. No podemos desperdiciar las fuerzas sociales, entre las cuales se encuentra los sentimientos piadosos de nuestra población.

Al darse una solución legal y de acuerdo con los intereses nacionales al problema agrario, debe tenerse a la vista la necesidad de crear un fondo en cada localidad para la enseñanza de las clases trabajadoras. Hasta hoy hemos cometido el error, que lamentamos con lágrimas de sangre, de creer que podía progresar el país sin que progresara la inteligencia y la moral de su pueblo. Hemos creído que podíamos tener bancos, ferrocarriles y monumentos sin fomentar los sentimientos de sociabilidad, que por medio de la cultura hacen al hombre sentirse solidario con todos los esfuerzos en pro de la cultura de su país, y hemos visto sin aprensiones desarrollarse por todas partes la industria de las bebidas alcohólicas, que nunca acababan de satisfacer la demanda de la prostitución de nuestro pueblo, y no es sino hasta ahora que podemos ver que sin la debida armonía con el elemento intelectual y moral del hombre, los bancos o han sido saqueados u obligados a suspender sus operaciones, y los ferrocarriles, donde no están hechos pedazos por la dinamita, sólo acarrean elementos de destrucción y de muerte.

No se puede resolver el problema de la riqueza sin resolver armónica y proporcionalmente el problema de la educación; por eso yo veo un vínculo profundo entre el fraccionamiento de la propiedad territorial, que debe poner en movimiento y aumentar, por consiguiente, nuestra riqueza, y la fundación de escuelas abundantes para el pueblo.

Considero como un gran mal para México volver al indio la propiedad comunal. No debemos esperar a que con toda lentitud se le desarrollen los impulsos que pueden acelerar su elevación. Es preferible dejar que los menos aptos pierdan en la lucha, a retardar todo el movimiento civilizador del país. Para eso convendrá asignar desde luego un lote al indio que quiera trabajar en la agricultura; mas no debe regalársele, para no fomentar en él los hábitos que proceden del sentimiento de irresponsabilidad, sino que debe proporcionársele términos muy liberales para el pago; pero si en un plazo razonable, para juzgar de sus reales inclinaciones y energías, no da señales de formalidad para el pago, debe perder la propiedad, pues de otro modo es muy difícil que salga de su congénita indolencia.

No debe perderse de vista el dato que proporciona la experiencia de los emigrantes mexicanos a los Estados Unidos, en donde los otros trabajadores italianos, españoles, turcos, griegos, etc., suelen adquirir terrenos para cultivarlos, gracias a las facilidades que para ello encuentran; pero los mexicanos, aun cuando se radiquen permanentemente, nunca compran terreno. (Department of Commerce and Labor, Bulletin of the Bureau of Labor, número 78, pág. 485.) Este es un hecho que comprueba nuestro modo especial de ver el problema agrario en México, considerando que la dificultad que presenta no procede de la sed de propiedad territorial de parte de la población indí-

gena, sino que, por el contrario, hay que crear en ella el deseo, extraño a su raza y a su historia, de la propiedad individual.

Nosotros tenemos en México la ventaja incalculable para la educación del indio de que nuestra población blanca, desde la época del gobierno español se manifiesta enteramente dispuesta a aceptar al indio, cuando es culto, sobre un pie de perfecta igualdad, sin hacerle sentir superioridad ninguna de raza. Yo he sido testigo del respeto y admiración que la sociedad toda de México profesaba por D. Ignacio Altamirano, y de cómo los jóvenes de la mejor sociedad se sentían orgullosos de poder llamar maestro a aquel indio.

Las dificultades para México no procederán ni de la falta de inteligencia del indio, pues sobre este punto no ha manifestado allí inferioridad ninguna, ni del medio social; pero pueden venir, y han venido siempre, de su carácter apático, de su imprevisión exasperante, del desprecio por los refinamientos de la cultura y de la general y fatal inclinación al uso de las bebidas embriagantes. Vemos aparecer estos mismos inconvenientes del carácter del indio a través de las distancias y del tiempo, expuestos por los escritores más imparciales de todos los países que han estado en contacto con los aborígenes de América. Esos defectos destructores de la raza no desaparecen con la instrucción sola; ésta más bien pone a los individuos en posesión de los instrumentos de la cultura para volverlos en contra de ella, como se veía en la ciudad de México, donde la criminalidad aumentaba con el número de las escuelas.

El trabajo armónico de cultura debe provocarse en unión con el ejemplo constante y en escala suficientemente grande, que proporcione la demostración del resultado benéfico de una conducta más elevada; y esto no puede con-

seguirse sino por medio de una colonización europea paciente e inteligentemente realizada.

Voy a explicar mi idea con un hecho concreto.

Los obreros mexicanos en los Estados Unidos permanecen extraños a la civilización angloamericana, conservando los rasgos fundamentales de su carácter, y sobre todo la indiferencia por esa civilización, que parece no afectarlos sino con una curiosidad pasajera.

Sin embargo, el siguiente caso es muy sugestivo:

Antes de que se construyeran los ferrocarriles que conectan el Este con el Oeste de los Estados Unidos, existía ya una población llamada las Vegas en Nuevo México, habitada exclusivamente por mexicanos que habían conservado inalterables su carácter, su idioma y sus costumbres desde 1847. Después de la construcción de esos ferrocarriles, se estableció un grupo de familias americanas a corta distancia del pueblo mexicano, y más tarde los dos pueblos se "incorporaron" en una ciudad, es decir, se constituyeron como corporación civil, de acuerdo con las leyes del Estado. Pero esto no agradó a los mexicanos, acostumbrados a menos exigencias de las que tiene la vida política de una ciudad angloamericana, y renuentes a imponerse contribuciones para el bien común; de suerte que, debido a sus trabajos, la parte mexicana fué "desincorporada" y siguieron sus habitantes viviendo como antes, sin que nadie los apremiara. La población angloamericana progresó separadamente, construyó edificios y estableció un excelente sistema de escuelas públicas, alojadas en casas magníficas. Pasados algunos años, la población mexicana, que presentaba un tristísimo contraste con su vecina, se sintió avergonzada, se "incorporó" nuevamente por separado, y ahora sigue el ejemplo de la otra en edificios públicos y escuelas, decreta contribuciones para la instruc-

ción más pesadas que las de muchos pueblos del Este, ha emitido bonos y erigido muy buenos edificios escolares.

Este hecho no se encuentra aislado; a la apatía que caracteriza a nuestros trabajadores en México para mandar a sus hijos a la escuela, le sucede un decidido empeño por la instrucción entre ellos en San Antonio Texas, en donde los niños mexicanos se distinguen en las escuelas públicas por su buen comportamiento e inteligencia y hasta pierden el temor supersticioso que sienten en nuestro país por el agua.

De aquí podemos sacar una enseñanza muy útil: esa vanidad del carácter de nuestro pueblo, que por tal de que se crea que va a la cabeza del mundo, es capaz de las imitaciones más ridículas de cosas y doctrinas extrañas, hasta hacerse un peligro para la vida de los habitantes pacíficos, es, cuando se halla bien encauzada, una fuerza de gran utilidad para el progreso; todo estriba en presentarle un saludable ejemplo que imitar.

Sólo la colonización puede proporcionarnos los elementos para esta solución y conseguir la cultura de nuestro bajo pueblo de una manera que reúne las ventajas de ser relativamente rápida, y que en lugar de ser costosa, acrecerá nuestra riqueza.

Por supuesto que la colonización no podrá llevarse a cabo sobre la base que alguna vez se intentó, de que el colono europeo venga a competir en jornales con el trabajador mexicano; eso es imposible. La colonización tiene forzosamente que hacerse en combinación con el fraccionamiento de la propiedad, mezclando inteligentemente el elemento nativo y el extranjero.

Esa colonización tendrá que comenzarse por los lugares de fácil vía de comunicación para la venta de los productos. Los que se han ocupado hasta hoy en el problema

agrario no han tenido en consideración, según parece, que, suponiendo que la tierra se divida, la producción tendría que aumentar considerablemente, según sus ideas, y los productos de la agricultura intensa derramarse en los mercados con gran abundancia; pero, dado el escasísimo consumo a que estamos, y estaremos todavía por mucho tiempo acostumbrados, hay que saber qué se hace con esa particular producción. No puede, por lo mismo, hacerse colonización fructuosa con naturales o con extranjeros, más que sobre las vías de comunicación, y urge asimismo acelerar la conclusión de las vías troncales y fomentar el establecimiento de ferrocarriles secundarios que hagan posible el comercio activo que la colonización requiere.

Ahora podremos darnos exacta cuenta de cuán enemiga es del progreso del indio y del bien de la patria la revolución que impide realizar esas obras, y las retardará por un tiempo tanto más largo cuanto más dure la actual orgía de sangre y de desorden que hace impracticable la reforma del hombre, a la que nadie atiende en medio de tantos proyectos descabellados de reformas de las instituciones y reparticiones de tierra. Es la reforma del hombre la única trascendental para México.

¡Con cuánta razón se ha dicho que sólo en tiempo de perfecta calma se pueden llevar a cabo las reformas benéficas para la sociedad!

# DATOS HISTORICOS SOBRE LA PROPIEDAD TERRITORIAL EN MEXICO

## I

### LAS MENTIRAS DE MÉXICO INVADIENDO EL EXTRANJERO

**H**AY un punto sobre el cual se ha llamado fuertemente la atención de las personas que se interesan en la gravísima situación de México: es el del llamado *problema agrario*.

Ciertamente existe en México un difficilísimo problema agrario, pero maliciosamente se ha desnaturalizado su carácter real y maliciosamente también se han sugerido conclusiones que no conducen a más resultado que a los males que estamos presenciando y que son el escándalo del mundo entero.

Esa cuestión agraria ha sido el punto donde se han concentrado las más cínicas falsedades, exparcidas antes sólo en México para excitar allí las pasiones de un pueblo ignorante, y ahora en los Estados Unidos y aun en Europa, para justificar y aun procurar hacer simpáticos el escandaloso despojo de las propiedades raíces, y aun el robo de los bienes muebles, ya pertenezcan a ricos o a pobres.

No es nuevo el procedimiento para excitar a las masas; ya en 1828 D. Lorenzo de Zavala, que después traicionó a su patria, despojaba a la familia Cervantes de ricas pro-



piudades para entregárselas a los indios, y ganar entre ellos una popularidad que su falta de cualidades morales no le podían proporcionar entre personas razonables. El gobernador Arizcorreta excitaba a las muchedumbres para que se echaran sobre los ricos, en una circular de 18 de julio de 1849, y D. Juan Alvarez, en su "Manifiesto a los pueblos cultos de Europa y América", calificaba de bandidos a los propietarios.

Se parte de la base de que la propiedad de toda la tierra en México pertenecía a los indios antes de la conquista, y que los españoles arrebataron esa propiedad; que después Juárez se las devolvió, y que, finalmente, el general Díaz se las quitó de nuevo para repartirla entre sus amigos.

Hay quien, partiendo del supuesto de que el público ang'oamericano es completamente ignorante de lo que ha pasado en México, y es tan estúpido que no puede usar de su criterio natural para distinguir lo verdadero de lo falso, ha publicado un libro, en inglés nada más (su autor parece haber temido que entre los que hablan la lengua española su libro no tuviera buena acogida), en el que dice, entre otras cosas, que en la época de Juárez se dió una ley que previene que nadie tiene derecho de poseer más tierra que la que puede cultivar con su trabajo personal: por supuesto que no dice siquiera la fecha de esa ley: que Juárez la llevó a puro y debido efecto y que, mediante ella, fundó en México "la democracia agraria", que llegó a ser el terror de las antiguas monarquías de Europa y de los capitalistas angloamericanos: que Europa y los Estados Unidos se pusieron de acuerdo para destruir la obra de Juárez mediante la intervención francesa primero, y después mediante las revoluciones acaudilladas por el general Díaz, quien, triunfante al fin, quitó la tierra al pue-

blo y la entregó a los científicos, que no eran más que agentes de Wall Street. La historia fué audazmente preparada, suponiendo en el lector la más completa ignorancia, para hacer del caso de la revolución mexicana un simple detalle de la historia de los Estados Unidos, y de los revolucionarios mexicanos unos abnegados y humildes auxiliares del partido demócrata angloamericano, en su lucha contra los grandes capitalistas y los *trust*. Lo peor es que, si no todos, por lo menos una buena parte de estos desatinos han sido aceptados y corren en este país como verdades, aun entre personas de mediana cultura y de la mayor buena fe.

Parte de la responsabilidad corresponde a los propietarios mexicanos, que sabiendo el verdadero origen de su derecho creen que todos están en la obligación de conocerlo, o suponen que falsedades tan gordas no valen la pena de ser refutadas. Error gravísimo éste, pues fácil sería demostrar que esas falsedades han encontrado eco en las esferas del gobierno de los Estados Unidos, y que ellas han causado la inmensa desgracia que hoy pesa sobre el pueblo mexicano.

La verdad, como vamos a ver, es que ni los españoles despojaron a los indios de sus propiedades, ni Juárez se cuidó de dividir las grandes propiedades entre los indios, ni ha existido la supuesta ley de que nadie tiene derecho de poseer más tierra que la que puede cultivar personalmente, sino, por el contrario, el respeto al derecho de propiedad sin condición ninguna figura entre las garantías expresamente otorgadas por la constitución, ni finalmente el general Díaz despojó a los indios de sus tierras para darlas a los "científicos", como tampoco es cierto que en su época se haya concentrado la propiedad por despojos, sino, antes bien, un principio de transformación evolutiva

de la propiedad producía una marcada tendencia a la subdivisión, cuando errores en la política bancaria, primero, y después la revolución, impidieron que continuara ese movimiento (1).

No quiero decir con esto que en la época de la dominación española o en la del general Díaz, no haya habido un solo caso de despojo, pues creo que no hay sociedad humana en que no se hayan visto violaciones al derecho de propiedad, ni son los Estados Unidos los que pueden en esto lanzar la primera piedra y proclamar el principio de que la tierra debe devolverse a los indios; sostengo que esos despojos en México nunca han constituido un sistema que afe te a la propiedad en general, y creo además que con las constancias de los archivos judiciales de México puede demostrarse que es mayor el número de despojos cometidos por los indios en las haciendas que las

---

(1) Los demagogos de los Estados Unidos y de México han presentado frecuentemente, como un ejemplo de la influencia funesta de la política del general Díaz de concentrar la propiedad de la tierra en las manos de sus amigos, la gran hacienda del general D. Luis Terrazas en el Estado de Chihuahua, la cual cubre una gran porción de dicho Estado. Para saber si el general Díaz dió al general Terrazas toda o una parte de esa gran hacienda pedí a este último una relación de la manera como había adquirido esa propiedad. Él tuvo la bondad de dármela con los detalles necesarios que son de lo más sugestivo:

D. Pablo Martínez del Río era un gran terrateniente en el Estado de Chihuahua, y Juárez confiscó su propiedad porque del Río había sido partidario del imperio de Maximiliano en México. Naturalmente se creará que Juárez aprovecharía esa confiscación para subdividir aquella enorme finca entre los indios y clases pobres de Chihuahua; pero no fué así, la vendió a D. Enrique Muller, un ciudadano americano, del cual el general Terrazas compró una parte a los herederos de Muller en 1867, y en 1905 adquirió el resto de los herederos del mismo Martínez del Río.

El principio de la propiedad del general Terrazas, fué la adquisición en 1867, durante el gobierno de Juárez, de la hacienda Agua Nueva. Todos los terrenos que formaron después la gran propiedad del general Terrazas pertenecían a particulares hacia más de un siglo.

La lista de esas diferentes adquisiciones es como sigue:

1. Hacienda de Agua Nueva, comprada a los herederos de D. Estanislao Porras, 1867.
2. Parte de la hacienda de Encinillas, comprada a D. Enrique Muller en 1868.

de los blancos en las propiedades de los indios, pues aparte de que éstos siempre tienen la idea de que la tierra les perteneció en la antigüedad, no faltan agitadores que, por la cuenta que les tiene, les dicen que son los dueños de alguna porción de terreno perteneciente a determinada hacienda; eso basta para que desde entonces el propietario no tenga descanso en su posesión ni haya autoridad que, ciñéndose dentro de los límites de la ley, sea capaz de hacer respetar su derecho contra la obstinación de todo un pueblo de indígenas, que despliega una perseverancia para el despojo que jamás revela para el cultivo. Ellos ven que el propietario de la tierra disfruta de comodidades y creen que son producto directo de ésta, sin tener en cuenta la laboriosidad, la inteligencia y el capital que entran en la producción de ese bienestar.

Apenas el dueño de la tierra muere, dejando hijos me-

- 
3. Hacienda de San Lorenzo, de D. Juan Bautista Escudero, en 1872.
  4. Hacienda de San Miguel, de D. Jesús Muñoz, en 1882.
  5. Hacienda del Carmen, de la señora Beatriz Jáquez de Asúnsulo y D. Urbano Bermúdez, 1892.
  6. Hacienda de San Felipe, de D. Gregorio Baqué, ciudadano francés, en 1893.
  7. Hacienda de La Labor de Trias, de D. Angel Trias, en 1895.
  8. Otra parte de la hacienda de Encinillas, de los herederos de D. Enrique Muller, en 1897.
  9. Hacienda de La Nariz, del Banco de Londres y Mexico, en 1897.
  10. Hacienda del Torreón, de D. Jesús Corral, en 1898.
  11. Hacienda de Hornigas, de los Bancos de Londres y México y Nacional de México, en 1900.
  12. Terrenos de San Pedro y Carboneras de la Compañía deslindadora "José Valenzuela y Socios", en 1900.
  13. Hacienda de San Diego, de los herederos de D. Domingo Leguizamón, ciudadano francés, en 1901.
  14. Otra parte de la hacienda de Encinillas, de los herederos de D. Pablo Martínez del Río, en 1905.
  15. Hacienda de San Isidro, de la "Highland Mexican Land and Stock Co. Limited", en 1907.

Así, pues, el general Díaz no tuvo nada que ver con la propiedad del general Terrazas, ni la lista anterior demuestra que de parte de Juárez hubiera habido ningún esfuerzo para subdividir la propiedad territorial; idea que tal vez nunca estuvo en su mente.

nores, o el administrador de la hacienda se descuida de recorrer los linderos donde toca con los pueblos de indios, cuando éstos comienzan su trabajo de invasión, que no hace escándalo, como lo produce el que se lleva a cabo por una persona de influencia política, o que, por medio de ella, y sin las formas legales, se hace justicia por propia mano. En tal caso la grito de los indios es imposible de acallar; pero cuando éstos hacen sus invasiones, el despojo no hace ruido, ellos siempre asumen el papel de víctimas y de desvalidos, de suerte que los tribunales están llenos de reclamaciones hechas por los hacendados sin fruto alguno, pues en época colonial las leyes privilegiaban al indio y lo dotaban con defensores gratuitos que fomentaron en ellos el hábito del litigio, hasta hacerlo proverbial, y cuando, a pesar de todo, el propietario lograba sentencia favorable, la ejecución de la misma era imposible ante la pasiva obstinación del indio. Esta es la realidad que se desprende de las constancias de nuestros archivos judiciales, y que fué consecuencia de esa situación privilegiada en que vivió siempre el indio. Pero como en los Estados Unidos no ha sido así, sino que los indios fueron rechazados sin dificultad durante el período de formación de las colonias, gracias a la incuria del gobierno inglés, se cree fácilmente en el relato de los supuestos despojos ocurridos en México, y esto hace nacer un sentimiento de simpatía hacia los supuestos despojados y un sentimiento de justicia que quisiera prevenir el mal que se asegura se está produciendo, o corregir el que se dice fué hecho en la época del general Díaz (1).

---

(1) Es importante ver como piensan los angloamericanos respecto a la capacidad jurídica de los indios como propietarios de la tierra; es importante porque ellos colocan al indio en la misma condición en que los romanos colocaban a los esclavos, negándoles la capacidad de ser propietarios, exactamente como si fueran seres de especie inferior a la humana. No hay exage-

Sin embargo, conviene llamar la atención acerca de un hecho que puede ilustrar al mismo pueblo angloamericano respecto de sus propios conceptos: El único caso de despojo de que se habló con insistencia en la época del general Díaz y que se consideró como la causa de una guerra larga y desastrosa cuando ya todo el resto del país estaba en paz, fué el del valle del río Yaqui, que antes poseían los indios que llevan ese nombre en el estado de Sonora. No tengo aquí datos para juzgar si hubo realmente ese despojo o no; simplemente me refiero al hecho de que se habló de él con insistencia como uno de los más graves cargos, y en realidad el único concreto que yo oí formular contra el gobierno del general Díaz en esa materia. Hace unos días se supo que algunos americanos, poseedores actuales de esos terrenos o de parte de ellos, eran atacados por una banda de indios yanquis, indudablemente para apoderarse de esas fincas; los americanos se manifestaron resueltos a defender sus bienes y no quisieron

---

ración en esto, ni es idea patrimonio del vulgo, ella era abrigada por uno de los caracteres más nobles, y una de las más grandes personalidades en la historia de los Estados Unidos, y al mismo tiempo la más alta autoridad en materia de ley.

Me refiero al presidente de la Suprema Corte de los Estados Unidos, Mr. Marshall, quien, al referirse al título que los indios tienen para poseer la tierra, dice: "Ellos ocupan un territorio al cual nosotros aseguramos tener derecho independiente de su voluntad, el cual debe tener efecto, en punto a posesión, cuando su derecho de posesión cese. Entre tanto están en estado de pupilage. Sus relaciones con los Estados Unidos, son las de un pupilo a su tutor".

Y Mr. Benjamín Hárrison, ex Presidente de los Estados Unidos, en su libro titulado "This Country of Ours", página 282 (Scribner & Sons, 1915), dice, comentando esas frases de Marshall: "El título de los indios a las tierras de las tribus, ha sido tenido por un mero derecho de ocupación; el indio no es un ciudadano, de acuerdo con la enmienda catorce de la constitución, y no puede naturalizarse, según los preceptos de la ley de naturalización de los Estados Unidos. La propiedad o tenencia de las tierras de la reservación por las tribus o las comunidades, impedía el mejoramiento de la tierra y fomentaba la vida perezosa y vagabunda".

Tal es la idea de los angloamericanos con relación a los indios de su país. ¿Por qué abriga ideas tan distintas con relación a los indios de México?

abandonar la región, e indudablemente hicieron bien, y el gobierno angloamericano mandó unos buques de guerra a Sonora, con orden de tomar todas las medidas conducentes a proteger a los ciudadanos de este país. Tal hecho no fué censurado ni aun por los opositores de este gobierno, ni hubo quien dijera en esa ocasión que era necesario devolver a los peones lo que se les había quitado por los actuales o por anteriores poseedores.

Haciendo a un lado casos aislados de despojo, que no afectan el fondo del sistema de propiedad en México, vamos a entrar a estudiarlo, tal como se desprende de las leyes, del relato de historiadores imparciales y ajenos al presente debate y aun partidarios de los indios, y de los datos de la estadística.

## II

### ÉPOCA ANTERIOR A LA CONQUISTA

CUANDO llegaron a México los conquistadores españoles, los indios tenían una noción del derecho de propiedad distinta de la de sus dominadores, pues en tanto que éstos sacaban sus nociones del derecho quiritaro, concibiendo la propiedad como un derecho a la vez individual y absoluto, los aborígenes de México, que llevaban en aquella época vida sedentaria y agricultora, sólo concebían la propiedad comunal del “pueblo” o agrupación primitiva de pobladores y la del monarca. Su idea se asemejaba más bien a la de los pueblos musulmanes, que consideran al soberano como único propietario y a los súbditos como meros usufructuarios, salvo que el monarca indígena no se consideraba con derecho para modificar el conjunto de condiciones que vinculaban la tierra con el “pueblo”. Este tenía la facultad de distribuir entre sus habitantes la tierra que era de su jurisdicción o dominio, sin transmitir propiedad individual o dominio a sus miembros. Algunas veces, sin embargo, el monarca, para premiar algún servicio prestado por uno de sus súbditos en la guerra o en otras circunstancias, concedía al mismo una extensión de tierra que podía transmitir a sus herederos, siendo este el caso más análogo a la propiedad considerada desde el punto de vista de la civilización española.

La forma en que se ejercía el derecho de propiedad es-



taba íntimamente ligada con las diversas clases de señores que había en el país, al menos en lo que se llamó Imperio mexicano, o sean los dominios en que llegó a gobernar Moctezuma II.

Había tres clases de señores: los de la primera eran los soberanos, llamados "tlatiques", de la palabra "tlatoa", que significa hablar, porque ellos daban la ley y eran señores absolutos.

Los de la segunda clase eran llamados "tecultzin", poseían las tierras que el soberano les asignaba por gracia o por retribución de servicios en la guerra, con facultad de transmitir las por herencia, y además el derecho de que sus habitantes les prestaran servicios personales en sus casas, labraran sus sementeras, cortaran leña, acarrearán el agua, o lo asistieran con sus tributos, no conservando el soberano más derecho que el de obligar a los habitantes al servicio militar. El "tecuthzin" tenía que dar sueldo y ración a sus subordinados, ordenaba y vigilaba los trabajos, no sólo los que se hacían en su beneficio, sino también los de la comunidad, y defendía a sus vasallos.

La tercera clase de señores se llamaba "calpulli" o "chinancalli", que significa jefe de familia o antiguo linaje, y también se llamaba así el lugar en que ejercían su autoridad. Este tercera clase estaba subordinada a los individuos de la segunda. Gozaban los "calpulli" de autoridad en el pueblo o barrio y no poseían propiedad ninguna territorial en él, pues la tierra pertenecía en copropiedad a sus habitantes. A cada uno se le asignaba un pedazo para sí y sus descendientes, pero no lo podía enajenar: si alguna familia se extinguía, el "calpulli" dividía su terreno entre los que lo necesitaban en el pueblo. El que se iba de éste perdía todo derecho a la tierra, pero el que usufructuaba una fracción tenía el derecho de rentarla. Al que no

trabajaba la tierra lo amonestaban para que lo hiciera, a no ser muy anciano; si durante dos años el usufructuario no trabajaba su tierra, se le daba a otro. Las gentes del "calpulli" elegían su señor, y había de ser siempre del mismo linaje, buscando en él al más experimentado y capaz de defenderlas. Era una forma de gobierno basado en el derecho sobre la tierra. El jefe tenía el cuidado de ésta, pintaba los lotes en que estaba dividida con los linderos de cada porción, y entendía sus pinturas como un mapa; en caso de que aumentara la familia de alguno de los miembros del pueblo, cuidaba de darle más tierras. Los vecinos se reunían en la casa del "calpulli" para tratar lo relativo a los intereses comunes; en esto aquél gastaba mucho, pues que durante esas reuniones tenía que darles de comer y beber; era a modo de retribución por la asistencia a un acto de que resultaba algún beneficio a la comunidad.

Los reyes de México y sus aliados los de Texcoco y Tlacopan, en todas las provincias que conquistaban dejaban a los señores de ellas en su señorío y categoría, con todos los derechos que disfrutaban sobre sus tierras, respetando las costumbres y maneras de gobierno, y sólo tomaban de las tierras no ocupadas alguna parte que hacían labrar por los habitantes, para que les mandaran su producto como tributo y reconocimiento de vasallaje. Con estos tributos acudían los súbditos a los empleados fiscales de los señores locales, y éstos a su vez los entregaban a los reyes de México, Texcoco o Tlacopan, según correspondía.

Tal era la costumbre establecida, de suerte que los señores conservaban su autoridad de antes, incluyendo la jurisdicción civil y criminal.

### III

#### ÉPOCA DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

CUANDO se verificó la conquista, España adoptó la misma política. Aun cuando Cuauhtemoc perdió la soberanía en favor de la corona de Castilla, siguió con su autoridad local, y Sahagún menciona varios príncipes que sucedieron en el señorío de aquél, cuando fué muerto. Los demás señores continuaron, como los de Texcoco y Tlacopan, gobernando sus pueblos como antes; pero en lugar de estar sujetos al rey de México, lo fueron al de España. Este confirió a los conquistadores encomiendas, que fué igualarlos a los señores de la segunda clase o "tecultzin": el concesionario adquiría la propiedad de una extensión de tierra libre, nunca la ocupada por los pueblos o por los antiguos "tecultzin"; y los pueblos de indios, conservando su propiedad comunal, en lugar de pagar tributo a Moctezuma o al tecultzin, lo pagaban al encomendero le labraban las tierras que le habían sido dadas y le prestaban servicios análogos a los que prestaban antes a los mencionados señores de la segunda clase. El derecho de propiedad concedido al conquistador o al poblador que llegaba después a Nueva España, era naturalmente entendido con los caracteres generales de la propiedad individual y quiritaria.

De esta manera vinieron a existir dos sistemas de propiedad distintos: el primero de origen azteca o indígena, con el carácter de propiedad comunal; el segundo de origen romano, con el carácter de propiedad individual y absoluta. A la vez, por virtud de la bula del Papa Alejandro VI, de 4 de mayo de 1493, que hacía donación al rey de España de todas las tierras descubiertas o que se descubrieran al oriente de un meridiano que pasara cien leguas al este de las Azores, dicho monarca se encontró

investido de una propiedad en la que, por la naturaleza especial del sujeto de ese derecho, se encontraban confundidos los caracteres de dominio eminente y dominio directo, de donde resultó que el rey de España tenía mayores facultades en América que las que hubiera podido ejercer en territorio estrictamente español.

Las tierras y los pueblos no concedidos a los encomenderos quedaron aquéllas como propiedad de la corona de Castilla, y éstos sujetos al tributo directo al rey de España, el cual percibía además los productos de los arrendamientos o ventas de terrenos realengos, vacantes o baldíos.

Esta idea de los efectos directos de la conquista sobre la propiedad, muchas veces desatendida, tiene sin igual importancia, pues ella demuestra: que los indios no fueron despojados: que los propietarios que derivan sus títulos del gobierno español o del mexicano que lo substituyó después de la independencia, no son bandidos: que toda la declamación contra los terratenientes es sólo aparato revolucionario, y que si en alguna parte no es verdad la célebre frase de Prudhome, de que la propiedad es un robo, es en México, y en general en las colonias españolas, donde el principio fundamental de la conquista fué el respeto a los derechos de los conquistados.

Así se explica cómo la conquista fué posible tan fácilmente, y por qué, después de los terribles combates del sitio de Tenoxtilán y de las heroicas hazañas de Guauhtemoc y los suyos, los otros pueblos y señores que reconocían la soberanía de México no presentaron resistencia, pues que para ellos la conquista no significó más que libertarlos del durísimo tributo exigido por la antropofagia, religiosa o no, de los antiguos señores.

Decir que los españoles despojaron a los aztecas, por ejemplo, es menos verdad que asegurar que los aztecas

despojaron a los más antiguos habitantes, los acolhuas, y éstos a los otomites; de suerte que si hubiera que devolverse la tierra a sus antiguos poseedores, tal como lo quiere el sentimentalismo angloamericano, habría que hacer primero investigaciones filológicas y arqueológicas para descubrir cuál de las razas indígenas fué la primitiva poseedora de cada terreno.

El rey Felipe III, en Valladolid, a 26 de febrero de 1557, ordenó lo siguiente:

“Algunos naturales de las Indias eran en tiempo de su infidelidad caciques de señores y de pueblos, y porque después de su conversión a nuestra Santa Fe Católica es justo que conserven sus derechos, y el haber venido a nuestra obediencia no los haga de peor condición, mandamos a nuestras Reales audiencias, que si estos caciques o principales, descendientes de los primeros, pretendieren suceder en aquel género de señorío o cacicazgo, y sobre esto pidieren justicia, se la hagan, llamadas y oídas las partes a quienes tocara, con toda brevedad.”

Más tarde, Felipe III, en 10 de julio de 1614, previno:

“Desde el descubrimiento de las Indias se ha estado en posesión y costumbre que en los cacicazgos sucedan los hijos a los padres: mandamos que en esto no haya novedad.”

Conforme a la ley del título VII, libro VI de la Recopilación de Leyes de Indias, los caciques tenían en sus pueblos jurisdicción para imponer penas, con excepción de las de muerte, perdimiento de miembros y otras atroces.

Según las leyes 5.ª 6.ª y 10.ª, título XVII, libro IV de la citada recopilación, desde los tiempos de Carlos V, y por ordenanzas repetidas después, los pastos, montes y aguas debían ser comunes en las Indias, y las tierras y heredades de que el rey había hecho merced a los españoles, una

vez que se hubieran alzado los frutos, quedaban para pastos comunes, sin que el propietario tuviera derecho a cercar su finca. Esta disposición fué sumamente perjudicial para la agricultura, y marca sólo el gran deseo de beneficiar a los indios aun con perjuicio de los demás pobladores.

En cambio, y siempre con el mismo propósito, Carlos V, en 2 de mayo de 1550, ordenaba:

“Que no se den tierras para estancias de ganados sino lejos de los pueblos de indios, y en lugares en donde no puedan perjudicar los maizales y sementeras de los indios, y que los dueños de estancias pongan tantos pastores y guardas como sean necesarios para evitar aquellos daños, y en caso de que sobrevengan los paguen.”

“Otro privilegio tienen asimismo los indios, dice Solórzano (“Política indiana”, libro II, cap. 28, núm. 42), que no se puede pasar en silencio, y usan y gozan de él en los contratos, especialmente cuando disponen de bienes raíces o de otras cosas de precio y estimación. Y es que, aunque sean mayores de edad, se pueden restituir y aun decir de nulidad contra los tales contratos, si no se hallaren hechos con autoridad de justicia, especial intervención y consentimiento de su protector general, o del particular que se les suele señalar en semejantes casos; y que, demás de esto, hayan precedido treinta pregones en treinta días para la venta de los raíces y de nueve para la de los muebles o semovientes.”

Como del contacto y libre tráfico entre españoles e indios resultara para éstos mucho perjuicio, dada la cultura superior de aquéllos, el gobierno español prohibió que se permitiera a los mismos españoles, a los mulatos, negros y mestizos vivir entre los indios, “pues aun el vaho de otras gentes los mata”, dice con frase gráfica el autor ya

citado, y que da una idea del cuidado con que España hubiera querido ver al indio. Si en su obra de colonización España no pudo encontrar la fórmula para que sus dependencias hallaran estabilidad y progreso, ni ella misma bienestar, fué porque ninguna nación conquistadora ha sido más cuidadosa para conservar la raza vencida, fué porque sobre todos los otros ideales que nacen de la lucha por la existencia, colocó el gobierno español el de la filantropía y quiso con el ideal supremo conquistar y sobreponerse a las realidades de la vida. Si en la obra del inmortal Cervantes hay un simbolismo; si hemos de creer que lo imperecedero de su libro radica más que en la forma, no siempre impecable, de su literatura, en algo trascendente y que responde a íntimos movimientos de nuestro espíritu, en su lucha por una perfección nunca encontrada, tendremos que convenir en que no hay entre las naciones actuales ninguna que corresponda más bien a la concepción literaria de héroe de Lepanto que España en su lucha por el implanteamiento de la justicia entre los naturales de América, y por grande que haya sido su fracaso, la humanidad entera, cuando se dé cuenta detallada de los episodios de esa lucha, tendrá que reconocer en la España de los Austrias y de los primeros Borbones algo más que la autora del cuadro sombrío del fanatismo iluminado por las ilamas de las hogueras inquisitoriales, pues para borrar esa mancha podrá presentar con orgullo su historia de luchas por la defensa de los habitantes de todo un continente, y para hacerse perdonar los pecados de Pedro Arbués y de Torquemada, podrá presentar las virtudes y la inagotable caridad de los Gante, de los Motolinía, de los Mendoza, de los Velasco y tantos otros que hasta ahora no han encontrado su premio, ni siquiera en el recuerdo de sus beneficiados.

Por lo que hace a los pobladores españoles, las leyes no les eran benéficas, pues aparte de los privilegios que hemos visto tenían los indios sobre las tierras de españoles, al extremo inconveniente de que no se les permitía cercarlas, con perjuicio de la agricultura, sólo para que, recogidas las cosechas, quedaran libres para pastos comunes; se sujetaron los derechos de los colonos a reglamentación rigurosa.

Desde los tiempos de Fernando de Aragón quedó establecida la medida de tierra que había de darse a los españoles pobladores de las tierras de América, estableciéndose una diferencia, según que el poblador había sido peón u hombre de a caballo; al primero tocaba una "peonía", al segundo una "caballería": aquélla estaba compuesta de un solar de cincuenta pies de ancho y cien de largo, para edificar la casa; cien fanegas de labor de trigo o cebada, diez de maíz, dos "huebras" de tierra para huerta y ocho para plantas de otros árboles de secadal, tierras de pasto para diez puercas de vientre, veinte vacas, cinco yeguas, cien ovejas y veinte cabras. La "caballería" consistía en solar de cien pies de ancho y doscientos de largo, y de todo lo demás cinco "peonías", ordenándose que todos participaran de lo bueno y de lo malo que hubiere. (Ley la. título 12, libro VI, Rec. de Ind.)

Al español a quien se daba tierra en un lugar no se le podía dar en otro, a no ser que hubiere vivido en el primero cuatro años para adquirir el dominio, o que abandonar dicha tierra. (Ibi, ley 2.)

Todos los agraciados con tierras tenían el deber de bordearlas con árboles en el plazo de tres meses, o las perdían (Ibi, ley II); de edificar en ellas casa y poblarla, hacer labores propias, plantar árboles y poblarlas de ganado, cuando fueren de pasto, dentro del tiempo que se les fija-



ba, declarando lo que en cada plazo había de estar hecho y dando al efecto fianza llana y abonada, bajo pena de perder el repartimiento y pagar una multa. (Ibi, ley 2.)

Los repartimientos de tierras a los españoles nunca habían de hacerse con perjuicio de los pueblos de indios, sino que había de cuidarse que estos tuvieran tierras suficientes para sustentar sus casas y familias; y las tierras dadas en oposición a estos preceptos se debían devolver a quienes por derecho tocaban. (Ibi, leyes 5 y 9.)

Las "encomiendas" dadas a los españoles conquistadores, que ya hemos visto, no comprendían derecho de propiedad ninguno sobre las tierras de los pueblos de indígenas, sino solo los derechos de los antiguos "tecultzin"; obligaban al concesionario a doctrinar a los indios encomendados, a pagar al cura con el tributo que éstos les daban y a defenderlos en sus pleitos, exactamente lo mismo que la corona estaba obligada a hacer con los indios que no pertenecían a "encomienda", sino que pagaban su tributo y servicios directamente al rey. (Ley 5, tít. III, libro V. Ibi.)

Como al fin todas las encomiendas se incorporaron a la corona, fué un principio fiscal en la Nueva España que los indios, y nadie más, estaban sujetos a tributo.

Tal fué la situación en que, conforme a la ley, quedó la propiedad. Se ve que el gobierno español quiso hacer que conviviera la raza conquistada con la conquistadora, sin detrimento para aquélla, sino, antes bien, elevándola con la cultura superior de los españoles; para lograrlo procuró favorecer a los indios en sus propiedades, privilegiarlos en sus contratos y ayudarlos con la enseñanza y defensa de sus derechos: es cierto que los obligaba al trabajo material, pero esto era necesario para la construcción social, a la cual únicamente podían contribuir con el esfuerzo

físico; pero cuidó siempre de que se les pagara ese trabajo y de que no se les aumentara el precio de los efectos necesarios para la vida.

Respetando el rey de España los derechos de las comunidades de indígenas y las concesiones individuales hechas anteriormente a la conquista, le quedaban aún de libre disposición enormes cantidades de terrenos en toda la región de civilización sedentaria, que se encontraba limitada al Norte por los ríos Pánuco y Lerma; es decir, que comprendía una parte de los estados de Tamaulipas, San Luis Potosí, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato y Jalisco, y de allí hacia el Sur de la república hasta Centro América, que era la parte más poblada del país. Más poblada, al menos con relación a la región del Norte; pero no más de lo que llegó a serlo después de la conquista, a pesar de lo que algunos historiadores calculan, sin base ninguna medianamente cierta, pues basta para convencerse de ello tener en cuenta que antes de la conquista la agricultura no disponía del buey ni de algún otro animal doméstico que lo substituyera, de suerte que los productos agrícolas no podrían abastecer las necesidades de una población tan densa como la que tuvo después que surgir a la sombra de una paz permanente, con mejores procedimientos agrícolas y con nuevos cultivos. Por duros que hayan sido los trabajos impuestos por los conquistadores, no podían destruir más gentes que las guerras anuales pactadas con los monarcas aztecas entre los pueblos para hacerse mutuamente prisioneros, que luego iban a sacrificar a los dioses y a devorar después; ni más que las obras emprendidas por los monarcas indígenas, tales como la terracería hecha para nivelar el espacio entre dos cerros con objeto de llevar el agua de un manantial al baño del célebre Netzahualcoyotl, rey de Texcoco, a quien la leyenda presenta como

un poeta y un filósofo. Por lo que hace a la inmensa región que se extendía al norte de los dos mencionados ríos, la población era escasísima, los indios se mantenían de la caza, y jamás fueron totalmente reducidos a la obediencia; quedaron siempre como una amenaza para las poblaciones sedentarias, hasta después de entrado el último tercio del siglo xix. Estos indios no conocían lo que era el derecho de propiedad de la tierra, ni había número de individuos capaz de ocuparla, ni menos cultivarla; así que podían concederse grandes extensiones de terreno en este país sin que se lesionara derecho alguno; antes bien, el trabajo del gobierno de la colonia consistió en conseguir que las tribus se redujeran a estado sedentario, aceptaran como propia alguna tierra y se dedicaran a su cultivo.

La circunstancia de existir tantas tierras no ocupadas por los pueblos de indios ni por los antiguos "tecultzin", la necesidad de premiar los improbos trabajos de la conquista, la de dejar especie de "marcas" o avanzadas de la civilización en diversos lugares, para que cuidaran de la conservación de las comunicaciones en países casi desiertos, donde la agricultura no contaba con brazos ni con mercados, y sólo podía obtenerse retribución explotando la ganadería en grandes extensiones, permitieron a Hernán Cortés o lo obligaron a hacer grandes concesiones a sus compañeros, excediéndose de las medidas señaladas por el rey Fernando de Aragón. El mismo rey de España no podía compensar a Cortés los gastos de sus expediciones y conquistas, que agregaron a la corona de Castilla una de sus más ricas joyas, con una "caballería", como a cualquier otro poblador que hubiera traído un caballo; tampoco podía, sin exponerse a ser desobedecido y tal vez a perder la colonia, desconocer las concesiones hechas por Cortés a sus compañeros. De ese modo, por la fuerza mis-

ma de las cosas, aparecieron las primeras grandes propiedades, fundadoras de una aristocracia que había de echar muy hondas raíces en el suelo.

Sin embargo, aparte de esas concesiones enormes, justificadas por la necesidad, se siguió observando rigurosamente la medida de la pertenencia de cada poblador, salvo en los casos en que el rey consideraba necesario premiar servicios.

Fácilmente se comprenderá que ni en los casos de grandes concesiones, ni aun en los de repartimiento normal, había gran precisión en las medidas. Las personas dotadas de conocimientos de agrimensura no abundaban, ni las autoridades encargadas de dar la posesión tenían mucho tiempo para dedicarse a ese trabajo, y de allí resultó que, salvo en los puntos donde una propiedad agrícola lindaba con otra o con algún pueblo de indios, los linderos se extendían y la posesión se agrandaba, a pesar de las disposiciones en contrario.

Felipe II. en 20 de noviembre de 1578, en 8 de marzo de 1589 y en 1.º de noviembre de 1591, había ordenado que las tierras que no estuvieran amparadas con títulos volvieran al rey, y de ellas se repartiera a los indios lo que necesitaran (Ley 14, tít. XII, lib. IV de la Rec. de Leyes de Inds.); pero al fin acabó por admitir a composición a los antiguos poseedores en todo lo que no había sido de los naturales.

En tanto, pues, que el indio gozaba de todos los privilegios y obtenía las tierras que necesitaba, se establecía en contra del blanco el principio insólito de no admitirle la prescripción. Los propietarios vivieron alarmados, pues por antigua que fuera su posesión los comisarios reales les exigían pagos por las excedencias y otorgaban por ellas títulos; mas como no corregían la vaguedad de la medida.

los nuevos virreyes las ponían otra vez en cuestión: para remediar esto, Felipe IV, en 17 de mayo de 1631, proveyó:

“Considerando el mayor beneficio de nuestros vasallos, ordenamos y mandamos a los virreyes y presidentes gobernadores, que en las tierras compuestas por sus antecesores no innoven, dejando a los dueños en su pacífica posesión, y a los que se hubiesen introducido y usurpado más de lo que les pertenece, conforme a las medidas, sean admitidos, en cuanto al exceso, a moderada composición y se les despachen nuevos títulos; y todos los que estuvieren por componer absolutamente, harán que se vendan a vela y pregón y rematen en el mayor ponedor, dándose las a razón de censo al quitar, conforme a las reglas y pragmáticas de estos reinos de Castilla; y remitimos a los virreyes y presidentes el modo y forma de la ejecución de todo lo referido, para que lo dispongan con la menos costa que sea posible; y por excusar lo que se puede seguir de la cobranza, ordenarán a nuestros oficiales reales de cada distrito que la hagan por su mano, sin evitar ejecutores, valiéndose de nuestras audiencias reales, y donde no las hubiere, de nuestros corregidores.”

Pero siempre cuidadoso del interés de los indios, el mismo monarca proveyó, en 30 de junio de 1646, que la composición no tendría lugar en favor de aquellos que hubieren adquirido de indios contra el tenor de las cédulas reales.

Asimismo estableció como regla, para que pudiera admitirse la composición, que el solicitante hubiera poseído al menos diez años el terreno. (Leyes 15, 17 y 19, tit. 12, lib. IV, recop. de Leyes de Ind.)

Con estas disposiciones quedó establecido que no se reconocía prescripción en materia de baldíos; que los que quisieran estar a salvo de reclamaciones, así pudiera la

posesión de sus tierras exceder a un siglo, tenían que acudir al representante del rey a solicitar composición y pagar por ella.

Pero también quedó asegurada la propiedad de grandes extensiones de terreno, para aquellos que hubieran cumplido con ciertos requisitos legales.

Sólo tuvo la gran propiedad un límite infranqueable: la tierra que pertenecía a los pueblos de indios, a quienes no sólo se les conservaba en su posesión, sino que se cuidaba de aumentarla, según lo necesitaban y según las ocasiones se presentaban. El mismo rey Felipe IV, en 10 de marzo de 1642, y después en 30 de junio de 1646, ordenó que al hacerse la composición de tierras se dejara a los indios "con sobra" todo lo que les perteneciese.

Así, desde un principio quedaron constituídas grandes propiedades territoriales, como la del marquesado del Valle de Oaxaca, perteneciente a Hernán Cortés, y cuyos terrenos se extendían por los hoy estados de Oaxaca, Morelos, Guerrero, Michoacán, México, Veracruz y Distrito Federal; las haciendas del conde del Valle de Orizaba; del mayorazgo de los mariscales de Castilla; del marqués de Salvatierra; de los condes de Santiago; del de Sierra Gorda; del marqués de San Miguel de Aguayo y otros.

Para que se tenga una idea de la imperfección de la medida y de las dificultades a que ella podía dar lugar y sigue produciendo hasta la fecha, bastará citar el hecho de que el marqués de Aguayo solicitó composición por sus tierras y la obtuvo, calculándose en todo 226 y medio sitios, o sean unos 998.865 acres; pero al medirse hace unos veinte años, sólo una parte de esas tierras, la que quedaba en la región algodонера de la Laguna, en Torreón, resultó que sólo ella tenía 299 sitios, es decir, más de lo que se había calculado para el todo.

Esta falta de medida justa de los terrenos fué, y ha seguido siendo, fuente de perpetuas discordias y de la mayor inseguridad en la propiedad territorial, con tanta más razón cuanto que ha sido muy variable la aplicación del principio de la prescripción, antes como en tiempos posteriores, y a pesar de que en 15 de diciembre de 1754 el rey de España ordenó que, a falta de títulos o de confirmación real, se respetara la antigua posesión como título de propiedad.

Por su parte, el clero, que era más influyente en la colonia que lo habían sido los conquistadores y lo eran sus descendientes, aumentaba sus propiedades con una rapidez tal, que ya Carlos V, en 27 de octubre de 1535, alarmado por esas adquisiciones, ordenaba que las tierras repartidas a los pobladores no puedan ser vendidas a iglesias, monasterios o personas eclesiásticas, bajo la pena de que las pierdan y se repartan a otras personas. (Ley 10, título XII, lib. IV, Novísima Recopilación.)

Desgraciadamente en este, como en otros muchos casos, el celo del monarca no fué bastante a evitar el mal, sino que la Iglesia siguió adquiriendo propiedades territoriales, y como ellas no estaban sujetas a repartición por causa de herencia, ni a otras eventualidades de la propiedad común, una vez que la tierra era adquirida por la Iglesia, quedaba en sus manos estancada para siempre; entraba en la "mano muerta".

En 27 de febrero de 1767, el rey Carlos III expulsó de sus dominios a los religiosos de la compañía de Jesús y mandó ocupar sus propiedades: las que poseían en México eran cuantiosas, pues en una relación, no completa, de sus bienes raíces que aparece en un folleto publicado por el licenciado José L. Cosío ("Cómo y por quiénes se ha monopolizado la propiedad rústica en México"), aparecen lis-

tadas 122 haciendas, pero fueron muchas más; sin embargo, calculando sobre ese número y suponiendo un promedio muy bajo de 10.000 hectáreas a cada hacienda, resultarían propietarios de alrededor de un millón y medio de hectáreas, o sean 3.750.000 acres. Con seguridad era más del doble.

Después Carlos IV, para pagar la deuda pública, mandó que se enajenaran bienes de la beneficencia y se aplicaran al tesoro real, así como los capitales debidos a los juzgados de capellanías y conventos, cuya medida alarmó grandemente a los deudores y al clero mismo, haciéndose oposición marcada al cumplimiento de tal disposición.

Finalmente, en 22 de febrero de 1813, se nacionalizaron los bienes que habían pertenecido a la inquisición, al quedar abolido en España y sus dominios aquel tribunal tristemente célebre.

Tales eran las disposiciones que habían regido el derecho de propiedad en la Nueva España, y por ellas se ve que durante los trescientos años que duró la dominación española, los indios conservaron sus antiguas propiedades o más bien las aumentaron, pues los casos aislados de despojo no podían constituir la regla ni afectar seriamente al sistema, con tanta más razón cuanto que si despojos pudo haber de parte de los individuos de raza europea, despojos también hubo, y quizá más numerosos, aunque menos sonados, de parte de los indios. El hecho evidente es que las propiedades de los pueblos indígenas se conservaron hasta nuestros días, y que todavía en tiempo del general Díaz se estuvo dando títulos de propiedad privada a los habitantes de dichos pueblos que querían obtener la subdivisión o que eran forzados a ello por algún vecino que exigía el cumplimiento de las leyes de reforma.



## IV

### ÉPOCA DE MÉXICO INDEPENDIENTE

**A**L realizarse la independencia de México se consideró que la nación sucedía al rey de España en sus derechos sobre las tierras que no habían salido legalmente del dominio de la corona. Pero entonces la noción de ese derecho comenzó a ser más confusa que antes, pues la nación como entidad moral iba a ejercer derechos que el monarca español había considerado como de su patrimonio individual, y esto ha dado lugar a sutilezas y confusiones que no tendrían razón de ser si haciendo a un lado derechos que el rey hacía derivar de la bula de Alejandro VI, simplemente se considerara a la nación ejercitando un dominio transitorio, mientras hay alguien que, sujetándose a la ley, lo adquiriera sobre la tierra, en tanto que aquélla conserva siempre el dominio eminente sobre toda la extensión del territorio.

En 1824 se adoptó la ficción del federalismo, para dar cabida a todas las ambiciones que nacieron y crecieron durante la guerra de independencia, y para que el partido liberal se captara la simpatía de los Estados Unidos confesándose su imitador. Al formarse la constitución de ese año no se cuidó de decir si los baldíos eran de la fe-

deración o de los estados; pero éstos lógicamente dedujeron de su carácter de soberanos y de la ficción de un pacto de unión, que no estando renunciado expresamente el derecho de disponer de los baldíos en el mismo pacto, lo conservaban, y comenzaron a usarlo con toda libertad.

Sin embargo, la ley general de 18 de agosto de 1824 estableció ciertas reglas, entre las cuales está la de que no podrá acumularse en una sola persona más de una legua cuadrada de terreno baldío de riego, cuatro de temporal y cinco de agostadero: prohíbe, además, que se colonice con extranjeros los terrenos comprendidos dentro de veinte leguas limítrofes con cualquiera nación, ni diez leguas adentro del litoral, sin previa autorización del ejecutivo. Esta última disposición fué repetida después por la ley de 1.º de febrero de 1856 y por decreto de 17 de diciembre de 1873.

Posteriormente, por leyes de 25 de noviembre de 1853 y 7 de junio de 1854 se sometieron las enajenaciones de baldíos a revisión por el gobierno federal, y la unión reasumió así el carácter de propietaria que le había quitado la ficción federalista, y del que ya no volverá a desprenderse a pesar de que esas leyes fueron con justicia declaradas nulas. De este modo, a las concesiones hechas por el gobierno colonial, a las composiciones practicadas por el mismo, a las enajenaciones, no en corto número, que hicieron los estados, cuando regía el sistema federal, o el gobierno general cuando regía el centralismo, vinieron a agregarse las que con mano pródiga hizo después la federación.

Se ha explorado mucho en los Estados Unidos, por aquellos que buscan su apoyo, la idea de que, no admitiéndose la prescripción, ni respetándose más propiedad que la que está amparada por título escrito, el pequeño propietario

quedó desamparado, y se ha hecho entender también que esto fué un plan de los "científicos" para despojar al pueblo trabajador de los campos; es decir, que el no reconocimiento de la prescripción como base del derecho de propiedad sobre las tierras fué obra del gobierno del general Díaz. Vamos a ver lo que hay de verdad en esto, después de haber visto que ese principio dominaba desde la época colonial.

El presidente Juárez, en uso de facultades extraordinarias de que lo había investido el congreso, dió una ley de baldíos en 22 de julio de 1863, cuyo artículo primero dice:

"Son baldíos, para los efectos de esta ley, todos los terrenos de la República que no hayan sido destinados a un uso público, por la autoridad facultada para ello por la ley, ni cedidos por la misma a título oneroso o lucrativo, a individuo o corporación autorizados para adquirirlos."

Los artículos 5 y 6 de la misma ley dan derecho al que haya poseído los terrenos por diez años o más, con justo título, a que obtenga el título de propiedad legal pagando la mitad de lo que debían de pagar los que no llenaban ese requisito; si la posesión era por menos de diez años, sólo tendrían la rebaja de una cuarta parte. El artículo 27 de la misma ley reconoce el derecho a la prescripción de terrenos cuya extensión no sea mayor de dos mil quinientas hectáreas, y no más, siempre que se haya poseído con justo título y buena fe durante diez años al menos y se haya mantenido en el terreno al menos un habitante por cada doscientas hectáreas, sin dejar de llenar este requisito cuatro meses consecutivos en un año. Esta disposición dió lugar por su forma a variadas interpretaciones. Tales preceptos fueron aún modificados por decreto de 19 de septiembre de 1863, estableciendo que la rebaja sólo tendría lugar si hacía el denuncia el interesado dentro de

tres meses de publicada la mencionada ley, o después, si no hubiese denunciante que se opusiera, pues habiéndolo, el poseedor cederá el terreno al denunciante, o le pagará su valor a precio de tarifa, en dinero y al contado, con deducción de lo que corresponde a la hacienda pública, indemnizándolo además por los gastos. El artículo segundo de dicha ley de 22 de junio establecía como máxima extensión que una persona podía denunciar dos mil quinientas hectáreas, sin distinguir si eran de riego, temporal o agostadero. Esta disposición no afectaba a las grandes haciendas, que tenían sus títulos en debida forma desde los tiempos virreinales, y no sólo, sino que sus dueños podían denunciar hasta dos mil quinientas hectáreas más de terreno, con la única taxativa de que si era éste colindante de la hacienda, tenían que pagar un 25 por 100 del valor conforme a tarifa, por alcabala, pago de que estaban exentos los no colindantes; y aun esta taxativa se suprimió después por la ley general de presupuestos de 30 de mayo de 1868.

Tampoco debe creerse que Juárez se abstuvo de hacer concesiones en grande de terrenos, sobrepasando el límite de las dos mil quinientas hectáreas que establecía la ley de baldíos; muy lejos de eso, el mismo presidente, obrando dentro de las facultades extraordinarias que le concedió el congreso, confiscó las propiedades de algunos grandes capitalistas, considerados por la ley como traidores a la patria, por haber ayudado a la invasión extranjera. Entre estas propiedades estaban las del célebre marqués de Aguayo, uno de los más grandes terratenientes del país.

En 1875, bajo el gobierno del presidente Lerdo de Tejada se pensó muy acertadamente que uno de los problemas que había que resolver prácticamente era el de la colonización, como el medio más eficaz de difundir en Mé-

xico la cultura moderna; se creyó, también con justicia, que esto no podría lograrse sobre la base de que el colono europeo fuera a buscar trabajo al país, como venia a los Estados Unidos, porque el jornal del indio no admite competidor: en la época española no había sido posible por esa razón la colonización ni aun con negros, que habían prosperado en otras colonias menos pobladas de indios. No quedaba otro recurso más que provocar la inmigración por el atractivo de la tierra, y el mejor medio que podía emplearse era estimular la iniciativa privada, haciendo ver en la colonización una fuente de lucro. El pensamiento era de un verdadero estadista, tal vez del mismo Lerdo de Tejada. Se dió, pues, la ley de 31 de mayo de 1875, que en su artículo primero, fracciones I y VI, concedía terrenos baldíos sin limitación y cedía gratuitamente la tercera parte de los que se descubrieran por empresas deslindadoras.

El estado revolucionario del país no consentía que hubiera inmigración, y la debatida cuestión de terrenos baldíos quedó por entonces abandonada; pero cuando el general Díaz consideró afianzada la paz y que el crédito de México comenzaba a crecer, el pensamiento de la ley de 31 de mayo volvió a considerarse. Se pensó en colonizar por medio del aliciente de los terrenos. Pero nadie sabía a punto fijo cuáles eran éstos ni qué extensión tenían. La primera parte del trabajo era, pues, adquirir ese conocimiento. Iba a inquietarse a los poseedores con una revisión general de títulos: no se supo evitar ese escollo, que tampoco se había pensado evitar con la ley de 31 de mayo.

No existiendo en México un catastro, tal vez el único camino que justamente podía seguirse, después de más de trescientos años de concesiones, composiciones y confiscaciones, nacionalización y venta de bienes, era haber

declarado que no existían ya baldíos por haber adquirido los poseedores la propiedad sobre esas tierras, y buscar otro medio de obtenerlas para la colonización.

Por falta de un catastro, la secretaría de fomento nunca ha podido hacer beneficio alguno a la agricultura nacional, y sí, por el contrario, le ha causado muchos males por la alarma y desaliento que causan sus disposiciones, unas veces sobre terrenos baldíos, otras con absurdas leyes de aguas que han estorbado la irrigación. La formación del catastro es, pues, de primera necesidad; pero hasta hoy no se ha procedido a hacerlo. Hay, sin embargo, que tener en cuenta que en Francia el catastro, de cerca de 500.000 hectáreas, tardó en hacerse cincuenta años; de suerte que, si México tuviera los recursos de aquella nación, el catastro tardaría doscientos años. Como no tenemos recursos, ha surgido la idea de buscar la ayuda de la iniciativa privada y del interés, pero ha faltado coordinación y paciente labor para los detalles del plan. Como quiera que sea, el deseo de llenar las dos necesidades de la colonización y de un catastro, aun cuando no sea muy perfecto, es la explicación de la ley de 15 de diciembre de 1883, que recompensa a las empresas deslindadoras con la tercera parte de las tierras baldías que descubran. El servicio bien valía la recompensa; pero la forma de dar ésta equivalía a hacer al país presa de la avidez de los deslindadores, que sólo se cuidarían de explotar sus concesiones sin atender para nada a la verdad y a la justicia.

Para esas empresas no rezaba el precepto de que nadie puede denunciar más de dos mil quinientas hectáreas; pero la parte que les correspondía por recompensa debía de estar sujeta a la condición de que no podían venderla a extranjeros no autorizados para adquirirlas, ni en cantidades mayores de las supradichas dos mil quinientas hectáreas.

Uno de los males, y quizá no el menor, fué que los deslindadores tuvieron desde un principio el convencimiento de que no había en la secretaría de fomento manera de comprobar los datos que ellos presentaran, ni podían tener más freno que la oposición de los interesados.

En consecuencia, en la gran mayoría de los casos los deslindadores se limitaron a aprovechar la alarma de los propietarios y a entenderse con ellos para gestionarles una composición. En otros casos descubrían realmente algunos terrenos baldíos, o que, si no lo eran, ningún poseedor se presentó a reclamarlos, como sucedió en la Baja California y en el istmo de Tehuantepec. A veces, deseando tener una utilidad fácil, tomaban sus informes en los propios archivos del gobierno, y basándose en ellos denunciaban grandes zonas de terrenos, ya perfectamente titulados o amparados con posesión inmemorial; así sucedió con una ocasión en el estado de Guanajuato, en que no sólo fincas antiguas entraron en el denuncia, sino algunas poblaciones; pero al apercibirse de ello el juez de distrito suspendió todo procedimiento. Finalmente, a veces el terreno era en realidad baldío, pero poseído por indios, tal cual sucedió en algún punto cercano a la laguna de Chapala; entonces era imposible practicar la medida ni menos tomar posesión de la tierra por la oposición y el escándalo de los poseedores: había que archivar el expediente.

El resultado fué que la colonización no se llevó a cabo, que el catastro no se formó; que unos cuantos se enriquecieron explotando la alarma de los hacendados, y otros con terrenos realmente baldíos; que la confusión fué mayor que nunca, pues si realmente se hubiera dado posesión a todos los que obtuvieron concesiones de tierras nacionales desde 1521 hasta la fecha, tal vez no se acabaría con el territorio nacional, y el gobierno se quedó tan a obscu-

ras de cuáles eran las tierras de que podía disponer, que, después de la caída del general Díaz, se quiso repartir unos terrenos en el estado de Veracruz, que aparecían como baldíos, y de esa manera se iba a comenzar a satisfacer los llamados ideales de la revolución; pero cuando llegaron los agentes del gobierno, los poseedores presentaron títulos perfectos otorgados por la misma secretaria de fomento.

Lo que también se consiguió fué dar armas a los enemigos del gobierno, que no tuvieron escrúpulo en forjar historias sobre la base de la ley, y el gobierno para acallar aquella grito dió la ley de 26 de marzo de 1894, cuyo artículo 44 dice:

“Queda derogada desde la fecha en que esta ley comience a regir, cualquiera ley o disposición que prohíba la prescripción de los terrenos baldíos. En consecuencia podrá, en lo sucesivo, cualquiera individuo no exceptuado por la ley, prescribir hasta cinco mil hectáreas de terreno baldío, y no más, si concurren los requisitos que con relación al tiempo de posesión y a la naturaleza del título que lo ampare, establece el código civil del distrito federal.”

En la época del general Díaz se reconoció, pues, nueva y definitivamente el derecho a la prescripción de los baldíos después de las diversas interpretaciones dadas a la ley a 22 de julio de 1863, y el reconocimiento fué más liberal aún, pues comprende cinco mil hectáreas, dentro de las cuales cabe bien toda propiedad pequeña.

Finalmente, un decreto de la época del general Díaz suspendió todo denuncia de terrenos baldíos.

Tales son los hechos: ellos han sido desnaturalizados con el deliberado propósito de obtener la simpatía y ayuda, más o menos directa, del gobierno angloamericano para la empresa revolucionaria. En los Estados Unidos se ha



dado crédito fácilmente a los políticos revolucionarios, porque prácticamente las cosas pasaron en un principio así en este país: no se tiene en cuenta factores tan importantes como el de que el indio de México está en mayoría sobre el resto de la población, que está acostumbrado de siglos atrás al litigio y al privilegio, y a triunfar siempre bajo el disfraz de víctima, y que, una vez que ha triunfado y está en posesión de la tierra que disputaba, rara vez se acuerda de cultivarla, o la cultiva mal, mientras la vende: pero aún después de vendida sigue con la idea de que fué despojado.

Los indios de los Estados Unidos se han hallado también en contacto con una raza agresiva y con un gobierno que, en un principio, no cuidó de coservarles sus derechos, de tal modo que no existe en la actualidad ninguna de las antiguas comunidades de aborígenes; y sin embargo de esa tradición, tan distinta de la del indio de México, ahora que se sienten aquéllos objeto de particular solicitud, presentan dificultades análogas a las que creaban en la vecina república, antes del triunfo de la actual revolución que ha puesto todo en sus manos.

El día 2 de enero de este año, *The New York Times* daba cuenta de un asunto que ocupaba la atención del congreso, relativa a algunas quejas de los indios de la reservación de Crow, en Montana. Resultaba que los indios de esa reservación eran dueños de 900.000 pesos en los bancos, y que no se les permitía disponer de ellos porque la comisión de negocios de los indios, en Wáshington, los destinaba a obras de irrigación, siendo así que, se decía, esa irrigación iba a beneficiar más bien a colonos blancos.

¡Indios haciendo obras de irrigación, de que se aprovechan los blancos! Fenómeno inconcebible en México.

La investigación dió a conocer otros hechos: la comi-

sión de los negocios de los indios, de acuerdo con las leyes de la materia, había dado en arrendamiento a una persona tierras, aún no repartidas, de la reservación, y los indios se quejaban de que el arrendatario hacía pastar sus ganados en las tierras ya individualmente adjudicadas: que para evitar este daño, la comisión mandó cercar estas últimas con fondos de la comunidad: que los indios se opusieron y se resistieron a trabajar en el cercado; entonces el arrendatario propuso hacer él las cercas por su cuenta, y los indios tampoco lo consintieron: que éstos tuvieron un mitin, convocados por un cacique, que les dijo que todos los que quisieran que se separara al arrendatario levantarán las manos, y hubo un levantamiento general de manos; entonces un indio dijo al superintendente del gobierno en la reservación: "Usted ayudará al arrendatario para que permanezca aquí; pero le aseguro que el año entrante habrá aquí un asesinato."

Esto, a pesar de los millones de pesos que el gobierno angloamericano gasta en la instrucción, moralización y mejoramiento del indio. ¿Qué sería de los Estados Unidos si la mayoría de sus habitantes fueran de esa mentalidad?

Como quiera que sea, el gobierno de este país nunca ha considerado que sus derechos para disponer de las tierras nacionales se disminuyan por la ocupación que de ellas hagan los indios. El mismo periódico citado refería, en 5 de enero último, que se presentó en el congreso un proyecto de ley que, por el nombre de su autor y el objeto que se proponía, era llamado Ferris Power Site Bill, o sea, ley Ferris sobre terrenos que presentan posibilidades para el desarrollo de fuerza. En él se propone dar en arrendamiento, a plazos muy largos, a empresas privadas los terrenos en donde hay esas posibilidades, sin consultar para nada a los indios, que son casi los únicos interesados en

el caso, pues se considera que si ellos no pueden sacar de la tierra el beneficio que puede dar, no deben estorbar la prosperidad del país. El proyecto había sido ya aprobado por la cámara de representantes y pendía de la aceptación del senado.

Ante un criterio así, que parece racional, aun el despojo ya aludido de los indios yaquis de Sonora, caso de haber sido cierto, resulta justificado, pues los actuales propietarios han comenzado allí obras de irrigación que figurarán entre las más notables del mundo y harán al estado de Sonora dos o tres veces más rico.

En los Estados Unidos no se discute siquiera el derecho del gobierno para disponer de los terrenos nacionales, que nosotros llamamos baldíos. Sólo que él cuenta con enormes recursos y ha podido llevar a cabo los trabajos preliminares de mensura que el ministerio de fomento de México no ha hecho.

Hay otra rama de la propiedad raíz que ha tenido un desarrollo tan interesante como la de los baldíos; es la de los bienes pertenecientes a la "mano muerta".

Desde los tiempos coloniales, y a pesar de la religiosidad de los monarcas, se había procurado poner un límite a la adquisición de tierras por parte del clero de la colonia: hemos citado ya algunas disposiciones encaminadas a ese objeto. Después Carlos III, al desterrar a los jesuitas, mandó ocupar todos sus bienes y venderlos al mejor postor; de ese modo volvieron al comercio enormes riquezas. Carlos IV acudió a los bienes eclesiásticos para pagar la deuda pública, y después entraron al dominio de la nación los bienes que poseyó el tribunal de la inquisición, sin que estos actos fueran considerados como despojos, sino como el uso legítimo de la autoridad del soberano para reglamentar las personas morales.

Hecha la independencia, el gobierno se encontró con un país en estado próximo a la anarquía, con una agricultura raquítica, un comercio anémico por falta de vías de comunicación, una industria primitiva, y, sobre todo, la demagogia soplando sobre la llama de las pasiones y prometiendo absurdos que enloquecían a los ignorantes y los quitaban del trabajo fecundo. Los ingresos del gobierno eran miserables; sólo el clero era rico, pues a pesar de las precauciones de los monarcas, la piedad o el fanatismo habían encontrado el medio de acumular riquezas sobre la Iglesia. Alamán, cuyo testimonio no es sospechoso, estimaba que los bienes del clero eran no menos de la mitad de toda la propiedad de la república. Humboldt, que no ha sido tachado de parcial, calcula que esos bienes comprendían las cuatro quintas partes de la propiedad raíz de la nación.

Para nivelar el presupuesto, el congreso pensó en la única riqueza disponible, pues el pueblo no resistía aumento de contribuciones. En 1833, el diputado D. Juan José Espinosa de los Monteros propuso al congreso se nacionalizaran las propiedades raíces de la iglesia, se repartieran las tierras en lotes proporcionados, según su calidad y destino, a los que las solicitaran, quedando a reconocer su valor—que no sería exigible—al rédito de 5 por 100 anual, con cuyo producto se pagarían los intereses de la deuda pública y el gobierno podría atender a las necesidades de la administración con los ingresos normales. El proyecto fué atacado rudamente por D. Lorenzo de Zavala, de acuerdo con los especuladores de la penuria nacional y con el clero, que no veía con buenos ojos ese proyecto. Una de tantas revoluciones derrocó al gobierno, y nadie volvió a acordarse por entonces de la iniciativa.

Al triunfo de la revolución de Ayutla volvió a pensarse en los inconvenientes de que la propiedad rústica estuviera

estancada en manos de la Iglesia. Además se consideró que la propiedad común de los indios era responsable de que éstos no hubieran salido de su apatía por la cultura moderna.

La ley de 25 de junio de 1856, que figura entre las llamadas de reforma, mandó que se vendieran los bienes raíces de la iglesia, adjudicándolos a los arrendatarios que lo solicitaran, por un precio correspondiente a la capitalización de la renta al 6 por 100 anual, que reconocerían en favor de la institución religiosa que había sido la propietaria; y la constitución de 1857, abrazando en un mismo precepto la "mano muerta, tanto de la Iglesia como de las comunidades indígenas, y en general toda fundación de carácter perpetuo, declaró sin distinción ninguna en su artículo 27:

"La propiedad de las personas no puede ser ocupada sin su consentimiento, sino por causa de utilidad pública y previa indemnización. La ley determinará la autoridad que deba hacer la expropiación y los requisitos con que ésta haya de verificarse.

"Ninguna corporación civil o eclesiástica, cualquiera que sea su carácter, denominación u objeto, tendrá capacidad legal para adquirir en propiedad o administrar por sí bienes raíces, con la única excepción de los edificios destinados inmediata y directamente al servicio u objeto de la institución."

Se mandó, pues, vender las haciendas del clero, adjudicándolas a los arrendatarios que quisieron hacer uso del derecho que la ley les otorgaba, de preferencia a cualquiera otra persona. Lo mismo se hizo con las propiedades de los ayuntamientos y aun de las instituciones de beneficencia, excepción hecha de algunas que lograron escaparse de la inconsiderada generalización de la ley. Desde aquel mo-

mento la beneficencia y la instrucción pública quedaron privadas de los donativos que pudieran haber hecho personas bienhechoras, como los habían hecho antes y como las hacen ahora en los Estados Unidos, pues cualquier donativo que se hiciera en bienes raíces era nulo y en dinero efectivo corría el peligro de desaparecer ante las necesidades del gobierno, siempre en bancarrota.

Prácticamente no hubo alteración en la tenencia y disfrute de los bienes eclesiásticos: los arrendatarios tenían en su poder las fincas desde hacía muchos años; algunos habían heredado los arrendamientos, y la ley no habló para nada de fraccionamiento ni de extender al pueblo los beneficios de la propiedad. La Iglesia, por su parte, no perdía el capital, porque se lo seguía reconociendo el arrendatario, convertido en adjudicatario, y le pagaba por él igual renta.

Lo único que se quiso fué poner en el comercio los bienes de "manos muertas". Sin embargo, el clero se sintió atacado en su derecho de propiedad territorial, y se empeñó una lucha sangrienta, que es lo que en la historia de México se llama guerra de reforma. El gobierno, para obtener fondos y debilitar a la Iglesia, declaró que tanto las fincas aún no rematadas como los capitales reconocidos por cualquier título a favor de la Iglesia, entraban al dominio de la nación, y exigió el pago de los capitales que los adjudicatarios habían quedado a reconocer a favor del clero, ofreciendo facilidades y reducciones en el pago.

Por lo que hace a las comunidades de indios, se mandó que se repartieran sus tierras entre sus habitantes, quienes tendrían el derecho, en lo sucesivo, de disponer libremente del lote que les tocara. No hubiera sido difícil predecir el resultado que daría esta disposición, para el que conociera lo que había pasado en los parciales intentos de

dar al indio la libertad de disponer de la tierra. Los legisladores tenían razón; la propiedad común enerva al hombre, sea indio o no; pero el remedio revolucionario que se aplicaba al mal sólo abandonaba al indio a los impulsos de su natural imprevisión.

Se ha asegurado después que la obra de Juárez y de los reformadores de 1856 a 1860 produjo la subdivisión de la propiedad territorial en México. Si con esto se quiere hacer referencia a la propiedad territorial que antes perteneció a las comunidades indígenas, es cierta la afirmación; aunque con ello no se hizo ningún bien al indio. Pero se ha asegurado también que esa obra produjo una clase media sobre la cual se fundó sólidamente la democracia, y que el general Díaz, premeditadamente, para acabar con esa democracia de carácter agrario, volvió a concentrar en pocas manos la tierra.

No sólo la historia de México, la de cualquiera de los países de América, inclusive la de los Estados Unidos, puede salir garante de la verdad de esta proposición: que, por regla general, el indio, sin un previo e intenso trabajo de cultura, no tiene condiciones para conservar la propiedad individual de la tierra. En consecuencia, el hecho de que no haya conservado la fracción que pudo corresponderle en la partición de las tierras de su pueblo, es imputable a la ley que mandó hacer esa partición, ignorando el carácter del indio, presumiendo que eran la ignorancia o la maldad las que habían dictado las leyes de Indias e importándole poco el efecto que se iba a producir, y es responsable el grupo de personas que ha querido en México formar el partido liberal, por haberse obstinado en mirar como sagradas e intangibles las leyes de reforma.

Por lo que hace al resto de la propiedad territorial de la república, la poseída por hombres de cultura suficiente.

de espíritu de ahorro y de previsión, el gobierno del general Díaz, lejos de haber causado la mayor concentración de esa propiedad, vió producirse una subdivisión que iba en progresión creciente, cuando errores bancarios primero y la revolución después, la detuvieron.

No existen datos estadísticos que se refieran a la pequeña propiedad, de suerte que la concentración, en lo que a ella se refiere, se ha afirmado, pero no demostrado. Los pocos datos estadísticos que existen se refieren a la media y la grande propiedad, comprendidas respectivamente bajo los nombres de "ranchos" para la primera y "haciendas" para la segunda. Véamos lo que esos datos nos dicen:

En 1910, D. Fernando Noriega y Navarro, contador general del ramo de arbitrios de Nueva España, y, por lo mismo, persona muy bien informada en lo relativo a la propiedad de la colonia, nos proporciona las siguientes cifras en su obra titulada: *Memorias sobre la población del Reino de Nueva España*:

Haciendas .....	3.749
Ranchos .....	6.684
<hr/>	
Total .....	10.433

Los *Anales del Ministerio de Fomento* correspondientes a 1854, nos dan las cifras que se refieren a las propiedades rústicas en ese año, como sigue:

Haciendas .....	6.092
Ranchos .....	15.085
<hr/>	
Total .....	21.177



Vemos que en el espacio de cuarenta y cuatro años, a pesar de las agitaciones del país y de la segregación de Texas, Nuevo México, Arizona y California, el número de propiedades se había duplicado. Este dato tiene la importancia especial de ser inmediato anterior a la reforma y nos proporciona un punto de comparación muy valioso e instructivo.

Don Antonio García y Cubas, en su obra *The Republic of Mexico in 1876*, es decir, el último año del gobierno de Lerdo de Tejada y el primero del general Díaz, trae las cifras que en seguida transcribo y que no puede creerse hayan sido adulteradas por ningún propósito:

Haciendas .....	5.700
Ranchos .....	13.800
<hr/>	
Total ,.....	18.500

Parecerá increíble que después de las leyes de reforma, que tuvieron por objeto, según se ha dicho, descentralizar la propiedad, haya disminuído, más bien que aumentar, la cifra de las propiedades rústicas. La verdad es que el número de propietarios sí debió de haber aumentado, sobre todo tratándose de las haciendas, pues por cada grupo de ellas poseído por un convento o una corporación debieron surgir tantos propietarios como haciendas había, o poco menos, supuesto que a veces una sola persona era arrendataria de varias fincas de la misma institución; pero, como ya hemos dicho, la desamortización y luego la nacionalización no produjeron el efecto de subdividir más que el dominio directo, pero no el útil, que siguió, consolidado ahora con aquél, en poder de los antiguos arrendatarios. Por otra parte, la exigencia de Juárez de cobrar

los capitales reconocidos por las fincas rústicas, la guerra de reforma con su carácter de crueldad que excedió a las anteriores conmociones civiles, y después la intervención francesa, que fué su consecuencia, acabaron de sembrar la miseria: esto explica que hayan desaparecido las fincas menos capaces de defenderse en aquella terrible crisis. Y, en efecto, vemos que la disminución fué mucho más sensible en el número de los ranchos que en el de las haciendas.

Esto es una importante lección del efecto contraproducente de los medios revolucionarios para alcanzar un fin social.

En la obra titulada *Estadística general de la República mexicana en 1893*, publicada por la dirección general de estadística, a cargo del honorable y sabio doctor D. Antonio Peñafiel, honra de nuestras letras, las cifras de la propiedad son las siguientes:

Haciendas .....	8.872
Ranchos .....	6.607
<hr/>	
Total ,.....	35.479

En los diez y siete primeros años del gobierno del general Díaz el número de propiedades rústicas se había casi duplicado por efecto de la paz.

Estos datos son tomados de obras escritas por quienes no supusieron siquiera el interés que ellos podrían tener en el momento actual. Las cuatro obras citadas son generalmente conocidas por hombres versados en historia de México, y pueden ser consultadas en la biblioteca de la Quinta Avenida en Nueva York. Aun cuando la última de las obras citadas pudiera considerarse tachable por ser oficial de la época del general Díaz, en realidad no lo es por va-

rias razones: para mí, la primera de todas es la honorabilidad del doctor Peñafiel; pero además nadie entonces se imaginaba el interés que las cifras podían llegar a tener, y luego el cuadro es tan detallado con el nombre de cada finca y el lugar exacto del distrito y del estado en donde se halla situada, que no podría creerse que si hubo error nadie hubiera jamás llamado la atención sobre él.

El dato suministrado por la "Estadística general de la república mexicana en 1893" es anterior a la ley bancaria, pues ésta se promulgó en 1897. Más adelante veremos cuál fué el efecto de esta ley; pero ahora debe observarse que la proporción en que el aumento de la subdivisión territorial había tomado en los primeros años del gobierno del general Díaz no se sostuvo después, aun cuando siempre la propiedad siguió subdividiéndose. Por desgracia, no he podido obtener aquí otros datos estadísticos, y sólo puedo referirme a uno tomado por mí mismo en la Dirección General de Estadística el año de 1908, que desgraciadamente da sólo la cifra total, en el apunte que por casualidad tengo en mi poder, esa cifra total de fincas rústicas para ese año es de 42.237. En trece años, antes de la ley bancaria, el número de propiedades agrícolas había aumentado en diez y seis mil, en tanto que en el período que comprende ya la vigencia de esa ley sólo se aumentaron, en quince años, menos de siete mil propiedades. No sólo no se conservó la progresión creciente, pero ni siquiera se pudo alcanzar la mitad de la cifra.

De lo dicho se desprende que, si es cierto lo que se ha sostenido, y que probablemente lo es: que el indio por su improvidencia y falta de preparación ha perdido la propiedad que le entregó la ley, quitándosela a la comunidad del pueblo, por otra parte, un grupo de hombres compe-

tentes y laboriosos estaban trabajando activamente por la transformación agrícola en México. Que errores bancarios habían disminuído el movimiento, por razones que después veremos; pero el mismo gobierno comenzaba a darse cuenta, aunque de un modo vago, de esos errores y buscaba el remedio, aun cuando de un modo inadecuado, que tal vez contribuyó, más que otras cosas, a determinar la actual revuelta, la cual, como era de preverse, ha producido, no ya la miseria, sino el hambre, de que está muriendo un gran número de individuos, y que es de temerse se intensifique aún más.

Para los que creen que puede en México hacerse una subdivisión rápida de la propiedad y llegarse por medios revolucionarios a la solución del llamado problema agrario, que más que agrario debería llamarse económico y educativo, voy a transcribir unos párrafos de Paul Lerroy-Beaulieu, uno de los más renombrados economistas franceses, el cual en su obra *La colonización en los pueblos modernos* dice as:

“Aunque la tierra se halla a la gratuita disposición de todo el género humano en los confines de la colonización americana, no se observa que los obreros de los estados orientales se apresuren a apoderarse de este instrumento de trabajo, que sus hermanos de Europa consideran monopolizado por la aristocracia. Los trabajadores de los estados de Nueva York y Massachusets, sujetos a mil privaciones, y los de Ohio, que frecuentemente sufren las torturas de la miseria y el hambre, no se resuelven a ir al Oeste para hacerse propietarios, y es porque la suerte no ha sido favorable a todos los que se han atrevido a inmigrar. La mayor parte de los agricultores (“farmers”) del Far West guardan precaria y a veces muy miserable posición: *El Economista*, de Londres, acaba de hacer tristísi-

ma reseña de la situación de los emigrantes, y hasta la literatura ha formado un cuadro doloroso de las decepciones y desgracias de los pobres agricultores de Europa, que seducidos por programas halagadores, han ido a colonizar las tierras públicas de los Estados Unidos.

"Los gobiernos europeos han creído de su deber advertir con frecuencia a los emigrantes la miserable suerte que les espera con las concesiones gratuitas del Nuevo Mundo. En 1880, un propietario de Wisconsin publicó en el *Times* una carta, en la que disuadía a los agricultores de la Gran Bretaña de ir a buscar fortuna a los Estados Unidos.

"He aquí, por último, un hecho reciente que pertenece a la historia de la colonización. Mr. Peel, capitalista inglés, que partió para la Australia occidental en 1855, llevó consigo 300 agricultores y un capital de 250.000 pesos en instrumentos agrícolas, animales y provisiones. Al llegar a aquellas tierras feraces la disciplina cesó, porque cada uno quiso hacerse propietario, y la falta de recursos originó que casi todos estos emigrantes, escogidos con cuidado en la metrópoli británica, murieran de hambre. Y este ejemplo se repite en la actualidad por centenares de veces."

Para aplicar las observaciones del mencionado economista al caso de México, debe atenderse a que los emigrantes a que se refiere pertenecen a pueblos en que la cultura ha hecho grandes progresos, en que la instrucción está muy difundida y en que la raza ha demostrado ser capaz de cultivar la tierra con gran tesón y energía, cualidades que hasta hoy no concurren por lo general en el indio. Con esta observación y con los hechos que hoy ocurren, podrá juzgarse de la naturaleza del problema que México tiene que resolver y de la parte que en el desenvolvimiento histórico de la propiedad ha desempeñado allí el factor étnico fundamental.



## QUINTA PARTE

---

### INTERPRETACIÓN ECONÓMICA DE LA HISTORIA DE MÉXICO

#### I

#### EL COSTO DE LA ALIMENTACIÓN DEL TRABAJADOR EN MÉXICO EN DIVERSAS ÉPOCAS

Las observaciones que siguen, más aún que las de los capítulos anteriores, son especiales a México, pues en los fenómenos de producción, distribución y consumo de la riqueza, es en donde más se marca la individualidad de cada país. No me refiero ni en términos generales a los otros pueblos hispanoamericanos, porque esta materia exigiría de mi parte conocimientos menos superficiales que los que respecto a ellos poseo; pero sí estoy seguro de que a través de las diversidades de forma podrá el lector versado en el desarrollo social de esos pueblos reconocer el fondo idéntico del carácter, y quizá sean aplicables en otros lugares algunas de las conclusiones aquí expresadas.

Escribiendo fuera de mi país y sin poder disponer de los datos que tenía reunidos, presento sólo en apoyo de mis ideas los muy escasos que he podido reunir después. Si ocasión más propicia me permite hacer una nueva edición de esta obra, esta parte podrá ser más ampliamente ilustrada.

Hasta ahora, la historia de México ha sido escrita por los liberales para glorificar al liberalismo y sus hombres, y arrojar la responsabilidad de todas nuestras desgracias sobre los conservadores; por su parte, éstos con frecuencia

hacen exactamente la misma labor a la inversa; y de allí resulta que la historia de México aún no se escribe, y que los hombres que habitan el país sólo saben de él lo que alcanzan a ver o lo que los prejuicios de su grupo les permiten conocer. Vistas las cosas desde el punto de los fenómenos económicos, es como mejor se llega a la vez a la verdad y justicia de la apreciación. Presentar la historia de un país en conexión con el desarrollo de su riqueza, es mirar aquélla como una serie encadenada de causas, quitar a la historia todo apasionamiento para ver en las sociedades agrupaciones de fuerzas y movimientos que de ellas resultan: los hombres, más que culpables, aparecen como producto del medio en que se mueven, y las enseñanzas científicas pueden producir más efecto en la conducta de los pueblos y de los hombres que las sentencias del tribunal de la historia. El concebir a la historia como un tribunal ha traído un gran mal a la ciencia, pues en lugar de buscarse el encadenamiento de causas, se ha detenido la investigación tan luego como se cree encontrar un culpable o un héroe: la idea de cuasación ha sido así substituída por la del libre arbitrio de los personajes históricos.

Nada puede dar una idea mejor de las conquistas de la civilización que Francia ha realizado desde la época de los últimos Valois, que el hecho de que de 1567 a 1600, el jornalero, trabajando doscientos cincuenta días al año, podía comprar con el producto de su salario, si todo lo utilizara en obtener trigo, nueve hectolitros y tres cuartos de ese cereal; en tanto que si antes de estallar la guerra europea hubiera invertido ese trabajador todo su salario de los trescientos días en que trabaja al año en comprar trigo, podría haber adquirido treinta y siete hectolitros y medio. (Vicomte d'Avenail, "Paysans et Ouvriers, Depuis Sept Cent Ans", p. 159.)



También podemos formar una idea del progreso de Francia por la calidad del pan que comía el pueblo durante la Edad Media y aun muy entrada la época moderna, pues entonces se acudía para hacer harina a toda clase de granos, empleándose el trigo de diferentes clases, el sarra-ceno, el centeno, la avena, la cebada, el mijo, etc.: la harina iba casi siempre mezclada con salvado, y el pan se distinguía en blanco, que era solamente para la mesa de los príncipes, moreno para los burgueses y negro para el pueblo. No se hacía pan todos los días; el delfín, que después fué Luis XIII, tiró varias veces su pan porque estaba podrido; en las casas burguesas se calentaba el horno cada mes, y los montañeses del Delfinado cocían su pan en octubre para todo el invierno. La cuestión del pan llegó a ser tan grave, que el arzobispo de Arlés recomendaba uno de sus feligreses al cardenal de Richelieu, como inventor de un pan comible para los soldados y los sirvientes de las familias pobres, que contenía sólo un tercio de harina y lo demás era una substancia "que se encuentra en todos los países", y agregaba: "es necesario apresurarse a comprar el secreto, porque podría venderlo al rey de España"

Ahora nadie conoce en Francia el pan negro; hasta el más humilde artesano consume el blanco, que estaba reservado para la mesa de los príncipes.

Si con un criterio semejante procuramos formar una idea de las condiciones del jornalero en México, obtendremos una conclusión instructiva.

La falta de estadísticas hace el estudio de este asunto incierto, pero no tan por completo que no permita formar alguna idea, valiéndose de los pocos datos disponibles, como vamos a ver.

Para la formación del siguiente cuadro he tomado los datos de precios de las mercancías de primera necesidad

en 1792, de la *Relación por método alfabético comprehensiva de los géneros, frutos y efectos nacionales y extranjeros, de Europa, Asia, Perú y ultramarinos, y del reino de Nueva España, de frecuente entrada en México, con arreglo a noticias adquiridas por los vistas de la real aduana, consiguiente a la orden de la superintendencia de ella, en cumplimiento de la superior del excelentísimo señor virrey, de 3 de julio de 1792*, etc. Para los precios de 1891 me he servido del *Informe y documentos relativos a comercio interior y exterior, agricultura e industria*, publicado por el ministerio de fomento por acuerdo del inteligente y progresista general Carlos Pacheco, uno de los pocos hombres que demostraron genio administrativo en la época del general Díaz. Finalmente, para 1908 me he valido de la *Nota de precios de los artículos de mayor consumo en el trimestre de enero a marzo de 1908*, publicada también por la secretaría de fomento. Todos esos datos han sido reducidos a unidades comunes para que puedan apreciarse:

CUADRO DE PRECIOS

Mercancías.	1792	1891	1908
	<u>Pesos.</u>	<u>Pesos.</u>	<u>Pesos.</u>
Arroz, 100 kilos.....	7,60	12,87	13,32
Azúcar, ídem.....	30,40	17,43	23,00
Harina, ídem.....	2,71	10,87	21,89
Maíz, hectolitro.....	1,75	2,50	4,89
Trigo, 100 kilos.....	1,80	5,09	10,17
Frijol, ídem.....	1,63	6,61	10,84
Chile, ídem.....	26,08	27,13	57,94
Cacao Soconusco, ídem,	162,75		160,46
Cacao Tabasco, ídem...	108,50		123,55

Convendrá ahora estudiar los jornales que se han pagado en la república mexicana en diversas épocas. Desgraciadamente, los datos en este punto dejan aún más que desear.

Para la época virreinal me tengo que limitar a una alusión que se encuentra en la obra de Solórzano titulada *Política indiana* (libro segundo, capítulo II, número 23), alusión que aunque indirecta tiene gran valor para el caso: "... a estos pastores—dice—, que en el Perú llaman *aguatires*, no les señalan más que veintidós reales y medio de jornal o salario de cada mes, que sale el día solo a seis cuartos, siendo así que en otras ocupaciones, aún menos graves, se les dan *dos reales por cada día*." Es claro, pues, que la excepción del jornal de los mencionados pastores dejaba para la regla general de los otros trabajos un mínimo de veinticinco centavos diarios. Humboldt, en su *Ensayo político sobre la Nueva España*, alude con frecuencia a ese mismo jornal tratando de los trabajos de campo; pero para los de las minas señala un peso cincuenta centavos, al valorizar el costo del tiro principal de la mina de "La Valenciana": de modo que si se formara el promedio según la base que he tomado para época posterior resultaría alrededor de sesenta y un centavos; sin embargo, careciendo de toda base para calcular el número de obreros y los jornales en las minas de otros distritos distintos del de Guanajuato, adonde pertenece "La Valenciana", tomo la cifra de veinticinco centavos como media cuando en realidad es la mínima. Para fechas posteriores sólo he encontrado la investigación practicada por orden del general Carlos Pacheco en 1890 y 1891 y publicada en el citado "Informe y documentos, etc.". La parte que yo he tenido a la vista de esta obra no comprende todos los estados de la república, sino sólo los mencionados en el

cuadro. De esos informes relativos a cada localidad, tanto en lo tocante a la agricultura como a diversas industrias, he sacado los promedios para reducirlo todo a un cuadro comprensivo y obtener un resultado general; pero hay que advertir que los jornales correspondientes a los industriales son mucho más altos que los de los trabajadores del campo; y al mismo tiempo debe tenerse en cuenta que aquellos trabajadores son en mucho menor número que éstos; el cálculo del promedio resulta, por lo mismo, elevado, pues no teniendo a la vista la proporción entre los industriales y los agricultores en cada estado, no he tomado en cuenta ese factor, sino que he sacado el promedio como si el número de los unos fuera igual al de los otros.

Por conocimiento directo o por informes fidedignos he fijado el salario medio en los estados de Guanajuato, Michoacán, Querétaro, Puebla y San Luis Potosí, en treinta y un centavos, debiendo advertir siempre que estas cifras se refieren a los años de 1890 y 1891.

Con estas observaciones debe entenderse el siguiente cuadro:

PROMEDIO DE LOS SALARIOS EN LA REPÚBLICA MEXICANA EN  
LOS AÑOS DE 1890 Y 1891

ESTADOS	Jornal medio.
Aguascalientes ,.....	0,31 pesos.
Baja California.....	0,72 "
Ciñapás ,.....	0,30 "
Chihuahua .....	0,83 "
Coahuila ,.....	0,52 "
Guanajuato .....	0,31 "
Hidalgo .....	0,27 "

# INFL.ª DE ESPAÑA Y EE. UU. SOBRE MÉXICO

ESTADOS	Jornal medio.
Jalisco ,.....	0,37 pesos.
Michoacán .....	0,31 "
México .....	0,32 "
Oaxaca .....	0,23 "
Puebla ,.....	0,31 "
Querétaro .....	0,31 "
Sonora .....	0,86 "
Veracruz .....	0,43 "
Zacatecas .....	0,40 "
<i>Promedio general.....</i>	<i>0,425 "</i>

Este cuadro, a pesar de todas sus imperfecciones, y que sólo debe aceptarse a falta de datos menos incompletos, nos revela lo que además podía haberse supuesto *a priori*: que los estados menos poblados son los de jornales más altos, y por lo tanto la media general de salarios de pesos 0.425 es todavía elevada. Sin embargo, debemos aceptarla por la imposibilidad de llegar a un valor más cierto.

En 1908, los jornales no habían sufrido diferencias perceptibles, a no ser en las nuevas industrias implantadas, que por su número no afectaban gran cosa el promedio general. Elevémoslo, sin embargo, en un diez por ciento, y tendremos así la media general de los salarios en ese año en 0,46 pesos.

Resulta, pues, que el jornalero de la época virreinal, con el producto de doscientos cincuenta días de trabajo podía comprar 35,71 hectolitros de maíz; en 1891 podía comprar 42,50 hectolitros, y en 1908 solamente 23,51 hectolitros. En 1792 podía comprar 23 medidas de 100 kilos de harina; en 1891, sólo podía comprar 9,71 medidas, y en 1908, ya nada más 5,25.

Podría hacerse un cálculo semejante para las demás mercancías comprendidas en el cuadro, y nos llevaría a una observación de especial importancia: que de las substancias de primera necesidad para la alimentación, la única que ha disminuído su precio es el azúcar, o lo que es lo mismo, que son las haciendas de los estados de Morelos y Sinaloa las únicas que han sabido corresponder por su trabajo al beneficio que el pueblo debió de esperar de una mayor cultura. Y es precisamente en esos estados en donde más se ha sostenido el ardor revolucionario, pues lo que hay en el fondo de revolución mexicana es la lucha contra la civilización europea.

Ante la elevación de los precios de las substancias que sirven para la alimentación del bajo pueblo en México, nuestros mejores obreros, venciendo su natural repugnancia por los viajes, determinaron emigrar, siendo por esa causa México el único país de la América española que presenta ese fenómeno.

Nuestro jornalero de la época colonial podía comprar tanto trigo como el francés de hoy; pero nuestro jornalero de 1908 apenas podía comprar algo más que el francés de los luctuosos tiempos de Carlos IX.

Hemos desandado así el camino del progreso.

El gobierno español se cuidaba poco del comercio exterior de la colonia, o más bien dicho, cuidaba de que ésta no lo tuviera sino con la metrópoli y con Filipinas, y no puede por ello hacérsele un elogio; pero aun en medio de ese error demostraba cuidar del bienestar del pueblo de aquélla. Haría este capítulo interminable transcribiendo aquí las disposiciones legales que demuestran este aserto; pero no puedo menos que recordar una muy pertinente a mi objeto, que prohibía la exportación de granos de toda especie, de animales pertenecientes a las razas vacuna, ca-

ballar, bovina, cabría y porcina, y aun de la carne y cueros que producían; y, cosa incidental, pero digna ahora de notarse porque indica el deseo de fomentar el orgullo de la colonia, estaba prohibida la exportación de esculturas y pinturas de artistas célebres ya difuntos. Para la clase agricultora se había llegado hasta los perfeccionamientos del actual "homestead", y para los trabajadores, aparte de otras disposiciones que los favorecían, conviene aquí citar la ley 18, título 13, libro VI de la "Recopilación de leyes de Indias" que exime a los pastores indios de la responsabilidad por pérdida de las cabezas de ganado, a no ser que por este riesgo reciban una paga extra, señalada de acuerdo con la autoridad; y dos cédulas, citadas por Solórzano (obra mencionada, 2-7-61), que previenen, una, el cuidado de que los bastimentos no se vendan nunca más caros a los indios que a los españoles, sino procurar que, por el contrario, se les den precios más moderados; y la otra, estableciendo un principio de responsabilidad por accidentes de trabajo, que después fué olvidado por completo. Atendiendo al aspecto moral que necesariamente va envuelto en todo problema económico, España para evitar los estragos de la miseria causada por el vicio de la embriaguez entre los indios, y adelantándose a disposiciones que después se han tomado en los Estados Unidos, prohibió que se les vendiera vino y aun que se llevara a sus pueblos (ley 36, tit. I, libro 6 de la Recopilación de leyes de Indias); estableció cajas de censos y bienes de comunidades de los indios (tit. 4, lib. 6, Recop.); defendiéndolos aun de su inconsiderado fanatismo, ordenaba que se pusiera remedio "contra las vejaciones y grangerías de los curas y doctrineros (ley 36, tit. 6, Rec. de Ind.); y sabiendo que los mismos curas, doctrineros, clérigos y religiosos aprovechaban su influencia para hacer que los indios ricos

dejaran a la iglesia sus bienes, encargó a los virreyes que cuidaran muy eficazmente de evitar este perjudicial exceso (ley 32, tit. 1.º, lib. 6.º, Rec. de Ind.).

Podrían citarse aquí las disposiciones sobre allhóndigas y pósitos y otras formas prácticas de beneficio para el pueblo; pero esto haría que la cuestión se involucrara en infinidad de detalles, cuando lo urgente es explicar las causas generales que han hecho que México independiente haya desandado el camino del progreso económico, que había realizado en la época colonial, y esto en todos sentidos, pues si el pueblo disfrutaba de mejores condiciones, la clase rica era realmente poseedora de los grandes tesoros de Nueva España, y puede verse en Humboldt el cálculo de sus inmensas fortunas, en aquella época no superadas por ningún particular en el mundo. Ahora todos admiran las espléndidas y filantrópicas donaciones de Andrew Carnegie, pero nadie recuerda que en el siglo xvi un mexicano produjo igual admiración, y cuyo nombre, ignorado por políticos nuestros, era el de Alonso de Villaseca. La riqueza de las instituciones igualaba a la de los particulares, como lo demuestran la construcción, entre otras obras, de la soberbia y difícilísima carretera de México a Veracruz, costeadada por el Consulado y justamente elogiada por todos los extranjeros inteligentes; la del Colegio de Minería, hecha por el gremio minero, cuyo edificio imitado, pero no igualado en majestuosidad en la riquísima biblioteca del congreso de Washington, es aún hoy considerado como una de las joyas arquitectónicas de la capital de la república. El gobierno, por su parte, atendía a todas las necesidades del servicio, y anualmente dejaba un excedente de ingresos para ayuda de otras colonias, para obras de exploración geográfica y de propaganda de la cultura hispánica. Entonces los mexicanos so-



lían emigrar, pero no por hambre, sino por obra de expansión de sus ideales: entre Miguel López de Legaspi, conquistando las Filipinas, o San Felipe de Jesús, muriendo en el Japón como mártir de sus creencias, y el trabajador que llega hoy desnudo y descalzo, en busca de pan, a los Estados Unidos, está la diferencia que pone de relieve la realidad de nuestro fracaso.

Ahora podremos explicarnos por qué la presente generación no ha visto ni comprende ya un cuadro de espontánea alegría popular, tal como el que transcribo en seguida, tomado del libro ya citado, de la señora Calderón de la Barca; es la descripción de una escena en la plaza principal de México, la tarde del Viernes Santo de 1840:

“Toda la plaza, dice, desde la catedral hasta los portales, y desde el Monte de Piedad hasta el palacio, estaba cubierta con miles y decenas de miles de personas, todas con sus más alegres vestidos; y como el sol arrojaba sus rayos sobre sus brillantes colores, parecían ejércitos de vivientes tulipanes. Aquí había que ver un grupo de señoras vestidas de negro, con mantillas también negras, y más allá otras que, habiendo ya cumplido con sus deberes religiosos, llevaban trajes de raso o terciopelo y ostentaban sus cabelleras, ¡y qué hermosas cabelleras...! Todos los grupos que habíamos visto el día antes paseando por las calles, estaban aquí reunidos por centenares; las mujeres de los tenderos, o quizá de una clase más baja, con sus elegantes trajes bordados de blanco, con sus zapatos de raso blanco y sus pies y tobillos limpios y sin medias, sus rebozos o chales brillantes sobre la cabeza; las campesinas con sus enaguas cortas de dos colores, generalmente escarlata y amarillo (pues en su traje son lo más anti-cuáqueras posible) finos zapatos de raso y camisas bordadas y adornadas con encajes; o bien muchachas de tez

bronceada todas coronadas de flores, paseando entre sus admiradores y tocando sus pequeñas guitarras. Y sobre todo, aquí y acullá una deslumbradora *china* poblana, con un traje de positivo valor y de mucho gusto, y con frecuencia una cara de extraordinaria belleza, ancha y sin embargo *clancée*, con ojos provocadores y coquetos, y un pie pequeño y moreno, realzado por el zapato de raso blanco; la falda frecuentemente bordada con oro macizo legítimo y un rebozo entrelazado de oro o de crepé de China bordado de brillantes colores, coquetamente puesto en la cabeza. Vimos bastantes de estos trajes cuyo costo no era menor de quinientos pesos”.

Guillermo Prieto, el último de una generación de poetas que había visto al pueblo mexicano, antes de que la más degradante miseria lo hubiera entristecido, cantaba nuestras antiguas costumbres sin que nadie quisiera creer en la realidad de la copia, y la nueva generación de literatos, creía más bien que tan hermosas descripciones no eran sino un caso de la ley psicológica tan bellamente expresada por Jorge Manrique:

..... como a nuestro parecer  
Cualquiera tiempo pasado fué mejor.

## II

### ERROR FUNDAMENTAL EN EL SISTEMA ECONÓMICO DE MÉXICO

Voy a procurar explicar la causa de ese fracaso, limitándome al aspecto económico, porque es en mi concepto el más importante.

Cuando se hubo establecido el gobierno independiente en los Estados Unidos, tuvo que afrontar el pago de la deuda ocasionada por la guerra contra los ingleses, y preguntando Wáshington a Hámilton qué debía de hacerse con tan enorme carga, éste contestó sencillamente: "Fundemos sobre nuestra deuda un banco".

En esta sabia contestación estaba todo el porvenir de los Estados Unidos. Era digna de un estadista y de un patriota.

De un estadista, porque promovía el interés general en el pueblo para el sostenimiento del gobierno y de la paz, y porque creaba la base de la riqueza en una circulación moderada por el mismo gobierno y sostenida con elementos propios. Al mismo tiempo el pueblo, haciéndose solidario de la deuda, sentía el esfuerzo material que requiere la conquista de una idea. Aquello era el pago que justamente debería de hacer, del beneficio de su libertad. Es conveniente que los pueblos sepan lo que les cuesta la lucha por los ideales.

De un patriota, porque revelaba la confianza en las fuerzas del pueblo angloamericano y el orgullo de no acudir más que a esas fuerzas.

El banco se fundó y correspondió en todo a las esperanzas de Hámilton.

Cuando se realizó la independencia de México, también quedó una deuda a cargo del gobierno nacional. Desgraciadamente no tuvimos un Hámilton que condujera nuestros asuntos y nos hiciera comprender lo saludable que es para los pueblos el sentimiento de responsabilidad expresado en el reconocimiento de sus deudas.

A pesar de que durante la época colonial México se había bastado a sí mismo y había mandado anualmente un sobrante de seis millones por término medio al rey de España, después de cubrir los deficientes de otras colonias, y con eso había demostrado su capacidad económica, nosotros mandamos a don Mariano Michelena a Londres, a que contratara un empréstito. El primer escalón de nuestro rápido descenso económico. A ese empréstito le sucedió lo que a los que le han seguido, que nunca vimos el dinero que produjo; éste se invirtió en un vestuario viejo y en unos buques que nunca llegaron a Veracruz.

Nuestro gobierno no demostró tener ni estadistas, ni patriotas orgullosos de no pedir a otros con qué llenar nuestras primeras necesidades en la vida de nación independiente. Era indudable que nuevas ideas venían con el triunfo de la independencia, y que las ideas eran tomadas por nuestros políticos de la resultante general del pensamiento de las masas incultas, a las que había que excitar para aprovecharlas.

Entonces quedó sentado este principio que, tomado como base fundamental de nuestro sistema económico, ha regado de desolación nuestra historia: México necesita del capital extranjero para promover el desarrollo de su riqueza.

Fué tanto menos excusable entonces la funesta idea, cuanto que Nueva España había demostrado saber llevar con ligereza sus presupuestos y aun los de otras colonias.

## INFL.ª DE ESPAÑA Y EE. UU. SOBRE MEXICO

Pero se quería un expediente fácil, que en un momento produjera el resultado, y se acudió al crédito, imaginándose que la nación recibiría de una sola vez el beneficio del préstamo, y el pago quedaria luego reservado para las futuras generaciones, que lo harían sin pena por virtud de la riqueza creada con los recursos obtenidos. El eterno error de los que piden prestado partiendo del supuesto de que mañana serán más ricos que hoy.

Sentado ese precedente, no ha habido ya quien ponga en duda sus beneficios: todos vivimos al día, sin cuidarnos de más, y aun los más conceptuados estadistas han creído que las generaciones futuras pagarán fácilmente el precio de la felicidad y riqueza de la actual, sin apercibirse de la miseria que crece alrededor, y que sofocará a esas nuevas generaciones.

Es fácil demostrar lo funesto de ese error, arrojando una mirada sobre el cuadro de nuestro comercio en diez años: de 1898 a 1907:

AÑO	Importación.	Exportación.
	<i>Pesos.</i>	<i>Pesos.</i>
1898.....	45,509,225.00	137,172,004.00
1899.....	56,189,634.00	133,731,488.00
1900.....	65,412,727.00	160,574,847.00
1901.....	60,525,116.00	134,526,400.00
1902.....	72,318,869.00	179,894,067.00
1903.....	78,100,802.26	199,458,469.00
1904.....	82,961,833.61	184,230,361.00
1905.....	131,844,923.35	238,314,515.00
1906.....	240,207,232.19	257,158,238.68
1907.....	147,413,844.97	257,912,437.81
<i>Sumas.....</i>	<i>1,080,506,035.73</i>	<i>1,891,977,827.49</i>

Diferencia en favor de las exportaciones, 811,471,791.76

Se ve por este cuadro que lo que se llama la "balanza mercantil" es año por año favorable a México; es decir, que siempre nuestras exportaciones suman más que nuestras importaciones, y esto generalmente se considera como una prueba de riqueza; sin embargo, ese hecho es la prueba de nuestra desgracia.

En efecto, si en diez años hemos exportado 811 millones y medio de pesos más que lo que hemos importado, lógicamente debería concluirse que nos están debiendo en el extranjero esa suma, y en tal caso el cambio sobre el exterior siempre nos sería favorable, por virtud del exceso de demanda de giros sobre México, pero esto nunca es así. Por otra parte si el extranjero nos debiera esa suma, ni el gobierno ni los particulares tendrían para qué contratar allí empréstitos, pues los dueños de ese capital podían haberlo colocado con mayor premio en la deuda y en las empresas mexicanas. La verdad es, y todo el mundo la sabe, que el extranjero no nos debe nada; que, por lo tanto, esos 811 y medio millones de pesos han sido producidos por México, pero no para México, que a nosotros nos viene admirablemente la frase de Virgilio: *Sic vos, non vobis*.

Con toda seguridad el extranjero no nos ha prestado en esos diez años ochocientos millones de pesos, de manera que nuestro afán de traer a México capital extranjero, cuando no hemos cultivado nuestra inteligencia para emplearlo ni nuestra energía para conservarlo, ha resultado en la demostración evidente de esta verdad: México, careciendo del capital moral de la cultura y del carácter, que se demuestran, en el orden económico, con una rápida circulación interior de la riqueza, se empobrece vendiéndose al extranjero, al importar capitales de otros países (1).

---

(1) En esta extracción de la riqueza de México no figura España como puede verse por una comparación de las cifras relativas al comercio

Para que se mida la profundidad del mal, debe advertirse que los empréstitos contratados por el gobierno, por los bancos, por las empresas y particulares en el extranjero no han traído nunca dinero a México; el dinero se queda allá, y el gobierno, los bancos, las empresas y los particu-

con esa nación. No existiendo en los datos estadísticos que he podido consultar, resumen de las importaciones por nación de procedencia, y siendo la operación de formar esos resúmenes muy laboriosa, me he limitado a tomar al acaso dos años, que son los de 1905 y 1906.

## COMERCIO CON ESPAÑA

AÑOS	Importaciones.	Exportaciones.	Diferencia a favor de las importaciones.
	<i>Pesos.</i>	<i>Pesos.</i>	<i>Pesos.</i>
1905	5,304,319.19	2,243,463.00	3,060,856.19
1906	6,701,312.90	2,724,047.00	3,977,265.90

Las cifras anteriores son muy elocuentes, pues aunque claro está que nosotros pagaremos a España en dinero la diferencia de lo que ella nos manda en mercancías, se deduce de ellas que, siendo la colonia española la más numerosa de México, si las exportaciones que se hacen para España no son mayores que las importaciones, eso significa, una de dos: o que los españoles no ganan nada en nuestro país, lo cual nadie querrá aceptar, o que lo que ganan no lo sacan. En otros términos: que la laboriosidad del español aumenta la riqueza de México, que el inmigrante español funda una familia que se hace mexicana y se identifica con nosotros, que por lo mismo es de los pueblos de Europa el que más se adelanta a nosotros y que la colonización española es la línea de mínima resistencia para la labor civilizadora del país. La revolución actual ha declarado la guerra al español por varias razones. La principal es que, para el elemento insulto, cuyas pasiones se fomentan, el español es el símbolo de la civilización europea, es el propulsor que trata de sacarlo de su apatía congénita para que tome parte en la competencia mundial y tenga probabilidades de triunfo; los secretos resortes de la revolución mexicana han aprovechado el rencor del indio contra el propulsor español; de este modo ella ha venido a ser un episodio en la lucha secular entablada para desarraigar el espíritu español del Nuevo Mundo. Como los españoles y las familias de origen español eran las que mayores bienes tenían, se ha pretendido justificar su despojo con pretendidos ultrajes.

lares y aun los extranjeros que compran nuestros buenos negocios, lo que hacen es vender giros al comercio, y como el importe de esos giros no figura en el cuadro de las exportaciones, resulta que el capital que sale para el extranjero o el que allá se gasta de lo que pertenece a México, es superior a los ochocientos y medio millones de pesos, es propiamente incalculable la suma que nos cuesta la teoría de que necesitamos sacar del extranjero los recursos para fomentar nuestra riqueza. La verdad es, al contrario, que si México en el estado de cultura en que hasta hoy ha vivido, necesita el capital extranjero, lejos de promover nuestra riqueza, deberemos resignarnos a ver cómo se produce la riqueza en nuestro país y a nuestra vista se va para no volver, sin que nos quede otro recurso que buscar un empleo en las empresas extranjeras de nuestro suelo o en el gobierno, o proclamar cualquier principio revolucionario que nos dé de comer.

Que tenemos suficiente para promover el movimiento económico de nuestro país, lo demuestra nuestra natural riqueza, en medio de la cual forma un contraste, en apariencia inexplicable, la pobreza del hombre.

Si es el dinero lo que nos hace falta, don Santiago Ramírez en su obra "Riqueza Minera de México", calcula la producción de plata y oro de nuestro país, por la acuñación hecha desde la conquista hasta el año de 1884 en \$ 4,629,655,560.85. ¿No habría podido esa suma asegurar ampliamente el monto de la circulación interior del país más rico del mundo? ¿Qué virtud especial creemos que posee el dinero de otros países que no creemos tenga el propio?

Buscar el capital extranjero para el progreso de un país, como recurso contra todas las necesidades y como panacea contra todos los males, es un error como el que come-



tería un pedagogo cuidando de dotar a su discípulo de una muy buena biblioteca, sin enseñarlo antes a leer y a amar la lectura. Todo procede del antiguo prejuicio de que el dinero es la riqueza misma, y no la medida del valor. El olvido de que la única riqueza consiste en la abundancia de cosas útiles para satisfacer las necesidades de la vida. Si no cuidamos de producir éstas y si no sabemos gastarlas con moderación, el capital extranjero será ni más ni menos que el plato de lentejas por el que cambiamos nuestra primogenitura.

No hay, para la sociedad como para el individuo, perfeccionamiento sólido más que el que procede de dentro afuera: lo demás es mera ilusión.

Por desgracia nuestros políticos han cuidado siempre y siguen cuidando hoy exclusivamente del aspecto que México presentará al exterior: Hace poco tiempo se nos hablaba con orgullo de la balanza mercantil que arrojaba un excedente constante en el lado de nuestras exportaciones, y ya vemos que eso no significa más que nuestro rápido empobrecimiento: del mismo modo la revolución pretende hoy presentar al exterior los hechos de México como el triunfo más completo y feliz del socialismo; pero con el aumento de la criminalidad y del hambre, con el abandono del trabajo y de la educación, lejos de dar México un paso hacia el socialismo, ha dado mil hacia la edad en que el hombre carecía de los altos sentimientos de sociabilidad que el socialismo supone. El socialismo, en concepto de sus grandes apóstoles, será el producto del perfeccionamiento gradual del individuo, la meta de la civilización y la flor de la cultura, cuando el sentimiento del deber se haya arraigado tanto en el carácter humano que los hombres cumplan sus obligaciones, más que por convicción, por simpatía, por incontenible reflejo, a tal extremo que el

concepto mismo de obligación desaparezca por innecesario.

En realidad el socialismo de nuestra actual revolución es sólo para consumo exterior, como fué para consumo exterior todo ese progreso de mejoras meramente materiales, no balanceadas por mejoras morales, que durante muchos años estuvo presentando México. La ostentación de los teatros y de los monumentos, de los bancos y de los ferrocarriles, cuando nadie se cuidaba de formar un hombre, era sólo un síntoma de nuestra enfermedad análogo al llamado socialismo actual con sus sentimientos de destrucción, de robo y de venganza, y así como los ferrocarriles y los bancos, sin la educación del carácter, sólo produjeron la más rápida extenuación de nuestro pueblo, así también las pretendidas prácticas socialistas sólo producen en México la desunión, el hambre y la desgracia.

En los países de Europa se considera con justicia como un bien que las exportaciones excedan a las importaciones, porque siendo aquéllas obra de la industria y de los capitales propios, productos de la energía y cultura del propio suelo, representa su exceso una economía nacional. Mucho tiempo estuvimos explotando esta idea arraigada en los pueblos extranjeros que nos prestaban su dinero, y que no podían imaginarse que en México el exceso de exportación significaba sólo el enriquecimiento de los extranjeros que no se adaptaban a nosotros y que sacaban de nuestro país sus utilidades, a la vez que el pueblo se empobrecía.

### III

#### PAPEL DE LOS BANCOS EN EL EMPOBRECIMIENTO NACIONAL

**H**EMOS visto que un falso concepto del papel de la moneda, confundiéndola con la riqueza misma, ha traído consecuencias funestas para México, por cuanto ha servido para sostener la idea de que hay que enriquecer a México con el dinero que otros pueblos nos presten. Ahora vamos a ver ese mismo error produciendo iguales consecuencias en la constitución del sistema bancario de nuestro país.

La idea general de banco suele ser confusa, pero sólo porque a veces se encuentran mezcladas en una misma institución funciones que corresponden a varias, y esto ha pasado principalmente en México; mas es fácil deslindar los campos.

Hay en toda sociedad personas que ahorran dinero; que tienen más dinero que necesidades y que desean colocar sus excedentes para que les produzcan réditos.

Por otra parte, hay en toda sociedad personas que, por sus necesidades personales o por las de sus empresas han menester más dinero del que tienen, y desearían encontrar quién se los prestara a cambio del interés que están dispuestas a satisfacer. El banco no es otra cosa más que el intermediario entre el que tiene más dinero que necesidades y el que necesita más dinero del que tiene.

Siempre que los bancos han llegado a grandes resultados es cuando se han limitado a ser el centro de reunión de esa oferta y esa demanda de los capitales. Los más grandes bancos del mundo, en sus funciones propias, no son más que corredores de dinero; instituciones que prestan a unos lo que otros les llevan. No apartándose de esa sencillez es como se tiene la idea genuina y única sana de lo que es un banco.

El banco tiene un capital propio; las personas que se reúnen para fundar el establecimiento se dividen las acciones que forman ese capital. ¿Cuál es la función que éste desempeña si el banco se limita a prestar con una mano lo que recibe con la otra? A primera vista parecería que sale sobrando el capital del banco, y así es en efecto, en la esencia de las funciones bancarias; pero el capital del banco es indispensable, su función es la de garantía; es la fianza que da todo el que maneja fondos públicos.

Para que el dinero de los que lo tienen de sobra venga a depositarse en un lugar es necesario que ese lugar infunda confianza: el capital del banco es así el centro de atracción de los depósitos mediante la seguridad que proporciona.

La garantía que proporciona el capital del banco debe ser subsidiaria, y desempeña tanto más su papel de *producir crédito* cuanto más subsidiaria es. La garantía directa de los capitales depositados consiste en la letra de cambio y en la mercancía real y el fondo pecuniario del consumidor que aceptó esa letra. Un banco precavido en sus operaciones de descuento jamás tendrá que acudir a su capital para pagar sus depósitos; éstos serán siempre cubiertos con las cantidades entregadas al vencimiento de las letras de cambio.

De la función fundamental de corredores de dinero que

corresponde a los bancos, se ha derivado otra, que ha resultado de grande importancia: por las relaciones de los bancos con los capitalistas de una localidad o de un país, evitan el acarreo del dinero, sustituyendo el pago común y ordinario con las cuentas corrientes, cheques, compensaciones, cambios de asientos en los libros, etc. Con estos procedimientos los bancos facilitan la circulación de la riqueza, que es uno de los mayores beneficios económicos, pues no debe perderse de vista que *la riqueza de un país está en razón directa de la facilidad con que ella circula.*

En ocasiones los gobiernos han concedido a los bancos la facultad de emitir billetes y esto ha sido la fuente principal de confusión en la concepción de la naturaleza de los bancos.

La facultad de emitir billetes asocia al banco al gobierno en el desempeño de la función de sellar moneda, aun cuando aquéllos no sean de curso forzoso, pues siendo la moneda una medida del valor, que sirve para facilitar las transacciones, el billete la substituye de hecho, pues se presta a realizar aquel fin, mediante la confianza del público. Pero si, en lugar de reemplazar y representar las especies circulantes, aumenta su número en el mercado, aumenta también en proporción el valor de las mercancías, por virtud de la ley de la oferta y la demanda.

El título de la moneda, es decir, la causa de que el público le dé un valor determinado en las transacciones, *no depende del valor de la substancia de que está hecha, sino de la proporción en que la cantidad de moneda circulante se encuentre con la necesidad de la circulación.*

El gran economista consejero de Napoleón, Mr. Mollin, dice: (Memoires, T. I p. 295) "La primera condición de toda moneda *es tomar en la necesidad de su empleo la medida de su emisión* y esta condición es mucho mas

indispensablemente obligatoria para la moneda artificial que un banco puede emitir que para la moneda real. Cuando hay superabundancia de moneda real, la superflua toma fácilmente otra forma; cuando hay superabundancia de moneda artificial, la superflua envilece toda la masa y degrada su título”.

Las razones que militan en pro de que el estado sea el único que acuñe moneda son las mismas que sostienen que la emisión de billetes de banco debe ser dirigida por el estado teniendo en cuenta las necesidades de la circulación, que afectan a todo el pueblo, y sin permitir que se emitan en mayor cantidad que la que ella necesite, pues el efecto inmediato es la depresión del valor de la moneda real y la alteración de todas las relaciones contractuales, anteriores estimables en dierno.

Contra estas nociones tan claras se han alegado otras, dimanadas del prejuicio de que el billete de banco aumenta la riqueza. Error antiquísimo, desechado ya en países experimentados, pero que aún sigue haciendo estragos en los nuevos.

*El billete de banco no debe ser nunca más que el signo de la moneda real, a la que ha de substituir con estricta equivalencia.* La emisión de un billete de a cien pesos debe significar siempre la existencia de esa cantidad en el banco, o en la institución designada para el efecto.

La utilidad del billete es sólo la facilidad para el transporte de las especies circulantes. Cuando además de ese papel importantísimo, se quiere que el billete, excediendo a la moneda real, aumente esas especies, el resultado fatal, aunque imperceptible si no se tienen estadísticas, es que por virtud de la ley de la oferta y la demanda, el valor de toda la moneda baja; o, en otros términos, que las mercancías, con relación a ella, suben en razón directa

de la excedencia de los billetes y con detrimento del pueblo.

Debe dirigir la emisión de los billetes el estado con más razón todavía que la de la moneda real, porque en ésta el metal que contiene es una prenda del valor, mientras que en el billete ni eso existe, porque este es peligroso por la ilusión de que crea riqueza y la tentación irresistible ante esa nueva piedra filosofal, y porque además, por virtud de la ley de Gresham, el billete arroja inevitablemente fuera del país a la moneda metálica.

Mientras más constante es en cada país la relación que se forma entre el instrumento de cambio y la riqueza circulante, más bien desempeña ese instrumento la función que le corresponde. Y para cuidar de que esa relación se conserve es para lo que el estado debe conservar la facultad exclusiva de acuñar la moneda y de dirigir la emisión de los billetes.

La libertad bancaria, como derivación del principio general de la libertad de comercio, no debe aplicarse a esa emisión, porque el bien que proporciona la libertad de comercio es que, por razón de la concurrencia, los productos se abaraten en beneficio del pueblo; pero lo que se debe de pedir a la moneda de papel no es que sea barata, pues que la baratura de la moneda es la carestía general, sino que su valor sea exactamente proporcional al del oro, que es hoy el medidor general de los valores, y que el establecimiento que la emita sea de integridad y solvencia fuera de duda.

La oposición entre los partidarios de la libertad bancaria y los de la limitación y dirección por el Estado, se concilia con esta distinción: Los bancos deben ser libres en lo que se refiere a sus funciones propias de depósitos y descuentos para que el tipo de los réditos baje; la emisión de billetes debe ser estrictamente vigilada por el Estado en un

establecimiento central que permita conocer la situación general de la circulación, para que la moneda no se deprecie.

El desarrollo histórico de estos principios, hoy generalmente admitidos, es una serie de dolorosos experimentos hechos en otros países; ninguno más célebre que el de Law en Francia, que por haber creído que mediante el papel se creaba la riqueza, y que toda clase de valor podía servirle de garantía, produjo una catástrofe y retardó el progreso financiero de Francia cerca de un siglo, en el cual la miseria producida por el fracaso preparó y consumó la revolución francesa, mientras en Inglaterra las buenas teorías fundaban la prosperidad económica.

Durante aquella revolución nada pudo hacerse para establecer el crédito; pero, al sonar la hora de la reconstrucción, Napoleón comprendió el papel importantísimo que aquel había de desempeñar, y bajo sus auspicios se creó el Banco de Francia, con la facultad de emitir billetes, que también disfrutaron la *Caisse d'Escompte* y el *Comptoir Commercial*.

En 1803, bajo los temores de una nueva ruptura con Inglaterra, Napoleón comprendió las consecuencias que podía tener para Francia esa triple fuente de emisión, y limitó la facultad de hacerla al Banco de Francia, bajo la vigilancia del gobierno; pero al mismo tiempo exigía la fundación de sucursales de éste en todas las poblaciones importantes del país.

El Banco de Inglaterra ha tenido por misión fundamental velar por el mantenimiento de una circulación que infunda a todos confianza y esté proporcionada a las necesidades del comercio: pero en materia de crédito el papel más importante ha correspondido a las instituciones que no emiten billetes, sino que únicamente derraman



en el mercado el dinero que reciben de los depositantes.

Sir Roberto Peel, en el discurso que pronunció ante el parlamento en apoyo de la ley que modificó el funcionamiento del Banco de Inglaterra en 1844, expresó entre otros, los siguientes conceptos: "Propongo, en consecuencia a la cámara, dijo, que decida que el Banco de Inglaterra continuará gozando de sus privilegios actuales, pero a condición de que se divida en dos establecimientos distintos: uno encargado exclusivamente de emitir billetes; el otro limitado a las operaciones de banco ordinario...

"Creemos que son dos órdenes de hechos distintos. Pensamos que el privilegio de emitir billetes debe estar sometido a la dirección del Estado, y que, por el contrario, la mayor independencia, la más completa libertad debe reinar en las operaciones de banco.

"Limitamos así tanto como es posible, este mal inherente a la circulación de papel: la concurrencia ilimitada. Como lo he dicho, nuestro intento es introducir esta gran modificación en nuestro sistema actual de banca, de modo de lastimar lo menos posible los intereses particulares. Por esto no propongo desde ahora privar de sus privilegios a los bancos locales de emisión. No queremos excitar las vivas y profundas alarmas que no dejarían de provocar una brusca e inmediata interrupción de toda emisión distinta de la del Banco de Inglaterra. Los bancos de emisión actuales conservarán sus privilegios, a condición de que el monto de sus billetes en circulación no pase de una media calculada sobre cierto período. Esta precaución es necesaria para que el Banco de Inglaterra sepa siempre con exactitud la cifra de la circulación local que haga concurrencia a la suya, y limitar sus emisiones en consecuencia."

Notemos de paso en estas palabras la revelación de las cualidades del estadista de verdad. Sir Roberto Peel no

propone atacar ningún derecho adquirido; al contrario, se propone respetarlos todos escrupulosamente; pero busca y encuentra la manera de llegar al fin, que es la dirección de la emisión y el cuidar de que no exceda las necesidades de la circulación.

El hizo un gran beneficio a su país, porque, conciliando el ideal de la dirección de la emisión por el estado, con los intereses formados a la sombra de anteriores leyes, aseguró a la vez la riqueza de su país y la estabilidad del Banco de Inglaterra.

Pero Sir Roberto Peel no era un demagogo, puede decirse que ningún estadista lo es. Todos los demagogos buscan el aplauso de las multitudes y el ruido de las plazas públicas; los estadistas saben de qué conjunto de accidentes, de qué grupo de vulgaridades y de qué vergonzosas transacciones está formada a veces la popularidad, y gozan más en el retiro y el estudio que entre la multitud apasionada y llena de prejuicios.

Alejandro Hámilton pertenecía a estos últimos. Fué uno de los hombres a quienes más deben los Estados Unidos, no sólo porque con sus escritos llenos de moderación y de sabiduría, decidió a los estados de la primitiva confederación Americana a adoptar la constitución federal, sino por haber dado el primer impulso económico a su país, con lo cual lo encaminó por el sendero de la prosperidad y le preparó su ulterior grandeza; pero sin haber adulado nunca a las muchedumbres.

Jéfferson era un carácter distinto; había en él más de demagogo que de estadista. La buena suerte de los Estados Unidos quiso que, al tiempo de discutirse la constitución federal, Jéfferson estuviera ausente; de otro modo, con su elocuencia, habría conseguido que se adoptaran principios muy hermosos, pero que habrían hecho inacep-

table la carta, o bien habría introducido tales modificaciones que habrían hecho los vínculos de los estados entre sí inadecuados, por lo flojos, para formar una nación fuerte. Jéfferson se opuso a la idea de Hámilton de fundar un banco nacional; pero este la hizo triunfar, completando con ella la unidad de la nación, con un interés económico general; en lo de adelante, cualesquiera que sean las vicisitudes de esa institución de crédito, se conservará el recuerdo de los beneficios que produjo y se volverá siempre sobre ella hasta dejarla definitivamente consolidada. El motivo de la oposición de Jéfferson da la idea de su carácter, consideraba esa institución como una usurpación de la soberanía de los estados.

El término de la concesión fué hasta 1811, y como en este año gobernaban los del partido a que Jéfferson pertenecía, no se renovó la concesión. Cada estado tuvo en lo sucesivo su papel fiduciario independiente, con valor distinto, según el mayor o menor prestigio de cada banco. Se carecía de toda base para las transacciones interiores así como de todo cálculo para los cambios sobre el exterior. La estimación de la moneda real sufrió la depresión consiguiente a la abundancia de la de papel y su competencia en las transacciones, y con esto el pueblo todo recibía perjuicios, que no eran apreciables para los políticos, porque con frecuencia el ruido de las especulaciones de pocos acababa las quejas del pueblo.

En 1816, después de la guerra con Inglaterra, recargado el tesoro con una deuda pesadísima, volvieron a dominar las ideas económicas sanas, y se creó el segundo Banco Nacional, con concesión por veinte años y capital de \$ 35,000,000 de los cuales el gobierno suscribió seis millones que podría pagar en dinero o en bonos.

Al vencerse esta nueva concesión ocupaba la presiden-

cia el General Jackson, demagogo autoritario y destructor. Desde su discurso inaugural anunció su mala voluntad contra el banco, y aun cuando ya la Corte de Justicia Federal había declarado que su concesión no era contraria a la carta magna, él declaró que su criterio era distinto y que, como tenía el soporte del pueblo, arrunaría al establecimiento. Lo que había en el fondo, bajo la apariencia de los principios democráticos y de la soberanía ultrajada de los Estados, se ve en un discurso pronunciado por Mr. Calhoun en junio de 1834, en relación con las razones del secretario Taney para retirar los depósitos que hasta entonces había hecho siempre el gobierno en el Banco: "¿Puede el secretario, dijo, ignorar que la manifiesta y reconocida política del gobierno es recompensar a los amigos y castigar a los enemigos políticos?... ¿Puede ignorar que la real ofensa hecha por el banco no es haberse mezclado en política, sino no haber estado del lado del gobierno?"

El congreso, reconociendo los males que traería al país la anarquía monetaria y fiduciaria que era la consecuencia forzosa de la desaparición del banco, renovó la concesión; pero Jackson, que como buen demagogo ni percibía esas consecuencias ni le importaban, interpuso el veto a la disposición legislativa, y el banco nacional desapareció, pues para seguir funcionando tuvo que ampararse tras de una concesión del estado de Pensilvania.

Los excedentes del gobierno, que antes se depositaban en el banco nacional, fueron en lo de adelante repartidos entre instituciones locales amigas de la administración; un furor de negocios y de fácil especulación se apoderó de todos, y una desorganización completa en el terreno económico fué la consecuencia de la enemistad del ejecutivo hacia el banco.

En 1863, las dificultades financieras hicieron al gobierno pensar nuevamente en organizar el crédito. La lucha entre el principio de la libertad absoluta para las instituciones de crédito y el del monopolio bancario para la vigilancia de las especies circulantes, había traído unas veces la grito de la opinión contra los privilegiados, otras veces el desbarajuste económico. La enseñanza que de aquí se sacó fué la de la necesidad de conciliar ambas doctrinas opuestas, y ya con esta enseñanza fácil fué encontrar una fórmula feliz de conciliación.

El nuevo sistema estableció a la vez la vigilancia y dirección del gobierno para la emisión, y la libertad para la fundación de bancos cuando se llenaran ciertos requisitos iguales para todos.

La vigilancia está encomendada al director de la circulación ("Controler of the Currency"), que es quien otorga, no concesiones bancarias, sino certificados de constitución de un banco, siempre que cinco personas honorables lo solicitan y llenan los requisitos legales. Cuando el banco ha de establecerse en población de 50.000 o más habitantes necesita un capital mínimo de 200.000 pesos; esta cantidad disminuye en proporción del número de habitantes, hasta que en las que tienen 3.000 o menos, el capital mínimo es de 25.000 pesos. Los bancos organizados con un capital de 150.000 pesos o menos deben invertir una cuarta parte de ese capital en bonos del gobierno federal y depositarlo en poder del director de la circulación. En un principio los bancos de mayor capital tenían que invertir la tercera parte de su capital en bonos; ahora sólo se les exige que inviertan 50.000 pesos. Los bancos pueden invertir en bonos su capital íntegro. En cambio de los bonos depositados el director de la circulación da billetes de banco por igual valor de los bonos tomados a la par, o

por su valor de plaza, si éste es menor que la par. Los bancos usan esos billetes como cualquiera otra moneda; pero necesitan depositar, además de los bonos, un fondo de reducción en moneda legal igual al 5 por 100 de sus billetes en circulación. De ese modo el billete está sólidamente asegurado. El máximo de la circulación fiduciaria se fijó en 300.000.000 pesos, después se aumentó a pesos 358.000.000, y durante el pánico de 1907 el congreso autorizó a los bancos a constituirse en asociación de circulación nacional y emitir billetes de emergencia en casos extraordinarios, hasta hacer montar la circulación total a 500 millones de pesos con carácter de transitoria y con gravámenes tales, que la hacen servir únicamente para circunstancias excepcionalmente graves.

Los bancos están obligados a rendir cinco informes anuales, cuando el director de la circulación lo requiera, sin previo aviso, y a ser además examinados, también sin previo aviso, con toda libertad para conocer a fondo el estado de la negociación.

El sistema ha probado admirablemente, por lo que hace a la seguridad de los billetes y depósitos y a la estabilidad de la proporción de la moneda con las necesidades de la circulación en general; pero se le tachaba de inflexibilidad. En efecto, cuando el dinero escaseaba en el país, los bancos en lugar de aumentar su emisión la disminuían, porque los bonos del gobierno con que garantizan sus billetes valen más que éstos, pues generalmente corren con premio, y aparte del importe de esos bonos retiraban el cinco por ciento proporcional del fondo de reducción. En cambio cuando el dinero abundaba acudían a comprar bonos, que ganan interés, y los entregaban al director de la circulación para obtener en cambio billetes. De ese modo los bancos aumentaban artificialmente la circulación cuando

el dinero abundaba, y la disminuían también artificialmente cuando faltaba el dinero; agravaban las dificultades monetarias en lugar de ayudar a resolverlas.

Una ley de 1914 ha tenido por objeto evitar este inconveniente. El sistema consiste fundamentalmente en la facultad del gobierno de remover los fondos de reserva creados, llevándolos de los lugares en donde hay exceso de dinero para donde hay demanda de él, y en dar a los bancos una solidaridad de que antes carecían. Algunos ven en esto una alarmante intromisión del gobierno en los asuntos bancarios, y una arma que puede ser de gran fuerza en manos de políticos.

\*\*\*

En México los bancos comenzaron a funcionar a poco que las leyes de reforma hicieron desaparecer los conventos y juzgados de capellanías, que eran los únicos que hasta entonces habían desempeñado las funciones del crédito, y que, prestando al tipo comúnmente de cinco o seis por ciento anual, ayudaban a los propietarios de fincas rústicas o urbanas. Al desaparecer esas instituciones surgió el Banco de Londres, México y Sudamérica; antes no había podido aparecer ninguno, a pesar de los esfuerzos del gobierno, porque no habrían podido sostenerse en competencia con los fondos eclesiásticos: después aparecieron otras instituciones, con privilegios más o menos caprichosos, pues no había ley alguna general para el caso. En 1882 el gobierno celebró un convenio con una de ellas titulada Banco Nacional, que obtuvo el monopolio de la emisión de billetes; pero tuvo que vivir en lucha con otras, que alegando concesiones anteriores, se defendían hábilmente tras de los derechos adquiridos.

El banco nacional estaba obligado a llevar una cuenta de intereses recíprocos al 6 por 100 al gobierno, y como esa cuenta siempre había arrojado un saldo a favor del banco, éste había siempre obtenido el rédito de sumas de consideración; pero en 1896 el saldo se cambió a favor del gobierno, y el banco tuvo que pagarle intereses de sumas que no le era fácil colocar. El gobierno aprovechó esa situación embarazosa para obtener del banco la modificación de la concesión, en el sentido de la libertad para otorgar concesiones a nuevos bancos con facultad de emitir billetes.

Entonces se dió la ley bancaria de 19 de marzo de 1897. En ella se establece la libertad para establecer bancos, de emisión llenando ciertos requisitos; pero se otorgan ciertas franquicias al primer banco que se funde en cada estado, lo cual equivalía a darle el monopolio, a crear tantos monopolios locales como concesiones primordiales se daban.

El artículo 16 de esa ley dice: "La emisión de billetes no podrá exceder del triple del capital social efectivamente pagado; ni tampoco podrá, unida a los depósitos reembolsables a la vista o a un plazo no mayor de tres días, exceder del doble de la existencia en caja en dinero efectivo o en barras de oro o de plata. No se cuenta entre los depósitos los hechos en cuenta corriente y con intereses recíprocos o diferenciales, aun cuando tengan el derecho los depositantes de girar por cheques."

A consecuencia de las disposiciones de la nueva ley, en poco tiempo cada uno de los estados de la república tuvo un banco de emisión, y un nuevo ajuste de los negocios se verificó por la acción de estas instituciones.

Desgraciadamente, ese nuevo ajuste no fué favorable para el país; más bien puede asegurarse que fué adverso. El sistema bancario de México se formó sin tener en cuen-



ta como era debido, ni las enseñanzas de otros países, ni la doctrina ya perfectamente formada entonces, del carácter económico de los bancos, ni las conveniencias de la economía nacional.

Fué un sistema empírico, basado en el antiguo y pernicioso error de que la moneda es la riqueza, y que aumentar aquélla es acrecer ésta.

Es indudable que si el gobierno me concede facultad para emitir billetes de banco, que sean aceptados como dinero en las oficinas de gobierno, yo sí me enriquezco; pero la riqueza en general no ha ganado nada: al emitir yo los billetes no he producido nada que aumente el número de objetos existentes en la sociedad que puedan servir para satisfacer una necesidad, y solamente esta clase de objetos forma la riqueza: de suerte que lo que he hecho es atraer hacia mí lo que otros tienen mediante el artificio de la concesión; disputar, aunque sea temporalmente, de lo que otros han producido, enriquecerme a costa de los demás. Al ver que yo me enriquezco emitiendo billetes, el público, fuertemente impresionado con el caso concreto, generaliza y establece que aumentar la moneda real o fiduciaria es enriquecerse.

Si todos los afanes de la Edad Media por encontrar la piedra filosofal hubieran sido coronados por el éxito, se habría podido ver lo vano del esfuerzo realizado, pues abundando el oro tanto como las arenas del mar, no haría que los hombres fueran más ricos ni tuvieran más comodidades, lo único que se habría hecho sería despreciar el valor del oro.

El sistema de la ley bancaria de 1897 fué la persistencia en el cerebro de nuestros estadistas de la idea primitiva del alquimista, del error en la concepción económica de las funciones de la moneda, de la obsesión que agitó a

D. Alfonso el Sabio y a Raimundo Lulio. Sólo que ya no se creyó en fórmulas cabalísticas para la transmutación de los metales; el error se había refugiado en las sutilezas económicas relativas a teorías del crédito, que en Europa habían hecho fracaso desde el siglo XVIII.

La ley de 1897, permitiendo a algunos particulares emitir billetes de banco en mayor cantidad que sus existencias en moneda real y aun que sus existencias en metálico, no se diferenció en el fondo de la conducta de aquellos reyes que robaban a sus súbditos mezclando cobre al oro o a la plata de la moneda. No es que el gobierno hubiera querido el robo; es que no tuvo conciencia de él: y había aquí de particular que el daño no se causaba en beneficio del soberano, con lo que hubiera redundado en beneficio general, sino tan sólo en el de un grupo de amigos de la administración.

El sistema tuvo así todos los inconvenientes del monopolio más irritante, sin la ventaja de que el estado dirigiera la circulación, que es cosa tan esencial para el buen funcionamiento económico de un país. Cada uno de los bancos fué árbitro soberano de su emisión, sin tener en cuenta para nada la utilidad general, con tal de que cumpliera los requisitos del artículo 16 de la ley de la materia, que no podía ser más liberal y que tampoco fué siempre muy escrupulosamente observado.

Naturalmente, los bancos sobrepasaron luego el valor de la moneda real e hicieron que bajara de valor en la circulación interior, o lo que es lo mismo, que subiera el valor de todas las cosas, comenzando por las de primera necesidad: sólo los salarios quedaron sensiblemente substraídos al movimiento general, como consecuencia de que no se aumentaba el trabajo de producción real en términos de causar una demanda considerable de trabajo, que es la medida de la prosperidad efectiva.

El cuadro siguiente demuestra a las claras cuál fué el efecto en la circulación monetaria de la ley de 19 de marzo de 1897:

Años.	Billetes en circulación.	Existencia en caja.
	<i>Pesos.</i>	<i>Pesos.</i>
1890	22.973.902,50	17.643.223,86
1891	23.628.728,99	17.655.167,75
1892	25.298.760,85	18.461.483,85
1893	24.581.966,97	20.951.642,62
1894	28.969.712,78	31.336.241,91
1895	33.439.315,57	39.782.127,84
1896	37.967.105,00	43.979.291,58
1897	44.408.252,75	34.787.711,56
1898	54.375.779,25	39.479.548,60
1899	63.196.832,50	53.867.741,05
1900	64.012.464,75	51.829.106,03
1901	71.257.626,50	59.515.246,96
1902	86.145.227,00	57.521.010,48

Como se ve, la circulación en el mismo año en que se puso en vigor la ley subió cerca de siete millones sobre la de 1896; el año siguiente había aumentado más de 16 millones, y en 1902 se había más que duplicado, excediendo a la de 1896 en más de 48 millones. Finalmente, el movimiento progresivo siguió, y en 31 de diciembre de 1910 la circulación de milletes había subido a 113.625.194 pesos, o sea más que triplicado en trece años el valor de la circulación fiduciaria.

A primera vista nada más halagüeño, y cualquiera que tomara la estadística aisladamente se sentiría muy seguro al afirmar que México se hallaba en marcha triunfal de progreso.

Para darnos cuenta exacta de la situación analicemos el estado de los bancos en la citada fecha de 31 de diciembre de 1910:

ACTIVO	<i>Pesos.</i>
Capital no exhibido.....	621.100,00
Existencia en caja.....	87.757.913,84
Valores públicos, acciones y bonos.....	68.206.500,60
Billetes de otros bancos.....	3.944.862,00
Documentos descontados.....	16.315.669,84
Préstamos .....	70.594.506,73
Idem sobre prenda.,.....	34.589.564,32
Idem hipotecarios.....	19.395.799,92
Créditos en cuenta corriente.....	146.964.456,83
Deudores diversos,.....	168.932.621,37
Cuentas deudoras impersonales.....	20.830.463,21
Muebles para uso propio.....	7.759.368,06
Inmuebles adjudicados en pago.....	4.485.547,23
Cuentas de orden.....	254.585.668,32
PASIVO	
Capital social.....	118.008.000,00
Fondo de reserva.....	33.311.976,34
Fondo de previsión.....	19.229.628,78
Depósitos a la vista o a plazo no mayor de tres días.....	64.667.519,19
Depósitos a plazo mayor de tres días....	59.994.624,24
Billetes en circulación.....	113.625.194,00
Acreedores por créditos concedidos.....	44.353.830,04
Acreedores diversos.....	156.203.776,50
Cuentas acreedoras impersonales.....	40.175.823,20
Cuentas de orden.....	254.193.295,03

Si un banco es, como hemos visto, un intermediario en-

tre los que le llevan el dinero excedente de sus necesidades y los que solicitan de él ese dinero para el consumo o la producción, debemos ver qué tanto es lo que los primeros llevaron a los bancos de México sin contar el capital mismo del banco, que según ya también vimos es la garantía para el público por el manejo del dinero.

El capital llevado por el público a los bancos está representado por las siguientes partidas:

	<i>Pesos.</i>
Depósitos a la vista o a plazo no mayor de tres días.....	64.667.519,19
Depósitos a plazo mayor de tres días....	59.994.024,24
Acreedores diversos.....	156.203.776,50
<i>Suma.....</i>	<i>280.865.919,93</i>

Este dinero había sido prestado a los que lo solicitaron como lo expresan las siguientes partidas:

	<i>Pesos.</i>
Billetes de otros bancos. (Aun cuando no solicitan el crédito, representan sus billetes dinero invertido por el banco tenedor.) ,.....	3.944.862,00
Documentos descontados.....	16.315.669,48
Préstamos .....	70.594.506,73
Idem sobre prenda.....	34.589.564,32
Idem hipotecarios.....	19.395.799,92
Créditos en cuenta corriente.....	146.968.456,83
Documentos diversos.....	168.932.621,37
<i>Suma.....</i>	<i>460.441.480,65</i>

La diferencia entre una y otra partida, que es pesos 179.575.560,72, representa el monto de los billetes en circulación y parte que se ha tomado al capital, o lo que es lo mismo, aparte de que los bancos han mermado en garantía, la moneda fiduciaria ha entrado en competencia con la moneda real, y no en una proporción cualquiera, sino en una muy considerable, pues, según el censo monetario formado por una comisión especial en 1903, la circulación de moneda real en la república era de pesos 61.661.508,24, cifra que parece aproximada si se tiene en cuenta que la enorme circulación de los Estados Unidos se hace con 350 millones de dólares.

Ahora podemos explicarnos el por qué de la depreciación interior de nuestra moneda y el alza exagerada de todos los valores, tanto muebles como inmuebles. El aumento de la moneda real o fiduciaria no indica en realidad mayor circulación de capitales en la producción y el consumo. Y como la simple superabundancia de moneda sólo trajo fiebre de especulación y de fácil ganancia en el alza de los valores, no produjo mayor demanda de brazos para el trabajo ni aumentó la cantidad de objetos disponibles para la satisfacción de las necesidades, pues si en algo había aumentado la producción, ésta se compensaba con el incremento de la población, por una parte, y con el de las exportaciones por otra. De suerte que quien salió sufriendo con esto fué la clase asalariada, principalmente la del campo y la de los empleados de gobierno, pues las demás obtuvieron el beneficio consiguiente a la alza de los precios.

La fiebre de especulación producida por esa alza llegó a alarmar al gobierno, y lo hizo suspender los efectos de la ley bancaria en lo relativo al otorgamiento de nuevas concesiones de bancos de emisión. Era un reconocimiento

parcial del error cometido, pero ni fué la noción clara del mismo ni se remediaba con ello la situación, aunque sí se quería hacer que no fuera más aguda. Mas el gobierno nunca llegó a demostrar, por una encuesta o por algún otro acto, que la suerte del obrero le preocupara.

El balance bancario de 31 de diciembre de 1910 nos muestra un detalle muy importante, consistente en la cantidad a que ascendían las operaciones de descuento practicadas, que era de 16.315.069,48 pesos. Comparada esta cifra con las de las que representan otras operaciones de crédito, se ve que el descuento figura apenas en un cuatro por ciento o menos del valor de aquéllas, y todavía habría que verse si con el nombre de descuento no se hallan comprendidas verdaderas operaciones de préstamo. De todos modos, de allí resulta que los bancos de emisión no tenían el carácter que les es propio, de ayudar al comercio, ni los billetes tenían como garantía directa el fondo que los compradores acumulaban para hacer frente a sus operaciones a corto plazo.

De suerte que la garantía directa de los billetes no estaba en los descuentos reales, sino en la existencia en caja y en los valores públicos o créditos hipotecarios o de otra especie. Lo cual hacía que el funcionamiento de los bancos mexicanos haya tenido lugar fuera de las buenas reglas del arte.

Esto revela que la naturaleza del crédito que nosotros necesitábamos era real: hipotecario o refraccionario; crédito a largo plazo para la reorganización de nuestra agricultura y la utilización de nuestro capital fijo.

¿Por qué fué esa desviación del eje de nuestro crédito?

Porque la ley bancaria artificialmente atrajo los capitales hacia los bancos de emisión, por el aliciente de la fabricación de moneda de papel, que aunque no de curso

forzoso, fué universalmente aceptada. Además, porque el público, que recibe con gusto el billete de banco, no acepta el bono hipotecario ni el de caja, porque en primer lugar había adquirido ya la costumbre de acudir al banco de emisión para sus operaciones de crédito, y luego, porque el público tenía confianza en que el billete era convertible en dinero en cualquier momento, y el corto rédito que gana el bono no compensaba esta ventaja. Pero la razón fundamental es, porque el bono hipotecario y el de caja requieren acumulación de economías en el pueblo y una gran circulación de capitales (no sólo aumento de la existencia de monedas), y ésta, lejos de ser promovida por los bancos de emisión, por el contrario, fué estorbada.

Esto requiere una explicación.

Ya dijimos que el gobierno, para evitar la fiebre de negocios, se vió en la necesidad de aplazar para un futuro remoto el otorgamiento de nuevas concesiones para bancos de emisión. De este modo el monopolio de la emisión por los bancos existentes quedó asegurado, pero sin la ventaja de dirigir el gobierno la circulación de la moneda. Se tenían los inconvenientes de la competencia en la moneda, sin las ventajas de la competencia en las operaciones bancarias, ni la difusión de éstas para que disfrutaran de su beneficio hasta en las más pequeñas poblaciones los hombres que lo merecieran, aun cuando fueran oscuros.

Los concesionarios de los bancos, mediante la emisión de los billetes, atraieron el dinero que circulaba en el público, y se lo prestaron entre sí o a un grupo reducido de personas de su conocimiento, para compra o mejoramiento de fincas rústicas o urbanas, operaciones de larguísimo plazo, que impedían que el banco satisficiera la demanda de dinero que otras operaciones de crédito habrían exigido. Así estorbaban la circulación de la riqueza.



• Este es el mayor de los males producido por la ley bancaria, que a la vez que aumentaba las especies circulantes, inflando el valor de todas las cosas, disminuía la circulación y causaba el empobrecimiento del pueblo.

Pero hay que convenir en que el sistema fué un éxito completo para producir efecto en Europa, en donde se creía en nuestra prosperidad por las cifras que representaban el movimiento bancario, y no fué sino en vísperas de la revolución actual cuando comenzaron a apercibirse allí de que no es oro todo lo que reluce.

El gobierno se dió cuenta de esto y quiso sinceramente remediar el mal; pero lo hizo en forma contraproducente, debido a que las voces del pueblo seguían siendo para él tan ininteligibles como inscripciones cuneiformes.

Quiso el gobierno en un momento dado reducir a los bancos de emisión a las operaciones de descuento real, y siendo esto imposible, sembró la alarma en todas partes. Los bancos, aun cuando organizados defectuosamente, se habían adaptado a ciertas necesidades; la sociedad se había avenido a ellos a falta de otra cosa. Era tanta la necesidad de crédito, que el público se hacía cómplice de ellos en la deformación de sus funciones. La situación era, por tanto, delicadísima y requería un conocimiento pleno y procedimientos evolutivos y pacientes.

Además, el momento escogido no fué oportuno: el gobierno, con la mira puesta siempre en el extranjero, por la idea de que es de allí de donde México tiene que sacar para vivir, se alarmó, no por los fenómenos interiores que había producido la ley bancaria, sino por la crisis de 1907 en Europa y en los Estados Unidos; a la sazón, sin embargo, de que los bancos mexicanos estaban en condiciones menos alarmantes que en algunos otros momentos. Y como todo tiene que ser anómalo cuando los problemas se

plantean mal, se produjo un pánico, no como son todos los pánicos: del público hacia los bancos; sino de los bancos, por orden del gobierno, hacia el público. Fué una orden general de cobrar todos los créditos que no eran de estricto descuento. Es decir, de liquidar todas las operaciones bancarias, menos los 16 millones que hemos visto importaban las operaciones de descuento real. ¡Y todo esto tenía que hacerse en seis meses!

La medida era esencialmente revolucionaria, absoluta; su resultado fué, por lo tanto, diametralmente opuesto al que se buscó. No habiendo bancos hipotecarios ni refraccionarios que se hicieran cargo violentamente de los créditos de los bancos de emisión, éstos al fin no pudieron cobrar, y la orden del gobierno no se cumplió; pero como tampoco se la derogó, el público quedó desconfiado de los bancos, viendo que el crédito que pudieran otorgarle dependía de una orden del gobierno que se le retirara.

Todo el que pudo liquidó su cuenta, y el que no pudo enderezó a ese fin todas sus actividades: las mejoras agrícolas se suspendieron, el fraccionamiento de la propiedad territorial, comenzado con éxito por algunas empresas particulares, no siguió adelante; el pueblo careció de trabajo, la circulación disminuyó, y, por lo mismo, se hizo más difícil que antes el establecimiento de los bancos hipotecarios y refaccionarios.

Desde entonces las operaciones de alguna importancia quedaron reducidas a la forma primitiva del trueque. Los capitalistas, amenazados por los bancos, abrigaron serios temores por sus empresas, y el descontento se hizo general.

Poco tiempo después hizo su aparición en la escena política una persona de quien nadie había oído hablar antes: D. Francisco I. Madero.

## IV

### LA LEY MONETARIA DE 1905

No solamente en la concepción del sistema bancario fueron sacrificados los intereses del pueblo a las conveniencias del comercio con el extranjero, sino también en la ley que estableció el sistema monetario actual de México se ven las mismas tendencias y se percibe la influencia del eterno prejuicio de que la base económica de la prosperidad de México está en atraer los capitales extraños, en aparecer bien en el exterior aun cuando nuestro mecanismo interior esté desnivelado.

Habiendo sido antes de 1905 libre en México la acuñación de plata todo el que tenía algo de ese metal podía llevarlo a una de las casas de moneda para convertirlo en numerario, sin más que pagar una módica suma por ese trabajo.

De aquí resultó que la moneda no tenía valor ninguno como tal, sino únicamente el que alcanzaba en el mercado la plata de que estaba hecha.

Hemos visto que el título o valor de la moneda como tal no depende del de la substancia de que está hecha, sino de la demanda que hay de ella, según las necesidades de la circulación y la proporción que la misma moneda guarda con los otros capitales circulantes; pero habiendo absoluta libertad de convertir la plata en moneda, ni ésta tenía título ni el gobierno podía desempeñar su misión reguladora en bien de la sociedad en general.

Cuando la relación entre la plata y el oro comenzó a ser desfavorable para aquélla, éste desapareció de la repúbli-

ca, por virtud de la ineludible ley de Gresham, y acentuándose cada vez más la diferencia y fluctuando sin cesar el valor de la plata, el comercio de México con los países extranjeros de talón oro sufría grandemente, por la falta de una base cierta para sus operaciones. El comerciante que importaba hoy mercancía tenía que competir con el que la importaba mañana, aprovechando una alza del valor del metal blanco, o con el que la había importado antes en un momento de menor depresión.

Los capitales que se llevaban al país quedaban sujetos a la depreciación de nuestra moneda. Si era el propietario el que los introducía éste aprovechaba las ventajas del cambio, pero resultaba cada día más gravoso su reembolso si habían sido importados en calidad de préstamo.

Este conjunto de fenómenos afectó fuertemente al gobierno, que comenzó a buscar una solución radical, completa y momentánea, y estudió el asunto por varios años, durante los cuales el mal se estuvo produciendo, en lugar de haber probado durante ese tiempo medidas parciales evolutivas.

Pero aparte de esos fenómenos que el gobierno veía, había otro que no veía, la disminución del salario por causa del menor valor adquisitivo de la moneda. A primera vista el salario no sufría alteración, pues nominalmente era el mismo; tal vez un poco mayor que antes; pero como la moneda tenía ahora menor valor, en realidad el jornalero ganaba menos, sin que pudiera imponer una alza en su salario, porque no había mayor demanda de trabajo y sí había aumento de población. La inmigración a los Estados Unidos aún no producía efectos perceptibles.

Había, pues, un factor del problema, silencioso y oscuro, que el gobierno no acertó a percibir y al que, por lo tanto, no atendió en la resolución de aquél.

La cuestión monetaria tenía así dos aspectos: el del comercio exterior y el de la vida interior de México.

El primero requería la estabilidad en los cambios; el segundo, la rehabilitación de la moneda.

Las apariencias venían a hacer del problema un rompecabezas para el que no fuera economista; pues lo que se veía era que nuestras exportaciones eran mucho mayores que nuestras importaciones, y a los eruditos en libros europeos esto les significaba la mayor prosperidad; pero lo que no se veía era que nuestras exportaciones no eran destinadas, sino en una parte pequeña, a pagar nuestras importaciones; el resto era para pagar servicio de deuda exterior, intereses y amortización de capitales extranjeros, dividendos de bancos, ferrocarriles e industrias, todo ello extraño a México. Lo único que disfrutaban los mexicanos era lo que gastaban en otros países; pero esto tampoco servía para pagar nuestras importaciones. Por lo mismo la demanda de giros era siempre mucho mayor que la oferta, lo cual revelaba las graves dificultades del comercio con el exterior que necesitaban allanarse al resolver la cuestión monetaria.

Lo que también se veía era el aumento de las existencias en los bancos y el aumento de la cantidad de billetes en circulación lo que hacía creer en la prosperidad interior, confundiendo la moneda real y fiduciaria con la riqueza; pero lo que no se veía era que ese aumento no correspondía al de las cosas útiles cambiables, que por lo mismo la fiebre de especulación que esto provocó no era producto de un mejoramiento efectivo, sino, al contrario, del alza artificial de los valores con perjuicio de las clases asalariadas.

El gobierno, engañado por lo que se veía, buscó nada más la estabilidad de los cambios, la cura de fuera adentro,

y para nada tuvo en cuenta el grito famélico del pueblo que clamaba por la rehabilitación de la moneda, que le permitiera comprar lo que compraba antes de que hubiera bancos y hubieran llovido sobre nosotros los empréstitos extranjeros.

La historia de la Liga Latina habría proporcionado al gobierno un ejemplo que imitar de cómo se remedian los males de una nación comenzando por el interior, y cómo se resuelve un conflicto en forma evolutiva, sin crear sistemas rígidos, conservando el gobierno la libertad de acción para acudir con el remedio oportuno que la observación diaria del caso fuera sugiriendo. Desgraciadamente no se atendió a ese buen precedente, que la simple erudición habría sugerido.

Hubo aún otra causa de confusión: como se hablara de adoptar el talón oro, se creyó que era necesaria la materialidad de la existencia de monedas de ese metal; no se percibía por muchos que lo único que esa adopción significaba era tomar su valor como relación constante para ajustar la circulación de la moneda de plata, cosa que se consigue haciendo escasear ésta en proporción, como pasa en todo país de talón oro, y cuando esa proporción es justa, el oro viene y puede subsistir en la circulación.

Se descuidó, pues, la teoría del título de la moneda, y se creyó que la de plata sólo podía guardar con el oro una relación aproximada a la del valor del metal blanco comparado con el amarillo. Se quiso resolver un problema tan profundo por la virtud maravillosa de una ley, por medio de una revolución radical llevada a cabo en un momento, y así se hizo irreparable el mal para nuestras clases trabajadoras; y como al aceptarse legalmente que la depreciación de la plata equivalía a la depreciación de la moneda, ésta conservó su antigua nomenclatura, y la ley no

tuvo ni una sola palabra que indicara que el gobierno se había apercebido siquiera de la situación que creaba entre dicha clase, ésta no pudo abrigar esperanza ninguna de ulterior remedio.

Como aun reduciendo el valor de nuestra moneda hasta igualarlo aproximadamente con el de la plata no se obtenía la deseada nivelación de los cambios, se creó desde un principio la Comisión de Cambios y Moneda con un fondo regulador del mercado de cambios, que en tiempos normales le permitió sostenerlos a razón de cincuenta centavos oro el peso mexicano, hasta que nuestras exportaciones bajaron con la revolución, al extremo de que los cambios hicieron ya costear la exportación de la moneda a pesar de todos los artificios que para evitarlo se pudieran emplear.

Si en lugar de haberse atendido al aspecto exterior del fenómeno de la moneda, para facilitar el mercado con las otras naciones, se hubiera atendido de preferencia al aspecto interior, suprimiendo la libre acuñación de la plata y vigilando por que la moneda real y la fiduciaria guardaran la debida proporción en el movimiento de nuestra riqueza, nuestra moneda habría llegado a tener un título. Poco a poco, por las necesidades de la circulación, habría subido su valor en el interior, hasta llegar un momento en que naturalmente corriera a la par con el oro, es decir, en la proporción de uno a diez y seis. Entonces la moneda de plata no sería "mala moneda", y podría haberse acuñado el oro sin temor de que fuera desalojado por aquélla. La comisión monetaria no habría tenido más misión que atender a la circulación interior para llegar a ese fin. Nuestra moneda no habría salido de México, donde tenía un título o valor como moneda, aparte del que correspondía a la substancia de que estaba hecha, para perderlo en

los mercados extraños, o si salía era prueba de que en esos mercados conservaba su título. Las fluctuaciones naturales en el mercado de los cambios tendrían entonces el saludable efecto de hacernos buscar en el interior los equivalentes del producto extranjero con el aumento de consumo de lo propio, y con la disminución de lo extranjero nuestros cambios subirían espontáneamente siendo indicadores de nuestro progreso real de la disminución del costo de la vida, del aumento de nuestra producción y de nuestros capitales reales, del alza consiguiente de los salarios y de la rehabilitación de nuestra moneda.

Vemos cómo se unieron el sistema de nuestros bancos y la ley monetaria para producir este resultado final: la pobreza del mexicano en México, y a la vez cómo todo ello procede del planteamiento errado de nuestro problema económico. No hemos querido ver la solidaridad que existe en los diversos aspectos de la vida social de todo país: hemos creído que se podía resolver el problema económico dejando reinar por todas partes la injusticia, desatendiendo la educación y el carácter de los mexicanos, y para realizar el progreso económico inarmónico, desproporcionado, monstruoso en una sociedad que no podía asimilárselo ni interpretarlo para la convivencia general, hemos tenido que atenernos al capital extranjero, que viniera fácil y prontamente a realizar lo que de otro modo habría necesitado mucha ciencia y mucha paciencia y una energía completamente distinta de la de la "mano de hierro". Nos atuvimos al extranjero, y vino él y planteó industrias y nos compró las que teníamos planteadas, y llegamos a ser un ejemplo de lo ineludible de aquella antigua sentencia: "Maldito el hombre que confía en otro hombre."



## V

### EL COMPLIMIENTO DE UNA ANTIGUA LEY

EXISTE entre el polvo de las bibliotecas un libro que hoy ya nadie consulta, pero que hace un siglo traía agitados a los espíritus, causó a su autor las malidiciones y los odios vitandos de los teólogos, las más severas impugnaciones de los sabios, las injurias de los que no lo eran mucho y hasta las burlas de los estudiantes de su país y del extranjero. El pobre autor vivió el resto de sus días amargados, víctima, como Casandra, de su propia inspiración. Creyó haber encontrado una ley importante para la humanidad, que no era del agrado de muchos, y la expuso. Ese fué su delito.

El libro se llama *Ensayo sobre el principio de la población en lo que afecta al mejoramiento futuro de la sociedad*, y su autor fué el reverendo T. R. Malthus.

Partiendo de las proposiciones: 1.<sup>a</sup> Que el hombre necesita alimentarse para vivir, y 2.<sup>a</sup> Que la pasión entre los sexos ha de ser igual en lo futuro a lo que es hoy, llega, mediante diversas observaciones, a la conclusión de que, mientras la población tiende a aumentar en razón geométrica o de multiplicación, los alimentos tienden a aumentar en razón aritmética o de suma. Es decir, que el género hu-

mano tiende a aumentar cada veinticinco años como 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, etc., mientras los alimentos en ese mismo período sólo aumentan como 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, etc. Así, pues, la población tiende a exceder a los medios de alimentación, y llegará un momento en que ésta será imposible.

Tres causas impiden que tal cosa suceda: la miseria, con su inevitable séquito de guerras y enfermedades, que establecen el equilibrio; el vicio y la abstención moral.

Los anatemas, las censuras y las burlas acabaron al fin por confinar al libro al último rincón de las viejas bibliotecas; y cuando las aplicaciones de la biología, de la química y de la mecánica a la agricultura produjeron un aumento considerable de substancias alimenticias, se consideró haber dado un golpe de muerte a la teoría del malaventurado pensador inglés.

Sin embargo, yo creo que hay una gran parte de verdad en la teoría de Malthus. Las leyes sociales y aun las de la física no dejan de ser ciertas por el hecho de que no se pueda percibir su acción directamente. La fuerza de atracción del sol sobre la tierra no es nunca negada por el hecho de que la tierra no ha chocado ya contra él, pues se sabe que esa fuerza está obrando al determinar el movimiento del planeta en una órbita elíptica. Así también la ley de Malthus ha estado obrando en medio de otras causas que la contrarían, que son distintas en cada nación en su intensidad, pero que no dejan de obrar; en unas partes determinando el aumento rápido de la población, como en Alemania y el Japón; en otras, creando serios temores por el estancamiento de la cifra de los habitantes, como en Francia. Ese efecto de la ley se produce en medio de la diferente intensidad con que obran las causas contrariantes.

Tal vez Malthus hizo mal en dar a su ley el aspecto de rigor matemático, pues que eso la hace fácilmente cuestionable, y además hay causas contrariantes que se escaparon a su enumeración, como han resultado ser los adelantos de la química, de la biología y la mecánica agrícola, los cuales han hecho crecer las subsistencias más de lo que aquel autor pudo imaginar. Pero el principio queda en pie, y la mejor prueba de ello consiste precisamente en que se ha necesitado aguzar el ingenio, buscar abonos químicos, nuevas plantas alimenticias, medios de mejorar las especies existentes, arados de vapor que muevan más rápida y más profundamente la tierra, para con todo ello escapar, y sólo parcialmente, al efecto de la terrible ley, pues los pueblos fuertes están siempre buscando adónde mandar el exceso de su población, que ya no alcanzan a alimentar con los productos de su suelo.

En México, donde aún se ve con frecuencia cultivar la tierra con el arado de los tiempos faraónicos; en que los abonos químicos son más bien materia de deporte para algunos agricultores desahogados, en donde el vicio no alcanza la forma contrariante de la ley malthusiana que se observa en otros países, y donde los procedimientos del "moral restrain" son enérgicamente condenados por las costumbres o desatendidos por la improvidencia, la ley de Malthus ha tenido aplicación, aun cuando no en el rigor de su forma matemática; allí se ha visto triplicar la población en medio siglo o un poco más. El 1840, el conde de la Cortina, con los mejores datos, calculó la población de la república en seis millones de habitantes, si consideramos que un millón de éstos correspondían a Texas, Nuevo México, Arizona y Alta California, quedarán poco más o menos cinco millones para el resto; en 1910 ese número era de más de quince millones; y ni la

biología, ni la química, ni la mecánica aumentaron la producción agrícola en esa proporción, como lo demuestra el alza inconsiderada de precios, de suerte que si la producción de sustancias alimenticias aumentó en México, ese aumento debió ser en una progresión aritmética poco más o menos; y si esto es así, entonces hay que considerar la presente revolución como algo extraño a la voluntad de muchos de sus caudillos, como algo que es efecto, entre otras causas, de las fuerzas obscuras que obran en el complicadísimo mecanismo de las sociedades, mediante las cuales se establece el equilibrio, que la ciencia de nuestros estadistas no alcanzó a comprender que se rompía indefectiblemente ni hizo nada por evitarlo.

Todo el tiempo que pudo emplearse en la solución del problema lo gastamos en esperar que los capitales extranjeros vinieran a aumentar la producción en beneficio de la población mexicana. Nos pasó con ellos lo mismo que nos ha pasado con las instituciones de otros países: hemos querido que la experiencia, el trabajo y el carácter de otros pueblos, cristalizados en sus instituciones, se utilicen entre nosotros, para sin carácter, ni trabajos, ni dolencias, llegar de una vez a la cúspide de la cultura; y para lograrlo hemos desperdiciado con igual prodigalidad e inconsciencia nuestra propia riqueza y nuestras propias instituciones: dos tesoros a cual más valiosos.

Ese constante pedir y ese fracaso proceden de la misma fuente: el desconocimiento y el desprecio de lo nuestro, la pereza por el estudio de lo propio, el deseo inmoral de llegar pronto a la posesión de lo que otros han elaborado con paciencia, la ignorancia que hace creer en fórmulas cabalísticas para crear de improviso democracias o riquezas, sin querer comprender que las democracias importadas se convierten en anarquía, y que las riquezas prestadas a los

que no han demostrado merecer el crédito por su inteligencia, previsión y hábitos de trabajo, exigen una prima de seguro que las convierten en ruina.

México estará en vía de salvación el día en que se busque en sus riquezas naturales el capital que necesita para constituirse como potencia económica, como lo era cuando impuso al mundo su peso como unidad monetaria; el día en que busque en sus costumbres, sus tradiciones y sentimientos la base de sus instituciones y en la armonía de sus ciudadanos la fuerza política, que no puede impartirnos sin desdoro y sin grave perjuicio el gobierno de una nación extraña. El día que se haga eso será porque los golpes de la dolorosa experiencia nos habrán enseñado que las sociedades son un conjunto de fuerzas que obran en diferentes direcciones y que el movimiento del progreso no consiste jamás en la absoluta predominancia de una con el aniquilamiento de las otras, sino en la armonía de todas ellas.

FIN



# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCIÓN.....	9

## PRIMERA PARTE

### NOTA SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS.

I. Espíritu conciliador y conservador que predomina en la constitución angloamericana.....	33
II. Elección de presidente y fracaso del sistema ideado por los constituyentes.....	37
III. Inconvenientes desde los puntos de vista moral y político del sistema de elección de presidente.....	41
IV. Enseñanza para los pueblos hispanoamericanos.....	47
V. El gabinete y las relaciones entre el ejecutivo y el congreso.....	51
VI. Los principios democráticos y la responsabilidad de los funcionarios del sistema parlamentario.....	57
VII. La teoría de la «mano de hierro» y el sistema parlamentario.....	61
VIII. El senado de los Estados Unidos es la obra maestra de la constitución angloamericana, porque es obra de conciliación.....	71
IX. El senado y el ejecutivo.....	77
X. La cámara de representantes.—Una constitución debe reflejar fielmente el estado social.....	81
XI. La intolerancia de un momento creó males que hasta la fecha no han podido remediarse.....	85

XII. El remedio radica en la verdad y en la tolerancia.....	91
XIII. La mentira como enfermedad social y como obstáculo para la transacción y la marcha de los pueblos.....	95
XIV. Particularidades del sistema electoral angloamericano y mecanismo de la cámara de representantes.....	115
XV. El ardor parlamentario en México.....	119
XVI. El verdadero mecanismo político en los Estados Unidos es extraño a su constitución .....	123
XVII. Los partidos políticos no tienen acción social pacífico en México .....	125
XVIII. Las luchas y transacciones que han formado el fondo de la vida política de los Estados Unidos.....	129
XIX. El socialismo en los Estados Unidos.....	135
XX. Falta de fuerza conservadora en las sociedades hispano-americanas.....	141
XXI. El rigor de la clásica división de la soberanía en tres poderes.....	145
XXII. Los partidos políticos cumpliendo en parte la falta de organización constitucional .....	148
XXIII. Falta de influencia sobre el ejecutivo de parte del Congreso y falta de cohesión en éste .....	149
XXIV. El sentido práctico supliendo los defectos constitucionales.	150
XXV. Inconvenientes del sistema seguido en la práctica .....	152
XXVI. Desbarajuste de la legislación hacendaria derivado del sistema constitucional.....	154
XXVII. Despilfarro de los fondos públicos. ....	157
XXVIII. Conflicto anual producido por el sistema de la constitución.	158
XXIX. Teoría angloamericana del hombre político .....	159
XXX. Inadmisibilidad de esta teoría para los pueblos hispano-americanos.....	160
XXXI. La incuria del monarca inglés y el celo del español para sus respectivas colonias.....	162
XXXII. Evolución de la constitución de los Estados Unidos.....	165
XXXIII. Las excelencias del poder judicial federal proceden del espíritu conciliador de los constituyentes.....	169
XXXIV. La independendencia de los tribunales como esencia de la justicia.....	172
XXXV. Influencia del medio social sobre la justicia .....	175
XXXVI. El poder judicial en México.—Absoluto fracaso de su labor social.....	179



## SEGUNDA PARTE

### LAS INSTITUCIONES MUNICIPALES.

I. Lo que desdeña el político, lo debe aprovechar el estadista ...	193
II. Constitución primitiva del Municipio en los Estados Unidos....	197
III. Gobierno municipal por comisión ..	204
IV. La vida municipal y la responsabilidad de los funcionarios.....	207
V. Decadencia de las instituciones municipales en los Estados Unidos.—Las causas y remedio ....	210
VI. El Municipio en México.....	213

## T

### EL PROBLEMA DEL INDIO.—CÓMO LO PLANTEAN LOS ESTADOS UNIDOS.

I. Aspecto económico.....	227
II. Aspecto intelectual y moral....	237
III. Aspecto político y conclusiones.....	242
IV. Notables ideas del presidente Woodrow Wilson sobre la influencia de la democracia entre gentes no preparadas para ella ..	249
V. Cómo se planteó el problema del indio antiguamente en México.....	257
VI. Cómo y por qué fué abandonada la obra de civilización de los indios en México.....	263
VII. El falso liberalismo arruinando al indio.....	274
VIII. Algunas ideas para resolver el problema.....	283

## CUARTA PARTE

### DATOS HISTÓRICOS SOBRE LA PROPIEDAD TERRITORIAL EN MÉXICO.

I. Las mentiras de México invadiendo el extranjero.....	290
II. Época anterior a la conquista.....	298
III. Época de la dominación española.....	301
IV. Época de México independiente.....	315

## QUINTA PARTE

### INTERPRETACIÓN ECONÓMICA DE LA HISTORIA DE MÉXICO.

I. El costo de la alimentación del trabajador en México en diversas épocas.....	537
II. Error fundamental en el sistema económico de México.....	349
III. Papel de los Bancos en el empobrecimiento nacional.....	357
IV. La ley monetaria de 1905.....	381
V. El cumplimiento de una antigua ley.....	387

















AA 000 948 059 1

